Cumple tus promesas de victoria, ¡oh, Divino Corazón!
Venga a nos tu reino.

DEDICATORIA

El presente Manual lo dedicamos a los socios de los Sagrados Corazones, a los alumnos de nuestros Colegios y en general a cuantas familias han entronizado al Divino Corazón en su hogar, para quienes ha sido hecho, en vista del incremento grande que, a Dios gracias, va tomando nuestra querida Asociación y la obra admirable de la entronización en España.

Era de todo punto preciso reunir en un solo devocionario todas las prácticas y ejercicios propios de nuestra vocación y de nuestro espíritu. A ese fin responde la publicación del **Manual de los Sagrados Corazones**. Y precisamente porque hemos querido que este libro sea especialmente útil y en cierto sentido indispensable para la familia piadosa que en el mundo es el complemento de la Congregación del mismo nombre, hemos eliminado devociones y numerosos ejercicios, muy buenos, por cierto, pero que no dicen relación directa con el fin inmediato de religión que nosotros perseguimos. Hemos guardad, sí, como era natural, aquellas prácticas que son de devoción universal, como gr., Vía Crucis, Rosario, etc., pero aún estas mismas devociones hemos procurado que como la sangre de un organismo sano, pasen por el centro obligado de nuestra vida, el Corazón adorable de Jesús, al impulso salvador del Corazón inmaculado de su Madre.

Tienen, pues, los asociados y las familias consagradas al Sagrado Corazón, en esta devoción y en este Manual, un resumen sencillísimo y completo de vida piadosa. Si de mí solo dependiera -dijo un Soberano Pontífice-, refundiría en esta Asociación todas las cofradías existentes, ya que los Sagrados Corazones y la Eucaristía son el compendio maravilloso de toda la vida cristiana.

Que estas páginas contribuyan pues, a extender ese culto redentor. ¡Quiera la Virgen Inmaculada que sean mucho más numerosas que las letras de este devocionario las almas en quienes triunfe muy de veras el Corazón Divino de Jesús!

PRIMERA PARTE

PRACTICAS ORDINARIAS

ORACIONES DE LA MAÑANA

✞ En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo.
Amén.

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María: Ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

EL ÁNGELUS

V. El ángel del Señor anunció a María
R. Y concibió por obra y gracia del Espíritu Santo.
-Dios te salve, María, etc.

V. He aquí la esclava del Señor.
R. Hágase en mí según tu palabra.
- Dios te salve, María, etc.

V. El verbo se encarnó.
R. Y habitó entre nosotros.
-Dios te salve, María, etc.

V. Ruega por nosotros, Santa Madre de Dios.
R. Para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestros Señor Jesucristo. Amén.

ORACIÓN

Dígnate Señor, infundir tu gracia en nuestras almas, a fin de que, habiendo conocido por la voz del ángel el misterio de la encarnación de tu Hijo, podamos llegar, por los méritos de su pasión y cruz, a la gloria de la resurrección. Amén.

Ofrecimiento del día

Divino Corazón de Jesús, te ofrezco, por el Corazón inmaculado de María, todas las oraciones, obras y sufrimientos de este día, con la misma intención con que incesantemente oras y te ofreces en el altar, y en particular por la intención mensual del Apostolado de la Oración.

Propóngome también ganar las indulgencias concedidas a las plegarias y acciones de hoy, aplicándolas por modo de sufragio a las benditas ánimas del purgatorio, especialmente a las de los miembros de la Asociación, que se hallen en más desamparo. Amén.

Pongámonos en la presencia de Dios.

Santísima y augusta Trinidad, Dios uno en tres personas, creo que estás aquí presente. Te adoro con sentimientos de profunda humildad, y con todo mi corazón te rindo os homenajes debidos a tu Majestad soberana. Amén.

Demos gracias a Dios por sus beneficios.

Muy humildemente te doy gracias, Dios mío, por todos los beneficios que hasta este momento has querido concederme; merced a una bondad más de tu parte, alcanzo a ves este día, que por eso quiero emplear exclusivamente en servirte. Te consagro todos mis pensamientos, palabras, acciones y padecimientos: bendícelos, Señor, para que a todos nos anime tu amor y tiendan todos a tu mayor gloria. Amén.

Acto de buen propósito.

Adorable Jesús, divino modelo de perfección a que debemos aspirar, voy a procurar, cuanto esté a mi alcance, hacerme semejante a ti, manso, humilde, casto, celoso, paciente, caritativo y resignado. Me esforzaré especialmente en no caer en las faltas que tan a menudo cometo, y de que sinceramente deseo corregirme. Amén.

Padre nuestro que estás en los cielos: santificado sea tu nombre, venga a nos tu reino, hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada día, dánosle hoy; y perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores, y no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos del mal. Amén

Dios te salve María, llena eres de gracias, el Señor es contigo, bendita tú eres entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús. Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores, ahora y en la hora de nuestra muerte. Amén.

Creo en Dios Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra. Y en Jesucristo, su único Hijo Nuestro Señor; que fue concebido por obra y gracia del Espíritu Santo; nació de Santa María Virgen; padeció bajo el poder de Pondo Pilatos; fue crucificado, muerto y sepultado; descendió a los infiernos; al tercer día resucitó de entre los muertos; subió a los cielos; está sentado a la diestra de Dios Padre todopoderoso; desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos. Creo en el Espíritu Santo; la santa Iglesia Católica; la comunión de los santos; el perdón de los pecados; la resurrección de la carne, y la vida perdurable. Amén

Acto de fe

Dios mío, creo firmemente todo lo que enseña y manda creer la santa Iglesia católica, apostólica, romana porque se lo has revelado tú, que eres Verdad infalible. Amén.

Acto de esperanza.

Espero, Dios mío, con firme confianza, que por los méritos de Jesucristo, me darás tu gracia en este mundo, y la gloria en el otro, si guardo los Mandamientos. Los espero porque así lo has prometido, y eres fiel a tus promesas. Amén.

Acto de caridad.

Te amo, Dios mío, con todo el corazón y sobre todas las cosas, porque eres infinitamente bueno y amable; y amo al prójimo como a mí mismo, por tu amor. Amén.

Acto de contrición.

Pésame, Dios mío, con toda el alma haberte ofendido, porque eres infinitamente santo y amable y aborreces el pecado en sumo grado. Mediante la divina gracia hago firme propósito de no ofenderte más y enmendarme en lo venidero. Amén.

El "acordaos" de San Bernardo.

Acordaos, ¡Oh, piadosísima Virgen María!, que nunca se ha oído decir que ninguno de cuantos han acudido a vuestra protección, implorando vuestro socorro y pedido vuestros auxilios, haya sido abandonado. Animado con esta confianza, ¡oh Virgen, Madre de las vírgenes!, corro y vengo a vos, y gimiendo bajo el peso de mis pecados, me postro a vuestros pies. ¡Oh, Madre del Verbo!, no destendaís mis oraciones; antes bien, favorablemente, y dignaos acceder a ellas. Así sea.

Jaculatoria

Bendita sea tu pureza,
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea
En tan graciosa belleza.
A ti, celestial Princesa,
Virgen sagrada María,
Yo te ofrezco en este día
Alma, vida y corazón;
Mírame con compasión,
No me dejes, Madre mía. Amén.

Al Santo Ángel de la Guarda

Ángel de mi guarda, fiel y caritativo guía, obtenme tal docilidad a tus inspiraciones, y tanto acierto en mis pasos, que en nada me desvíe del camino de los mandamientos de Dios. Amén

Al Santo de su nombre.

Gran Santo cuyo nombre tengo el honor de llevar, protégeme, ruega por mí, a fin de que, según tu ejemplo, pueda servir a Dios aquí en la tierra y junto contigo glorificarle eternamente allá en el cielo. Amén.

ORACIONES DE LA NOCHE

La Salve

Dios te salve, Reina y Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, ¡Dios te salve! A ti clamamos los desterrados hijos de Eva; a ti suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas. ¡Ea, pues, señora, abogada nuestra!... vuelve a nosotros esos tus ojos misericordiosos, y después de estés destierro muéstranos a Jesús, fruto bendito de tu vientre. ¡Oh, clementísima!, ¡oh piadosa!, ¡oh dulce virgen María! Ruega por nosotros, santa Madre de Dios para que seamos dignos de alcanzar las promesas de nuestro Señor Jesucristo. Amén.

Acto de presencia de Dios.

Yo te adoro, Dios mío, con la sumisión que me inspira la presencia de tu Majestad soberana. Creo en ti, porque eres la verdad eterna; espero en ti, porque eres infinitamente bueno; te amo con todo el corazón, porque eres infinitamente amable, y amo al prójimo como a mí mismo, por tu amor. Amén.

Acto de acción de gracias.

¿Qué acción de gracias te ofreceré, dios mío, por todos los beneficios que de tu mano he recibido? Me has tenido en tu mente desde toda la eternidad; me sacaste de la nada, has dado la vida de tu hijo para rescatarme, y continúas colmándome, todos los días, de infinidad de favores. ¡Ah, Señor! ¿qué he de hacer en reconocimiento a tantas bondades? Unios a mí, espíritus bienaventurados, para alabar a Dios de las misericordias, que no cesa de favorecer a las más indigna e ingrata de sus criaturas. Amén.

Invocación al Espíritu Santo.

Espíritu Santo, eterna fuente de luz: disipa las tinieblas que me encubren la fealdad y malicia del pecado. Infúndeme contra él horror tan grande que lo aborrezca, Dios mío, si posible es, cuanto lo merece a tus ojos, y nada tema tanto como el cometerlo en lo venidero. Amén.

(Aquí se examina la conciencia)

Acto de arrepentimiento.

Aquí me tienes, Señor, cubierto de confusión y penetrado de dolor a la vista de mis culpas. A tus pies vengo a detestarlas, con sincero pesar de haber ofendido a un Dios tan bueno, tan amable y tan digno de ser amado. ¿Debías esperar eso del reconocimientos que te debo, ¡Oh, Dios mío!, después de haberme amado hasta el extremo de derramar tu sangre por mí? Sí, Señor, mí malicia e ingratitud han colmado toda medida. Te pido perdón humildemente, y te ruego por esa bondad misma, cuyos efectos

me son tan conocidos, que me concedas la gracia de hacer sincera penitencia, desde este momento, hasta la hora de la muerte. Amén.

Padrenuestro, Ave María. Credo.

YO PECADOR

Yo pecador me confieso a Dios todopoderoso, a la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, al bienaventurado San Juan Bautista, a los santos Apóstoles San Pedro y San Pablo y a todos los Santos, que pequé gravemente con el pensamiento, palabra y obra, por mi culpa, por mi culpa, por mi gravísima culpa. Por tanto, ruego a la bienaventurada siempre Virgen María, al bienaventurado San Miguel Arcángel, al bienaventurado San Juan Bautista, a los santos Apóstoles San Pedro y San Pablo, y a todos los santos, que rueguen por mí a Dios nuestro Señor. Amén.

El Señor Dios todopoderoso tenga misericordia de nosotros, y, perdonados nuestros pecados, nos conduzca a la vida eterna. Amén.

El Señor todopoderoso y misericordioso nos conceda indulgencia, absolución y perdón de nuestros pecados. Amén.

Encomendémonos a Dios, a la Virgen, al ángel de la Guarda y al Santo Patrón.

Bendice, ¡oh Dios mío!, el descanso a que voy a entregarme para reparar las fuerzas, a fin de servirte mejor. Virgen santa Madre de Dios y después de él mi única esperanza; mi buen ángel, mi santo patrón: interceded por mí, protegedme esta noche, toda la vida y al a hora de la muerte. Amén.

Pidamos por los vivos y por los fieles difuntos.

Derrama, Señor, tus bendiciones sobre mis padres, deudos, bienhechores, amigos y enemigos. Protege a todos los que me gobiernan, así en lo espiritual como en lo temporal. Socorre a los pobres, a los encarcelados, a los afligidos, a los viajeros, a los enfermos y a los agonizantes. Convierte a los herejes e ilumina a los infieles.

Dios de bondad y misericordia, apiádate de las almas del purgatorio; pon término a sus penas y dales descanso y luz eterna, en especial a aquellas por quienes estoy obligado a rogar. Amén.

Invocación a todos los Santos

Almas dichosísimas que habéis logrado la gracia de llegar a la gloria, alcanzadnos dos cosas de nuestro Dios y Padre común: no ofenderle jamás mortalmente y alejarnos de todo lo que le desagrade. Amén.

(Sigue la lectura de los puntos y propósitos de la meditación para el día siguiente)

Bajo tu amparo nos acogemos, santa Madre de Dios; no deseches las súplicas que te dirigimos en nuestras necesidades, antes bien líbranos siempre de todos los peligros, ¡Oh Virgen gloriosa y bendita!

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María: Ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

MISA PROPIA DE LA ASOCIACIÓN DE LOS SAGRADOS CORAZONES

Especial para los viernes del año, y para las fiestas del Sagrado Corazón, y del Corazón de María.

Este método está formado por la Misa del Sagrado Corazón que, por privilegio especial, se reza en el Santuario de la Visitación de Paray-leMonial, más la bellísima glosa de oraciones o invocaciones de Margarita María, tomadas textualmente de una Misa compuesta por ella misma, por orden de su Superiora. Hemos añadido, sí, un detalle, y esta interpretación no hace sino hermosear todo lo anterior, ya de tanto mérito, y es a invocación de amoral Corazón inmaculado de María.

EL SANTO SACRIFICIO

He aquí este Corazón que ha amado tanto a los hombres... y en retorno no recibe, de la mayor parte de ellos, sino desprecio y frialdad en el Sacramento del amor.

EL SACERDOTE AL PIE DEL ALTAR

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Alabados sean los sagrados Corazones de Jesús y de María por los siglos de los siglos. Amén.

Entremos en el Corazón sacrosanto de Jesús como invitados al festín de amor del único Amigo fidelísimo...

Entremos, pues quiere embriagarnos con el néctar delicioso de su caridad, para endulzar las amarguras y desapegarnos de las dulcedumbres engañosas de la tierra…

Acerquémonos al Corazón del Salvador, que nos dice: "Todo lo mío os pertenece en este sacrificio: mis llagas, mi sangre, mis dolores..."

Subamos y penetremos en el Corazón del Mediador omnipotente entre Dios y los humanos...

Tú eres, ¡oh, Corazón- Víctima!, el asilo seguro contra la justicia de lo alto.

Tú eres el Trono de misericordia, donde los más infelices son los preferidos, siempre que sea el amor quien presente sus miserias.

Tú eres la fuente inagotable de bendición y de delicias, tanto más abundante cuanto más buscada...

Tú eres, ¡oh, Corazón dulcísimo!, el Tesoro oculto de cielo, que nos fue entregado por María; tú el paraíso de Paz y el manantial de la ciencia y caridad de todos los santos.

Entremos, ¡oh, sí!, guiados por la Virgen Inmaculada, en el Corazón de Jesús, insondable abismo de misericordia, abierto por un dardo sin medida, el del amor...

Recíbenos, Jesús, en ese Tabernáculo, y absorbido ahí el caos de nuestro orgullo y de nuestras infidelidades, haz nuestros corazones semejantes al tuyo amabilísimo.

Por este sacrificio y la santidad del Corazón Inmaculado de tu Madre, te rogamos, Jesús, apresures el reinado de tu amante Corazón...

INTROITO

(Cant. 3.) Hijas de Sión, salid y ved a vuestro Rey, el nuevo Salomón, coronado con la diadema con que lo coronó su Madre el día de su desposorio con la humanidad redimida, el día de alegría y de triunfo para su Corazón. ¡Hosanna al Dios que es Caridad, hosanna a Jesús, la benignidad de Dios hecha carne!

(Salmo 44.) Ardiendo está, Señor, el pecho mío en cosas grandes, por tu gloria. A Jesucristo, Señor de cielos y tierra, dedico este himno de alabanza: ¡Viva y reine para siempre el Corazón del Rey, del Hermano, del Amigo, del benignísimo Jesús! ¡Hosanna!

A LOS KYRIES

¡Piedad, Dios mío, por la adoración sublime del Corazón divino de Jesús!

¡Misericordia, Dios mío, por el amor infinito del Corazón divino de Jesús!

¡Piedad, Dios mío, por el celo incomparable del Corazón divino de Jesús!

¡Misericordia, Dios mío, por la humildad maravillosa del Corazón divino de Jesús!

¡Piedad, Dios mío, por el aniquilamiento sacramental del Corazón divino de Jesús!

¡Misericordia, Dios mío, por la revelación triunfadora del Corazón divino de Jesús!

¡Piedad, Dios mío, por la redención realizada en la unión inefable de los Sagrados Corazones de Jesús y de María!

¡Oh sí!, piedad! ¡Olvida, Señor, nuestras culpas y perdona a este tu pueblo!

AL GLORIA

Gloria a Dios en las alturas y paz de amor reparador y gloria al Hombre-Dios, a Jesús, en todos los sagrarios de la tierra. Te alabamos, Señor sacramentado; te bendecimos, te adoramos, te glorificamos en tu

Sagrado Corazón. Te damos gracias por el honor que te procuras en los abatimientos de la divina Eucaristía... Tú eres, en esa Hostia, realmente el Unigénito del Padre; tú el Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo. ¡Oh!, ten piedad de nosotros y acepta - nuestras súplicas, tú que, invisible en este misterio del altar, reinas glorioso a la diestra de tu Padre.

Señor, aborrezco el mundo en desagravio de su orgullo, y con adoración rendida confieso que sólo tú eres Santo, sólo tú Soberano, sólo tú el Altísimo, Jesucristo, en unión con el Espíritu Santo, en la gloria de Dios Padre, por los siglos de los siglos. ¡Gloria en la tierra, hosanna al Sagrado Corazón, y paz a los que viven de su sacrificio, de su apostolado y de su amor!... ¡Gloria a Jesús en la Eucaristía!

V. Corazón de Jesús, que ardes de amor por nosotros.
R. Inflama nuestros corazones en tu divino amor.

ORACIÓN

Haz, Señor Jesús, que nos revistamos tan perfectamente de las virtudes de tu Corazón y que nos encendamos tan ardientemente en su caridad, que merezcamos reproducir en nosotros tu misericordiosa imagen, y ser así participantes de tu redención; tú que vives y reinas, en unidad con el Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

EPÍSTOLA

Del apóstol San Pablo a los Efesios (capítulo 3).

Hermanos: a mí, el inferior entre todos los fieles, se me concedió esta gracia: la de anunciar a las naciones las riquezas investigables de Jesucristo, y la de ilustrar a todos los hombres, revelándoles la dispensación de este misterio, que, por tantos siglos, había quedado en el secreto de Dios, Creador de todas las cosas. Por tanta dignación, doblo las rodillas ante el Padre de Jesucristo, Señor nuestro, a quien corresponde la paternidad de la gran familia de los cielos y la tierra; y le pido que, según las riquezas de su gloria, os conceda, por medio de su Espíritu, vuestra transformación en hombres interiores; esto es, que Cristo habite realmente por la fe en vuestros corazones, arraigados como debéis estar y bien formados en perfecta caridad. Así podréis comprender, con la luz de los predestinados, cuánta es la anchura y la longitud inconmensurable, la altura y la insondable profundidad de esta revelación de caridad. Así también podréis conocer mejor aquel amor de Cristo hacia nosotros, amor que sobrepuja a todo conocimiento. ¡Hermanos!, sed, pues, colmados plenamente con todos los dones de Dios.

GRADUAL

Decid a las hijas de Sión: He aquí que vuestro Rey se acerca mansísimo... ¡Hosanna! (Mat, 21.)

Aprended de mí, que soy manso y humilde de Corazón, y vuestras almas encontrarán reposo... ¡Hosanna! ¡Gloria a ti, Señor Jesús!— Improperios y miserias aguarda y soporta sin cesar mi Corazón. —Esperé que alguno se condoliese de mí, mas nadie lo hizo; o quien me consolase, y no lo hallé.

Gloria. Habló Jesús a su sierva Santa Margarita María, y le dijo desde la Hostia:

"Padezco una sed abrasadora de ser honrado en el Sacramento de mi amor, y no encuentro casi a nadie que se es fuerce en mitigar esa sed, correspondiendo a mis llamamientos... Por esto tú me recibirás en la sagrada Comunión, y colocándome entonces en el trono de tu corazón, me adorarás y te me ofrecerás para aplicar a mi Padre en este sacrificio y obtener misericordia de mi Corazón... Llora, suspira, hija mía, por la inutilidad de mi sangre, perdida en la cruz y en el altar, para tantas almas infelices.... Más dolorosa me es la ingratitud de los hombres en este sacramento, que todo cuanto por ellos ¡he sufrido en mi pasión... Si me pagaran con amor, consideraría poco lo que entonces padecí, y si posible fuera, gustoso sufriría aún más por ellos... Tú, al menos, suple aquella ingratitud consagrándote sin reservas al triunfo de mi Corazón."

V. Corazón de Jesús, que ardes de amor por nosotros.
R. Inflama nuestros corazones en tu divino amor.

EVANGELIO

✞ Continuación del Evangelio según San Juan (cap. 15).

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: Como me amó mi Padre, así os he amado yo: permaneced en mi dilección. Si observareis mis preceptos, perseveraréis en mi amor, así como yo también he guardado los preceptos de mi Padre y persevero en su amor. Estas cosas os he dicho a fin de que, observándolas fielmente, os gocéis con el gozo mío, y vuestro gozo sea completo. El precepto mío por excelencia es que os améis, unos a otros, como yo os he amado. Que nadie tiene amor más grande que aquel que da la vida por sus amigos. Y vos otros seréis mis amigos, si hiciereis lo que mando- Ya no os llamaré siervos, pues el siervo- ignora lo qué hace su amo. Más a vosotros os he llamado amigos porque os he hecho y haré saber cuántas cosas oí de mi Padre. No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vos otros, y os predestiné para que fuerais por todo el mundo, e hicierais fruto, y que dicho fruto fuese duradero eterna mente... Y de este modo, todo cuanto pidiereis al Padre en mi nombre, os lo concederá.

Gloria. Dijo el Señor Jesús a su confidente Margarita María:

"Mira mi Corazón: quiero que leas en este libro de vida, donde se contiene la ciencia y el evangelio del amor... Con templa la herida del costado..., entra, haz en ella tu morada actual y permanente... Mi Corazón divino está apasionado de amor por los hombres, en tanto grado que, no pudiendo contener las llamas de su ardiente caridad, quiere esparcirlas como un incendio, por tu intermedio... Te prometo que mi Corazón se dilatará para comunicar, con superabundancia, las influencias de su amor sobre todos aquellos que le honraren y que trabajen en procurarle honor... Reinaré por mi Corazón, a pesar de mis enemigos: el cielo y la tierra pasarán, hija mía, pero estas palabras permanecerán en su eficacia."

AL CREDO

Recítese con fe ardorosa, en reparación del descreimiento universal, y en especial como un desagravio de la incredulidad oficial de gobernantes y legisladores.

V. Corazón de Jesús, que ardes de amos por nosotros.
R. Inflama nuestros corazones en tu divino amor.

AL OFERTORIO

Tomado, en su mayor parte, de las revelaciones de nuestro Señor a su sierva Margarita María.

Dios mío, te ofrezco el mérito infinito de este sacrificio, y el valor del Cuerpo y de la sangre preciosa de mi Salvador, en satisfacción de mis pecados y en demanda de una fe viva, de una caridad ardiente y de la muerte a mi propia voluntad... Te ofrezco la Hostia divina, en espíritu de adoración humilde y de amoroso desagravio; te la presento en el ara purísima del Corazón inmaculado de María, y con sus méritos de Madre de Dios y de Corredentora nuestra. Acéptala, Dios mío, por el triunfo del Señor Jesús en su Corazón y en su maravillosa Eucaristía; acéptala por la exaltación de la santa Iglesia, por la conversión de los pecadores, por la santificación de los justos, por el consuelo de los afligidos, por la muerte dichosa, sobre el pecho de Jesús crucificado, de los moribundos más desamparados... Sí, Dios mío, recibe este holocausto por la dilatación del reinado del Sagrado Corazón, en las almas, en los hogares, en las familias religiosas, en el sacerdocio y en los pueblos que te necesitan tanto... Padre eterno, te ofrezco las satisfacciones perfectísimas que tu divino Hijo ha presentado, en favor de los caídos, en el madero de la cruz, y te suplico hagas fecunda su sangre en las almas criminales, muertas por la culpa, a fin de que, resucitadas a la vida de la gracia, te glorifiquen para siempre. Y en fin, te presento, Dios misericordioso, los ardores inefables y la glorificación infinita del Corazón de Jesucristo; en él y por él tengas gloria inmarcesible por los siglos de los siglos.

ORACIÓN SECRETA

¡Oh, espíritu Santo!; inflámanos con aquel fuego que brotó de lo más íntimo del Corazón de Jesús, para abrasar la tierra en sus incontenibles ardores de misericordiosa redención.

V. Corazón de Jesús, que ardes de amor por nosotros.
R. Inflama nuestros corazones en tu divino mor.

AL PREFACIO

—Desprendamos de la tierra el corazón... y escondámoslo en la herida del costado de Jesús.

—Démosle repetidas gracias por las revelaciones y las maravillas inefables de su Corazón.

—Rindámoselas, como es deber de gratitud y de justicia, en espíritu de reparación

En verdad es justo y digno, es equitativo y benéfico, que siempre y donde quiera te demos gracias, Señor mil veces santo, Padre omnipotente, Dios eterno, por Cristo nuestro Señor. Quien descendido a la tierra, nos brindó su Corazón como el dechado perfecto de mansedumbre y de humildad. Y aún más: para que los humanos tuvieran un evidente testimonio de sus misericordiosas entrañas, quiso que en la cruz fuera traspasado por la lanza del soldado ese dulce Corazón. Es él, en verdad, el santuario del amor divino, y de cuya abundancia recibimos todos...; ahí está el manantial inagotable de la vida, de donde fluyen los dones de las más excelsas virtudes. Ese Corazón es el sagrario venturoso de una infinita caridad, en el que se ofrece reposo inalterable a los justos, asilo seguro a los pecadores, a los tristes solaz, y virtud de fortaleza a los dolientes. Por esto, uniéndonos a los Ángeles y Arcángeles, a los Tronos y a las Dominaciones y a todas las falanges de la corte celestial, entonamos el himno de tu gloria, la eterna aclamación, que te proclama:

Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los Ejércitos. Llenos están los cielos y la tierra de la majestad de tu grandeza.

¡Hosanna en lo más alto de los cielos! Bendito sea Aquel que viene manso y humilde, en el nombre del Señor. ¡Hosanna en lo más alto de los cielos! ¡Hosanna en los tabernáculos todos de la tierra, el Corazón de Dios sacramentado!

AL MEMENTO

Por manos de María, y con los méritos de su inmaculado Corazón, con la amable intimidad de Juan, tú predilecto, y con la victoriosa caridad de Margarita María, te presento, ¡oh, Jesús!, los intereses de tu gloria: esos son mis únicos pedidos. ¡Venga a nos el reinado de tu Corazón! Dánosle en la paz de tu Iglesia y en tu soberanía en los hogares; dánosle en el éxito de las empresas católicas, en el celo abnegado de los buenos y en la santidad del sacerdocio. Venga a nos el reinado de tu Corazón, en la Comunión frecuente y cotidiana, en la conversión de los pobrecitos pecadores y en la difusión de esta devoción maravillosa. Triunfa, Jesús, en la muerte piadosa de los agonizantes de este día y de esta hora; acuérdate de los intereses de la Congregación de los Sagrados Corazones, te pido, en especial, por... Y, en fin, acuérdate de mí en el paraíso de tu Corazón.

A LA CONSAGRACIÓN

Te adoro, Dios mío...; te amo, Jesús, y en esa Hostia te presento, por manos del sacerdote y de María, los homenajes de los cielos y de la tierra. Sólo tú eres grande, sólo tú infinito, tú solo Señor de todo lo creado, en el aniquilamiento de este sublime sacrificio.

Corazón de Jesús, víctima desde el primer momento de la Encarnación, yo te adoro en el Corazón de tu divina Madre: ¡sálvanos por esta Hostia de propiciación!

Corazón de Jesús, víctima en tus primeras lágrimas, recién nacido en Belén, yo te adoro en los abatimientos del pesebre: ¡redímenos por este Cáliz de salud!

Corazón de Jesús, víctima en treinta años de vida oculta en Nazaret, yo te adoro en este santuario de oración, de pobreza y de humildad: ¡sálvanos por esta Hostia de propiciación!

Corazón de Jesús, víctima en el Pan consagrado de la última Cena de tu amor, yo te adoro con pasión de fe y de cari dad en la Santa Eucaristía: ¡redímenos por este Cáliz de salud!

Corazón de Jesús, víctima en el sudor de sangre y en la agonía del Huerto, yo te adoro en ese templo misterioso de Getsemaní: ¡sálvanos por esta Hostia de propiciación!

Corazón de Jesús, víctima en el patíbulo de la cruz, yo te adoro en este altar, nuevo Gólgota de redención: ¡redimenos por este Cáliz de salud!

Señor, a quien creo realmente presente en este sacramento, recibe la adoración que te ofrezco en acción de gracias por las predilecciones con que nos ha favorecido tu adorable Corazón. ¡Oh, Jesús!, toma mis pensamientos, toma mi voluntad y mis afectos, y aniquila en mí todo cuanto bajo el cielo no sea tu amor, sólo tu amor, más ardiente que el fuego y más dulce que la miel. ¡Hiéreme, Señor Jesús, hiéreme tan mortalmente que ya nada pueda separarme de ti!, pues en tu Corazón he de encontrar para siempre mi centro, mi descanso y mi felicidad.

AL MEMENTO DE LOS DIFUNTOS

Que la sangre y el agua, que brotó de tu costado herido por la lanza, refrigere, Señor Jesús, los tormentos de las almas más desamparadas del purgatorio, y las de aquellos que dieron mayor gloria a tu Sagrado Corazón. Alivia en especial, ¡oh, buen Jesús!, a las que te consolaron en esta Asociación de tus amores, y muy particularmente la de... Por el amor de la Virgen Madre, ¡dales pronto el reposo de tu cielo!

AL PADRE NUESTRO

Recítese esta oración dominical en desagravio de la falta de oración y de espíritu sobrenatural en el mundo.

A LA COMUNIÓN

Salvador, amabilísimo, soy un miserable pecador; pero ya que es consuelo de tu entristecido Corazón, y puesto que yo mismo te necesito en mi pobreza, te llamo con santo atrevimiento, y aguardo ansioso, porque así tú me lo permites, te deseo con anhelos vehementes, cediendo dichoso a las insinuaciones de tu ternura. ¡Apresúrate, que yo también tengo herido el corazón, y ven!...

¡Oh, Sol de mis amores, ven!..., porque estoy sumido en tinieblas de ignorancia y de pecado. ¡Sol del pecho de Jesús, brilla y disipa las sombras que me envuelven!...

¡Redentor querido, ven!, pues levantado por tu gracia un día, he recaído. ¡Torna a esta alma esclavizada, y encadenándola a tu Sagrario, dale preciosa libertad!

Médico de sabiduría incomparable, ¡oh, buen Jesús!, no tardes, ¡ven! Deja me sanar en el baño saludable de tu sangre; ahí, en la llaga del costado, está el remedio a mis flaquezas; manda, pues, que me llegue a ti, porque sólo tú tienes palabras de vida eterna.

Amigo fidelísimo, el más tierno, el más dulce, el más amable de los amigos, acércate, porque esta alma, que tú quieres tanto, está enferma. Tú, Jesús, lo sabes todo: tú lees en lo íntimo de mi conciencia, y en ella ves dos cosas: una gran miseria y un gran deseo de pertenecerte muy de veras. Te conjuro que vengas presto y me tiendas la mano traspasada…

Vida de las almas, Jesús sacramentado, que en este sacrificio provocas el éxtasis de adoración del cielo, ¡oh, ven!, y atráeme, para que viva y crezca en ti, sólo para ti. ¡Oh, Corazón de Jesús en la Eucaristía, tú eres mi Dios y eres mí todo!

Gloria. A este ardoroso llamamiento de Santa Margarita Marta, Jesús contestó a su esposa con las siguientes palabras:

Tu deseo ha penetrado tan adentro en mi Corazón, que, si no hubiera instituido ya este sacramento de amor, lo hubiera hecho ahora para convertirme en tu alimento, y darme así el placer de hospedarme en tu alma y de tomar en tu corazón mi descanso de amor.

Venid, pues, venid todos, y gustad cuan suave es el Señor... ¡Hosanna! ¡Es infinita su misericordia!

V. Corazón de Jesús, que ardes de amor por nosotros.

R. Inflama nuestros corazones en tu divino amor.

ORACIÓN

Concédenos, Señor Jesús, por tu santa gracia, un divino fervor, tal que, una vez saboreada la suavidad de tu dulcísimo Corazón, sepamos despreciar las cosas terrenas y amar las celestiales: tú, que vives y reinas con Dios Padre, en unidad con el Espíritu Santo, Dios, por todos los siglos de los siglos. Amén.

V. Corazón de Jesús, que ardes de amor por nosotros.

R. Inflama nuestros corazones en tu divino amor.

A LA BENDICIÓN

Bendíganos, Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y por este Santo Sacrificio, "venga a nos el reinado del Sagrado Corazón".

V. Corazón de Jesús, que ardes de amor por nosotros.
R. Inflama nuestros corazones en tu divino amor.

ÚLTIMO EVANGELIO

✞ Continuación del Evangelio según San Juan (cap. 19).

En aquel tiempo, como era día de Preparación o viernes, para que los cuerpos no quedasen en la cruz el sábado (que, cabalmente, era aquel un sábado solemne), suplicaron los judíos a Pilatos que les quebrasen las piernas a los crucificados y los quitasen de allí.

Vinieron, pues, los soldados y rompieron las piernas del primero y del otro que había sido crucificado con él. Más al llegar a Jesús, como le vieron ya muerto, no le quebraron las piernas, sino que uno de los soldados, con la lanza, le abrió el costado, y al instante salió sangre y agua. Y quien lo vio, lo asegura, y su testimonio es verdadero.

Gloria. Revelación de Paray-le-Monial, o sea, el Evangelio del Sagrado Corazón.

"En aquel tiempo, estando el día de San Juan Evangelista delante del Santísimo, se me presentó el Corazón divino como en un trono de fuego y de llamas... La llaga que se le había inferido en la cruz aparecía visiblemente. Una corona de espinas rodeaba al Sagrado Corazón, y lo remataba una cruz. El Salvador me hizo descansar largo rato sobre su pecho divino, y me descubrió los secretos inefables de su Corazón, y en seguida me hizo conocer que los deseos vehementes que tenía de ser amado lo habían impulsado al revelarles su Sagrado Corazón... Me aseguró que gozaba inmensamente con ser honrado bajo la forma de un corazón de carne, cuya imagen quería fuese expuesta públicamente... y me añadió que esta devoción era el último esfuerzo de su amor.

Pidióme el corazón, y yo le dije que lo tomara, lo que hizo, guardándolo en el suyo divino y adorable... Entonces me dijo: "¡Hasta ahora te has llamado mi esclava; en adelante te llamarás la discípula amantísima de mi Corazón..."

En otra ocasión, delante del Santísimo Sacramento expuesto, Jesucristo, mi dulce Maestro, se me apareció resplandeciente de gloria y convertidas sus cinco llagas en cinco soles... Y, hablándome, me dijo: "Dame el consuelo de reparar la ingratitud de los hombres..." Y abriéndome su Corazón: "Toma", me dijo, y una llama, escapándose de él, pareció penetrarme y consumirme. "Nada temas... continuó Jesús—, yo seré tu fuerza. Y, en primer lugar, me recibirás en el Santísimo Sacramento cuantas veces te lo permita la obediencia. Has de comulgar, además, los primeros viernes de cada mes. Todas las noches, del jueves al viernes, te haré participar de la mortal tristeza que quise padecer en el Huerto de los Olivos. Y para acompañarme en esta humilde plegaria, te levantarás entre once y doce de la noche y pedirás misericordia por los pecadores... y me consolarás..." "He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres, y que no ha dejado, nada por hacer, hasta aniquilarse y consumirse para manifestarles su amor; y en retorno, no recibe de la mayor parte sino ingratitudes, irreverencias y sacrilegios... Y lo que más me duele es que, entre estos ingratos, hay corazones que me están consagrados. En consecuencia, te pido que en el primer viernes después de la Octava del Santísimo Sacramento se establezca una fiesta para honrar mi Corazón, comulgando en ese día, y desagraviándole por los menosprecios que ha recibido desde que está expuesto en los altares. Te prometo que mi corazón se dilatará para derramar con abundancia las influencias de su divino amor en aquellos que le rindan este honor, o que procuren de otros que se lo tributen."

(De los escritos de Santa Margarita María.)

¡Gracias sean dadas a Dios, y gloria y amor y reparación a los Sagrados Corazones de Jesús y de María, por los siglos de los siglos!

Amén.

Reciten los asilados todos los viernes, después de la Misa, la siguiente

ORACIÓN A SANTA MARGARITA MARÍA

¡Oh, Bienaventurada Margarita María!, depositaría venturosa del tesoro de los cielos, el Corazón divino de Jesús, permite que, considerándote mi hermana en este incomparable amor, me des, con generosidad, la parte que me corresponde en esa mansión de infinita caridad. Confidente de Jesús, acércame tú al Sagrario de su pecho herido; Esposa de predilección, enséñame a sufrir por la dilatación de aquel reinado, cuya causa te confió el Maestro; Apóstol del Sagrado Corazón, consígneme que se realicen conmigo las promesas que, en beneficio de su gloria, te hizo ochenta y siete veces el Amado; Discípula, mil veces regalada, del divino ¡Corazón, enséñame la ciencia de conocerlo, como lo conociste tú, en perfecto olvido de mí mismo y de la tierra; Víctima del Corazón de Jesús Sacramentado, toma el mío y ocúltalo en la llaga donde tú viviste, compartiendo ahí la vida del Cautivo del amor. Él te dijo, hermana muy amada, que dispusieras, en la eternidad del cielo, de este otro cielo: el de su Corazón sacramentado... ¡Oh, Margarita María!..., entrégamelo, pues, para consumirme en ese incendio; dámelo para llevarlo, como vida redentora, a los pobres pecadores, y como glorificación de ese mismo Corazón divino, a las almas de los justos. ¡Ah, sí!, compartamos, hermana mía, el mismo sacrificio, el mismo apostolado, el mismo paraíso del Corazón di-vino de Jesús: ¡venga a nos su reino!

LA CONFESIÓN

Las almas piadosas sacan relativamente poco provecho de sus confesiones por falta de "sencillez". Cualidad es esta en la que conviene insistir grandemente, porque es un resumen de otros requisitos substanciales, como son, arrepentimiento y humildad.

Por sencillez en la Confesión entendemos la natural y espontánea declaración de la culpa, expuesta sin rodeos, sin disimulos, en pocas palabras, con la franqueza humilde que ordinariamente tiene el pobre, y con la brevedad del niño, que no sabe formar frases, enteramente inútiles en la acusación sacramental

MÉTODO.

Si, como es costumbre entre las personas piadosas, se hace un examen de conciencia diario, el que precede a la Confesión debe ser brevísimo. La preparación, en tales casos, se reduce principalmente a una plegaria, que avive el espíritu de fe y excite la contrición.

ORACIÓN ANTES DEL EXAMEN.

Espíritu Santo, manantial de luz, ven y ayúdame a conocer todos mis pecados.

Manifiéstamelos tú mismo, como cuando comparezca ante tu soberana justicia. Dame a conocer el mal que haya cometido o el bien que hubiere omitido, el número y la gravedad de mis infidelidades en el servicio de Dios, mis culpas contra el prójimo y el descuido de los deberes de mi estado.

Señor Jesús, no permitas que me seduzca o ciegue el amor desordenado de mí mismo: "Aquel a quien amas, helo aquí, viene enfermo"; "haz que vea", y rasga el velo de mi propia vanidad, para que nada me estorbe conocerme y conocerte. Háblame como hablaste a la feliz Samaritana, revélame lo más íntimo de mi conciencia, y al propio tiempo que me des el conocimiento de mis pecados, inspírame un santo aborrecimiento hacia ellos. Forma en mí la resolución de no cometerlos más y quebranta la dureza de mi corazón, encendiéndolo en el fuego de tu divino amor. ¡Corazón piadosísimo de Jesús, ten misericordia de mí!

EXAMEN

He aquí algunas breves indicaciones con respecto al examen. Nos referimos especialmente a personas que, como los asociados, se confiesan y comulgan por lo menosuna vez al mes.

LA CONFESIÓN

1° El defecto dominante..., v. gr., en materia de caridad: ¿soy más delicado en mis juicios y apreciaciones?... ¿He tenido más cuidado en mis palabras de censura o crítica?... ¿He ganado en aquella fineza con que debo tratar a todos, disimulando sus defectos, disculpando imperfecciones, exactamente como lo quisiera para mí mismo, y como el Señor Jesús lo hace siempre conmigo?...

2° Correspondencia a la gracia, y en especial a la que recibo en los sacramentos de Confesión y Eucaristía... ¿Cumplo mis resoluciones y propósitos de enmienda o de mayor fervor, las promesas de mis retiros..., las buenas inspiraciones y el santo temor de Dios que me han sugerido una lectura espiritual, la muerte repentina de un amigo, una predicación o el

buen ejemplo?... ¿Las he aprovechado como solicitaciones que son de Jesús, que pasa apremiando a las almas con su caridad?...

3.° Espíritu de fe.—¿ Vivo sobrenaturalmente en los detalles cotidianos de mis quehaceres, de mis contrariedades, de mis proyectos?... ¿Busco realmente en todo ello a Jesús?... ¿Sé descansar en su providencia de amor?... ¿No me preocupan, con exceso, mis incertidumbres de la tierra?... En las penas, sobre todo, ¿veo siempre la razón divina de esas cruces?... ¿No culpo en demasía a mala suerte o a mala voluntad de criaturas lo que muchas veces es un divino tormento, que purifica y salva?...

4° Faltas corrientes: impaciencias, poco fervor de espíritu (no sensible) en las prácticas de piedad—amor propio y susceptibilidad exagerada—, poca resignación cristiana en los contratiempos,— rutina en oraciones y recepción de Sacramentos, y algún descuido de ciertos deberes de estado...

5° Falta de temor de Dios. (Como en esta materia puede haber fácilmente pecado mortal, hágase el examen con detención.) ¿He dejado de oír Misa, los días de obligación, sin grave motivo?... ¿He leído imprudentemente libros o revistas contrarias a la fe o a la moral cristiana, con el pretexto corriente, pero tan mal fundado, de que esas lecturas y los grabados libres y mundanos no hacen daño sino a ciertas conciencias mal formadas?... ¿He sido siempre muy delicado en modales, en el vestir, en mis relaciones de amistad, en pensamientos, en miradas y conversaciones?... ¿He sido prudentísimo y cauteloso en la asistencia a espectáculos y frecuentación del teatro?... Si en toda esta materia, tan grave, hubiera, por desgracia, motivo de remordimiento, ruéguese al confesor que ayude, para perfecta tranquilidad del penitente. (Si el anterior examen no bastara, recórranse los Mandamientos)

Reflexión. —"El Maestro está ahí y te llama."

Saludo de amor a Jesús en el Sagrario: Señor, yo no tengo el alma de aquella generosa Magdalena, que amó hasta la inmolación...; pero tú eres exactamente el mismo Jesús, que la hizo santa en el dolor y heroica en la fidelidad a tu compasivo Corazón.

ORACIÓN DESPUÉS DE LA CONFESIÓN

Alma mía, bendice al Señor tu Dios, y bendiga a su Corazón adorable todo cuanto hay en mí, porque él es quien me perdona todos mis pecados; él quien cura todos mis achaques; él quien me libra de la muerte y me colma de gracias y favores. ¡Cuán bueno es él y cuan misericordioso! No me trata, no, según merecen mis culpas, ni me castiga cual pide mi malicia.

Justicia de mi Dios: no tengo con satisfacer por mis pecados, pero yo te ofrezco los méritos de mi Salvador. Te presento el Corazón de Jesús; si no tengo todo el dolor que exigen mis pecados, mira el que por ellos tuvo ese adorable Corazón. Esa profunda y cruel herida, esa sangre que mana, la agonía que padece, abogan por mí y dan testimonio de que Jesús divino ha satisfecho por todas mis ofensas.

Perdona, Dios mío, mi vanidad y orgullo, en consideración a la humildad de tu divino Hijo; perdona mis iniquidades, en consideración a su caridad; mis regalos, por la hiel y vinagre que bebió se diento en la cruz.

¡Oh, Corazón de Jesús! Sé mi rescate, como ya eres fuerza, esperanza y sostén de este pródigo rescatado por tu misericordia inagotable.

Dios mío, y sí aun me pides otra satisfacción, me someto, a tu voluntad y acepto sin reservas las penalidades y tribulaciones que pudieran venirme de las criaturas, o de ti mismo, para probarme en esta vida; todo lo acepto como venido de tu providencia paternal, y te lo ofrezco por manos de María, y en unión con sus lágrimas de Corredentora. Recibo también, con el mismo espíritu de reparación, la penitencia impuesta por el confesor, y la uno, ioh, Salvador mío!, a los dolores de tu pasión y muerte. Suplan, Señor, a la imperfección de mis obras tus méritos y la inmensa caridad de tu Corazón.

Es conveniente rezar inmediatamente la penitencia sacramental.

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María, por todos los siglos de los siglos. Amén.

Ven, Jesús, te aguardo con los anhelos y las vehemencias de amor incomparable de tu dulce Madre, la Virgen María.

LA SAGRADA COMUNIÓN

IMPORTANCIA DE SU FRECUENTE RECEPCIÓN

Nada importa tanto al hijo de los Sagrados Corazones como el penetrarse de la vida de Jesús en la divina Eucaristía, mediante la Comunión muy frecuente y fervorosa. No es aventurado el afirmar que en el conocimiento y en la recepción de este dulcísimo misterio de fe y de caridad. Dios tiene cifrados altísimos designios de santificación para nosotros, y de gloria para su Sagrado Corazón. ¡Ah! Y por felicidad inmerecida, vivimos en una época en que la Iglesia, con incomparable sabiduría, ha dejado francamente abierta esta Arca de Alianza, y llama a todos, con grandes voces, para que se acerquen, si posible fuera, diariamente, al banquete de la vida.

La Comunión cotidiana, como alimento indispensable, como substancia y vida de nuestra propia vida, tal es el deseo vehemente de Jesús, de la Iglesia y de la Asociación de los Sagrados Corazones para la renovación del mundo, en la formación de una nueva generación de santos y de mártires.

En esta convicción, y dejando toda clase de vanos escrúpulos y de vacilaciones de tibieza, acérquense todos los días los hijos de los Sagrados Corazones a la sagrada Mesa, con espíritu de amor reparador y en demanda fervorosa del triunfo del Corazón de Jesucristo. Y todos hagamos de esta idea salvadora una entusiasta propaganda.

PREPARACIÓN A LA SANTA COMUNIÓN

ADORACIÓN

Adorote, ¡oh Dios oculto!...

Desprendido de todas las vanidades de la tierra, me acerco a ti, Señor sacramentado, Dios oculto en esta Hostia sacrosanta. Y aquí, confundido con los ángeles del cielo y del santuario, ¡te adoro, Señor tres veces santo!... ¡Te adoro, aniquilado en este Sacramento por mi amor! ¡Te adoro, oh Jesús hecho pan, convertido en alimento de los que rescataste

con tu sangre! Tú eres grande, Dios sacramentado; eres inmenso en el poder, y sobre todo eres infinito en el amor.

Y toda tu majestad y tu grandeza la abates en esta Eucaristía, para llegarte hasta mí y arrastrarme confiado al abismo de tu amoroso Corazón. Adórenle conmigo los cielos y la tierra, en este misterio de tu insondable caridad; que los ángeles y los hombres se confundan en una alabanza de eterna adoración, porque en este altar has superado las maravillas de tu Calvario y de tu cielo.

¡Oh! ¡Cómo revela las magnificencias de tu amor y los tesoros inagotables de tu Corazón, Señor Jesús, esta cena deliciosa!... Yo soy polvo y nada en tu presencia soberana, y al adorarte, confieso que no hay en ti majestad más arrobadora que la majestad de tu aniquilamiento en el altar. En él te adoro, pues, con una fe ardorosa y ciega... Te adoro con la fe, tan probada, de los Reyes Magos, que te adoraron pequeñito en un establo; te adoro con la fe humilde de los pastorcitos, los predestinados desde tu cuna.

¡Ah! ¡Y te ofrezco esa adoración en el altar de la Virgen María, y en esa ara de holocausto te presento las adoraciones todas de la tierra, unidas a las que te ofreció tu Madre!

HUMILDAD

¡Yo no soy digno!...

Yo no soy digno, Señor Jesús, de que entres en mi pobre morada, y confieso la miseria de la habitación elegida por tu misericordia. No soy digno; pero, cabalmente, Jesús, para ser menos indigno de recibirte en adelante, te ruego, humildemente, te llegues a la mansión de esta alma pobrecita que te aguarda... Lo dijiste tú mismo, Salvador amabilísimo: yo soy enfermo, por eso acudo a ti en busca de remedio; estoy agobiado de dolencias, por eso vengo en busca del médico amoroso; he caído tantas veces, a pesar de mis propósitos, por eso vengo a robustecerme con el abrazo de tu caridad... Me falta luz, y tú eres la luz que alimenta a todo ser que nace en las tinieblas de este mundo; he vivido extraviado; quiero, una vez para siempre, dar contigo, que eres el camino, la verdad y la vida... Tengo hambre, Jesús, hambre de consuelos y de paz; tengo hambre de cielo, acá en la tierra, ¡y tú eres el Pan de la inmortalidad!

Déjeme, pues, que me acerque, pobre, ciego, enfermo, a las fuentes de las aguas, a la piscina de tu pecho herido, ya que tengo el derecho de la Samaritana y el del paralítico; aguardo al Hombre Dios, que está en este Sacramento en espera de las ovejitas necesitadas de Israel. No soy digno, Maestro; pero di una sola palabra que me lleve confiado hasta tus plantas; soy un pobre pecador, pero no te apartes de mí, ¡tú que eres la misericordia y el perdón!... Sí, es cierto, no soy digno; pero habla, Jesús, llámame, "mándame venir a ti y mi alma será sana".

DESEO

Como el ciervo sediento...

¡Qué sed de ti, insaciable, has despertado en mi alma, Jesús divino, con los sufrimientos de la tierra y con tu visita sacramental en esa Hostia! La vida no sería vida para mí si no tuviera, Salvador querido, ese tabernáculo, en el que vengo a apagar las ansias que tu Corazón ha despertado en el mío. ¡Ven, Jesús, ven pronto; tú, el tesoro de los pobres! ¡Ven, Maestro; el desierto es triste, la senda es dolorosa, como la de tu Calvario!... ¡Ven, Amigo, tú que penetras en lo más íntimo y que endulzas las secretas amarguras del destierro!... ¡Ven, ábreme el costado; llega pronto; déjame, como a las avecitas, beber, hasta saciarme, de este torrente de amor y de resurrección!

No demores, porque las criaturas están espiando mis pasos, y quisieran arrebatarte mi cariño... No tardes, desfallezco de amor; quiero sentarme y descansar en el banquete de la vida; quiero olvidarme de mí mismo por un instante; quiero olvidarlo todo para saborearte a ti, ¡oh, Pan, oh, Fuente, oh, Paraíso, Jesús dulcísimo! ¡Ven, Señor: te llamo con la esperanza con que te llamaron los pro fetas de la Ley antigua!... ¡Ven, Jesús: te espero con la fe de los Patriarcas! ¡Ven, Amado: te aguardo con los anhelos, con las vehemencias de amor incomparable de tu dulce Madre, la Virgen María!... ¡Ella te espera aquí, en la vivienda desmantelada de mi corazón, para entonar conmigo el himno de reconocimiento a tu Corazón Sacramentado! Ven, ¡oh, Jesús!, no tardes, pues me abraso en el deseo de estrecharte. ¡Ven! Tengo sed de ti...

OFRENDA

Y adorándole, le ofrecieron sus regalos...

"Mi corazón está ya preparado", Jesús; ven y encontrarás, supliendo mi indigencia, los tesoros con que enriqueciste a los amigos de tu Sagrado Corazón. Me he cubierto, desde luego, con la pureza de María Inmaculada, Madre tuya y mía: ella ha perfumado, cariñosa, mi conciencia con el aroma de los lirios de su alma virginal. Traigo la confianza de tu padre adoptivo, y al abrazarte me llego a ti con el sencillo abandono de San José, sobre cuyas rodillas dormitaste tantas veces, en Belén y Nazaret. Y porque me aguardas con ansias de amor en el Sagrario, me acerco sediento, para depositar sobre tu pecho divino las confidencias de mi vida, con la intimidad encantadora de Lázaro y de, Marta, tus amigos ¡Ah!, cierto estoy de que tú me mirarás con la intensidad y la ternura con que mirabas a María Magdalena, y yo, como ella, vengo a morir la vida de la tierra en tu Corazón, que es el centro de mi nueva vida... Para ello déjame ser, en este penosísimo camino, lo que fue tu apóstol regalado Juan; como él, me apoyaré dulcemente en ti, y sin palabras, que yo no sé hablar, pero con anhelos y palpitaciones de este corazón que me has robado, te contaré, en secreto, cuánto ansió transformarme en ti, por tu Eucaristía sacrosanta. Y junto con la ternura de Juan, te presento el amor ardiente de Margarita María, su hermana y también la mía, en tu Sagrado Corazón; como ella, tu dichosa confidente, subo osado hasta tu pecho herido, y ahí deposito mi única plegaria, la que tú mismo enseñaste a tu primera apóstol: "¡Venga a nos el reinado universal de tu divino Corazón!"

¡Ven, pues, amado; salva el abismo de mi nada, y absórbeme, por entero y para siempre, en el abismo de tu sagrado Corazón!... ¡Ven!

ACCIÓN DE GRACIAS

ADORACIÓN

El Verbo... habitó entre nosotros...

En mi pecho estás, Jesús amado, pues no obstante la pobreza e indignidad de esta morada, has querido trocar por ella tu paraíso, venir y descansar bajo mi techo y hablar a mi corazón en la intimidad del amor. Mi alma, unida a la tuya divina, y mi corazón, que late con el tuyo sacrosanto, te adoran reverentes en esta Hostia eucarística. En mi pecho estás, tú, Señor, que no cabes en los cielos de los cielos; tú, que buscas la santidad, el fervor y la pureza. Pero también eres aquel mismo buen Jesús que se encarnó por los pecadores, y que amó con predilección a los enfermos y desvalidos. Sí, tú, el Santo de los Santos, el Dios del Sinaí y del Calvario; tú, que eres mi Redentor y mi Padre, y que has de ser mi Juez, tú estás conmigo, estás en mí, y así lo creo firmemente, porque eres infinita verdad. Lo creo, y confío en que esta fe divina me salvará lo creo en desagravio de la incredulidad y tibieza de tantos que no te reconocen ni te aman en el Sacramento del Altar. ¡Oh! Sí, lo creo, y al abrazarte en este dichoso instante siento dulzuras anticipadas de tu cielo. Y ahora que te poseo, hago protesta solemne, Señor Jesús, de mi ardiente fe y del deseo sincero que tengo de vivir y de morir en la dulcísima creencia de este misterio de tu inefable amor. Creo, ¡oh, Jesús sacramentado!, que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios vivo.

(Un Padre nuestro en reparación de la falta de fe.)

AMOR

Tú, Señor, que todo lo sabes, tú sabes que te amo...

¿Por qué me has dado, ¡oh, buen Jesús!, un corazón tan pobre, debiéndote pagar finezas y dones infinitos? ¿Por qué no he de tener un corazón de santo? ¿Por qué no he de sentir ardores de serafín para amarte con amor del alma, con todas las potencias y facultades de mi ser? ¡Oh, cuánto anhelo pertenecerte, ser tuyo, amándote sobre todas las cosas del cielo y de la tierra! Enciende, Jesús Sacramentado, enciende en mí la hoguera de tu amor; inflama mi espíritu en una llama inextinguible de amor íntimo y sincero, de amor eterno y generoso. Sí, quiero amarte: enséñamelo tú mismo, ¡oh, Prisionero del Altar y de mi alma!... Y ahora que la habitas, prende en ella el fuego sagrado en que te abrasas. A ello, Señor, has bajado a la tierra de mi corazón, a consumirlo con tu caridad. Si

hasta ahora no te he amado, perdóname; perdona también, misericordioso Jesús, a cuantos te corresponden con amarga ingratitud en esta Hostia divina, y olvida los ultrajes que en ella recibes. Yo te amo, ¡oh, buen Jesús!, en nombre mío; te amo en nombre de cuantos te ofenden y escarnecen; perdónales su frialdad, y en prueba de que también perdonas mi tibieza, acrecienta en mí, ¡oh, Corazón dulcísimo!, el amor de tu gloria, el celo de las almas, la sed insaciable de amarte hasta el último aliento de mi vida. ¡Tú, Señor Jesús, que todo lo sabes, tú sabes que te amo!

(Un Padre nuestro en reparación de la falta de amor.)

PETICIÓN

Señor, si tú quieres, puedes sanarme…

Al entregarme tu Corazón, Señor Jesús, el mío, cansado de sufrir, ha encontrado reposo divino en tu pecho sacro santo. ¡Oh, cuan dulce es padecer y llorar contigo, y poder confiarte las tristezas íntimas y las miserias del alma! Deja, pues, que te exponga mi pobreza; deja que se desborden en ti mis anhelos, mis ansias supremas de felicidad y de amor, ya que siento el eco bendito de tu voz amiga, que me dice: "Pide, hijo mío, y recibirás." Señor, tú sabes mejor que yo mismo lo que necesito en mi indigencia; tú conoces la flaqueza de mi corazón, y comprendes las necesidades apremiantes de mi naturaleza frágil e inconstante... ¿Qué he de pedirte, pues, Jesús amado, si no es tu amor, que robustezca mi voluntad, y tu fe, que me haga comprender los intereses de tu gloria?... Aumenta, Jesús, esas virtudes en mi alma; hazme feliz en tu caridad, en la unión estrecha de mi corazón con tu Corazón divino. Concédeme la dicha inefable de conocer te para amarte, y de conocerme para despreciarme. Inflama mi espíritu en la sed inextinguible de padecer por tu amor y hazme sentir que soy posesión enteramente tuya. Tu reinado, Dios mío, tu amor divino en mi corazón y en el de los míos, la vuelta al redil de aquellos seres a quienes amo para ti, tal es, Maestro, mi petición humilde y confiada: atiéndela según tu gran misericordia! Mi alma está enferma: sánala; mi hogar, atribulado: otórgale tu paz y tu consuelo. Tú eres, ¡oh, Jesús sacramentado!, mi fortaleza; tú mi amor, mi vida; sólo tú, serás mi todo hasta la eternidad.

(Un Padre nuestro por el triunfo del Sagrado Corazón en la Comunión diaria.)

AGRADECIMIENTO

¡Gracias te sean dadas!...

Al buscarme, ¡oh, buen Jesús!, en la intimidad de esta Comunión no ignorabas la pobreza y desnudez de mi alma, enamorada de tu hermosura. Mi humilde confesión sea, pues, el primer homenaje de mi acción de gracias.

Recibe mi nada, ¡oh, Dios aniquilado del Sagrario!... Acepta, benigno y manso, la ofrenda de mi corazón y de mi buena voluntad. No rechaces el obsequio de deseos ardorosos, los propósitos de virtud, de santidad, que te presento por manos de la Virgen Inmaculada. Ella, hablándote a la herida de tu Corazón, sabrá decirte que, a pesar de mi miseria, es mucho, ¡oh, Jesús!, es mucho lo que quiero amarte, en reconocimiento por el don de tu divina Eucaristía.

Y si no te bastan las palabras de amor de María, te ofrezco sus lágrimas, te doy su cariño, te presento su Corazón, que bien sabes me pertenece porque soy su hijo. ¡Ah! Recibe además, en testimonio de agradecimiento, las almas, tu carísimo tesoro y también el mío... Te ofrezco, en especial, aquellas que se abrazan en la hoguera de amor de tu divino Corazón. Y, en fin, tómame a mí sin reserva; con súmeme, y hecho sacrificio para el triunfo de tu gloria, sea yo un holocausto de acción de gracias por el incomparable beneficio del maná de tu Sagrario.

¡Gloria en los cielos, gloria, adoración y alabanza en la tierra, por los siglos de los siglos a tu Corazón sacramentado!

(Un Padre nuestro en reparación ríe la indiferencia y de la ingratitud con que se hiere al Sagrado Corazón en la Eucaristía.)

A JESÚS CRUCIFICADO

Dulcísimo y bondadosísimo Jesús, yo me postro a vuestros pies y os ruego y suplico, con todo el fervor de mi alma, os dignéis grabar en mi corazón vivos sentimientos de fe, esperanza y caridad, verdadero dolor de mis pecados y firme propósito de nunca más ofenderos. Mientras tanto, yo considero dentro de mi alma, y contemplo con grande afecto y compasión

vuestras cinco llagas, teniendo presente a mis ojos lo que de Vos, ¡oh! buen Jesús!, tenía ya dicho el profeta David: Han taladrado mis manos y mis pies, y se pueden contar todos mis huesos.

(Para ganar indulgencia plenaria, es necesario rezar esta oración de rodillas ante un Crucifijo, y añadir alguna otra por las intenciones del Sumo Pontífice: tres Padre nuestros y Ave Marías, por ejemplo.)

ORACIÓN

Para propagar la práctica de la Comunión diaria.

¡Oh, dulcísimo Jesús, que habéis venido al mundo para dar a todas las almas la vida de la gracia, y que para conservar y aumentar en ellas esta vida habéis querido ser el manjar de cada día y el remedio cotidiano de su cotidiana debilidad! Humildemente os suplicamos, por vuestro Corazón abrasado en amor nuestro, que derraméis sobre todas las almas vuestro divino Espíritu. Haced que vuelvan a Vos, y recobren la vida de la gracia, aquellas que estén en pecado mortal; y que las almas dichosas, que por vuestra bondad viven de esta vida divina, se acerquen devotamente cada día, siempre que puedan, a vuestra sagrada Mesa, a fin de que por medio de la Comunión diaria, reciban diariamente el antídoto de sus pecados veniales cotidianos, y alimentando en ellas cada día la vida de la gracia, y hermoseándose más con ella, lleguen por fin a poseer con Vos la vida bien aventurada. Amén.

Con el fin de que se promueva la recitación de la precedente plegaría en favor del uso de la Comunión diaria en el pueblo cristiano. Su Santidad Tío X se ha dignado conceder 300 días de indulgencia cada día, y una Plenaria aplicable a las almas del Purgatorio, previa la Sagrada Comunión y la visita de una iglesia, a los que la hubieren rezado durante un mes. —(S. C de Indulgencia, 30 mayo 1905.)

ACEPTACIÓN DE LA MUERTE

Señor y Dios mío, desde este momento acepto de tu mano con resignación y plena voluntad cualquier género de muerte que te pluguiese enviarme, con todas sus angustias, penas y dolores.

Indulgencia plenaria para el artículo de la muerte para cuantos la digan después de confesar y comulgar con verdadero amor de caridad hacia Dios. (Pío X, 9 marzo 1904.)

ACTO DE CONSAGRACIÓN AL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA, EL DÍA DE LA PRIMERA COMUNIÓN

¡María!... ¡Qué felices somos! Hace pocos instantes nos acercábamos con ansia, a Jesús... A tu dulcísimo Jesús... A aquel mismo Jesús, que, cuando pequeñito como nosotros, estrechabas con tanto amor contra tu pecho virginal...

Pero, ¡ah!, sabemos que los dos sois inseparables, que donde está Jesús necesariamente debes estar tú también. Por eso ahora... ahora que le tenemos a El dentro de nosotros, acudimos presurosos a tu altar, Madre nuestra adorada, a decirte que nos damos a ti con toda generosidad..., en cuerpo y alma...; que nos ponemos confiadamente en tus purísimas manos...; que, en una palabra, nos consagramos por completo a ti que eres nuestra protectora, nuestra abogada, ¡nuestra Madre!

Pues, mira..., niños ¡nocentes, vamos caminando por un sendero tapizado dE flores que embalsaman el ambiente con sus aromas... En este hermoso albor de nuestra vida, la sonrosada aurora, con todos sus encantos, orla nuestras frentes de niño... Pero, ¡ah!, una voz amiga, la voz del Ángel de la Guarda..., la voz de nuestros padres, de nuestros profesores, nos murmura al oído que entre, esas brillantes flores se desliza traidora la serpiente infernal...; que ese cielo tan puro y tan sereno al despuntar la mañana, no tardará en verse cubierto de espesos nubarrones, presagio de horrenda tempestad.

En esos trances terribles, en esos momentos de angustia, sé Tú, Madre del alma, nuestro sostén, nuestro consuelo; aconséjanos lo que debemos hacer para no ofender a Jesús..., a este Jesús que estrechamos ahora en nuestro pecho.

Sí, tú eres nuestro recurso incesante ante el trono de Dios..., nuestro refugio en las penas..., nuestro consuelo en los trabajos..., nuestro modelo en el dolor… ¡Corazón Purísimo de María!... Por tu inocencia, por tu candor, por tu pureza)..., hoy, en este día de nuestra Primera Comunión, te pedimos que nos libres siempre de los lazos de Satanás...; él quiere pisar en nuestras almas la sangre redentora..., la tuya, ¡Madre del alma! Pero tú, Virgen poderosa, sálvanos del enemigo..., muestra que eres nuestra Madre poniendo bajo tus plantas a la infernal serpiente. Ahuyéntala de nosotros y conserva nuestras almas siempre puras, siempre hermosas, para que muriendo en este estado podamos darte un eterno abrazo en el cielo. Así sea.

ROSARIO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

El Rosario es una forma de oración muy agradable al Señor, revelada a Santo Domingo por la Santísima Virgen. Los Sumos Pontífices lo han recomendado grandemente a la piedad de los fieles y lo han enriquecido con muchas preciosas indulgencias.

El Rosario entero comprende ciento cincuenta Ave Marías, divididas en quince decenas; cada decena se compone de un Padre nuestro y diez Ave Marías. El Rosario ordinario consta de cinco decenas.

ACTO DE CONTRICIÓN

Señor mío Jesucristo, Dios y hombre verdadero. Creador, Padre y Redentor mío: por ser Vos quien sois y porque os amo sobre todas las cosas, me pesa de todo corazón haberos ofendido; propongo firmemente nunca más pecar, apartarme, de todas las ocasiones de ofenderos, confesarme y cumplir la penitencia que me fuere impuesta. Ofrezcos, Señor, mi vida, obras y trabajos en satisfacción de todos mis pecados; y así como os lo suplico, así confío en vuestra divina bondad y misericordia infinita, me los perdonaréis por los méritos vuestra preciosísima sangre, pasión y muerte, y me daréis gracia para enmendarme y perseverar en vuestro santo servicio basta el fin de mi vida. Amén.

Durante la recitación del Rosario, debe meditarse sobre los Misterios de la vida, pasión y resurrección de nuestro divino Salvador.

Estos Misterios son quince, los que se reparten entre los días de la semana de la manera siguiente:

MISTERIOS GOZOSOS (Lunes y jueves.)

El primero: la Encarnación del Hijo de Dios.
El segundo: la Visitación de la Santísima Virgen a su prima Santa Isabel.
El tercero: el Nacimiento de nuestro Señor Jesucristo.
El cuarto: la Presentación del Niño Jesús en el templo.
El quinto: la Pérdida del Niño Jesús y su encuentro en el templo.

Pídase a la Santísima Virgen en estos días el triunfo del Corazón de Jesús en la sagrada Eucaristía y muy particularmente mediante las prácticas de la Comunión diaria, la Adoración del Santísimo y la Hora Santa.

MISTERIOS DOLOROSOS (Martes y viernes)

El primero: la Oración en el Huerto.
El segundo: la Flagelación.
El tercero: la Coronación de espinas.
El cuarto: Jesús lleva la cruz a cuestas.
El quinto: la Crucifixión y muerte de nuestro divino Redentor.

Pídase especialmente en estos días a la Virgen Dolorosa el triunfo del Corazón de Jesús en la conversión de los pecadores.

MISTERIOS GLORIOSOS (Domingos, miércoles y sábados.)

El primero: la Resurrección.
El segundo: la Ascensión.
El tercero: la Venida del Espíritu Santo.
El cuarto: la Asunción de María Santísima.
El quinto: la Coronación de María en el cielo.

Pídase en estos días, con particular fervor, a la Inmaculada, el triunfo del Corazón de Jesús en la santificación de las almas consagrada, y de todos los justos. Se termina ordinariamente el Rosario con el siguiente

OFRECIMIENTO

¡Oh, Virgen Santísima María, Madre de Dios y Señora Nuestra! Nosotros te ofrecemos esta parte del Santísimo Rosario en honor y reverencia de estos cinco misterios..; (se dicen los que se han rezado), y te suplicamos por ellos nos alcances de tu Santísimo Hijo la exaltación de nuestra fe católica, la extirpación de las herejías, paz y concordia entre los príncipes cristianos, victoria contra infieles y herejes, conversión de todos ellos a nuestra sagrada religión, y de todos los pecadores a verdadera penitencia; el descanso de las benditas almas del purgatorio; salud espiritual y corporal de todos los vivos, y en particular, Virgen Santísima, de los que estamos juntos y congregados por la devoción de tu santísimo Rosario. Multiplica, Señora, tus devotos, y haz que sintamos en nuestros corazones los maravillosos efectos de esta saludable devoción. Ea,

favorécenos, Reina del cielo; ampáranos en todas nuestras, necesidades y peligros, alcanzándonos de tu sacratísimo Hijo el perdón de nuestros pecados, gracia y perseverancia final, para que, sirviéndote en esta vida, merezcamos verte y gozarte eternamente en la gloria. Amén.

LETANÍAS DE LA SANTÍSIMA VIRGEN

Señor, ten piedad de nosotros.
Cristo, ten piedad de nosotros.
Señor, ten piedad de nosotros.
Cristo, óyenos.
Cristo, escúchanos.
Dios Padre celestial, ten piedad de nosotros.
Dios Hijo, Redentor del mundo, ten piedad de nosotros.
Dios Espíritu Santo, ten piedad de nosotros.
Santísima Trinidad, que eres uno solo
Dios, ten piedad de nosotros.
Santa María,
Santa Madre de Dios,
Santa Virgen de las vírgenes,
Madre de Cristo,
Madre de la divina gracia,
Madre purísima,
Madre castísima,
Madre sin mancha,
Madre siempre virgen,
Madre amable.
Madre admirable,
Madre del Buen Consejo,
Madre del Creador,
Madre del Salvador,
Virgen prudentísima,
Virgen veneranda,
Virgen digna de alabanza,
Virgen poderosa,
Virgen clemente,
Virgen fiel,
Espejo de justicia,
Trono de sabiduría,
Causa de nuestra alegría,
Vaso espiritual,
Vaso de elección,
Vaso insigne de devoción,
Rosa mística,
Torre de David,
Torre de marfil,
Casa de oro,
Arca de alianza,
Puerta del cielo,
Estrella de la mañana,
Salud de los enfermos,
Refugio de los pecadores,
Consuelo de los afligidos,
Auxilio de los cristianos,
Reina de los Ángeles,
Reina de los Patriarcas,
Reina de los Profetas,
Reina de los Apóstoles,
Reina de los Mártires,
Reina de los Confesores,
Reina de las Vírgenes,
Reina de todos los Santos,
Reina concebida sin pecado original,
Reina del Santísimo Rosario,
Reina de la paz.

Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,
— Perdónanos, Señor.
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,
— Escúchanos, Señor.
Cordero de Dios, que quitas los pecados del mundo,
—Ten piedad de nosotros.
Bajo tu amparo, etc. (pág. 20).
Dios te salve, Reina y Madre, etc. (página 16).

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María, por los siglos de los siglos. Amén.

VIA CRUCIS
ORIGEN – IMPORTANCIA – INDULGENCIAS

La vía dolorosa que nuestro divino Salvador recorrió en su Pasión, desde el palacio de Pilatos hasta el Gólgota, llegó a ser para los fieles, desde aquel momento, una ruta sagrada y el término obligado de piadosas peregrinaciones. La Santísima Virgen, los apóstoles y los primeros discípulos volvieron a menudo para orar y llorar en los preciosos lugares donde Jesús había sufrido tanto: tal fue, en verdad, el origen del Vía Crucis.

Cuando la peregrinación de Jerusalén se hizo dificultosa e imposible, la Iglesia permitió hacer en nuestros templos el Vía Crucis, y concedió entonces a este piadoso ejercicio grandes favores espirituales. Los resumiremos diciendo que los Soberanos Pontífices han enriquecido esta práctica con todas las indulgencias, plenarias y parciales, concedidas a las estaciones del Vía Crucis mismo de Jerusalén, y con los que se pueden ganar visitando todos los santos lugares de la Palestina. Estas indulgencias son aplicables a las almas del purgatorio.

Para ganarlas, no son obligatorias la Confesión y Comunión; basta el estado de gracia y meditar brevemente la Pasión del Salvador. Los pecadores, que nacen este santo ejercicio recogen numerosas gracias de conversión.

ORACIÓN PREPARATORIA
QUE SE DEBE REZAR ANTE EL ALTAR MAYOR

¡Oh, Jesús, amable Salvador nuestro!, henos aquí humildemente postrados a tus plantas, en demanda de misericordia para nosotros y para las almas de los fieles difuntos. Dígnate aplicarnos los méritos infinitos de tu santísima Pasión que vamos a meditar, y haz que, al recorrer esta vía de suspiros y lágrimas, nuestros corazones estén de tal modo apenados y contritos, que en adelante aceptemos resignados todas las contrariedades, sufrimientos y humillaciones de esta vida.

Y tú, divina Madre María, que fuiste la primera en enseñarnos a caminar por la Vía Dolorosa, alcánzanos de la adorable Trinidad que se digne aceptar, en desagravio de las muchas ofensas que se le infieren, los sentimientos de dolor y de ardorosa caridad con que el Espíritu Santo quiera favorecernos durante este santo ejercicio. Amén.

I ESTACIÓN

Jesús condenado a muerte.

Reparemos el descreimiento, la cobardía o el sectarismo de tantos gobernantes.

V. Adorárnoste, Cristo, y bendecírnoste.
R. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo. Amén.

CONSIDERACIÓN

Consideremos la admirable sumisión, de Jesús al recibir la inicua sentencia que lo condena a muerte, y procuremos persuadirnos de que no solamente fue Pilatos quien lo condenó, sino también, y sobre todo, nosotros y el sinnúmero de pecadores de la tierra. Digámosle, pues, penetrados del más vivo pesar:

ORACIÓN

¡Oh, adorable Jesús!, puesto que fueron nuestros delitos los que te arrastraron a la muerte, haz que los detestemos de todo corazón, a fin de que, por nuestro arrepentimiento y penitencia, obtengamos perdón y misericordia. Amén.

Padre nuestro.
Ave María, Gloria.
Madre llena de aflicción,
de Jesucristo las llagas
Imprime en mi corazón.

Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz. Amén.

II ESTACIÓN

Jesús con la Cruz a cuestas.

Reparemos especialmente el pecado de ingratitud de tantos cristianos.

V. Adorárnoste, Cristo, y bendecírnoste.
R. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo. Amén.

CONSIDERACIÓN

Consideremos con qué mansedumbre el divino Maestro recibe sobre sus espaldas, ensangrentadas y hechas pedazos, el cruel instrumento de su propio suplicio. Quiso, de este modo, enseñarnos a llevar nuestra cruz, aceptando con toda resignación los males que nos envíe el cielo, o que nos vengan de parte de las criaturas.

ORACIÓN

¡Jesús dulcísimo!, no te correspondía a ti, siendo inocente, llevar esa pesada Cruz; esa afrenta nos era debida a nosotros, miserables pecadores, cargados con tantas Iniquidades. Danos, pues, la fuerza de imitarte, soportando sin murmurar los contratiempos y las desgracias de la vida, pues en el plan de tu paternal providencia esas tribulaciones deben servirnos para satisfacer a tu justicia y para darnos la posesión, eterna de la patria celestial. Amén.

Padre nuestro.
Ave María, Gloria.
Madre llena de aflicción, etc.
Que las almas de los fieles difuntos, etcétera.

III ESTACIÓN

Jesús cae bajo el peso de la Cruz.

Reparemos la inconstancia de los justos en la práctica de la virtud cristiana.

V. Adorárnoste, Cristo, y bendecírnoste.
R. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo. Amén.

CONSIDERACIÓN

Contemplemos a nuestro Señor Jesucristo camino del Calvario. La mucha sangre derramada en la flagelación y en la coronación de espinas lo ha debilitado de tal modo, que cae bajo la abrumadora carga, y no se levanta sino después de haber soportado, con dulzura inalterable, los ultrajes más villanos. Quiso con ello expiar nuestras caídas, y enseñarnos a levantarnos con los rigores de la penitencia, cuando hemos tenido la desgracia de caer en el abismo del pecado.

ORACIÓN

¡Oh, buen Jesús!, tiéndenos una mano generosa en medio de tantos peligros que nos estrechan por todos lados. Dígnate fortificar nuestras debilidades, a fin de que, después de haberte seguido hasta el Calvario, podamos saborear los frutos deliciosos del árbol de vida y ser después contigo eternamente dichosos. Amén.

Padre nuestro.
Ave María, Gloria.
Madre llena de aflicción, etc.
Que las almas de los fieles difuntos, etcétera.

IV ESTACIÓN

Jesús encuentra a su divina Madre.

Reparemos los delitos de los hogares, y el pecado, tan frecuente, de una educación mundana.

V. Adorárnoste, Cristo, y bendecírnoste.
R. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo. Amén.

CONSIDERACIÓN

¡Cuan doloroso debió ser para el Hijo de Dios encontrar a su amantísimo Madre en tan angustiosos momentos; y para María ver a su Hijo, infinitamente amable, arrastrado con la mayor inhumanidad por una turba de malhechores y en medio de una muchedumbre que lo saturaba de vituperios! Al verlo, su corazón maternal se siente traspasado por una saeta de dolor y embargada el alma por una angustia mortal. ¡Qué no

daría ella por librar al Salvador y arrancarlo de manos de sus verdugos! Mas luego se resigna, porque sabe que por ese camino debe obrarse nuestra redención. Uniéndose entonces al sacrificio del Hijo, María comparte con amor todos sus padecimientos, y le acompaña, estrechamente unida, hasta su último suspiro.

ORACIÓN

¡Oh, María, Madre dolorosa!, consíguenos el amor ardiente con que acompañaste a Jesucristo hasta la montaña de expiación y aquella firmeza que te animó a permanecer al pie de la Cruz, a fin de que, inquebrantablemente unidos a tu Corazón maternal, nada sea capaz de separarnos de nuestro Salvador. Amén.

Padre nuestro.
Ave María, Gloria.
Madre llena de aflicción, etc.
Que las almas de los fieles difuntos, etcétera.

V ESTACIÓN

El Cirineo ayuda a Jesús a llevar la Cruz.

Reparemos la falta de sacrificio de tantos buenos.

V. Adorárnoste, Cristo, y bendecírnoste.
R. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo. Amén.

CONSIDERACIÓN

Bendigamos la extremada condescendencia de Jesús con nosotros. Si consiente que le ayuden a llevar la Cruz, no es ciertamente porque le falten fuerzas, siendo él quien sostiene el universo, sino porque quiere enseñarnos a unir nuestros padecimientos a los suyos, compartiendo, de esta suerte, con él su cáliz de amargura.

ORACIÓN

¡Oh, Jesús, Maestro amabilísimo!, tú bebiste lo más amargo de ese cáliz, y apenas si nos dejas una parte mínima. No permitas que, haciendo obra de enemigos con nosotros mismos, rehusemos su amargura provechosa. Haz, por el contrario, que la aceptemos de buen grado, a fin de ser algún día dignos de participar del torrente de delicias con que inundas a tus escogidos en las riberas de la inmortalidad. Amén.

Padre nuestro.
Ave María, Gloria.
Madre llena de aflicción, etc.
Que las almas de los fieles difuntos, etcétera.

VI ESTACIÓN

Una mujer compasiva enjuga el rostro de Jesús.

Reparemos el pecado de respeto humano, que hace tantas víctimas.

Y. Adorárnoste, Cristo, y bendecírnoste.
R. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo. Amén.

CONSIDERACIÓN

Admiremos la acción heroica de esta piadosa mujer, que avanza por entre las filas de soldados para contemplar a su divino Maestro. Le divisa cubierto de inmundas salivas, de polvo, de sudor y de sangre. Semejante espectáculo con mueve su alma hasta las lágrimas; y sobreponiéndose a todo temor, acercase a Jesús y enjuga su rostro demudado, aquella faz divina que extasía a los bienaventurados, y cuyo resplandor no pueden soportar los ángeles. El Señor le recompensa dejándole impresa en el lienzo su divina imagen.

ORACIÓN

Jesús, tú eres el más hermoso entre los hijos de los hombres. ¡Ay!, ¡a qué estado te ha llevado el amor que nos profesas! Y, a la verdad, siendo más digno de nuestras adoraciones y de nuestro amor, mientras

más vilipendiado, te debemos una adoración rendida, así desfigurado como estás por nuestras culpas. Postrados, pues, delante de tu divina Majestad, te suplicamos que olvides tantas ofensas y devuelvas a nuestras almas su primitiva hermosura, perdida, junto con la inocencia, por el pecado. Amén.

Padre nuestro.
Ave María, Gloria.
Madre llena de aflicción, etc.
Que las almas de los fieles difuntos, etcétera.

VII ESTACIÓN

Jesús cae por segunda vez.

Reparemos la falta de propósitos serios en corregir nuestros defectos.

V. Adóranoste, Cristo, y Bendecírnoste.
R. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo. Amén.

CONSIDERACIÓN

Contemplemos al Hombre-Dios en la segunda caída; víctima sacrosanta yace en el suelo bajo el enorme peso de la Cruz en que va a inmolarse. Vedlo expuesto nuevamente a la crueldad de los verdugos. Jesús permite esta nueva caída para probarnos su amor sin límites y enseñarnos, al propio tiempo, que jamás debemos desalentarnos por nuestras frecuentes recaídas, antes bien, que es preciso saber esperarlo todo de su misericordia. Y, en fin, que en medio de las mayores aflicciones no nos dejemos abatir, porque el camino del cielo está sembrado de abrojos y espinas, ya que, para ser glorificado, es preciso siempre pasar por el sufrimiento.

ORACIÓN

¡Oh, Jesús, fortaleza nuestra! presérvanos de las recaídas; no permitas, Señor, que tengamos de perdernos, inutilizando así tantos dolores y fatigas como sobrellevaste para librarnos de la muerte eterna. Amén

Padre nuestro.
Ave María. Gloria.
Madre llena de aflicción, etc.
Que las almas de los fieles difuntos, etcétera.

VIII ESTACIÓN

Jesús consuela a las mujeres de Jerusalén que le siguen

Reparemos la dureza de corazón y la tibieza de tantos cristianos.

V. Adorárnoste.
R. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo. Amén.

CONSIDERACIÓN

Admiremos la incomparable generosidad de Jesús, que olvida, por decirlo así, sus propios sufrimientos para no ocuparse sino en endulzar la aflicción de las piadosas mujeres, inconsolables al verle en un estado tan lastimoso; mas al recomendarles que no lloren por él, cuanto por ellas mismas y por la perfidia de su patria, nos da a conocer que su Corazón no se moverá a piedad con nuestra compasión si no principiamos por llorar nuestros pecados, que son la causa única de sus dolores.

ORACIÓN

¡Amabilísimo Jesús!, consuelo supremo de las almas afligidas, míranos con ternura y con gran misericordia, y dígnate concedernos la gracia de acompañarte inseparablemente en la Vía Dolorosa con las hijas de Jerusalén, para oír, como ellas, tus palabras de vida y gozar de tus consuelos inefables. Amén.

Padre nuestro.

Ave María. Gloria.
Madre llena de aflicción, etc.
Que las almas de los fieles difuntos, etcétera.

IX ESTACIÓN

Jesús cae por tercera vez.

Reparemos el pecado de infidelidad y de apostasía de tantos traidores del Señor.

V. Adorárnoste, Cristo, y bendecírnoste.
R. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo. Amén.

CONSIDERACIÓN

Consideremos al adorable Jesús que, llegando a la cima del Calvario, dirige sus miradas al sitio donde luego va a ser sacrificado por el furor de sus mortales enemigos. Lo que le preocupa en ese instante son nuestras innumerables recaídas y la inutilidad de su sangre para tantos pecadores. Este pensamiento cruelísimo consterna y aflige su compasivo Corazón mil veces más que todas las torturas que tiene todavía que padecer, e inunda su alma en una íntima tristeza tan desgarradora que, falto de fuerzas, como en la agonía, cae sobre el suelo.

ORACIÓN

Jesús, víctima de amor, ya nada falta, y tú estás pronto para inmolarte por la salvación de los hombres. ¡Oh!, dígnate aplicarnos el mérito de tu holocausto en el tiempo, a fin de que, redimidos en ese sacrificio, merezcamos alabarte por toda la eternidad. Amén.

Padre nuestro.
Ave María. Gloria.
Madre llena de aflicción, etc.
Que las almas de los fieles difuntos, etcétera.

X ESTACIÓN

Jesús despojado de sus vestidos.

Reparemos el despojo de los derechos, que padece Jesús en su Iglesia perseguida.

V. Adorárnoste, Cristo, y bendecírnoste.
R. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo. Amén.

CONSIDERACIÓN

¡Cuánto debió padecer nuestro Señor al despojarle los sayones de sus vestiduras! La túnica se había adherido de tal modo a su carne sacratísima, que, al quitársela, se abrieron a la vez todas sus heridas, renovándose el horrible tormento de la flagelación. Pero fuere aún más doloroso el verse expuesto, en ese estado, a las miradas de una multitud soez de espectadores.

ORACIÓN

Jesús, Cordero de Dios, has llegado por fin al lugar de tu sacrificio, sin desplegar los labios para quejarte. ¡Ah!, ¡cuán elocuente y terminante es tu silencio y con qué autoridad nos predicas la necesidad de reprimir todas nuestras impaciencias y murmuraciones! Te dejas también despojar de tus vestidos para expiar nuestra culpable infelicidad al perder el don inestimable de la gracia. Permite que la recobremos para que, despojados enteramente de nosotros mismos, vivamos en adelante penetrados de los sentimientos de tu adorable Corazón. Amén.

Padre nuestro.
Ave María. Gloria.
Madre llena de aflicción, etc.
Que las Rimas de los fieles difuntos, etcétera.

XI ESTACIÓN

Jesús clavado en la Cruz.

Reparemos las afrentas dolorosas del pecado mortal, que preparó la Cruz para el Salvador.

V. Adorárnoste, Cristo, y bendecírnoste.
R. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo. Amén.

CONSIDERACIÓN

Contemplemos a nuestro Señor Jesucristo poniéndose en manos de sus verdugos para ser ajusticiado, y tendiendo se él mismo en el madero de la Cruz. ¡Qué indecible tormento debió ser el suyo al penetrar los clavos traspasando esos pies adorables y esas manos benditísimas! Rásganse sus carnes, se dislocan los huesos, sus nervios se contraen, se abren sus venas; corre la sangre a borbotones, dejándolo exhausto de fuerzas... Y, como si todo esto no bastara, le tortura una sed abrasadora...

ORACIÓN

¡Oh, Jesús! El pecado, mil veces maldito, ha sido la causa de la inmensidad de dolores en que yaces sumergido como Víctima redentora. Considerando tal exceso de amor y abismados por la sublime caridad con que te ofreciste para ser torturado en la Cruz, queremos crucificarnos también contigo desde ahora para que, renunciando, una vez para siempre, a los placeres del mundo, no cesen nuestros ojos de llorar lágrimas de amor y de arrepentimiento. Amén.

Padre nuestro.
Ave María. Gloria.
Madre llena de aflicción, etc.
Que las almas de los fieles difuntos, etcétera.

XII ESTACIÓN

Jesús muere en la Cruz.

Reparemos la ineficacia de esa muerte divina, en la reprobación eterna de los condenados.

V. Adorárnoste, Cristo, y bendecírnoste.
R. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo. Amén.

CONSIDERACIÓN

Consideremos a Jesús, el Dios de toda santidad, muriendo entre dos bandidos, y admiremos la dulzura y la omnipotencia de su amor. Pide perdón a su Padre para sus propios verdugos, promete el cielo al buen ladrón, encomienda su Madre al discípulo muy amado, confía su alma en manos de su Padre, declara que todo está consumado, y amando y perdonando expira por nosotros. Al instante, todas las criaturas publican su divinidad, la naturaleza entera se cubre de duelo y parece querer anonadarse al ver morir al Creador.

ORACIÓN

¡Oh, Salvador divino, inmolado por nuestra salvación! ¡A qué estado tan afrentoso te han reducido los crímenes de los hombres! Y, sin embargo, nos perdonas, si vamos a ti con el corazón, arrepentido. Tienes clavados los pies para esperamos, los brazos extendidos para recibirnos, el costado abierto, y herido el Corazón para derramar sobre nosotros la abundancia de tus gracias, la cabeza inclinada para darnos un ósculo de paz y de reconciliación. ¡Ah!, prostemados a tus plantas queremos morir por ti, ya que quisiste morir por nos otros. Amén.

Padre nuestro.
Ave María. Gloria.
Madre llena de aflicción, etc.
Que las almas de los fieles difuntos, etcétera.

XIII ESTACIÓN

Jesús descendido de la Cruz y entregado a su Madre.

Reparemos la pasmosa tranquilidad de tantos que viven en desgracia de Dios y expuestos a caer en un abismo eterno.

V. Adorárnoste, Cristo, y bendecírnoste.
R. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo. Amén.

CONSIDERACIÓN

¡Cuánto no sería el dolor inenarrable de esta tierna Madre, una vez muerto su divino Hijo, Jesús!... Recíbele, como precioso tesoro, entre los brazos; contempla entonces su rostro, pálido, ensangrentado y deshecho; ve apagados sus ojos lívidos y cerrados los labios, su costado abierto, las manos y los pies atravesados. Esta visión le hace sufrir un martirio inconcebible, que sólo Dios puede apreciar en todo su valor.

ORACIÓN

¡Oh, María!, hemos sido nosotros la verdadera causa de tu aflicción; ¡ah, sí!, y fueron nuestros pecados los que acongojaron tu alma viendo crucificar a Jesús. Dígnate, ¡oh, Madre de misericordia!, obtenernos el perdón, y permite que adoremos, en tus brazos, a nuestro amor crucificado. Imprime de tal modo en nuestro espíritu la agonía que padeciste al pie de la Cruz, que su recuerdo jamás se borré de nuestras almas doloridas. Amén.

Padre nuestro.
Ave María. Gloria,
Madre llena de aflicción, etc.
Que las almas de los fieles difuntos, etcétera.

XIV ESTACIÓN

Jesús puesto en el sepulcro.

Reparemos el olvido y la glacial indiferencia con que tantos lastiman el Corazón de Jesús en la Divina Eucaristía.

V. Adorárnoste, Cristo, y bendecírnoste.
R. Que por tu santa Cruz redimiste al mundo. Amén.

ORACIÓN

Bendito y mil veces venerando es, Salvador mío, el sepulcro en que reposa tu cuerpo adorable, prenda preciosa de nuestra redención. Haz, Señor, que el consuelo más dulce en este valle de lágrimas sea la meditación de los suplicios y de la muerte ignominiosa que padeciste por salvarnos. Y puesto que has querido ser colocado en un sepulcro nuevo, sólo por darnos a entender que debemos acercarnos al Sacramento de tu amor con un corazón enteramente nuevo, dígnate purificarnos de toda mancha y haz que seamos dignos de tomar parte con frecuencia en el banquete de tu Eucaristía. Sepulta en esa misma tumba dichosísima todas nuestras iniquidades y concupiscencia, de modo que, muertos a las pasiones y a todo lo terreno, llevemos una vida enteramente oculta en Dios, a fin de merecer contemplarte después sin verlos en los esplendores de tu gloria. Amén.

Padre nuestro.
Ave María. Gloria.
Madre llena de aflicción,
de Jesucristo las llagas
Imprime en mi corazón.

Que las almas de los fieles difuntos, por la misericordia de Dios, descansen en paz. Amén. Es costumbre, pero no obligación, al volver al altar mayor, rezar cinco Padre nuestros y Ave Marías en honor de las cinco llagas del Salvador, y agregar un Padre nuestro y Ave María por las necesidades de la Iglesia y las Intenciones del Soberano Pontífice.

SEGUNDA PARTE
DEVOCIONES PROPIAS DE LA ASOCIACIÓN DE LOS SAGRADOS CORAZONES
EL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Mes del Sagrado Corazón.

No ha sido nuestro ánimo ofrecer al público piadoso, y en especial a los asociados, un devocionario de tal modo completo que sea a un tiempo libro de oraciones y de meditación. De ahí que no hayamos querido incluir los ejercicios del Mes del Sagrado Corazón, devoción bellísima, y sobre la cual se ha escrito mucho y muy bueno. Recomendamos en especial las dos obritas siguientes: Mes del Sagrado Corazón, compuesto textualmente con los escritos de Margarita María, por una religiosa visitandina, y Paz, Amor y Alegría, del Padre Andrés Prévot, S. J.

Huelga añadir que el mes de Junio, especialmente dedicado a honrar al Corazón Sacratísimo de Jesús, será el más hermoso, el más fecundo en gracias de santificación y en milagros de conversión, conseguidos por el celo y el espíritu de sacrificio de los verdaderos asociados. Es preciso que lo celebren con gran espíritu de amor, de desagravio y de glorificación. "Amar, celar y reparar", tal debe ser el triple sentimiento que duran te este mes incomparable ha de animar a todo hijo de los Sagrados Corazones.

La Comunión reparadora, la Adoración del Santísimo, la práctica de la mortificación, la Hora Santa y el acto de Consagración al Corazón de Jesús sean los ejercicios predilectos y obligados de dicho mes. Convendría no variarlos, como asimismo no multiplicar las resoluciones piadosas, cosa que a las veces se aconseja, con buena voluntad, pero con poquísimo fruto, en ciertos devocionarios.

Una que otra práctica y una misma resolución, mantenidas como imposición supererogatoria de amor, durante esos treinta días, pueden dar un resultado magnífico de santificación. El apostolado de celo de la devoción al divino Corazón ha de tener una parte principalísima en su celebración, v. gr., la cruzada de amor en la Consagración de los Hogares, tanto rica como pobre. Y por supuesto, que todo, absolutamente todo, *converge al Corazón de Jesús, amado y glorificado en la divina Eucaristía*.

Las intenciones principales del mes de Junio podríamos resumirlas, para las cuatro semanas, en cuatro intereses de trascendencia suma en el orden divino:

las victorias del Corazón de Jesús:

1° En la conversión de los pecadores;

2° En la santificación de los justos;

3° En el triunfo de su Iglesia;

4° En su sacrosanta Eucaristía.

Y luego, hecho el mes del Corazón de Jesús con verdadero lujo de fervor, hemos de celebrar la fiesta de clausura como la gran fiesta de la tierra. Ved por qué.

La fiesta genuina de los mortales, de los pobres, de los que sufren, de los pequeños, es la fiesta del Sagrado Corazón de Jesucristo. En este día incomparable nosotros invitamos a los ciudadanos del cielo y les pedimos que se acerquen y que tachonen, como soles, la sala del festín; que batan de alegría sus alas, sobre todo en las familias donde haya niños inocentes; que en los hogares y en los templos entonen cánticos de triunfo en el amor.

Pero este gran festejo, y la vianda de la mesa, y el néctar destinado a nuestros labios, ¡ah!, todo ello es patrimonio de los desterrados, de los que vivimos bajo tienda. Este viernes sacrosanto, de la aurora al ocaso, pertenece por entero a los humanos.

Había estado el aquí, en el desierto; pasó treinta y tres años de tribulaciones, y murió herido, mortalmente herido, en su adorable Corazón. Volvió a su Padre... Siglos más tarde, adelante de la jornada, con nostalgia de su Nazaret, de las flores humildes de Belén y de las brisas de Cafarnaum y de Tiberíades, vuelve; apasionado por la criatura, regresa Jesús. Y si torna a sus antiguos lares de miseria, al aparecer en Paray-le-Monial, si visita nuevamente nuestra tierra, si la solicita sollozando, si ofrece su inflamado Corazón, ¿por qué será? Porque el abismo de nuestro pobrecito corazón atrae el suyo. Nos necesita en vecindad estrecha, y por esto nos pide albergue y compasión. Fugitivo de la gloria, extraña esta mansión de los ingratos, y les ruega den asilo al desterrado voluntario de los cielos. ¡Qué misterio de amor es el Corazón de Jesucristo! Le tenemos porque él se nos ha entregado. Y en su cárcel elegida libremente, y en

Paray, y en cada templo donde sé entone en este día hermoso el Vivat Corle su sacratissimum! se sentirá feliz, porque se sentirá amado.

Celebremos, pues, con ardores de caridad inusitada la gran fiesta de la tierra. Y para agasajar a este Soberano no busquéis, ¡ah, no!, las flores de la tierra: las flores para su Corazón deben ser las almas. Dádselas, comenzando por las vuestras; dádselas en la más ferviente Comunión. Y si abrumados por el reconocimiento resolvierais, en esta fiesta, cancelar con este Corazón la deuda de insoluble gratitud, buscadle un pródigo, presentadle un rezagado a este banquete, arrastrando hasta su altar un niño, un pobre, un pecador...

Padres de familia, madres felices por que tenéis un hogar cristiano que ha sido consagrado oficialmente a este Corazón divino, es ésta la gran fiesta de la familia, ésta la gran luz de los esposos, ésta la fuente de purísima sonrisa de los pequeñitos... y también de los otros que ya batallan emancipados del regazo maternal. Que en esta hora fugaz de cielo ha ya devoción, alegría desbordante, que haya dulces, que haya flores. Que una vez al año, en este día, por encima de todos nuestros lutos y pesares, luzca una gran aurora: la que brilla, como el sol de Oriente, con luz de paraíso, de la llaga de ese pecho atravesado.

En los asilos, en las casas religiosas, en las escuelas, en los monasterios, celébrese con alborozo delirante al Soberano que, en fecha inolvidable, tomó posesión de esos dominios, que él sabe gobernar con cetro de misericordia. Festejadle... ¡Viva el Rey de mansedumbre!

Festejadle, poseídos de entusiasmo, Socios de los Sagrados Corazones, vosotros que tenéis a la mano un incensario de oro en el que podéis quemar el perfume de vuestras plegarias más ardientes: el Corazón inmaculado de la Virgen Madre. Quiera ella ser la nota dulce y delicada de la tierra en este gran concierto; porque ¡no lo olvides, María: tú serás la reina de los cielos...; pero aquí entre mendigos, eres la Madre tiernísima! Te corresponde a ti ser la alborada en que se bañe el altar triunfante del divino Corazón".

Sí, la Asociación, la gran familia, predestinada a preparar sus triunfos y a recoger, entre gemidos y alabanzas, sus agravios, debe formarle en esta solemnidad cerco de fuego en caridad, guardia de honor que, en horas menos felices para nosotros los mortales, correspondería a los ángeles invisibles del santuario. ¡Ahí si éstos, lastimados por la ingratitud humana, hablándole al Maestro, le dijeran: "¡Ven, Señor; mira cuánta culpa! Escucha: piden la renovación de tu Calvario... ¡Vente con nosotros, aquí tienes nuestras alas!, El, estrechado a un alma, a una sola que le llore de amor en este día, les diría: "¡Oh, no! ¡Dejad me entre las espinas y las sombras del corazón humano que sufre, brega y desfallece como el mío!"

Hay más: en esta fiesta tienen parte los caídos, los manchados... Para ellos vino, trayéndoles, en el costado abierto, el refugio donde se guarezcan los que arroja con desdén el mundo airado. Ahí, en su herida, está la piscina de su vida, cuyas aguas prodigiosas convierten en estrellas del empíreo las arenas de la maldecida Babilonia...

Celebremos, pues, con gran pompa, con júbilo del alma, nuestra fiesta. Y si la ofrenda es pobre, recordemos al Maestro que esas espinas de su diadema y que le han dado el imperio del amor; que esas lágrimas que le han otorgado la realeza, del consuelo en los dolores; que esa herida vencedora, abismo en que ha absorbido los abismos todos de la tierra, son el joyel, el obsequio que no pudo darle el cielo cuando quiso rescatar la tierra.

Decid, pues, si no es verdad que nos pertenece su Corazón, ceñido con nuestros abrojos, embriagado en nuestras lágrimas, herido por nuestro amor... ¡Hosanna!

LOS PRIMEROS VIERNES ORIGEN E IMPORTANCIA DE ESTA DEVOCIÓN

Merece particular atención que al revelar el Salvador las maravillas de su Sagrado Corazón al establecer este culto en su Iglesia por el apostolado de su sierva Margarita María, se haya dignado él mismo indicar y precisar, casi en detalle, la forma que esta devoción debía revestir para cumplir con sus fines de glorificación, de redención y de desagravio. Jesús no quiso deja el arbitrio humano, ni siquiera al fervoroso entusiasmo de sus santos y devotos, las manifestaciones principales de esta devoción incomparable, a petición terminante de Jesús celebra, pues, con excepcional solemnidad, la Asociación de los Sagrados Corazones los primeros viernes, y los dedica a la reparación en la Adoración permanente del Santísimo y en la Comunión mensual reglamentaria, fijada ordinariamente para este hermoso día.

Recomendamos a los asociados la Hora Santa, la víspera de los primeros viernes, como preparación a tan simpática solemnidad de amor, y de manera especialísima, por supuesto, el estricto y fervoroso cumplimiento de la Adoración ante el Santísimo manifiesto y la asistencia a la reunión en que se recitan, en coro, los Oficios de los Sagrados Corazones. Que la Comunión, dentro de la Misa celebrada especialmente para la Asociación, sea realmente general. El primer viernes debe quedar el día clásico por excelencia de nuestra familia religiosa, y el mayor o menor fervor al celebrarle dará siempre la nota exacta de la vitalidad piadosa y del verdadero crecimiento de la Asociación. Un doble deber de celo y de reconocimiento obliga a los asociados a difundir esta devoción, llevándola como germen de resurrección de fe, adondequiera que alcancen sus influencias, como, por ejemplo, a los monasterios, casas religiosas, parroquias rurales, etc.

Inspirándonos, pues, en la idea salvadora del Dios de Paray-le-Monial, demos al primer viernes la importancia que le dio Jesús, para gloria de su Corazón y en beneficio de las almas.

EJERCICIOS PARA LOS PRIMEROS VIERNES DEL AÑO

PRIMER VIERNES DE ENERO.

Durante la acción de gracias de la Comunión, o en una Visita al Santísimo Sacramento.

BREVE CONSIDERACIÓN.

Jesús habla a su sierva Margarita María, y en ella a los herederos de su vocación y de su espíritu, los Hijos de los Sagrados Corazones. "No encontrarás, hija mía, un padre que, henchido de amor por su hijo único, que haya dado las pruebas de cariño que yo te he dado a ti del mío... Tú serás un dichoso compuesto de mi amor y de mis misericordias, pues te he elegido como mi paraíso de descanso en la tierra... ¡Oh!, no imaginas cuánto gozo en sentirme señor de tu alma y soberano de tu corazón. El mío divino, al apoderarse del tuyo, te dará una paz que nadie podrá arrebatarte.

ORACIÓN

Ofrecimiento del alma al divino Corazón de Jesús.

¡Oh, Corazón Sagrado!, yo me entrego y consagro a ti mi entendimiento, memoria y voluntad, deseando que todo cuanto haga y padezca sea por tu gloria; que todo cuanto vea y oiga me lleve a amarte; que todas mis palabras sean otros tantos actos de adoración y de alabanza; te suplico, Corazón adorable, me concedas que en todas mis aspiraciones te llame a ti y te atraiga a mi conciencia enferma, y que en cada respiración te ofrezca como divina ofrenda al Eterno Padre, para darle gracias por todo lo que debo a su largueza.

¡Oh, Corazón lleno de bondad, a quien pertenezco, de quien dependo y por quien vivo!, abrásame, poséeme, transfórmame en ti; haz que todos mis pasos me encaminen a ti, y que todos mis movimientos v esfuerzos sean para estrecharme más y más contigo, y protesto que prefiero sufrir mil muertes antes que separarme de ti o herirte con la menor infidelidad. (S. Margarita María.)

PRIMERA PROMESA.— *A los amantes de mi Sagrado Corazón les daré abundantes gracias, propias a su estado.*

En homenaje de gratitud por esta promesa, y para pedir su realización entre nosotros recítense las

LETANÍAS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS

Señor, ten piedad de nosotros.
Jesucristo, ten piedad de nosotros.
Señor, ten piedad de nosotros.
Jesucristo, óyenos.
Jesucristo, escúchanos.

Dios Padre celestial,
Dios Hijo, Redentor del mundo,
Dios Espíritu Santo,
Santísima Trinidad, que eres un solo Dios,
Corazón de Jesús, Hijo del Padre eterno,
Corazón de Jesús, formado por el Espíritu Santo en el seno de la Virgen María,
Corazón de Jesús, unido substancialmente al Verbo Divino,
Corazón de Jesús, de majestad infinita,
Corazón de Jesús, templo santo de Dios,
Corazón de Jesús, tabernáculo del Altísimo,
Corazón de Jesús, casa de Dios y puerta del cielo,
Corazón de Jesús, hoguera ardiente de caridad,
Corazón de Jesús, santuario de la justicia y del amor,
Corazón de Jesús, lleno de amor y de bondad,
Corazón de Jesús, abismo de todas las virtudes,
Corazón de Jesús, dignísimo de toda alabanza,
Corazón de Jesús, rey y centro de todos los corazones,
Corazón de Jesús, en quien están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia,
Corazón de Jesús, en quien habita la plenitud de la divinidad.
Corazón de Jesús en quien el Padre tiene todas sus complacencias,
Corazón de Jesús, de cuya plenitud hemos participado todos nosotros,
Corazón de Jesús, deseado de los collados eternos.
Corazón de Jesús, paciente y de gran misericordia,
Corazón de Jesús, rico para con todos aquellos que te invocan,
Corazón de Jesús, fuente de la vida y de la santidad,
Corazón de Jesús, propiciación por nuestros pecados,
Corazón de Jesús, saciado de oprobios,
Corazón de Jesús, despedazado por nuestras maldades,
Corazón de Jesús, que te has hecho obediente hasta la muerte,
Corazón de Jesús, traspasado con la lanza,
Corazón de Jesús, fuente de todo consuelo,
Corazón de Jesús, vida y resurrección nuestra,
Corazón de Jesús, nuestra paz y nuestra reconciliación,
Corazón de Jesús, víctima de los pecadores,
Corazón de Jesús, salud de los que en ti esperan;
Corazón de Jesús, esperanza de los que mueren en tu amor,
Corazón de Jesús, delicia de todos los santos, Ten piedad de nosotros.
Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, Perdónanos, Señor.
Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, Escúchanos, Señor.
Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo,Ten piedad de nosotros.

V. Jesús manso y humilde de corazón.
R. Haz mi corazón semejante al tuyo.

ORACIÓN

Omnipotente y sempiterno Dios, pon los ojos en el Corazón de tu muy amado Hijo, y en las alabanzas y satisfacciones que te ha ofrecido en nombre de los pecadores, y aplacado con ellas, perdona a los que imploran tu misericordia en nombre del mismo Jesucristo, que contigo vive y reina en unidad del Espíritu Santo, por los siglos de los siglos. Así sea.

¡Vivan para siempre el Corazón Sacratísimo de Jesús y el Inmaculado Co razón de María! Así sea.

(Su Santidad León XIII ha concedido trescientos días de indulgencia.)

Una palabra de Margarita María a sus hermanos los asociados: "Entrad en el Corazón divino de Jesús como en un horno de caridad; para purificaros ahí de todas las manchas, y para morir, en ese altar, a vuestra vida imperfecta y de pecado... Su gracia os hará revivir, y su amor os transformará en Jesús; pero acercaos íntimamente a su Corazón."

Un Padre nuestro y Ave María por los agonizantes y pecadores.

ACTO DE CONSAGRACIÓN DE SOR MARÍA DEL DIVINO CORAZÓN

Amabilísimo Jesús, yo me consagro de nuevo y sin reserva a tu divino Corazón. Te consagro mi cuerpo con todos sus sentidos, mi alma con todas sus potencias y mi ser todo entero. Te consagro mis pensamientos, palabras, obras, todos mis sufrimientos y trabajos, todas mis esperanzas, consuelos y alegrías. Especialmente te consagro mi pobre corazón para que no ame sino a ti y se consuma como víctima en las llamas de tu amor. Acepta, ¡oh Corazón divino!, el deseo que tengo de consolarte y de pertenecerte para siempre. Toma de tal manera posesión de mí, que yo no tenga otra libertad que la de amarte, ni otra vida que sufrir y morir por ti. Pongo en ti toda mi confianza, una confianza sin límites, y es pero de tu misericordia infinita perdón de todos mis pecados. Deposito en tus manos todos mis intereses, principalmente el de mi salvación eterna.

Prometo amarte y honrarte hasta el último instante de mi vida, y ayudado de tu divina gracia, prometo propagar con celo ardiente el culto de tu sacratísimo Corazón. ¡Oh, divino Corazón de Jesús!, dispón de mí como te agrade, no quiero más recompensa que tu mayor gloria y tu santo amor. Concédeme la gracia de hacer mi morada en tu sacratísimo Corazón; allí es donde quiero pasar los días de mi vida y exhalar mi último suspiro. Haz también de mi corazón tu morada y el lugar de tu reposo, para que darnos así íntimamente unidos, hasta que un día pueda yo alabarte, amarte y poseerte por toda la eternidad y cantar para siempre las misericordias de tu dulcísimo Corazón.

Corazón divino de Jesús, Ten misericordia de nosotros (tres veces).
Corazón inmaculado de María. Ruega, por nosotros.
San José, Ruega por nosotros.
Santa Margarita María Ruega por nosotros

ORACIÓN QUE SE REZARÁ AL FINAL DE LAS ANTERIORES ORACIONES CUANDO SE HAGAN LOS "NUEVE PRIMEROS VIERNES".

Jesús amado, que enseñaste a Santa Margarita María que el camino más corto y más seguro para llegar a la santidad era consagrarse a tu sagrado Corazón, concédame, en obsequio a tu Madre inmaculada, la gracia inestimable de saber cooperar a los designios de tu misericordia, en esta sublime devoción. Haz que, cediendo a tus dulces exigencias, te haga conocer, amar y honrar de todos, para reparar las indecibles amarguras y las humillaciones que quisiste padecer por nosotros, pecadores. Dígnate hacernos sentir, Jesús, la eficacia vencedora de tu revelación y de las promesas hechas con palabra infalible en beneficio de los que consuelen y hagan amar tu entristecido Corazón... Queremos, Señor, contribuir, con obra de sacrificio, a la extensión de tu reinado... ¡Ah!, y como lo aseguraste a tu sierva y confidente, esperamos que no nos dejes perecer, refugiados como estamos en la llaga de tu pecho... Por esto, suplicándote que en la hora de la muerte nos recibas, Maestro adorado, en el sagrario amoroso de tu divino Corazón... Triunfa, ¡oh, sí!, pues tú lo prometiste; triunfa en las conciencias de los pecadores y en las almas de los justos; triunfa en las familias y en los pueblos, de tal modo que, realizando nosotros en santidad y celo tus designios salvadores, y cumplidas, por tu parte, las maravillosas promesas de tu amor, veamos pronto afianzado y extendido el reinado, de tu Sagrado Corazón. Así sea.

PRIMER VIERNES DE FEBRERO.

BREVE CONSIDERACIÓN. — Jesús a su sierva Margarita María: "Es tanta mi satisfacción al contemplar tu corazón, hija mía, que quisiera ponerme en su lugar y servirte yo mismo de corazón... Te irás, pues, sin corazón; el tuyo no saldrá jamás de aquí. Lo he de llenar con un bálsamo precioso, que alimentará el fuego del amor. Y todo cuanto sufras por mi causa, ponto en mi Sagrado Corazón, a fin de que, por mi gracia, sirva de aceite de esa lámpara, y seas eternamente con sumida, de esta suerte, por mi amor."

ORACIÓN

Consagración al Sagrado Corazón.

¡Oh, Señor Jesús, que prometiste quedar en medio de nosotros hasta la consumación de los siglos! Acepta nuestros corazones, deseosos de adorar, amar y bendecir tu sacratísimo Corazón. Te consagramos los nuestros, para el tiempo y la eternidad, dando de mano a todos los amores y aficiones que no sean conformes al amor de tu Corazón adorable, y deseando que todas las aspiraciones de los nuestros se armonicen, en un todo, con las del tuyo amabilísimo. Mas como ninguna cosa buena podemos por nosotros mismos, te suplicamos, Jesús, por la bondad infinita de tu Corazón, que mantengas y confirmes los nuestros en el propósito de servirte, a fin de que no haya cosa que nos aparte de ti; antes al contrario, haz que, siendo fieles y constantes en esta determinación, sacrifiquemos al amor de tu Corazón sagrado todas las vanas complacencias, todos los deleites y entretenimientos de las cosas de acá abajo. Confesamos ser todo vanidad y aflicción de espíritu, excepto el amarte y servirte a ti sólo, divino y amabilísimo Salvador, a quien sea bendición, amor y gloria, por los siglos de los siglos. Amén. (De Santa Margarita María.)

SEGUNDA PROMESA.— Les daré mucha paz en sus familias.

En agradecimiento a esta promesa, y para conseguir su realización en todos los hogares cristianos, recítense las

Letanías del Sagrado Corazón (véase pág. 33.).

Una palabra de Margarita María a sus hermanos los asociados: "Así como Jesús está celoso de vuestro corazón, estadio también vosotros del suyo tiernísimo, amándole, como nadie, en la tierra; y para probárselo no perdáis jamás una sola Comunión, lo que regocijará grandemente al Amado, entristeciendo y confundiendo mucho al enemigo."

Un Padre nuestro y Ave María por los agonizantes y pecadores.
Acto de consagración, de Sor María del Divino Corazón (véase pág. 35).
Corazón divino de Jesús,—Ten misericordia de nosotros (tres veces).
Corazón inmaculado de María,— Ruega por nosotros.
San José,—Ruega por nosotros.
Santa Margarita María.—Ruega por nosotros.

PRIMER VIERNES DE MARZO.

BREVE CONSIDERACIÓN.— Jesús a su confidente Margarita María: "Tengo una sed abrasadora de ser honrado en el Santísimo Sacramento del altar, ¡ay!, y casi no encuentro quien, cediendo a mis deseos, mitigue esa sed con una correspondencia generosa a mi Corazón. Sírveme tú de asilo..., recíbeme en la sagrada Comunión y entronizado en tu alma, adórame, ofreciéndote al Padre, para obtener piedad por los pobres pecadores. No olvides que un alma santa, y que me pertenezca de veras, puede obtener el perdón de mil y más criminales."

ORACIÓN

Aspiración de amor al Sagrado Corazón.

¡Oh, Corazón abrasado de amor! ¡Oh, santuario de la divinidad, templo de la majestad soberana, altar de la caridad divina, Corazón que ardes en llamas de amor por Dios y por mí! Yo te adoro, y desfallezco de amor en tu presencia. Yo me uno a tus santas intenciones, yo quiero, sí, yo quiero abrasarme en tus ardores y vivir de tu vida. ¡Cuánto huelgo de verte feliz en tus triunfos y en tu gloria! ¡Cuan de veras querría yo padecer y morir antes que desagradar te! ¡Oh, corazón mío!, si obras, sea tan sólo por los impulsos del Corazón de Jesús; muere, en silencio, delante de él a todo lo que es natural o humano. ¡Oh Corazón divino!, a ti me adhiero, en ti me pierdo, y sólo de ti quiero vivir.

Así, toda mi ocupación será, Señor, enmudecer y adorar anonadado delante de ti, como una lámpara encendida que se consume delante del Sagrario. ¡Amar, padecer y morir por tu Sagrado Corazón! (De Santa Margarita María.)

TERCERA PROMESA.—Los consolaré en todas sus aflicciones.

Agradezcamos esta promesa, y pidamos que Jesús la cumpla con nosotros en nuestros continuos pesares recitando las

Letanías del Sagrado Corazón (véase pág. 33).

Una palabra de Margarita María a sus hermanos los asociados: "Si queréis dar gusto inmenso al Corazón de Jesús, ofrecedle, sacrificadle por entero los vuestros, un primer viernes, después de comulgar, y prometedle en ese instante solemne dos cosas: pertenecerle de veras, amándole sobre todas las cosas, y extender la gloria y el amor de su Sagrado Corazón."

Un Padre nuestro y Ave María por los agonizantes y pecadores.
Acto de consagración, de Sor María del Divino Corazón (véase pág. 35)."
Corazón Divino de Jesús, Ten misericordia de nosotros (tres veces).
Corazón Inmaculado de María, Ruega por nosotros.
San José, Ruega por nosotros.
Santa Margarita María, Ruega por nosotros.

PRIMER VIERNES DE ABRIL.

BREVE CONSIDERACIÓN.—Jesús a su esposa Margarita María: "Lo he sacrifica do todo por amor a los hombres, y ahora te pido que compenses su monstruosa ingratitud con los tesoros y méritos de mi Sagrado Corazón... He aquí por qué te busco; quiero con este fin de desagravio y para mi propia gloria imprimir en tu corazón la vida que llevo en la divina Eucaristía, vida oculta, de aniquilamiento y sacrificio."

ORACIÓN

Fórmula para consagrarse al Corazón de Jesús.

Yo, N. N; entrego y consagro al Sagrado Corazón de nuestro Señor Jesucristo mi persona, vida, acciones, trabajos y padecimientos, con voluntad de no usar de ninguna parte de mi ser si no es para amarle, honrarle y glorificarle. Tal es mi voluntad irrevocable: ser todo suyo y obrar en todo por su amor, desprendiéndome de todas veras de cuanto pueda desagradarle. Te elijo, pues, ¡oh, Corazón de Jesús!, por el único objeto de mi amor, por el protector de mi vida, áncora de mi salvación, remedio de mi inconstancia, reparador de todas las faltas de mi vida y asilo seguro en la hora de la muerte. Sé, pues, Corazón bondadoso, mi justificación para con Dios tu Padre, y aleja de mí los rayos de su justo enojo. ¡Oh, Corazón amoroso!, en ti tengo puesta toda mi confianza; porque mi malicia y mi flaqueza me dan motivo de temer, pero todo lo espero de tu bondad. Acabe en mí y desaparezca todo cuanto te desagrade o resista, y quede mi corazón tan penetrado de tu amor, que jamás llegue a olvidarte ni a separarme de ti. Te suplico, por tu bondad infinita, escribas mi nombre en tu Corazón, porque quiero cifrar toda mi dicha y mi gloria en vivir y morir en calidad de esclavo tuyo. Así sea. (De Santa Margarita María.)

CUARTA PROMESA. — Yo mismo seré su refugio en la vida, y, sobre todo, en la hora de la muerte.

Agradecemos enternecidos esta promesa, y roguemos la cumpla en sus dos partes con nosotros todos, recitando las

Letanías del Sagrado Corazón (veáse pag. 33)

Una palabra de Margarita María a sus hermanos asociados: "Que el ejercicio de la presencia de Dios consista, para nosotros, en considerar cómo vive y lo que hace Jesús en el Sacramento del altar... Y, cobijamos en la virtud de su corazón, ofrezcámosle sus propias disposiciones para reparar nuestra falta de fe, de amor y de humildad."

Un padre nuestro y Ave María por los agonizantes y pecadores. Acto de consagración, de Sor María del divino corazón (véase pag. 35).

Corazón Divino de Jesús, —Ten misericordia de nosotros (tres veces).

Corazón Inmaculado de María, — Ruega por nosotros.

San José,— Ruega por nosotros.

Santa Margarita María, Ruega por nosotros.

PRIMER VIERNES DE MAYO.

BREVE CONSIDERACIÓN. - Jesús a su discípula Margarita María: "Si me amas, recibe, hija mía, la Cruz que te mando: llévala en tu corazón, viviendo crucifica da a todo; abrázate con ella, porque yo la amo, y yo, que te amo también a ti, te la he obsequiado como prueba, la más segura, del amor infinito que te profesa mi Sagrado Corazón... Recuerda que el lecho de mis esposas más queridas es la Cruz, de la cual hice mis delicias por tu amor."

ORACIÓN
ASPIRACIONES AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS.

Salve, Corazón de mi Jesús; sálvame.
Salve, Corazón de mi Creador; perfecciónname.
Salve, Corazón de mi Salvador; rescátame.
Salve, Corazón de mi Juez; perdóname.
Salve, Corazón de mi Padre; gobiérname.
Salve, Corazón de mi Esposo; ámame.
Salve, Corazón de mi Maestro; enséñame.
Salve, Corazón de mi Rey; corónname.
Salve, Corazón de mi Bienhechor; enriquéceme.
Salve, Corazón de mi Pastor; guárdame.
Salve, Corazón de mi Hermano; acompáñame.
Salve, Corazón todo caridad; abrásame.

¡Oh Jesús, mi soberano bien!, yo te amo, no por el galardón prometido, sino puramente por amor de ti; yo te amo sobre todo cuanto hay de amable, y más que a mí mismo. A la faz del cielo y de la tierra protesto que, aunque para vivir amándote tenga que ser perseguido y deba arrostrar la muerte, ayudado por tu gracia repetiré siempre con San Pablo: no hay criatura alguna que sea capaz de apartarme de la candad del Corazón de nuestro Señor Jesucristo, a quien amo y quiero amar eternamente. Así sea. (De Santa Margarita María.)

QUINTA PROMESA.—Bendeciré con superabundancia de gracias todas sus empresas.

Agradezcamos esta promesa, roguemos al Señor la realice para su gloria, recitando las

Letanías del Sagrado Corazón (véase pág. 33).

Una palabra de Margarita María a sus hermanos los asociados: "Cuando os encontréis en un abismo de sequedad espiritual y de impotencia para amar..., cuando os halléis en un abismo de pobreza en virtud y de gran debilidad...; cuando os sintáis en un abismo de orgullo y de amor propio, entrad entonces en el Sagrado Corazón y perdeos en ese abismo de caridad, de riqueza inagotable y de humildad profunda."

Un Padre nuestro y Ave María por los agonizantes y pecadores.
Acto de consagración, de Sor María del Divino Corazón (véase pág. 35)
Corazón Divino de Jesús,—Ten misericordia de nosotros (tres veces).
Corazón Inmaculado de María,—Ruega por nosotros.
San José,—Ruega por nosotros.
Santa Margarita María,—Ruega por nosotros.

PRIMER VIERNES DE JUNIO.

BREVE CONSIDERACIÓN. — Jesús a la amiga íntima de su Corazón, Margarita María: "Ven a reposar sobre mi Corazón, para sufrir en seguida con más valor... ¡Déjame hacer de ti lo que me plazca! Bebe y come en la mesa de mis delicias para reanimarte, pues te queda por andar todavía un camino largo y penoso, y durante esa travesía tendrás necesidad de tomar con frecuencia nuevo alimento y dulce descanso en mi Corazón, siempre abierto para ti"

ORACIÓN.

Acto de pureza de intención.

Ofrézcome todo a ti, ¡oh, Corazón de amor!, con intención de que mi vida y mis trabajos sean para honrarte y glorificarte en el tiempo y la eternidad. Yo te amo, Corazón amabilísimo, como al único digno de amor

entre todos los corazones. ¡Oh, si pudiese el mío reducirse a cenizas por la vehemencia de ese amor! Guárdame de disgustarte, y haz que ponga en ejecución lo que más te agrade. ¡Oh fuente del puro amor! ¿Cómo no soy todo corazón para amarte y todo espíritu para adorarte? Concédeme que no pueda amar sino a ti, que mi entendimiento sólo se ocupe en conocerte, mi voluntad en desearte, mi lengua en alabarte y mis manos en servirte, a fin de que pueda poseerte un día, sin recelo de perderte, en la bienaventurada eternidad. Así sea, (De Santa Margarita María.)

SEXTA PROMESA. — Los pecadores encontrarán en mi Corazón la fuente y el océano infinito de la misericordia.

Agradezcamos a Nuestro Señor esta incomparable promesa, y supliquemos que la realice con nosotros todos, recitando las

Letanías del Sagrado Corazón (véase pág. 33).

Una palabra de Margarita María a sus hermanos los asociados: "Cuando os encontréis en un abismo de ignorancias y de infidelidades...; cuando estéis al borde de un abismo de ingratitud, de recelo y de temor..., id a sucumbir en el abismo de luz, de acción de gracias y de ternura del Corazón divino de Jesús."

Un Padre nuestro y Ave María por los agonizantes y pecadores.
Acto de consagración, de Sor María del Divino Corazón (véase pág. 35).
Corazón Divino de Jesús, —Ten misericordia de nosotros (tres veces).
Corazón Inmaculado de María, —Ruega por nosotros.
San José, —Ruega por nosotros.
Santa Margarita María, —Ruega por nosotros.

PRIMER VIERNES DE JULIO.

BREVE CONSIDERACIÓN. -Jesús a Margarita María: "Sábete, hija mía, que soy un Dueño santo, y que enseño la santidad; soy puro y no podría soportar la más leve mancha. De ahí que aborrezca las almas tibias y cobardes... Aquí tienes, en mi Sagrado Corazón, un divino purgatorio de amor, en el que te puedes purificar de todas las miserias del camino; entra en ese edén delicioso y coge, como te agrade, las flores que deben adornar tu alma, que ha de ser un tabernáculo de santidad."

ORACIÓN

Plegaria de reparación.

¡Oh, Sagrado Corazón! Bien debido tienes el tributo de amor de todos los corazones, a quienes has querido y obligado hasta lo infinito. ¡Ay!, y no recibes de ellos más que ingratitudes y desvíos, sobre todo del mío, que tan merecido tiente tus enojos. Pero como eres un Corazón todo bondad, de esa misma bondad quiero valerme para mi perdón... ¡Oh, dulcísimo Corazón! Si el dolor y la confusión de un alma que reconoce su error es capaz de satisfacerte, perdona a este mi corazón, confundido por sus propias infidelidades y sinceramente arrepentido de ellas. Corazón de mi Dios, a quien sólo agrada el perdonar, perdona a este pobre y miserable corazón...

Todas mis potencias se juntan en una para ofrecerte humildemente este homenaje de reparación.

¡Oh, Corazón de Jesús! Yo te entrego y consagro, en este instante, todo mi amor, en su propio manantial, que es mi corazón, y te lo entrego con irrevocable voluntad, aunque con viva confusión, pues menosprecié por tanto tiempo la riqueza de tus bienes.

Suplico a los más ardientes serafines que ofrezcan al Señor las llamas en que se abrasan, y reparen con ellas la porquedad del amor de todas las criaturas, y en especial del mío. Así sea. (De Santa Mar garita María.)

SÉPTIMA PROMESA. — Las almas tibias se enfervorizarán por esta devoción.

Agradezcamos una promesa tan necesaria en nuestra fragilidad, y pidamos a Jesús que la cumpla de una vez con nosotros, recitando las

Letanías del Sagrado Corazón (véase pág. 33).

Una palabra de Margarita María a sus hermanos los asociados: "Gocen todos los que no tienen vuestra vocación con subir al Tabor; en cuanto a nosotros, considerémonos predestinados de no conocer otro camino que el del Calvario, avalorado con los azotes y las espinas del Maestro, y sin más fruición que la de haber perdido la vida en su Corazón, que es la fuente de la vida."

Un Padre nuestro y Ave María por los agonizantes y pecadores.

Acto de consagración, de Sor María del Divino Corazón (véase pág. 35).

Corazón Divino de Jesús, —Ten misericordia de nosotros (tres veces).

Corazón Inmaculado de María, — Ruega por nosotros.

San José, — Ruega por nosotros.

Santa Margarita María, — Ruega por nosotros.

PRIMER VIERNES DE AGOSTO.

BREVE CONSIDERACIÓN. —Jesús a su víctima Margarita María: "Aquí tienes la herida de mi costado; quiero que en ella hagas tu morada, ahora y para siempre; la entrada es estrecha: esto te significa que debes ser pequeña y despojada de todo para entrar en mi Sagrado Corazón... He de aniquilarte tanto a tus propios ojos, mostrándote tu vileza y tu nada, que sobre ese fundamento de humildad y de abyección levantaré en tu alma el reinado de mi amor."

ORACIÓN

Acto de contrición amorosa.

¡Oh, Sacratísimo Corazón de Jesús! Heme aquí postrado humildemente en tu presencia con el alma penetrada de vivo dolor, por haberte amado tan poco y por haberte herido con tantas ingratitudes, que me han hecho indigno de tus misericordias y favores. ¡Oh, Corazón de Jesús! Ejercita conmigo el oficio salvador que te cuesta ya tan caro, y no se pierda el fruto de tantas penas y de una muerte tan dolorosa; hónrala con mi salvación, para que mi corazón pueda amarte y glorificarte eternamente. Si tu justicia me condena, como indigno de perdón, apelaré al tribunal de tu amor, dispuesta mi alma a sufrir todos los rigores, antes que verse privada, un solo instante, de amarte. Corta y quema; no perdones mi cuerpo, ni mi vida, si es interés de tu gloria.

Soy todo tuyo, ioh, divino y adorable Corazón! Sálvame, te lo suplico, y no me entregues a mí mismo, en castigo de mis pecados, permitiendo que vuelva a recaer en ellos.

¡Morir antes mil veces que ofenderte a ti, a quien amo más que a mi propia vida! (De Santa Margarita María.)

OCTAVA PROMESA. — Las almas fervorosas se elevarán rápidamente a una gran perfección.

Agradezcamos esta alentadora promesa, y supliquémosle pueda darle pronto cumplimiento en nos otros, recitando las

Letanías del Sagrado Corazón (véase pág. 33).

Una palabra de Margarita María a sus hermanos los asociados: "Pedid, sin intermisión, al cielo que os conceda el don inefable de amar con santos ardores, con pasión sin límites, por encima de vosotros mismos y de las criaturas, al Sagrado Corazón de Jesús... Y pedid que, con ese amor, o mayor todavía, le amen cuantos han recibido la gracia de conocerle."

Un Padre nuestro y Ave María por los agonizantes y pecadores.
Acto de consagración, de Sor María del Divino Corazón (véase pág. 35).
Corazón Divino de Jesús, —Ten misericordia de nosotros (tres veces).
Corazón Inmaculado de María, — Ruega por nosotros.
San José, —Ruega por nosotros.
Santa Margarita María, —Ruega por nosotros.

PRIMER VIERNES DE SEPTIEMBRE.

BREVE CONSIDERACIÓN. —Jesús a su esposa Margarita María: "He aquí el Corazón, hija mía, de tu dulce Soberano. Él te enseñará todo cuanto debes hacer por mi amor, y de ahí que, con justicia, te llamarás la discípula predilecta de mi divino Corazón. Quiero que te me abandones sin reserva, de tal modo que no tengas voluntad ninguna, sea que te acaricie o que, para mi gloria, te castigue... Déjate estar sobre mi costado, y déjame hacer lo que me plazca, como dueño absoluto de tu persona."

ORACIÓN

Súplica al Sagrado Corazón de Jesús.

Escóndeme, dulce Salvador mío, en el sagrario de tu costado, fragua encendida del puro amor, y ahí estaré seguro.

Elijo tu corazón por morada, en firme confianza de que será mi fuerza en el combate, el báculo de mi flaqueza, mi guía y luz en las tinieblas; en fin, el reparador de todas mis faltas y el santificador de mis intenciones y obras; las uno a las tuyas, y te las ofrezco para que sirvan de continua preparación para recibirte sacramentalmente.

Para honrar tu condición de víctima en este sacramento de amor, vengo ofrecerme yo también en calidad de tal suplicándote seas mi sacrificador y me inmoles en el ara de tu Sagrado Corazón ¡Ah!, pero como soy tan culpable, te ruego, Señor Jesús, tengas a bien purificarme y consumirme con las llamas de divino Corazón, como un holocausto perfecto de amor y de gracia para obtener una vida nueva, y poder entonces de con verdad: "Yo nada tengo que sea mío; vivo o muerto, mi Jesús es mi todo mi propiedad es ser yo del todo y eternamente suyo." (De Santa Margarita María.)

NOVENA PROMESA.—Bendeciré las casas en que sea expuesta y honrada la imagen de mi Sagrado Corazón.

Rindamos a Jesucristo una ardiente acción de gracias por esta promesa, y pidámosle siga cumpliéndola con los hogares creyentes, recitando las

Letanías del Sagrado Corazón (véase pag. 33)

Una palabra de Margarita María a sus hermanos los asociados:
"No olvidéis que el Señor no ha querido valerse de poderosos en la propaganda del culto a su Sagrado Corazón... Y en esto ha tenido en vista hacer resaltar la omnipotencia de esta devoción, que no necesita de créditos humanos; y además, es su voluntad terminante que todos los que le amen, grandes y pequeños, tengan una parte en el establecimiento de su reinado."

Un Padre nuestro y Ave María por los agonizantes y pecadores.
Acto de consagración, de Sor María del Divino Corazón (véase pág. 35).
Corazón Divino de Jesús, —Ten misericordia de nosotros (tres veces).
Corazón Inmaculado de María, —Ruega por nosotros.
San José, —Ruega por nosotros.
Santa Margarita María, —Ruega por nosotros.

PRIMER VIERNES DE OCTUBRE.

BREVE CONSIDERACIÓN. — Jesús a su siervo, Margarita María: "Me he acercado a ti, hija mía, para substituir mi alma por la tuya, mi espíritu por el tuyo, mi Corazón por tu corazón, a fin de trocar nuestras vidas. Tú sabes: no quiero partición en tu cariño; así es que todas tus facultades de amar, de pensar y de padecer queden sepultadas, junto con tu voluntad, en la llaga de mi pecho; ahí encontrarás valor para vencerte a ti misma; ahí

hallarás inefables delicias en la muerte de ti misma, y en la victoria de mi Corazón."

ORACIÓN

Contrato de amor, en forma de plegaria.

Yo te suplico, Jesús mío, que me hagas conforme a la vida (la cual, según nuestros sentidos, es vida de muerte) que llevas en el Santísimo, Sacramento, donde te haces obediente hasta el aniquilamiento a la sola voz del sacerdote. Haz, Salvador mío, que en honra de tu obediencia y anonadamiento, sea yo también humilde y obediente por amor y para gloria de tu Sagrado Corazón.

Por ti, Jesús, sacrifico mi libertad y mi propia voluntad a la tuya, y esto sin reservas. Detesto de todo corazón y renuncio los respetos, repugnancias y desabrimientos que me sugiera él amor propio, en cuanto me sea mandado o prohibido. Este es el contrato que mi corazón hace con el tuyo, ¡oh, divino Jesús!, de obrar en todo por amor y con humildad, pues quiero vivir y morir en este ejercicio de amor perfecto. Suplicóte que te hagas dueño de mi corazón y de cuanto pueda darte gloria en mí, en el tiempo y en la eternidad. Así sea. (De Santa Margarita María.)

DÉCIMA PROMESA. —Daré a los sacerdotes el talento de conmover los corazones más empedernidos.

Bendigamos a Jesús por esta preciosa promesa y pidámosle la cumpla con todos sus apóstoles, recitando las

Letanías del Sagrado Corazón (véase pág. 33).

Una palabra de Margarita María a sus hermanos los asociados: "Abismada en el divino Corazón pude ver los tesoros de amor y de gracia que reservaba a los que se sacrifican por procurar su reinado en este culto, y al mismo tiempo el bien incalculable que conseguirán para gloria de Jesús y en provecho de las almas, con este apostolado omnipotente."

Un Padre nuestro y Ave María por los agonizantes y pecadores.

Acto de consagración, de Sor María del Divino Corazón (véase pág. 35).

Corazón Divino de Jesús, —Ten misericordia de nosotros (tres veces).

Corazón Inmaculado de María, —Ruega por nosotros...

San José, —Ruega por nosotros.

Santa Margarita María, —Ruega por nosotros.

PRIMER VIERNES DE NOVIEMBRE.

BREVE CONSIDERACIÓN. — Jesús a su hija Margarita María: "Así, herido como me ves, me han puesto varias almas, que me acaban de maltratar por una Comunión indigna: han hecho revivir todos los dolores de mi Pasión. ¡Y son almas escogidas! ¡Mira la herida que me infieren los de mi casa y de mí pueblo! Los otros, los extraños, se conforman con flagelarme; pero éstos, ¡ay!, lastiman mi Corazón que no ha cesado de amarles un instante."

ORACIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS POR MEDIO DE LA VIRGEN SANTÍSIMA

¡Santísima Virgen, Madre de Dios y querida Madre y abogada nuestra! Tus hijos, unidos en un mismo sentimiento de cariño, nos arrojamos a tus plantas deseosos de renovar el propósito de servirte con la mayor fidelidad. Te suplicamos que nos consagres, como esclavos tuyos, al adorable Corazón de Jesús, con todo lo que somos, sin reservarnos cosa alguna, pues no queremos tener otra libertad que la de amarle, ni otra gloria que la de pertenecerle en calidad de siervos y víctimas de su amor.

¡Oh, María, esperanza nuestra! Paz que sintamos cuan poderosa eres con el Corazón de Jesús y acredita tu valimiento cobijándonos en él, como en mansión perpetua. Ruégale que ejercite su dominio supremo en nuestras almas, reinando por amor en nuestros corazones, a fin de que nos consuma y transforme totalmente en sí. Sea él nuestro tesoro, nuestra delicia, nuestro amor y nuestro todo en todas las cosas, destruyendo y anonadando en nosotros todo lo que es nuestro, y poniendo en su lugar todo lo que es suyo. Sea él el sostén de nuestra incapacidad, la fuerza de nuestra flaqueza y la alegría de todas nuestras tristezas.

¡Oh, Sagrados Corazones de Jesús y de María! Remediad todas las miserias de los nuestros, suplid por todo lo que nos falta y consumid nuestras frialdades y tibiezas, ya que ciframos nuestra felicidad en vivir y morir como esclavos del adorable Corazón de Jesús y como siervos de su dulcísima Madre. Así sea. (De Santa Margarita María.)

UNDÉCIMA PROMESA. —Las personas que propaguen esta devoción tendrán su nombre grabado en mi Corazón, del cual jamás se borrará.

Agradezcamos al Salvador tan consoladora promesa, y pidámosle que nos haga acreedores a semejante predestinación, recitando las

Letanías del Sagrado Corazón (véase pág. 33).

Una palabra de Margarita María a sus hermanos los asociados: "No os arredren las contradicciones en la obra de amor y sacrificio por el Corazón de Jesús... El mismo Salvador me ha asegurado que reinará, a pesar de las oposiciones, y no obstante sus enemigos. ¡Oh, sí!, el infierno no podrá nada en contra de este último esfuerzo de Jesús; ¡ánimo, pues, y apresuremos la victoria de su Sagrado Corazón!"

Un Padre nuestro y Ave María por los agonizantes y pecadores.
Acto de consagración, de Sor María del Divino Corazón (véase pág. 35).
Corazón Divino de Jesús, —Ten misericordia de nosotros (tres veces).
Corazón Inmaculado de María, —Ruega por nosotros.
San José, —Ruega por nosotros.
Santa Margarita María, —Ruega por nosotros.

PRIMER VIERNES DE DICIEMBRE.

BREVE CONSIDERACIÓN. — Jesús a su apóstol Margarita María: "Es preciso que me sirvas de dócil instrumento, para atraer las almas al amor de mi divino Corazón... Este ama en tanto grado a los hombres, que no pudiendo contener por más tiempo los incendios de su caridad, ha querido comunicarlos por tu medio... Te he elegido como un abismo de indignidad y de flaqueza; pero, si eres fiel, serás el poder de mi Corazón en las magnificencias de su amor. Yo te constituyo la heredera de mi Corazón y de todos sus tesoros en el tiempo y en la eternidad, otorgándote su libre uso, según tus deseos, y asegurándote que sólo entonces te faltará mi asistencia, cuando falte poder a mi Sagrado Corazón."

ORACIÓN A NUESTRO SEÑOR, EN CALIDAD DE REY EN EL SANTÍSIMO SACRAMENTO

Yo te adoro, ioh, Jesús, Rey poderoso!, en este trono de amor y de misericordia. Recíbeme por vasallo tuyo y perdona mis rebeldías en contra del soberano dominio que tienes sobre mi alma. ¡Ah, Rey benigno!..., acuérdate de que no podrías ser misericordioso si carecieses de súbditos indigentes. Alarga, te lo ruego, tu mano liberal y remedia mi extrema necesidad con el precioso tesoro de tu amor, que al fin no es otra cosa sino tú mismo; despójame de mi amor propio y de todos estos vanos respetos humanos que me tienen como asido y encadenado. Ven, ¡Rey mío!, a romper mis ataduras y a librarme de esta mala servidumbre, y a establecer tu imperio en mi corazón.

Quiero reinar en el tuyo por una ardiente caridad con mi prójimo, por una humildad sincera, por un celo y un fervor a toda prueba. Así no habrá cosa que me turbe, para que mi Rey halle en mí un imperio de paz, en una perfecta conversión. Abomino el pecado con tanto horror, que escogería mil muertes antes que volver a pecar. ¡Ah!, y si quieres condenarme a las llamas, sean las de tu amor las que me consuman eternamente. Arrójame en esa ardiente hoguera, en castigo de mis culpas de malicia o de flaqueza. ¡Viva yo para siempre en tu Sagrado Corazón! (De Santa Margarita María.)

DUODÉCIMA PROMESA. —Te prometo, en el exceso de misericordia de mi Corazón, que su amor omnipotente concederá la gracia de la penitencia final a los que comulgaren nueve primeros viernes seguidos; que no morí, en mi desgracia, ni sin recibir los Sacramentos, y en su última hora encontrarán asilo seguro en mi divino Corazón.

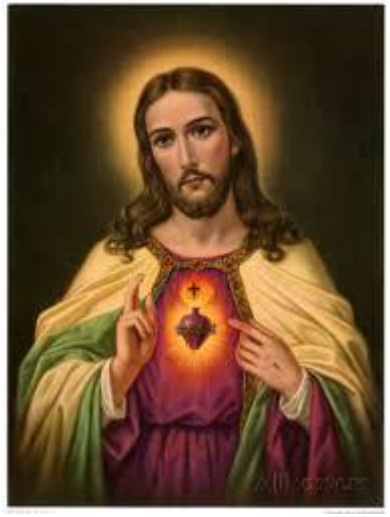
Agradezcamos al Sagrado Corazón esta Gran Promesa, y roguémosle la cumpla en nosotros todos, recitando las

Letanías del Sagrado Corazón (véase pág. 33)

Una palabra de Margarita María a sus hermanos los asociados: "¿Con qué pagaremos al Señor los beneficios incalculables de su inagotable largueza? Nos ha hecho comer en el lugar de honor de su mesa y nos ha servido las viandas que reserva a sus santos... ¡Ah!, secundemos, pues, en espíritu de reparación y en reconocimiento a tantas mercedes recibidas, los designios de Jesús en la devoción a su Sagrado Corazón, y conforme a nuestra vocación santifiquémonos en ese amor y démosle por Él infinita gloria."

Un Padre nuestro y Ave María por los agonizantes y pecadores.
Acto de consagración, de Sor María del Divino Corazón (véase pág. 35).
Corazón Divino de Jesús, —Ten misericordia de nosotros (tres veces).
Corazón Inmaculado de María, —Ruega por nosotros.
San José, —Ruega por nosotros.
Santa Margarita María, —Ruega por nosotros.

NOVENA AL CORAZÓN SAGRADO DE JESÚS



(Las oraciones de esta Novena están sacadas del hermoso libro Nuevo Mes del Sagrado Corazón o El interior de Jesús, del R. P. P. Malige, SS. CC)

DÍA PRIMERO.

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María, por los siglos de los siglos. Amén.

Intención. —Al empezar esta novena pidamos al buen Jesús nos dé a conocer las riquezas inefables de su divino Corazón.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS.

Corazón adorable de Jesús, todo amor para con nosotros, quisiera tener la fuerza del Inmaculado Corazón de María, y aun un corazón como el tuyo para ofrecerte un homenaje digno de Ti, corresponder así al infinito amor que nos tienes, y reparar debidamente todos los ultrajes que has recibido y recibirás, particularmente en el Sacramento de tu amor departe de unos hijos por quienes tanto has hecho y padecido. Recibe, al menos, Corazón dulcísimo, los deseos y todo el amor del mío que quiero mostrarte

de modo especial en esta novena, mientras confiadamente te suplico me comuniques un tanto de la luz y gracia de que eres fuente inagotable para que conociéndote y amándote, esté pronto a sacrificarlo todo para complacerte y glorificarte. Asimismo te suplico hagas sentir la acción de tu cetro amoroso a todos los hombres que viven lejos de Ti, Rey de amor y de misericordia, para que gozando de las inefables dulzuras que gustan los amantes de tu Corazón, te proclamen, su soberano Señor, y formando todos una sola víctima en tu inflamado pecho, ascienda agradable su perfume al trono de la augustísima Trinidad. Así sea.

Oración para este día.

¡Oh, Jesús, el más hermoso de los hijos de los hombres, déjanos contemplar, durante los días que preceden a la fiesta de tu divino Corazón, algunos rasgos de tu encantadora belleza! Bien se nos alcanza que si te revestiste de ella fue con el fin de ganar nuestros corazones. Encadénanos, pues con estos lazos tan propíos a nuestra naturaleza, y que a falta de su belleza divina, que nuestros ojos de carne no llegan a vislumbrar, esa belleza creada cautive nuestras almas. Arrástranos en pos de ti, al suave olor de tus perfumes, y por tu adorable humanidad, seamos llevados a contemplar la radiante hermosura de tu divinidad. Así sea.

Letanías del Sagrado Corazón de Jesús. (Pag. 33.)

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, reina en nuestros corazones por amor.
Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, reina en la sociedad y en las familias por amor.
Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, cumple tu promesa de reinar con amor de predilección en nuestra patria. Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Acto de Consagración al Sagrado Corazón de Jesús (pág. 80).

Jaculatoria. —Corazón de Jesús, rey y centro de todos los corazones, atráeme más y más a tu Corazón. Corazón de María, copia perfecta del Corazón de Jesús, comunícame tus sentimientos.

DÍA SEGUNDO.

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y María, por los siglos de los siglos. Amén.

Intención. —Pidamos al Sagrado Corazón nos haga comprender la necesidad de su divino reinado para que abunden entre los hombres ¡la caridad y la paz que el mundo no puede dar.

Oración para todos los días (pág. 45).

Oración para este día.

¡Oh, Señor Jesús, que viniste a este mundo para encender el fuego de la caridad, mediante el misterio de la Encarnación, y, que para aumentar su ardor te has aparecido en estos últimos tiempos enseñando el Corazón que late en tu divino pecho, mientras decías a los hombres por la voz de humilde Virgen: "He aquí este Corazón que tanto os ha amado"; pues eres tan omnipotente como misericordioso, haznos sentir tu poder después de habernos demostrado tu amor; que los pueblos todos de la tierra vean claramente la verdad de tus palabras, y compren dan que tan solo la caridad que brota de tu Corazón ¡logrará cicatrizar sus heridas y colmar todos sus anhelos. Envíanos tu divino Espíritu que es caridad, y por su medio será renovada la faz de la tierra. Así sea.

Letanías del Sagrado Corazón de Jesús (pág. 33)

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, reina en nuestros corazones por amor. Padre nuestro, Ave María y Gloria Corazón Divino de Jesús, Rey de amor, reina en la sociedad y en las familias por amor.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, cumple tu promesa de reinar con amor de predilección en nuestra patria. Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Acto de Consagración al Sagrado Corazón de Jesús (pág. 80).

Jaculatorias. —Corazón de Jesús, Rey y centro de todos los corazones, ten piedad de nosotros.
Corazón inmaculado de María, Reina de la Paz, ruega por nosotros.

DÍA TERCERO.

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y María, por los siglos de los siglos. Amén.

Intención. —Quiera nuestro Señor ha cernos comprender la necesidad que tenemos de amar a su inflamado Corazón, para llegar por este medio a nuestra propia santificación.

Oración para todos los días (pág. 45).

Oración para este día.

¡Oh, Jesús dulcísimo!, que nos has amado con ternura de amigo fiel y sincero, y que por ese mismo amor que nos profesas, quisiste vivir con nosotros por medio de la gracia santificante y la sagrada Eucaristía, participando así de nuestros propios sentimientos y conllevando nuestros dolores; nosotros también, por nuestra parte, y en prueba de nuestro amor, nos proponemos cumplir como conviene a un fino amante, demostrándote nuestro entusiasmo por tu divino reinado y nuestra abnegación por cuanto redunde en pro de tu gloria; queremos mantener, mediante la oración y demás ejercicios piadosos, estrecha e íntima familiaridad contigo, y suspiramos por compartir también contigo tanto tus alegrías como tus dolores. Prende en nuestras almas una caridad más y más ardiente, y haz que nuestra unión vaya estrechándose de día en día, para alivio y consuelo de tu Corazón, para tu mayor gloria y al mismo tiempo para nuestra propia santificación y felicidad. Así sea.

Letanías del Sagrado Corazón de Jesús (pág. 33)

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, reina en nuestros corazones por amor.
Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, reina en la sociedad y en las familias por amor.
Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, cumple tu promesa de reinar con amor de predilección en nuestra patria. Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Acto de consagración al Sagrado Corazón de Jesús (pág. 80).

Jaculatorias. —Corazón sacratísimo de mi Jesús, enciende mi corazón en el divino amor en que te abrasas.

Corazón de María, mártir de la caridad, ruega por nosotros.

DÍA CUARTO.

Alabados sean los Sagrados Corazones de. Jesús y María, por los siglos de los siglos. Amén.
Intención. —El pecado que más directamente hiere al Corazón de Jesús es la soberbia, raíz de todos los demás. Propongámonos, pues, atendiendo a su invitación, ser humildes, y habremos encontrado para nuestras almas la tranquilidad.

Oración para todos los días (pág. 45).

Oración para este día.

Corazón de Jesús, perfecto dechado de humildad, postrados de hinojos a tus plantas, atento a tus profundas lecciones y deseoso de comprenderlas, te pedimos la incomparable gracia de ser como Tú, humildes, pero con humildad de Calvario. Bien sabemos que para llegar a ese dichoso estado bastaría con que nos afianzásemos en la verdad y en el amor a la verdad. Verbo de Dios, igual en todo a tu Padre, eres por esencia la verdad misma; haznos comprender la gran verdad de que por nosotros mismos no somos nada, no podemos nada; que todo cuanto poseemos lo hemos recibido de Ti; y por fin concédenos el que encontremos una gran satisfacción en esta misma verdad, que si, en efecto, nos rebaja a nuestros propios ojos, no es sino para sublimarnos luego hasta Ti, hallando así manteniéndonos en el lugar que nos corresponde la tranquilidad del orden y la paz de nuestras almas. Así sea.

Letanías del Sagrado Corazón de Jesús (pág. 33)

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, reina en nuestros corazones por amor.
Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, reina en la sociedad y en las familias por amor.
Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, cumple tu promesa de reinar con amor de predilección en nuestra patria. Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Acto de consagración al Sagrado Corazón de Jesús (pág. 80).

Jaculatorias. —Jesús manso y humilde de corazón, haz mi corazón semejante al tuyo.

Purísimo Corazón de María, penétrame de esa humildad a que debes tu grandeza.

DÍA QUINTO.

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y María, por los siglos de los siglos. Amén.

Intención. —Ante la multitud de pecados que diariamente se cometen en el mundo, Jesús nos pide reparación para aplacar la justicia de Dios, su Padre; Él fue el primer reparador, sigamos su ejemplo.

Oración para todos los días (pág. 45).

Oración para este día.

¡Oh, Jesús!, divino reparador, sacerdote y víctima que tributaste a tu Padre todo el honor y gloria que su título de creador reclama, y que mediante tu preciosa sangre, voluntariamente derramada hasta la última gota, repararte su gloria ultrajada por nuestras iniquidades; hostia siempre inmolada, siempre viva en nuestros altares, intercediendo constantemente, en el Cielo y en la tierra, por nuestros, pecados; con todo fervor unimos nuestros pobres homenajes a tus valiosas reparaciones. Danos el que nuestras almas lleguen a experimentar siquiera en parte aquel inmenso dolor y aquel amor ardiente con que adoraste a tu Padre; y haz que unidos a tu angustiado Corazón, participando de sus heroicos sentimientos, únannos también a las tuyas nuestras humildes reparaciones, para que, al terminar nuestra peregrinación sobre la tierra, cantemos de consuno con los ángeles y los Santos : "¡Honor, gloria y bendición al que está sentado en el trono, y al Cordero inmolado, por ¡los siglos de los siglos. Así sea.

Letanías del Sagrado Corazón de Jesús (pág. 33)

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, reina en nuestros corazones por amor.
Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, reina en la sociedad y en las familias por amor.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, cumple tu promesa de reinar con amor de predilección en nuestra patria. Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Acto de consagración al Sagrado Corazón de Jesús (pág. 80).

Jaculatorias. —Por la incomprensible dureza de nuestros corazones, te consolaremos, Señor.

Corazón de María, perfecta reparadora al pie de la Cruz, haznos sentir la necesidad de reparar.

DÍA SEXTO.

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y María, por los siglos de los siglos. Amén.

Intención. —Aprended de Mí, que soy manso, dice el Señor- Procuremos, pues, por nuestra mansedumbre y compasión con el prójimo, atraer muchas almas a Jesús; hablemos a menudo de las grandes misericordias de su Corazón.

Oración para todos los días (pág. 45).

Oración para este día.

¡Oh, misericordiosísimo Salvador mío!, hazme compasivo como Tú lo fuiste en este mundo con todos los desgraciados... Cámbiame este corazón de piedra para que pueda decir con el Apóstol: "¿Quién enferma, que no enferme yo con él? ¿Quién es escandalizado, que yo no me requeme?" ¡Ah, Señor!, que pueda decir contigo: "Tengo hambre, sed; soy forastero, me encuentro sin habitación, estoy aherrojado, enfermo, etc.", con todos y cada uno de los que padecen estas necesidades. No sea vana mi compasión, antes por el contrario me impulse a aliviar a todos eficazmente, como si tratara de aliviarme a mí mismo. Más aún, haz que medite incesantemente, que en tu vida mortal cargaste con todas nuestras enfermedades y que dijiste aquellas palabras que repetirás en el juicio final: "Siempre que hicisteis esas cosas con alguno de estos mis más pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis."

A Ti la alabanza, a Ti la gloria, a Ti la acción de gracias de cuantos sufren en este mundo, es decir, de todos los hombres, por la bondad aquella que tuviste de apropiarte sus padecimientos y amarguras, y aún de recomendarlos a tus escogidos con precepto firme y amoroso, a la faz del cielo y de la tierra, en presencia de los hombres y de los ángeles. Así sea.

Letanías del Sagrado Corazón de Jesús (pág. 33)

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, reina en nuestros corazones por amor.
Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, reina en la sociedad y en las familias por
Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, cumple tu promesa de reinar con amor de predilección en nuestra patria. Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Acto de consagración al Sagrado Corazón de Jesús (pág. 80).

Jaculatorias. —Corazón de Jesús paciente y de gran misericordia, ten piedad de nosotros.

¡María, Dios te salve, Reina y Madre de misericordia!

DÍA SÉPTIMO.

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y María, por los siglos de los siglos. Amén.

Intención. -Pidamos al Sagrado Corazón mueva los corazones de los fieles para que arraigue más y más entre ellos la práctica de incomparable hermosura que llamamos la Hora Santa, tal y como la enseñó el mismo Corazón de Jesús a Santa Margarita Ma. de Alacoque.

Oración para todos los días (pág. 45).

Oración para este día.

¡Oh, adorable Jesús!, tan frecuentemente abandonado en la apacible soledad de tus iglesias y de tus altares, si permaneces en ellos día y noche, no es tan sólo para acudir con toda solicitud al angustioso requerimiento de los enfermos que se hallan en el dintel de la eternidad, no, sino que estás esperando que nos acerquemos a Ti para proporcionarte consuelos que tu Corazón mansísimo se digna necesitar. Pues bien, Rey de amor, con el fin de satisfacer los deseos de tu Corazón, entre nuestras prácticas de piedad tendrá preeminente lugar la visita al Santísimo, y el jueves que precede al Primer Viernes de cada mes la Hora Santa, para compartir contigo la tristeza mortal de tu Getsemaní, y reparar los ultrajes que constantemente recibes de parte de los pecadores. Mientras tanto, postrados a tus plantas, proclamamos mediante nuestra fe que Tú eres la verdad; por nuestra sumisión a tus divinos preceptos, que Tú eres nuestro Rey y Señor; y por nuestras comuniones, seguidas de sus correspondientes visitas, que Tú eres la vida, ¡Oh, Jesús, camino, verdad y vida de nuestras almas, sé adorado en todo momento con la mayor veneración. Así sea.

Letanías del Sagrado Corazón de Jesús (pág. 33)

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, reina en nuestros corazones por amor.
Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, reina en la sociedad y en las familias por amor.
Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, cumple tu promesa de reinar con amor de predilección en nuestra patria. Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Acto de consagración al Sagrado Corazón de Jesús (pág. 80).

Jaculatorias. —Jesús de Nazaret, retorna y queda para siempre como Rey entre nosotros.

Corazón de María, haz que vivamos íntimamente unidos con tu Corazón y con el de Jesús.

DÍA OCTAVO.

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y María, por los siglos de los siglos. Amén.

Intención. —Pidamos por que la gran fiesta de la tierra, la fiesta del Sagrado Corazón de Jesús, se celebre en todas partes con verdadero lujo de fervor, con ardores de caridad inusitada; es la fiesta de los pobres, de los que sufren, de los pequeños.

Oración para todos los días (pág. 45).

Oración para este día.

¡Oh, Jesús amorosísimo!, puesto que deseas ardientemente y consideras como obsequio muy agradable el que se celebre una fiesta anual en honra de tu Sagrado Corazón, el viernes que sigue a la Octava del Corpus, aquí nos tendrás todos los años, en esta fecha, a tu alrededor, para proclamar con férvido acento, Jesús amante, Jesús ultrajado, que Tú eres Rey y Soberano absoluto, único Soberano de las almas, de las familias, de las naciones; que la salvación de esta desquiciada sociedad no se encuentra sino en tu amor; es decir, en tu Corazón, todo luz, todo mansedumbre, todo misericordia; y que por lo tanto, en retorno de tantos beneficios como nos reporta su divina influencia para con Dios Padre, debemos rendirle pleito homenaje y tributarle el honor que le es debido con esplendidez, con munificencia, con entusiasmo. Así prometemos hacerlo, divino Rey de mansedumbre, mientras peregrinemos en esta tierra para merecer celebrar nuestra fiesta contigo en el cielo por siglos infinitos. Así sea.

Letanías del Sagrado Corazón de Jesús (pág. 33)

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, reina en nuestros corazones por amor.
Padre nuestro, Ave María y Gloria

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, reina en ia sociedad y en las familias por amor.
Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, cumple tu promesa de reinar con amor de predilección en nuestra patria. Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Acto de consagración al Sagrado Corazón de Jesús (pág. 80).

Jaculatorias. —¡Honor y gloria a Ti, oh Rey de eterna Gloria, por los siglos de los siglos!
Alabe todo espíritu al Señor que reina en el Corazón de María.

DÍA NOVENO.

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y María, por los siglos de los siglos. Amén.
Intención. —El amor nos ha hecho ver los secretos de Dios y de la santidad...; vivamos, pues, vida de amor, y que, a ejemplo nuestro, todos los corazones vuelen a esconderse en la preciosa herida del Corazón de Jesús. El amor pide amor.

Oración para todos los días (pág. 45).

Oración para este día.

¡Jesús amantísimo! Al terminar estos tan piadosos y consoladores ejercicios de este novenario, queremos depositar en la hora santa de tu altar la resolución más grata para Ti. "He aquí este Corazón, nos dices, abriendo tu amoroso pecho, he aquí este Corazón, que tanto ha amado a los hombres". Pues bien, a rasgo tan hermoso y tan desinteresado, queremos responder con otro semejante: "Señor, te decimos, aquí tienes todos estos corazones, que se comprometen a poner en práctica tu amor, a vivir de tu amor, a sobresalir en tu amor. Bendice esta nuestra firme resolución para que sea verdaderamente eficaz, y desde ahora, nuestros sentimientos, palabras, acciones, toda nuestra vida, serán una prueba de que somos y seremos por siempre los amantes fieles de tu Sagrado Corazón. Así sea.

Letanías del Sagrado Corazón de Jesús (pág. 33)

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, reina en nuestros corazones por amor.
Padre nuestro, Ave María y Gloria.

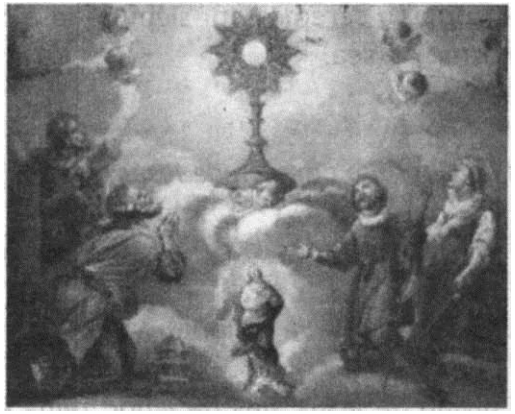
Corazón divino de Jesús, Rey de amor, reina en la sociedad y en las familias por amor.

Corazón divino de Jesús, Rey de amor, cumple tu promesa de reinar con amor de predilección en nuestra patria. Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Acto de consagración, al Sagrado Corazón de Jesús (pág. 80).

Jaculatorias. —Cumple tus promesas de victoria; ¡oh, divino Corazón!, y reina ya en todas las naciones.
Haz, Señor, que amemos a la Virgen, tu Madre Santísima.

LA ADORACIÓN



Te amo, Señor, porque eres Jesús; te amo porque otros no te aman, pero aumenta, Jesús, mi fe; aumenta mi amor y en cambio de mi pobrecito corazón dame el tuyo en esta hora de adoración.

SU IMPORTANCIA, SU ESPÍRITU Y MÉTODOS DE HACERLA.

Después de la Sagrada Comunión, es éste, a no dudarlo, el ejercicio principal del Hijo de los Sagrados Corazones. La Asociación forma la guardia de honor permanente al Corazón de Jesús sacramentado, y en unión con él ama, adora y repara ante el sagrario.

Hemos nacido para ser ángeles consoladores del Getsemaní de los altares; nuestra vocación es la de María: acompañar a Jesús en la agonía, y compartir la, amando y sufriendo por Jesús y por las almas.

Conviene grandemente que los asociados se penetren, pues, de este deber trascendental. Tengan muy presente que las 87 veces que el Salvador se apareció a Santa Margarita María para hablarle de su Corazón divino y exigirle su homenaje, lo hizo desde la Hostia sacrosanta. Desde ahí le habló, y quejándose de ingratitud, pidió explícitamente que el desagravio ofrecido a su Corazón, vejado por los pecadores, se le tributara en la Sagrada Eucaristía. En ella palpita, herido de amor, ese "Corazón que ha amado tanto a los hombres". No separemos, pues, jamás la devoción al Corazón de Jesús, del Santísimo Sacramento, don por excelencia y manifestación extremada de su caridad.

No todas las personas están bastante penetradas de esta idea, y con el fin de facilitar en consecuencia, el ejercicio de la Adoración, ofrecemos cuatro métodos distintos, acomodados todos cuatro al espíritu de la Asociación de los Sagrados Corazones. Elija cada cual el que se avenga más con su temperamento espiritual y con su modo de ser piadoso. Pero recuérdese que, en la Adoración, el punto capital está en la voluntad de unirse al Sagrado Corazón en la Eucaristía, y en ofrecerle ahí buena voluntad, resoluciones de santidad, trabajos, dolores, la vida entera, en homenaje de amor reparador. Las palabras, pues, la fórmula de plegaria, las oraciones, no deben servir sino de aceite para mantener la llama de la fe y del amor, y para contraer el pensamiento a la persona de Jesús, que nos escucha en su sagrario.

PRIMER MÉTODO

ADORACIÓN REPARADORA

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María, y bendito mil veces el Santísimo Sacramento del Altar.

¡Hostia santa! ¡Hostia de amor! ¡Señor Jesús! Yo te adoro en este augusto Sacramento, para ofrecerte honrosa reparación por todos los pecados e iniquidades del mundo.

Mas ¡yo también he pecado, Señor y Dios mío!... Lleno de confusión y dolor, me humillo y me arrepiento... Mi indignidad y mis muchas culpas me detienen al arrojarme a tus plantas para desagraviarte... Pero me fuerza irresistible la visión de tu gloria ultrajada, de tu amor desconocido, de tu adorable presencia profanada, de la innumerable muchedumbre de almas que se pierden... Apoyado, no en mis méritos, sino en tu gracia, me presento delante de tu Majestad adorable. Me uno al Corazón de María, tu dulce Madre y la mía, al Corazón de la Reparadora perfecta, y te ofrezco los perfectísimos y ardientes deseos de expiación que tuvo aquel benditísimo Corazón al pie de la Cruz. Y tú mismo, ¡oh, Salvador mío!, purificarás y harás aceptable mi humilde sacrificio de reparación.

Te adoro, Señor Jesús, en esa Hostia santa, y te reconozco por mi Señor y mi Dios. Adoro y reconozco tu divinidad, tus derechos y tus perfecciones inefables, desconocidas, ¡ah!, por el pecado.

El pecado niega tu autoridad, se opone a tu voluntad soberana... El pecado es orgullo, es independencia, es rebelión... En desagravio, reverencio tu Majestad, que todo lo llena de su gloria, y me someto sin reserva a tu voluntad santísima. El cielo y la tierra, con cuanto contienen, hechura son de tus manos. Tú eres el dueño de todo, y nadie tiene derecho alguno ante el trono de tu infinita grandeza.

El pecado, que es mentira y corrupción, desfigura tu imagen, impresa en las almas por la gracia...

Y yo, Dios mío, confieso tu inefable santidad y todos tus atributos. ¡Tú eres, Señor, el Santo! Todos tus caminos son santos... ¡Santo, Santo, Santo eres, Señor todopoderoso!

El pecador quisiera ser su propio principio, y pretende, en su locura, no depender de ti y no dar cuenta a tu justicia. Por esto desprecia tus eternas re compensas y se mofa de los castigos del infierno...

Yo, Dios mío, proclamo, con la lengua y el corazón, que nos criaste para ti y que tú eres nuestro último fin. Todo cuanto somos y tenemos es tuyo, y no tenemos más derecho que aquel que tú quieres otorgarnos. A ti, pues, y para gloria tuya, van enderezados los frutos de mi vida, la ganancia de mis trabajos, el mérito de mis buenas obras.

Yo adoro, Salvador mío, tu humanidad santísima, presente en ese tabernáculo, y al adorarla adoro también tu vida, tu muerte y tu Eucaristía, ofendidas por el pecado; adoro las tristezas y dolores de tu Corazón sacramentado...

El pecado insulta tu pasión, inutiliza los frutos de tu muerte y los amargos dolores de tu Madre inmaculada... Yo, yo quiero adorar cada uno de los latidos de tu piadosísimo Corazón, los tormentos de tu pasión cruelísima y cada una de las gotas de tu sangre redentora... Yo quiero aprovecharme, con todo el amor de que soy capaz, de todos estos tesoros de salud y de vida. Yo me uno a la compasión de María dolorosa, y con ella quiero unir a las tuyas mis penas y a tu sacrificio el mío. Acaba, Señor; completa en mí lo que falta a tu pasión. ¡Oh, Jesús Hostia! Dame una chispa de amor crucificado, para que sepa ser, en unión contigo, holocausto de expiación para la gloria de la augusta Trinidad, la salvación de las almas y el triunfo de la Santa Iglesia.

El pecado profana tu Eucaristía y desprecia la renovación que ¡haces de tu muerte en el sacrificio del altar; mira con desdén tu carne adorable y, lo que es peor, la profana, entregando a Satanás el alma alimentada con tu cuerpo. ¡Con cuánta audacia ultraja el pecado tu dulcísima e infatigable permanencia en el Sacramento del amor!... Junto a ti, a tu vista, a la sombra misma de tus templos, es el pecado perpetrado... Las danzas licenciosas que a lo lejos estremecen el suelo, estremecen también tus tabernáculos; el rumor de aquellas locas alegrías insulta el silencio eucarístico. Y mientras tú, Dueño adorado, Hostia de amor, quedas abandonado en la soledad de las desiertas iglesias, la sociedad mundana se ostenta brillante y numerosa en espléndidos salones, las muchedumbres llenan los teatros, y un pueblo inmenso aclama, loco de entusiasmo, y pasea en triunfo los recuerdos resucitados de un paganismo sin pudor.

¡Ah!, Jesús!... ¡Jesús olvidado!... ¡Jesús ignorado!... ¡Jesús mal correspondido!... Déjame a mí protestar contra tanta ingratitud. Déjame llorar tu abandono. Déjame adorarte en el trono de tu Sacramento como a mi Señor y mi Dios. En compensación, yo te juro, Dios mío, fidelidad como a mi Rey, y te entrego mi corazón y te saludo como a mi Salvador y a mi Todo...

ACCIÓN DE GRACIAS

Si me siento, Dios mío, agobiado de dolor al contemplar el reinado de la iniquidad, mi corazón se estremece de santo gozo en vista del torrente de misericordias y gracias que derramas sobre la humanidad ingrata. ¡Ah! ¿Qué alabanza digna de ti entonará mi alma para agradecer tanto amor?... Por eso, Señor Jesús, yo ofrezco a la augusta Trinidad aquel sacrificio de alabanza infinita y perpetua, aquella acción de gracias substancial, que eres tú mismo como Eucaristía, como Hostia. Y para agradecerte a ti, yo te ofrezco el amor, la alabanza y la bendición perfecta que sin cesar se eleva del Corazón dulcísimo de tu divina Madre; yo te ofrezco aquel perpetuo Magníficat, aquel incesante e inflamado "Mi alma glorifica al Señor, y mi espíritu está transportado de gozo en el Dios Salvador mío", que ella entona en el cielo y que los coros de los ángeles y bienaventurados repiten extasiados...

Te bendigo y doy gracias, ¡oh, Jesús, Salvador mío, por la perfección inefable de tu alma santísima, de tu cuerpo venerado, de tu sacratísima humanidad, en la que reside y habita la plenitud de la divinidad.

Yo te bendigo y doy gracias con un corazón filial, iah, Hijo de María!, por la santidad que resplandece en tu Madre inmaculada; por todos los privilegios, glorias y bellezas con que hermoseaste ese Corazón purísimo; y la confieso, con ternura y santo júbilo, bendita entre todas las mujeres, y de cuyo Corazón inmaculado brotó el fruto bendito de la vida, que eres tú, Jesús.

En compensación de los delitos del mundo, quiero ofrecerte una alabanza más querida de tu Corazón que la gloria del universo: una corona tejida con aquellas flores admirables que no brotan sino en los jardines de tu Iglesia y regadas con tu sangre preciosa: la perfección de la Virgen María, las virtudes y trabajos de todos los apóstoles, la fe de los confesores, los padecimientos de los religiosos, la pureza de las vírgenes, la fidelidad de los buenos cristianos, la inocencia y la gracia bautismal de los niños pequeñuelos...

Dios misericordioso, yo a mi vez debo cantar también, reconocido, un himno de acción de gracias... Aquellas pobres almas que se pierden, seducidas por engañosas ilusiones, me traen a la memoria lo que yo fui y el abismo en que me impediste sucumbir, y lo que hubiera sido de mí sin tu providencia, que me apartó de las ocasiones, que me defendió de mis enemigos y me resguardó de mis perversas inclinaciones.

Y si, a pesar de mis ingratitudes presentes, me impulsas amablemente a llamarte Padre, ¿no es ésta una nueva prueba de tu amor misericordioso?

Gracias, Jesús piadoso, gracias te sean dadas por los siglos de los siglos, porque tu ternura, como el amor de tu Corazón, no tiene límites.

"Alabad al Señor, porque es tan bueno, porque hace brillar eternamente su misericordia. ¡Oh, Señor Tú eres mi Dios, ya ti tributaré acciones de gracias. Cantaré tus alabanzas, porque te hiciste mi Salvador. Alabad al Señor, por ser infinitamente bueno, por ser eterna su misericordia!"

¡Oh, Jesús! ¡Oh, Jesús humilde y manso! ¡Cuánto amas a los pobres extraviados! ¡Oh, Padre piadosísimo! ¡Cómo aguardas siempre la vuelta de estos hijos pródigos! ¡Oh, pastor fidelísimo, que con tanto anhelo corres en pos de las ovejas descarriadas, y cuya vida en esa Hostia santa no es más que amor y salvación de los culpables! Sé mil veces bendecido, sé glorificado eternamente...

REPARACIÓN

Corazón sacramentado de mi Salvador Jesús, que "tanto has amado a los hombres y de quienes no recibes, en pago, sino ingratitudes", concédeme la gracia de compartir tus dolores, hazme participante de la interior crucifixión de tu amantísimo Corazón e inspírame palabras y afectos que de veras te consuelen.

¡Redentor divino!, yo bien sé que el pecado, que te olvida, ultraja tu sangre preciosa. ¡Tanto amor desconocido! ¡Tantos beneficios olvidados! ¡Tantas gracias desperdiciadas!... ¿Qué debiste hacer que no lo hayas hecho? ¿Pudiste acaso nacer más pobre, vivir más humilde, morir más ignominiosamente? ¿Cómo permanecer con más fidelidad y darte más enteramente de lo que lo haces en la Eucaristía? ¿Pudiste prometernos cielo más hermoso, felicidad mayor, eternidad más gloriosa?... ¡Y los pecadores tienen el triste conocimiento de que todo, todo lo inutilizan! ¡Y saben que van camino de su eterna condenación!...

¡Perdón, Señor Jesús! -¡Perdón para estos desventurados!... Hijos de tu amor, rescatados con tu Sangre, alimentados con tu Cuerpo, protegidos por María, los pecadores, iah!, se pierden, a pesar de todo... ¡y en multitud innumerable!... Y, ¡oh, dolor de dolores para tu Corazón de padre!, aquellas almas que creaste para ti, que redimiste y santificaste, no te amarán, no te alabarán, y no podrás darles la recompensa infinita que les habías destinado desde toda eternidad. ¡Y ellos, ellos serán para siempre desdichados! ¡Malditos para siempre!... ¡Oh, vosotros, cuantos pasáis indiferentes por delante de los solitarios tabernáculos, considerad si hay dolor semejante al dolor del Corazón de vuestro Dios sacramentado!...

Es objeto de los odios de los pecadores ese Corazón, que nunca ha latido sino para salvarlos, que no ha padecido sino por ellos, que ha sido traspasado para su redención, y que por ellos palpita, ora y se inmola sin cesar en la Hostia divina...

¡Oh, Corazón Santísimo de Jesús, Corazón de amigo desconocido, Corazón de hermano abandonado! Yo te amo y quisiera amarte como te aman los ángeles y bienaventurados, como te ama el amantísimo Corazón de María... Permite que mi corazón se una al tuyo para participar de sus humillaciones; deja, Señor, desbordar en el mío, tan pequeño, pero que en este momento dilatan el amor y la compasión, algo de aquella amargura que llena el tuyo, pacientísimo y divino.

Quiero en adelante, a fin de consolarte, que mi corazón te sea fiel, que permanezca siempre en tu amorosa, presencia, velando siempre y humillado contigo, consumiéndose en eficaces deseos de aliviarte y de amarte con sin igual ardor.

"Yo busco—dijiste una vez a tu sierva Margarita María—una víctima que quiera sacrificarse a mis designios."— ¡Heme aquí, ¡oh, benignísimo Jesús!, aunque soy polvo y ceniza, aunque no merezco por mis muchas culpas sino tu enojo! A tus plantas me postro, confesando mi iniquidad, para que, santificado por la contrición y el amor, pueda ser aceptado por ti como víctima de amor y expiación!... Yo te entrego, Dueño mío, mi cuerpo y mi alma, mi corazón y mi vida, para que dispongas de ellos como plazca a tus designios redentores. Yo me entrego a ti, divino Sacrificador, y me pongo en el altar de la inmolación con las mismas disposiciones con que se unía a ti el Corazón doloroso de María, al pie de la cruz.

¡Oh, Víctima preciosa! Para compartir tus pesares, detesto y lloro mis innumerables culpas, y por ellas te hago fervoroso desagravio, protestando morir mil veces antes que volver a ofenderte. Hago en seguida, Señor y Dios mío sacramentado, un acto de sincera contrición por todos los pecados del mundo, principalmente por los que a esta hora se están cometiendo. Los abomino y aborrezco, bajo todas sus formas, en todos sus grados y con todos sus nombres: pecados secretos y pecados públicos, pecados de fragilidad y pecados de malicia. Los maldigo como tu santidad divina y tu justicia los maldicen. Los abomino como los abominó tu alma santísima en Getsemaní, cuando su visión espantosa te puso en mortales agonías y te hizo su dar sangre

Detesto, en particular, las blasfemias, la profanación del domingo, las injurias hechas a tu Madre Inmaculada, las persecuciones contra tu Vicario el Santo Padre, todos los pecados de orgullo, y aquella soberbia universal, y la satánica rebelión de gobiernos y naciones contra la autoridad infalible de la Iglesia…

Te hago amorosa y dolorida reparación por todos los pecados de impureza y por todos los pecados cometidos a causa de las modas licenciosas y de un desenfrenado lujo... Reparación te hago también por los pecados que se cometen en las reuniones mundanas, bailes, teatros, y en aquellas mascaradas en que es ultrajada la honestidad cristiana.

Abomino y detesto, como tú, todas estas culpas que de antemano conociste en Getsemaní, que te flagelaron en la columna y que te hicieron morir de dolor en el Calvario. Maldigo todos estos pecados que atormentan tu Corazón en todos los tabernáculos, en donde vives y te inmolas para expiarlos. Y los aborrezco aún más porque ultrajan tu gloria, profanan tu Sacramento y llenan de amarguísimo dolor y angustia tu amantísimo Corazón.

PETICIÓN

Mis reparaciones y adoraciones serían incompletas si yo no te rogase, ¡oh, Jesús mío, Mediador omnipotente!, por la conversión de los pecadores, y si no formase el firme propósito de reparar el pecado y de detener sus conquistas.

Acuérdate, pues, Señor, de tus misericordias y de tu clemencia, tan antigua como los siglos. Señor, no nos trates como merecen nuestros pecados, ni conforme a la multitud de nuestras iniquidades. Por la gloria de tu Nombre perdona nuestros pecados, pues hemos delinquido gravemente contra ti.

Padre Eterno, yo te ofrezco por mis pecados y los del mundo a tu mismo Hijo Jesús. Yo te ofrezco su cuerpo, su sangre, su Corazón amantísimo. Yo te ofrezco todas las sagradas Hostias que guardan todos los tabernáculos del mundo. Mira, Señor, a tu Cristo, que es, al mismo tiempo, nuestro Hermano, nuestro Pontífice y nuestra Víctima.

Y tú, dulcísimo Salvador, Cordero de Dios que borras los pecados del mundo, y que viniste a formar para ti, purificado con tu sangre, un pueblo nuevo, acuérdate de tu pasión misericordiosa y abundante. Mira el abismo en que están, sumidos los pobres pecadores; escucha las oraciones y gemidos de los que les aman, de tus sacerdotes, de las almas puras, y sobre todo las plegarias y suspiros del dolorido Corazón de María, que tanto ha hecho para salvarlos, y que es su esperanza, su intercesora y abogada. ¡Señor Jesús!, escucha las oraciones de tu Iglesia y ten misericordia de los caídos y extraviados. Salva esas almas, y que su conversión, que su vuelta a la casa paterna regocije tu Corazón divino y el maternal Corazón de tu Madre, la Virgen María.

Y ahora, ¡oh, Redentor piadoso y clementísimo!, te ruego con todo fervor por todos los que están en pecado mortal, por los obstinados en el mal y duros de corazón y por aquellos, aún más desdichados, que lo endurecieron en la resistencia a tu gracia. Y por mí, Jesús dulcísimo, te suplico también que perdones mis muchas culpas. ¡Ah, Señor!, no quieras acordarte de mis pasados delitos. Que tu gracia descienda, como rocío de

vida, sobre mi alma sedienta, y tornen a brotar en ella las flores de tu amor. Que tu gracia me sostenga y no me deje separarme jamás de ti. Yo te prometo andar siempre en tu presencia y acercarme a menudo al Sacramento de la Penitencia y a la Mesa eucarística para que disminuya el número de mis faltas cotidianas y se extinga su malicia. Quiero resuelta y eficazmente hacer guerra a mi pasión dominante y corregir mi carácter, a fin de llegar a ser manso y humilde de corazón.

¡Jesús, triste y desconsolado!, yo no te pido riquezas, ni salud, ni prosperidad, ni honores, ni amigos, aunque re conozco que todos estos bienes proceden de ti, que eres fuente de todos ellos, y que pueden ser útiles para tu gloria: te pido tan sólo que me concedas la gracia de amarte, con un amor que sepa comprenderte y consolarte; con un amor que ponga toda su felicidad en agradarte y no quiera otra recompensa que glorificarte, aun a costa de la vida; con un amor, en fin, que trabaje y que sufra por ti, y que, yendo en aumento hasta el último suspiro, se convierta, al acabarse la vida, en aquel amor inefable y eterno con que en el cielo he de amarte por los siglos de los siglos... Y antes de despedirme y de apartar me de tus plantas quiero hacerte todavía una plegaria, y pues deseo la escuches con eficaz piedad, la he guardado para que sea mi última palabra de amor y reparación. ¡Haz, Señor Jesús, Hostia divina, Rey y Dueño de todos los pueblos, que todas las naciones se consagren solemne y socialmente a tu adorable Corazón, reconociéndote a ti, Redentor de los hombres, Dios sacramentado, por su Dios y su único Señor! ¡Triunfa, Rey mío, triunfa, Hostia de amor, de las ingratitudes y de la soberbia humana; apresura el día de tu victoria eucarística, del reinado de tu Sagrado Corazón, cuando todos los pueblos y todas las razas y todos los reyes vengan a postrarse reverentes delante de tus tabernáculos, para adorarte en el magnífico trono de la triunfante Eucaristía...

(Un Padre nuestro y Ave María por la conversión de los pecadores, y para pedir la consagración social y política de las naciones al Sagrado Corazón de Jesús.)

ACTO DE REPARACIÓN AL CORAZÓN ADORABLE DE JESÚS POR TODOS LOS CRÍMENES PÚBLICOS

Yo te adoro, Divino Corazón de Jesús, Rey universal de las naciones y Dueño absoluto de todas las cosas. Tú eres, Jesús, el Santo; tú el Señor, tú el Altísimo, tú nuestro único Dios, que en los excesos de una incomprensible bondad nos has colmado de beneficios. Pero ¡ay! en vez de corresponder con gratitud, hemos pecado, Señor, hemos obrado la iniquidad, nos hemos apartado de tus juicios y mandamientos.

No mires, ¡oh, Dios piadosísimo!, nuestras faltas, sino sólo tus misericordias. Aparta de nosotros tu ira y aléjense tus castigos de este pueblo. Señor, por todas nuestras iniquidades, ¡Misericordia, por tu Corazón sacramentado!

Por los pecados de nuestros compatriotas,
Por las culpas de los magistrados,
Por los extravíos de los legisladores.
Por los delitos de los padres de familia.
Por las culpables cobardías de los católicos,
Por las públicas apostasías y traiciones,
Por las maldades de todo nuestro pueblo,
Por todas las impiedades y blasfemias,
Por todos los perjuros y sacrilegios,
Por la profanación de las cosas santas,
Por la persecución contra la Iglesia,
Por las injurias hechas al Romano Pontífice,
Por el odio contra tus ministros y sacerdotes,
Por los excesos licenciosos de la prensa y de los teatros,
Por todos los crímenes políticos,
Por todos los escándalos públicos,
Por todas nuestras iniquidades.

¡Misericordia por tu Corazón Sacramentado!

¡Para nosotros, Señor, la vergüenza y la confusión, porque hemos pecado!... ¡Sólo para ti la gloria y la bendición!...

Ahora, pues, Dios de infinita bondad, inclina benigno hacia nosotros tus ojos y salva a tu pueblo, sobre el cual ha sido invocado tu santísimo

Nombre, y apresura el día dichoso en que todas las naciones se consagren a tu divino Corazón.

Mira, ¡oh, Padre celestial!, desde tu santuario, y desde tu excelso trono, a la Víctima santa que se inmola incesantemente por nosotros, al amantísimo Corazón de tu Hijo, y por los méritos de su sangre preciosa líbranos del poder de los. impíos, y manifiesta que es feliz y socorrido el pueblo que recurre a ti, en nombre del Corazón de Jesucristo, que contigo, y en unión del Espíritu Santo, vive y reina por los siglos de los siglos. Amén.

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María por los siglos de los siglos. Amén.

SEGUNDO MÉTODO

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María, y bendito mil veces y alabado el Santísimo Sacramento del Altar.

Jesús Dios-Hombre. ¿Qué pueblo de la tierra, alma querida, ni siquiera el de Israel, tuvo jamás de huésped al Dios del cielo como los cristianos me tenéis en la Sagrada Eucaristía, a mí, vuestro Dios y Señor?

Y aquí he de quedarme por tu amor; he prometido acompañar a los pecadores hasta la consumación de los siglos... Soy el Dios de Abrahán, de Isaac y de Jacob; soy el Señor que habitó invisiblemente, el templo de Jerusalén; soy el Mesías que nació en Belén, que trabajó en Nazaret; soy el Maestro que predicó en Tiberíades, y el Redentor que murió en el Calvario; soy el Verbo; soy Jesús, el Hijo de María. ¡Ah!, tengo sed de ser adorado, de ser amado, de ser glorificado en este Sacramento del altar. Bien haces, pues, alma fervorosa, en llegarte a mí, en buscarme en el sagrario... ¡Si supieras cómo aguardo ansioso, anhelan te, el corazón de la criatura, para colmarle de mis gracias, en retorno de la adoración que me tributa en esta Hostia!... ¡Háblame, hijo de mi Corazón, háblame con fe ardorosa...; ábreme tu conciencia, déjame leer en ella miserias y buena voluntad, promesas y debilidades, todo!... Recuerda que te mira desde el tabernáculo y que te está hablando aquel Jesús que leyó en el corazón de la Samaritana, que conversó familiarmente con los amigos de Betania, pero que sanaba también las dolencias con su sombra y resucitaba los muertos con una sola palabra... Aquí me tienes: ¿qué buscas? ¿Qué deseas que haga en tu favor el Dios-Hombre, que todo lo puede, si confías en su Corazón herido de amor?... Lo que pidas en nombre de esa llaga redentora y por el cariño de mi Madre, te será concedido... ¡Habla... Tu Dios está aquí y llama con ternura a las puertas de tu corazón...; ¡ábrele!... ¡Adora y ama!

(Lo que ponemos en boca del adorador no son sino insinuaciones generales de una plegaria, que él mismo debe completar, como sus necesidades mismas se lo dicten, sin ceñirse exclusivamente a la letra; por esto dejamos intervalos frecuentes de puntos suspensivos, que él puede llenar.)

El adorador. Jesús, tú eres, en verdad, el Cristo, el Hijo del Dios vivo; confieso, pues, que no merezco que tú te hayas acercado tanto a este pobre pecador... ¡Ah!, pero no te diré con San Pedro que por ello te apartes de mí, Señor; por el contrario, te ruego que me dejes a tus plantas y que me acerques más todavía, mucho más, a tu tierno Corazón: ¡te necesito tanto!...

(Confiesa aquí tu pobreza de amor y tu falta de fe viva, y pide, en pocas palabras, pero que broten de lo hondo del alma, que Jesús ponga remedio a tu miseria espiritual, y luego sigue.)

Eres mi Dios, sí, Jesús sacramentado, y como en desagravio del menoscabo que sufre tu gloria en este Sacramento, por culpa de mi frialdad y por la tibieza de tantos otros, no quiero acordarme por un instante de mí mismo ni de mis intereses... Me dices que hable, que me acerque a ti y que pida con toda confianza... Escúchame, Jesús amadísimo: tu gloria, el reinado de tu Sagrado Corazón, la aceptación en la sociedad de tu luz y de tu caridad..., que tú vengas, que tú imperes, que sólo tú seas el Soberano de la tierra, he ahí lo que ante todo pido... Tal es la primera y la más importante de mis súplicas en esta adoración reparadora... Me declaras, Maestro, que tú eres la vida que habita entre nosotros, que tú eres el Dios que vive en medio de Israel; ¿qué he de pedirte, pues, en primer término, si no es lo que tú mismo me enseñaste: que tu santo nombre sea santificado..., que la tierra, como el cielo, haga tu santa voluntad...; que venga pronto a nosotros el reinado de tu amante, de tu dulce Corazón?...

(Dile unas cuantas palabras más, tú mismo, y que confirmen esta petición; ruégale, con entera confianza, que cumpla a la letra lo que, con relación a la victoria del amor de su Sagrado Corazón, prometió a su sierva Margarita María.)

Jesús Salvador. Tu plegaria en interés de mi gloria y con olvido de ti mismo, hijo muy amado, ha traído a mi Corazón algo así como la dulcedumbre que sentía al estrecharme entre sus brazos la Virgen María, mi Madre y la tuya...; tu palabra ha sido para mí como una brisa de Nazaret en este Calvario del altar.. Y puesto que has presentado, como primicias de esta adoración, la petición de mi reinado sobre todo lo que amas en la vida, óyeme, alma querida, pues Jesús no será vencido en generosidad por ti: aquí tienes, en este Sacramento, mi Corazón, el mismo que ha amado tanto a los hombres y que ha sufrido por ellos angustias de muerte; el mismo que fue atravesado por ellos en el Gólgota; el mismo, en fin; que entregué, consumido por las llamas de mi caridad, en la Cena, y que descubrí y revelé, siglos más tarde, al mundo por mi apóstol Margarita María,.. Aquí lo tienes; te lo doy, y te constituyo también a ti heredero de ese Corazón y de todos sus tesoros, para el tiempo y la eternidad... Es tuyo, dispón de él como te plazca; puedes estar seguro de que no te faltará mi gracia sino cuando me falte a mí omnipotencia... Sí, te doy mi Corazón, y te lo entrego en la sagrada Eucaristía, en esta Hostia que me oculta a tus ojos, pero que me acerca íntimamente a tu alma fervorosa... ¡Ah!, y junto con esa fortuna, que pongo en tus manos y que envidiarían los ángeles, te entrego, amigo y confidente mío, te confío las lágrimas de este mismo Corazón; es decir, los pecadores y los agonizantes... Tu cariño sabrá adivinar lo que para ellos pido en este Getsemaní de mística agonía redentora... Si me amas, ama las almas, sobre todo las de los caídos y extraviados: ¡ayúdame a salvarlas!... Y ¡qué!, ¿no tienes en tu hogar, entre tus parientes y relaciones íntimas alguien que no me adore, un corazón que te ama a ti y a mí no me ama ?... Nómbramelos, con exigencia de fe...; reclama, con santa y dulcísima osadía, la obra de su conversión; exígela de este Corazón que palpita, en el sagrario, cabalmente para los enfermos y los más necesitados... "¡Pide y recibirás!"

El adorador. Gracias, Jesús, y déntelas también los ángeles; gracias por el don maravilloso, incomparable, de tu divino Corazón: lo recibo para gloria tuya, por la redención de las almas y para mi santificación. Gracias infinitas, Señor sacramentado. Pero, ¡oh, Maestro!, dígnate completar tu obsequio haciéndome digno de corresponder a tus larguezas y misericordias... Necesito pagarte, y si posible fuera, rivalizar contigo en generosidad y sacrificio... Dame, pues, Señor la luz de tus propios dones; quiero estimarlos en lo que valen, quiero que fructifiquen para la realización de tus designios, no sea que un día me aplasten y condenen las gracias y condescendencias infinitas de tu caridad...

(Pídele fuerza y generosidad para pagar sus beneficios, y principalmente el don de su Corazón sacramentado.)

Y los pecadores, Jesús, los acepto y los amo con la ternura con que me amaste, sin merecerlo, a mí pecador. ¡Pobrecitos!... Tan lejos se hallan de la vida que eres sólo tú... ¡Ah! ¡Y cuántos de esos desgraciados están cerca de mí por vínculos de sangre y de cariño!... ¡Cómo duele, Jesús, querer un alma, y quererla mucho, y saber que no cree en ti, o si cree a ocultas y en secreto, no te adora como tú lo exiges, ni, te ama como tú lo pides!... Bien sabes tú, Señor, cuánto se sufre con esa desgracia de seres queridos, de personas amadas por mandato tuyo, y a quienes se ama precisa mente para salvarlas, encaminándolas a ti. ¿Será posible que habiendo venido a hablarte de ellos, una y muchas veces; que habiendo invocado sobre ellos tu santo Nombre, y habiéndote conjurado por las promesas y ternuras de tu Corazón, de tu Eucaristía y de tu Madre, será posible, Salvador amado, que se condenen, que no te ¡hallen en la vida o en el trance de la muerte?... .¡Ah, no!... Desde ese tabernáculo tú me repites que eres la verdad infalible, y en esa Hostia creo contemplar la ancha, la hermosa, "la profunda herida del costado, abierta para los grandes pecadores; en ella, Jesús, es cribe los nombres de todos los míos con caracteres imborrables. ¡Hazlo ya, ahora mismo, Prisionero del amor!...

Y desde luego recoge mi plegaria en beneficio de los agonizantes de este día y de esta misma hora en que te adoro... Por tu agonía del Huerto y por las angustias del Corazón de María en la cima del Calvario, ampáralos, Maestro, y no quieras ser su Juez, sino su amabilísimo Salvador.

(Pídele ahora, con tus propias palabras y nombrándole personas, la conversión de los pecadores... Exígela a su Corazón divino, con una fe a toda prueba.)

Jesús Pastor. Déjame decirte ahora algo muy caro a mi Corazón hijo mío, puesto que deseas entrar de Heno en las miras de mi providencia salvadora. Pide por la Iglesia, alma corredentora; pide mucho por la santa

Iglesia, mi Esposa afligida y tu Madre desolada... Ruega por su libertad, clama por la sumisión de amor y de respeto a mi Vicario...; pide con fervor por la santificación y el celo de mi sacerdocio... Y como parte esencial del triunfo de la Iglesia, pide por el pueblo, a fin de que se le cristianice y se le traiga ante mi cruz...; ruega por los niños, por la educación piadosa de la infancia, que mis enemigos quieren arrebatarme a toda costa... No olvides a mis pobres, los amigos de mi Corazón; acuérdate de los que sufren... Nómbrame con cariño a las ovejas dolientes de mi rebaño: ¡Yo soy el buen Pastor!

El adorador. Hemos trocado, Jesús, las vidas, al entregarme tu Corazón, en cambio del mío miserable... Tus intereses, pues, son mis únicos intereses. Por esto te suplico por la gloria de tu Padre, por la sangre de tu Calvario, por el amor de la Virgen Madre, que salves a la Iglesia de la opresión de sus enemigos, y que, honrado y bendecido tu Vicario, sea copiosa la mies que recoja para ti, un sacerdocio abnegado y santo, formado según tu Corazón.

No toleres, Jesús, que te arrebaten al pueblo, esa muchedumbre hambrienta inconscientemente de tu persona adorable... Déjate coronar por ella como su Rey, ahora que llevas en la frente la cicatriz de una diadema dolorosa... Buen Jesús, ten piedad también de los que lloran; sé especialmente dulce con aquellos que padecen... con tantos que llevan cruelmente lastimada el alma... Acuérdate, Señor, de tantas madres afligidas, de tantos hogares atribulados... Bendice en especial a los huérfanos de amor, a aquellos corazones infelices que no tienen el refrigerio de una ternura de madre o la caricia de un hermano... corazones tristes, que viven angustiados por el aislamiento, y que te aguardan, Jesús, a ti, para descansar entre tus brazos, sintiéndose, pobres ovejitas, amadas con predilección de su Pastor.

(Insiste un momento más en esta petición.)

Jesús Amigo. Te he confiado ya, alma fidelísima, una parte de mis anhelos, y antes que te retires he de hacerte confidencia amorosa de mis más íntimos secretos... Te considero, como ves, amigo, y yo debo serlo tuyo... Háblame, pues, a tu vez, con dulce intimidad; desahógate en mi Corazón, lo necesitas, pues hay cosas que no debes contar sino a Jesús... Sólo él es capaz de comprenderte en deseos y dolores, que tú mismo no te explicas. Soy tu amigo divino, estoy aquí en el Sagrario, en espera de tus confidencias. Yo sé todo lo que pasa por tu alma, todo... pero quiero sentir la satisfacción que me dieron los amigos de Betania, Nicodemus y principalmente los pequeñuelos que, entre sonrisas y jugando con mis cabellos, me hacían pagar con beneficios y milagros los besos que yo mismo pedía y que me daban con confianza encantadora-No pienses ya en tus faltas... te perdono; y no quieras tú, hijo de mi Corazón, ser menos que los que fueron mis amigos en la tierra.

El adorador. Si tu nombre, Jesús, es siempre melodía arrobadora, lo es sobre todo cuando lo enlazas al título de amigo... ¡Tú, mi Señor y mi Dios; tú, mi amigo! Sélo, ¡oh, sí!, en hora mil veces venturosa; sentado, pues, ahora a tu mismo lado, rodeando con mi brazo tu cuello, y sintiéndome suavemente estremecido al apoyarme en ti, sobre tu pecho... déjame decírtelo todo en dos palabras: Jesús Amigo, ¡tengo penas, muchas penas! El porqué de mis pesares, lo leerás tú mismo en mis lágrimas y en el fondo de mi corazón, adonde yo no alcanzo a penetrar... ¡Qué de incertidumbre, Señor, por mí y por los míos... en asuntos de orden temporal y eterno! ¡He llorado tanto y por motivos tan distintos! Luego las tentaciones no dan tregua, Salvador amado, a mi flaqueza, y he caído y recaído, no obstante mis promesas... Llevo, enferma el alma, y mi falta de humildad y de generosidad en tu servicio agravan mi dolencia... ¡Tenme piedad, Amigo fidelísimo!... Quisiera reaccionar... emprender un camino nuevo... ¡Ah! ¡Todo lo del mundo me entusiasma! ¿Por qué no he de entregarme, una vez para siempre, a los ardores de tu caridad?... ¡Desapégame, Jesús, de lo terreno!... ¡Con qué facilidad me adhiero al polvo, a lo mezquino, a lo que pasa y se muere, teniéndote tan cerca de ti, que debieras ser mi Dios y mi todo!... No soy malo, pero sí muy débil, indeciso... soy rutinario en mi vida de piedad, y apático, culpablemente apático, en lo que se refiere a tu gloria y a mi santificación... Robustece Señor mi voluntad; alienta mi fe, sostén mis propósitos, sé más mío Jesús, y haz que sea más de veras y abnegadamente tuyo...

No quiero olvidar, Jesús Amigo, a mis amigos de la tierra, aquí a tus plantas; bendice a los que me aman con sinceridad, y en especial a aquellos a quienes debo gratitud; te ruego pagues tú a mis bienhechores, y confío sus intereses a tu Corazón de amigo incomparable...

(Nombra, en especial, a los que te han pedido una oración y a tus bienhechores)

Jesús Hermano. En una oración que enseñé a mis apóstoles, repites tú, hijo mío, una palabra que yo dije tantas veces en las rodillas de mi Madre, mirando más allá de las estrellas: "¡Padre nuestro, que estás en los cielos!..." Como ves, alma dichosa, somos hermanos, hijos de un mismo Padre, de una misma Madre, la Virgen inmaculada, y mi sangre es tu sangre por la perpetua encarnación de mi sagrada Eucaristía... Fórmenos, pues, de veras, en un amor más fuerte que la muerte, un solo corazón y una alma... ¡Ven, hermano tan amado! ¡Acércate y habla, cobijados ambos por él mismo techo, a la sombra del mismo hogar; habla a Jesús, al primogénito de la familia; háblale como a tu Hermano!

El adorador. ¡Oh deliciosa fraternidad, que me da título para llamarte, en toda verdad, Hermano a ti, Jesús, y que me alienta a conversar contigo, pequeñito, en esa Hostia, exactamente como si nos encontráramos, siglos atrás, jugando los dos en el taller de Nazaret, a la vista de la Virgen Madre!... Haz que la ame a ella, Maestro querido, y per mite que, por mi pobreza, tenga el derecho de estar más cerca de su Corazón inmaculado... Dile tú que me quiera... y enséñame tú a quererla con amor tiernísimo y ardiente. Pídele que me enseñe a ser perfecto, como Dios nuestro Padre es perfecto. ¡Jesús! ¡Otórgame la gracia de santificarme en las cruces inevitables de la vida... enséñame la ciencia de sufrir, de sufrir amando... ¡Ah, Jesús!... Quisiera llegar a sufrir, gozando en las amarguras del cáliz que tú mismo me presentas... Hermano divino: no me basta esto; nuestra fraternidad de semejanza debe encenderme en celo apasionado por la gloria de Aquel que te ha enviado, y en ti, también a mí, continuador de tu misión de sacrificio y caridad...

Y en fin, Maestro, acuérdate de que entre hermanos las penas son comunes: bien sabes que hay ausentes, a quienes hemos llorado en el hogar, aquéllos que se fueron, porque los llamaste, en la muerte, tú que eres la vida eterna... Te pido por mis amados difuntos... dales refrigerio y dales paz, dales cielo... ¡Jesús Hermano!...

(Nombra a tus muertos queridos, e insiste en el deseo de querer santificarte y de saber trabajar por la gloria de Dios.)

Jesús Víctima. Ha llegado el momento de más intimidad, alma querida; voy a hacerte la confidencia que te revele mejor el Corazón de tu Dios, de tu Salvador, de tu Hermano, de este tu Amigo benignísimo, Jesús. Escúchame: aquí donde me oyes, aquí en la Hostia, soy víctima del amor que te profeso. ¡Oh, sí!, soy víctima, y no me pesaría, aunque no tuviera otra alma para solazarme y descansar que la tuya... ¡Te amo tanto!... Y amo también con inmensa caridad a tantos que me olvidan, que no me aman, y a tantos otros que me ultrajan... ¡Contémplame en esta cárcel! ¡Vivo de ingratitud, de afrentas y de soledad!... Mi corazón le tengo mil veces herido y saturado de todos los oprobios de este Sacramento... Para mí no hay adoración, no hay triunfo, no hay amor; en esta ara de sacrificio incesante soy un desecho, olvidado de muchas al más buenas, escarnecido por otras, con vociferación de licencia o de blasfemia, a las puertas mismas de mi tabernáculo... Llevo el Corazón, hijo mío, saturado de los oprobios de mis enemigos y de los desdenes y olvidos sufridos entre los míos... Vivo aquí de una eterna decepción de los humanos, cuyo amor me tendrá, sin embargo, encadenado a este escaño de baldón y olvido, hasta que concluya la tierra y muera el tiempo... ¡Ven, pues, llora conmigo la afrenta y la amargura de este Dios-Prisionero!... ¡Ven, preséntame tu pecho para descansar en él, con reposo de cariño!... ¡Ven, besa mis manos, besa mis pies, besa mi frente, besa, sobre todo, mi costado, donde tú has llorado de felicidad y de consuelo tantas veces!... Aparta tú, por un instante, el cáliz de perfidia, de mis labios, y sé mi ángel de consuelo, en la mística agonía de mi Corazón sacramentado!...

El adorador. Yo te amo, yo te adoro y te bendigo, ¡oh, Jesús!, en la Eucaristía. Tú eres mi Dios, ante quien me humillo, en reparación de la soberbia humana. Tú eres mi solo Dueño, en des agravio del alejamiento culpable de tantos cristianos... Tú eres mi camino, tú la verdad que buscaba, sólo tú mi vida, mi felicidad, en reparación del desconocimiento de tus derechos soberanos, y de la postergación de tu persona adorable. Yo soy tu súbdito, Rey mío, ya que tus vasallos te abandonan; yo soy, Pastor amado, la oveja fiel de tu rebaño, ya que éste se desagrega y se dispersa en el huracán de las persecuciones; soy y quiero ser siempre hijo de tu Corazón, a toda prueba, ya que en tu propia casa eres tantas veces lastimado de los tuyos... ¡Jesús Hermano, Jesús Amigo!, déjame a mí lo acerbo de tu cáliz... y toma para ti el honor, el triunfo, la gloria que te es

debida. En nombre de la Asociación de los Sagrados Corazones, pongo en el Corazón purísimo de tu dulce Madre, Señor Jesús, esta reparación de fe y de amor, y te la presento con su santidad y con sus lágrimas preciosas... La uno también al desagravio que te ofreció tu sierva Margarita María, y a la gloria infinita que esa tu confidente y tu primera apóstol te ha procurado hasta hoy día, desde el momento en que le confiaste los tesoros y los anhelos de reinado de tu amable Corazón... ¡Ocúltame en él, en su llaga encantadora; te lo pido al despedirme, Jesús sacramentado; escóndeme ahí, y para siempre, donde te amé, te adore y te glorifique, junto con todos los míos, por los siglos de los siglos ! Así sea.

(Si quedaren todavía algunos momentos, termínese la Adoración con el Acto de reparación del método anterior, pág. 57.)

TERCER MÉTODO

(El más sencillo y al alcance de la mayoría de los asociados.)

¡Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María, y bendito mil veces el Santísimo Sacramento del Altar!

ORACIÓN

Es gran ciencia, Jesús mío, y que yo ignoro, saber hablarte, poder confiarte toda el alma en una plegaria, y tener la dicha de oírte en el secreto del corazón, cuando me hablas desde esa Hostia en que te adoro. Yo no sé orar, Señor, pero quiero decirte que creo en ti con fe ciega y ardorosa, que espero en ti, y que te amo con todo el corazón y sobre todos los bienes del cielo y de la tierra.

Vengo adonde tú estás, porque en ese altar eres mi Dios, a quien ultrajan y niegan muchos desdichados... Yo te traigo, pues, el consuelo de mi humilde adoración; me postro a tus plantas como lo hicieron los pastores de Belén en la noche de tu Nacimiento, y hago protestas de mi fe entera y sin reservas, como San Pedro y la arrepentida Magdalena...

Vengo en busca tuya, Jesús, porque soy pecador; he caído con frecuencia en camino; he caído y recaído en mi pecado, no obstante mis promesas... Señor, has predicado que sólo tú eres la resurrección del alma delincuente; aquí me tienes, pues, reclamando dos cosas: tu perdón y la gracia de perseverar en mis propósitos de enmienda y de santificación.

Vengo a tientas hasta este tabernáculo, porque vivo, Jesús sacramentado, entre tinieblas, y necesito luz para conocerte y mucha luz para conocerme. ¿Quién me la dará sino tú, que penetras hasta el fondo de mi conciencia enferma e ignorante? Muéstrame el camino, llévame tú mismo por sendas de virtud; apártame, Señor, de los abismos, aunque sea contrariando mis caprichos y mortificando mi aficiones, puramente humanas y terrenales. Di lo que debo hacer; ilústrame, Maestro muy amado, y en seguida infúndeme docilidad a las insinuaciones de tu voluntad divina y de tu gracia.

Me llego a ti porque soy pobre, tengo el alma desprovista de merecimientos y mi corazón hambriento de felicidad. Pero de los pobres es el reino de los cielos; es decir, tu Corazón, ¡oh, buen Jesús! Acudo, pues, a tu largueza, y reclamo los tesoros de tu ternura inagotable en beneficio mío y de los míos. Necesito para mí, y debo dar también a otros, y dar mucho... Sé generoso, en consecuencia, Jesús amabilísimo, y no me despidas de tus pies sin haber colmado el abismo de mi tristísima miseria.

Me acerco a tu sagrario, vengo en busca tuya, ¡oh, Corazón de Jesús!, porque he sido afligido por las criaturas y me he sentido doblegado por mis sufrimientos y pesares.

Yo bien sé que las cruces nos las mandas para nuestro bien; pero, iay!, somos tan débiles, Señor, y nuestras lágrimas, lloradas sin fe, envenenan nuestra vida. Mira hasta el fondo de este corazón y le verás todo él llagado; mírale compasivo y aliéntale en los dolores para que sufra en gloria de tu nombre y en redención de sus pecados. Jesús crucificado, Jesús víctima de amor en ese altar, ten piedad de mí y de todos los que sufren.

Corro hacia ti, Señor, porque mis enemigos, que son también los tuyos, me cercan por todos lados; las tentaciones y el pecado me solicitan, en ofensa tuya y para desgracia eterna mía... ¡Y soy tan débil, Jesús; soy tan miserable! Cada vez que confié, por soberbia, en mi flaqueza, caí más abajo todavía y me sumergí más hondo en el fango que, al mancharme, azota tu rostro y afrenta tu hermosura. Tú, sólo tú, debes ser mi brazo y mi invencible fortaleza. Eso vengo a reclamar de tu compasivo Corazón.

Aquí me tienes, Jesús sacramentado, lleno de cuidados y responsabilidades; traigo el homenaje de los míos, que quisiera fueran todos tuyos, y te ofrezco las incertidumbres que ellos, que mi hogar, que aquellas almas que tú mismo me confiaste, levantan, como tempestad, en mi conturbado corazón... ¿Qué será de todos ellos, Maestro, en ese mañana incierto del camino y en ese mañana más incierto y misterioso aún de su eternidad? Esa dulce carga, pero carga abrumadora, vengo a depositarla ante tu altar. Mis obligaciones de hogar, el cargo de mi estado, las almas que de mí dependen, el deber estricto de procurar que en mi casa todos te amen y te adoren, todo ese cúmulo de preocupaciones las depongo en tus manos, Salvador mío, y en ellas deposito también, dichosamente confiado, mi conciencia pobrecita.

Y, en fin, amabilísimo Jesús, vengo porque me has, llamado en defensa de tus intereses, y para consuelo de tu abandonado y ofendido Corazón en este Sacramento. Sí, tú quieres que te ofrezca una plegaria por la Iglesia y por tu sacerdocio; te la presento gustosísimo, Señor, por manos de la Virgen Madre, y te suplico la aceptes, en unión con el amor y los dolores de esta Reina de los apóstoles, por la libertad de tu Vicario y la santificación de los ministros del altar. Deseas también que ruegue por los pecadores: ¡oh, sí, Jesús!, toma cuanto quieras de esta pobre adoración, y re dime a aquellos, sobre todo, que resisten las solicitaciones imperiosas de tu gracia. Véncelos en obsequio de tu Madre y por la omnipotencia de tu misericordioso Corazón... te pido en particular por los agonizantes..., por aquellos que cabalmente en este instante, mientras yo te he hablado de ellos, están librando la última batalla con Satán. Acércate a su lecho, tiéndeles los brazos y muéstrales el dulcísimo costado. ¡Jesús, ten piedad de los moribundos más abandonados!

He oído, Maestro mío, tu queja dolorida en ese tabernáculo, y he venido a consolarte. ¡Ay! ¡Se te ofende tanto y se te olvida en este cielo del altar! Aquí me tienes; soy tu hermano, soy tu amigo, soy tu víctima, soy enteramente tuyo, en desagravio del amor que te rehúsa el mundo. Que esta adoración, mi consagración irrevocable a tu Sagrado Corazón aligeren tu Cruz y suavicen las heridas infligidas por la Ingratitud de tantos que se llaman tus amigos. ¡Perdónalos, divino Cautivo de tu propia caridad, y perdónanos también a todos los que por tanto tiempo hemos vivido amar, dando tu vida sacramental en esa Hostia!

Triunfa ya, Jesús, como lo prometiste a tu sierva Margarita María. ¡Oh, sí! Esta es mi última palabra: ¡vence, con victoria de clemencia, de perdón y de ternura; vence la perfidia y la frialdad del mundo con el incendio de amor de tu dulce Corazón! ¡Venga a nos su reinado salvador!

Recítense en seguida las Letanías del Sagrado Corazón por los pecadores y agonizantes, pág. 33, y luego el siguiente Rosario en honor del Sagrado Corazón de Jesús, en la forma siguiente: Recitado un Credo en reparación de la falta de fe, se reza en cada cuenta mayor un Padre nuestro y Ave María por el triunfo del Sagrado Corazón en la Eucaristía, y especialmente en la Comunión diaria; y en cada una de las demás cuentas, en vez del Ave María, la siguiente invocación-jaculatoria:

Corazón de Jesús, que ardes de amor por nosotros: ¡Inflama nuestros corazones en tu divino amor!

Se reza después el Acto de consagración a los Sagrados Corazones (pág. 145), y se termina la Adoración con el Acto de reparación al adorable Corazón de Jesús por los crímenes públicos, pág. 57

CUARTO MÉTODO
ADORACIÓN DE UN NIÑO

No olvides, querido niño, que estás delante de Jesucristo, Dios y hombre verdadero, Creador del cielo y de la tierra. Estás delante del que te juzgará en la hora de tu muerte; delante de aquel Dios de gloria y majestad a quien verás bajar rodeado de ángeles y santos, entre relámpagos de justicia vengadora el día del juicio final. Ese Señor, que con una sola palabra te creó, y te pudiera dar la muerte ahora mismo, está aquí

presente, a unos cuantos pasos de ti. Pero Él es al mismo tiempo el buen Jesús, el Amigo de los niños. A su alrededor están los ángeles del Paraíso, de suerte que en este instante te encuentras rodeado de multitud de espíritus invisibles, que contigo están haciendo también la adoración. Con todo respeto, pues, con filial temor y, sobre todo, con muchísimo cariño, reza lo que sigue, sin distraerte ni aburrirte, y cómo si estuvieras hablando cara a cara con el niño Jesús, que realmente te está escuchando desde ese altar.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

ACTO DE FE Y DE CONFIANZA

EL NIÑO. —Señor Jesús, creo firmemente que Tú estás presente en la Hostia Consagrada, y por eso he venido lleno de amor y de confianza a adorarte en este divino sacramento; he venido también a visitarte para consolarte en tus penas y acompañarte en tu soledad, pues te he visto solo y abandonado de todos. Vengo a conversar contigo, mi querido Jesús, para implorar el perdón de mis pecados, y para alcanzar de tu Corazón tan bueno todas las gracias que necesito para mí, para mi familia, para mis parientes, maestros y amigos. Yo sé, Señor, que Tú eres infinitamente bueno y que nada niegas al niño que con inocencia y confianza te pide lo que necesita. Escúchame, pues, con amor y paciencia, ya que Tú mismo quieres que te pidamos todo sin temor ni desconfianza. Soy niño, Jesús mío, y por eso te hablaré con toda sencillez. ¿Estás dispuesto, Señor, a escucharme?...

JESÚS. —¡Oh!, sí, niño querido, háblame con amor, pídeme lo que quieras, cuéntame lo que te pasa, refiéreme tus penas, háblame de tus estudios, de tus diversiones. Avísame si estás en algún peligro, si algún amigo o libro malo, si alguna otra tentación quiere pervertirte.

Dímelo todo, cuéntamelo todo, pues Yo, que te quiero tanto, vendré a impedir que caigas en la tentación, librándote de todo mal. Háblame de corazón a corazón, y no me ocultes nada, absolutamente nada, hijo de mi alma!

ACTO DE AMOR

NIÑO. —Vengo, en primer lugar, buen Jesús, a decirte que te amo mucho, que te quiero cuanto puedo quererte, con un corazón de niño, que es todavía pequeño y pobre. Sí, te amo con toda el alma, y no hay en este mundo nadie a quien ame tanto como a Ti. Te amo más que a mis padres, más que a mis hermanos y amigos juntos. Desde antes que supiera hablarte, Tú me has cuidado tanto, dándome padres cristianos, enseñándome tu doctrina y las cosas del cielo, mientras hay tantos otros niños desgraciados que no han recibido tan inmensos beneficios, y ¡cuántos ni siquiera te conocen, Jesús mío! Yo, pues, para agradecer semejantes favores quiero amarte en lugar y a nombre de esa multitud de niños pobrecitos sabes, Señor, cuan pobrecito soy, pues soy niño y necesito mucho que me ayudes para cumplir fielmente mis resoluciones. Inspírame, Jesús, grande y tiernísimo amor a la Virgen María, a fin de que, invocándola con fe, venga en mi socorro, y como te adormecía en Belén orando al lado de tu pobre cuna, que me acompañe y auxilie en las tentaciones que me asaltan. Ya ves, Jesús mío, cuánto deseo amarte. Indícame ahora, ¿qué más quieres que te diga en esta adoración? Antes de separarme de tu lado pídeme lo que quieras, y te lo daré gustosísimo, aunque fuera mi misma vida.

JESÚS. —Hijo mío muy amado, ya que me dices que te pida algo, escucha con cariño lo que tu Salvador va a pedirte. Vas a hacer con todo el corazón un acto de desagravio; es decir, vas a pedir perdón de la multitud de crímenes con que me crucifican los pobres pecadores. Pide misericordia para ellos, a fin de que por tu amor e inocencia los perdone. Tú, hijo mío, has de querer que todos tus compañeros, que todos tus amigos y parientes me adoren y me amen; y como tú eres mi reparador, hazme olvidar tantos pecados, implorando perdón por esos desgraciados. Hazlo de una vez, y así me darás muchísimo consuelo!

REPARACIÓN

NIÑO. —Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Creador, Padre y Redentor mío, por ser quien eres, me pesa de haberte tantas veces ofendido. Perdona mis desobediencias, mentiras e impaciencias; olvida para siempre los pensamientos y palabras con que te haya lastimado. No te acuerdes, Jesús mío, de las veces que te ofendí, con malos amigos o lecturas malas. Propongo firmemente la enmienda y nunca más pecar, ni herir de nuevo tu divino Corazón con la lanza cruel de mis ingratitudes. Perdona también, Jesús, a mis padres, a quienes tanto debo; perdona a mis hermanos, perdona a mis amigos y condiscípulos, a esa multitud de niños que te ofenden con sus conversaciones y amistades malas. ¡Oh!, sí, perdónalos, Señor Jesús, pues son niños y no saben bien que con sus pecados te crucifican. Por la agonía del huerto, por los azotes que padeciste, por la coronación de espinas, por los clavos que traspasaron tus pies y manos, y en fin, por el grande amor que nos manifiestas quedándote en la Hostia Consagrada, te pido que perdones las blasfemias, los sacrilegios con que te hieren los grandes pecadores, Cuántos te han ofendido.

Te amo también porque has muerto en la cruz por salvarme, y porque has querido quedarte conmigo en la Hostia Consagrada, a fin de que pudiera venir a adorarte y al recibirte en mi pecho por la Sagrada Comunión. ¡Ay!, Jesús querido, cuántos niños y cuántas personas grandes saben todo esto y, sin embargo, desprecian tu infinito amor. Son tantos, Señor, los que ni siquiera te saludan al pasar por tu casa, los que nunca te hacen una visita ni jamás se acercan a recibirte en la Sagrada Comunión. En nombre de todos ellos vengo, Jesús amantísimo, a contarte en esta adoración que te amo mucho, muchísimo, por todo lo que ellos no te aman. Soy como flor pequeñita todavía que Tú mismo has regado con tu sangre preciosa; por eso me llego a tus plantas para no marchitarme yo también, como tantos otros... Quiero crecer seguro a tu sombra y muy cerca de Ti, a tu mismo lado. ¡Ah! ¡Y cuánto cariño es el tuyo al permitir que me acerque a Ti, a pesar de haber sido a veces tan malo! ¿Cómo te pagaré, Señor, estas bondades, o amándote con todo mi corazón hasta fin de mi vida?...

JESÚS. —No puedes figurarte, hijo dichoso, el inmenso consuelo que me das al decirme una y mil veces que me amas, mientras otros repiten sin cesar que me odian y desprecian! Por eso, cuando de labios puros y de tu corazón todavía inocente brota esa palabra: "Te amo, Jesús mío", siento, hijo querido, que mi pena, disminuye. Mas ya que me dices que me amas, quiero enseñarte cómo debes amarme, y qué debes hacer para probarme que es grande y sincero el amor que me profesas. Si me amas, pues, debes ser siempre muy niño; es decir, muy puro, y ante todo en tus pensamientos, no consintiendo jamás en un pensamiento malo: ¡acuérdate que por ese pecado me dejé coronar de espinas!... Debes ser muy delicado en tus amistades, de manera que, si tuvieras algún mal amigo, aquí mismo vas a prometerme dejarlo para siempre. Así, te librarás de malas conversaciones por las cuales sufrí tanta sed en mi Pasión; cada vez, hijo mío, que ¡pronuncias una palabra, inconveniente, me das cruelmente la bebida amarga que me dieron los judíos cuando agonizaba en la cruz. Si de veras me amas, debes ser muy aficionado a visitarme en el Santísimo Sacramento, y sobre todo, una vez hecha la Primera Comunión, a renovarla con fervor y con frecuencia. Sé también muy obediente a tus padres en la casa y a tus maestros en el colegio; esto te costará bastante; pero, después que yo he hecho tanto por tu amor, ¿no tendrás ánimo de darme lo que te pido? Domina igualmente tu carácter, sé siempre muy amable y bondadoso con toda clase de personas, y no te acostumbres a impacientarte por cualquier motivo. Todo esto, hijo mío, te lo pide tu Redentor, tu Hermano, tu Amigo; pero también tu Dios!... ¿Me prometes ser fiel y me darás el gusto que te pido?...

NIÑO. —¡Oh, sí, Jesús divino; aquí a tus pies, y delante de los ángeles que te rodean, te prometo ser muy puro en mis pensamientos, en mis palabras y en mis amistades! Ya no quiero otro amigo que Tú, que me has querido como jamás me querrá el mejor de los amigos. Te prometo visitarte siempre que pueda, y recibirte en la Sagrada Comunión con todo fervor y con más frecuencia. Desde ahora quiero, Jesús mío, ser mucho más obediente, más paciente y caritativo; no más enojos, no más palabras de disgusto: procuraré ser amable y bondadoso a ejemplo tuyo, amabilísimo Jesús. Y sobre todo, ayudado con tu gracia, cumpliré mejor que nunca estas resoluciones, porque las hago, no sólo con los labios, sino con todo el corazón; así verás, Señor Jesús, que es cierto lo que tantas

veces he repetido en esta adoración, "que te amo mucho". Tengo buena voluntad y quisiera ser generoso contigo; pero bien sabes, sabes, Señor, cuan pobrecito soy, pues soy niño y necesito mucho que me ayudes para cumplir fielmente mis resoluciones. Inspírame, Jesús, grande y tiernísimo amor a la Virgen María, a fin de que, invocándola con fe, venga en mi socorro, y como te adormecía en Belén orando al lado de tu pobre cuna, que me acompañe y auxilie en las tentaciones que me asaltan. Ya ves, Jesús mío, cuánto deseo amarte. Indícame ahora, ¿qué más quieres que te diga en esta adoración? Antes de separarme de tu lado pídeme lo que quieras, y te lo daré gustosísimo, aunque fuera mi misma vida.

JESÚS. —Hijo mío muy amado, ya que me dices que te pida algo, escucha con cariño lo que tu Salvador va a pedirte. Vas a hacer con todo el corazón un acto de desagravio; es decir, vas a pedir perdón de la multitud de crímenes con que me crucifican los pobres pecadores. Pide misericordia para ellos, a fin de que por tu amor e inocencia los perdone. Tú, hijo mío, has de querer que todos tus compañeros, que todos tus amigos y parientes me adoren y me amen; y como tú eres mi reparador, hazme olvidar tantos pecados, implorando perdón por esos desgraciados. Hazlo de una vez, y así me darás muchísimo consuelo!

NIÑO. —Señor mío Jesucristo, Dios y Hombre verdadero, Creador, Padre y Redentor mío, por ser quien eres, me pesa de haberte tantas veces ofendido. Perdona mis desobediencias, mentiras e impaciencias; olvida para siempre los pensamientos y palabras con que te haya lastimado. No te acuerdes, Jesús mío, de las veces que te ofendí, con malos amigos o lecturas malas. Propongo firmemente la enmienda y nunca más pecar, ni herir de nuevo tu divino Corazón con la lanza cruel de mis ingratitudes. Perdona también, Jesús, a mis padres, a quienes tanto debo; perdona a mis hermanos, perdona a mis amigos y condiscípulos, a esa multitud de niños que te ofenden con sus conversaciones y amistades malas. ¡Oh!» sí, perdónalos, Señor Jesús, pues son niños y no saben bien que con sus pecados te crucifican. Por la agonía del huerto, por los azotes que padeciste, por la coronación de espinas, por los clavos que traspasaron tus pies y manos, y en fin, por el grande amor que nos manifiestas quedándote en la Hostia Consagrada, te pido perdones las blasfemias, los sacrilegios con que te hieren los grandes pecadores. Cuántos te dejan olvidado en este tu pobre altar. Las calles, las plazas y los teatros siempre llenos, sólo tu iglesia vacía y desierta. Satanás con tantos amigos, y tú Señor, con tantos traidores y enemigos. ¡Perdónanos, Jesús! ¡Ay! Y cuántas veces yo mismo, pudiendo visitarte un instante, he preferido un juego o un amigo y te he dejado aguardándome en ese altar, donde estás presente como en el cielo. Cuántas veces, sin razón ninguna, por ingratitud o respeto humano he dejado de recibirte en la Sagrada Comunión…

¡Perdóname! Desde hoy, pues, Jesús mío, quiero comenzar a enmendarme. No, no quiero que llores más por mí, no quiero volver a herir tu Corazón Santísimo. Mira, Jesús amado, que él que esto te pide es uno de aquellos niños de ti tan queridos. Por el Corazón dulcísimo de María, ofendido con el tuyo, te pido ese perdón, aunque no lo merezcamos. Y tú, Virgen María, perdónanos también, pues te hemos afligido, olvidándonos de ti y de tu Hijo. Madre, tuyo he de ser desde hoy; pero olvida para siempre las lágrimas que te he hecho derramar, y los pesares con que he entristecido tu Corazón Inmaculado; perdonadnos, Sacratísimos Corazones de Jesús y de María.

JESÚS. —Por tu amor y por el cariño que me tienes, olvido todo y perdono. Pero, en cambio de ese perdón, cumple, hijo mío, mejor que hasta ahora con tus resoluciones; ten más afición a visitarme y a recibirme en la Sagrada Comunión; no frecuentes mucho la calle, ni seas curioso en lo que no debas saber ni oír. Aquí en este altar, a unos cuantos pasos de ti me encuentro cautivo por tu amor, y ¿tendrás valor para negarme lo poco que te pido? Y ahora, ¿tú no tienes nada más que pedirme? ¿No te acuerdas de alguna necesidad tuya o ajena? Habla, hijo querido, cuéntame lo que quieras, pide con toda confianza lo que necesitas, y mi Corazón, infinitamente amoroso, nada querrá negarte.

NIÑO. —Ante todo, Jesús, concédeme tu amor. Quererte mucho, muchísimo, Señor, ese es todo mi deseo. Hazme niño verdaderamente cristiano y piadoso; que mi mayor gusto sea recibirte con frecuencia en la Sagrada Comunión, v visitarte en tu solitario templo. Hazme puro, consérvame inocente y apártame de las ocasiones de ofenderte. Mas, si alguna vez tuviera la tremenda desgracia de pecar mortalmente, levántame en el acto, Señor, de esa caída, con una buena confesión, no sea que, muriendo en ese estado, te pierda, Jesús mío, para siempre!

Con este fin, infúndeme el amor a la Virgen María; ¡oh!, una vez más te lo suplico: haz que la quiera como a mi madre. Ayúdame también, Maestro, en mis estudios, porque hay cosas que me cuestan bastante. Tú, pues, Jesús, que repartes el talento como quieres, dame, si me conviene, un poco más de inteligencia y de memoria, ya que mis padres quieren que aproveche. Bendice a mi papá en sus negocios; pero no permitas que prefiera las ganadas en la tierra a las del cielo. Paga a mi mamá el cariño que siempre me ha tenido, y el amor con que me cuida. A mis hermanos hazlos puros y piadosos. No olvides, Señor, a mis maestros que se afanan por hacerme niño cristiano e instruido. Te pido también por las almas del Purgatorio, especialmente por las que me quisieron más en este mundo, por las de mis parientes y bienhechores, y en particular por las más desamparadas. Dales a todas, Dios bueno y misericordioso, el descanso de tu cielo, o alivia al menos sus tormentos.

Pronto tendré que dejarte, Jesús amantísimo; pero antes de irme dejo ahí en ese altar, donde estás prisionero, mi corazón y mi cariño. Aunque lejos de Ti, seguiré acordándome del Buen Jesús, al levantarme y al acostarme, durante mis clases y recreos, y cuando pase por esta tu casa, si no pudiera entrar a visitarte, te saludaré al menos con cariño. Pero, sobre todo, te prometo antes de irme cumplir mejor con mis promesas, ayudado de tu santa gracia.

JESÚS. — Hijito mío, tan dulcemente amado, agradezco tu buena voluntad, acepto tu amor, y mi Corazón, consolado con este rato de adoración, te bendice, y te pide antes de separarnos que vuelvas cuanto antes a recibirme y a visitarme. Yo, que soy tu Dios, tu Hermano y tu Amigo, te pido, ¿tendrás valor para negármelo ?...

NIÑO. — No, Jesús, ¡mil veces no! A veces he sido débil; pero nunca he sido perverso y de mal corazón. Cumpliré pues, tus deseos, comulgando cuantas veces me lo permitan, y haciendo la adoración siempre que pueda. Y ahora, por última vez, te pido perdón por todos mis pecados, y por los de todos los hombres; recibe, Jesús, los sentimientos de mi gratitud, como pago aunque muy pobre, de todos tus beneficios; oye favorablemente mis súplicas, si tal es tu santa voluntad. Y con esto, me despido diciéndote: Hasta Luego; sí hasta muy luego, Señor Jesús.

JESÚS. —Hijo mío, para no separarme de ti, he de entrarme a tu corazón, y allí estaré presente por mi gracia..., pero vuelve cuanto antes al pie de este altar, donde estoy realmente vivo y presente como en el cielo... No retardes tu visita, que será gozo de mi Corazón amantísimo verte con frecuencia postrado junto con mis ángeles, ante el Sacramento de mi amor...

NIÑO. —Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María por infinitos siglos de los siglos. Amén.

Llamo con infantil confianza, Jesús, a tu Sagrario, no porque dude de que Tú estés ahí, sino porque siento ansias de escuchar tu voz, tus insinuaciones, tus amables reproches. Y sobre todo, para que abras y me guardes prisionero contigo en tu cárcel de amor.

VISITAS AL SANTÍSIMO PARA TODOS LOS DÍAS DE LA SEMANA

PRIMERA VISITA

DOMINGO.

(Diez minutos.)

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María, por los siglos de los siglos. Amén.

ORACIÓN PARA TODOS LOS DÍAS

(En reparación de la frialdad de los creyentes para con Jesús en el Santísimo Sacramento.)

Señor mío Jesucristo, que, por el amor que tienes a los hombres, estás de noche y de día en ese Sacramento, lleno de piedad y de amor, esperando, llamando y recibiendo a todos los que vienen a visitarte: yo creo que estás presente en ese misterio del altar; te adoro desde el abismo de mi nada, y te doy gracias por todas las mercedes que me has hecho, especialmente por haberme dado en este Sacramento tu cuerpo, tu sangre, tu alma y tu divinidad; por haberme concedido por mi abogada a tu Santísima Madre, la Virgen María, y por haberme llamado a visitarte en este lugar santo. Yo adoro tu amantísimo Corazón, y deseo ahora adorarlo por tres fines: el primero, en agradecimiento de esta tan rica dádiva; el segundo, para desagraviarte de todas las injurias que has recibido de tus enemigos en la Eucaristía, y el tercero, porque deseo, en esta visita, adorarte en todos los lugares de la tierra donde estás sacramentado con menos culto y más desprecio. ¡Jesús mío!, te amo con todo el corazón; pésame de haber tantas veces ofendido, en lo pasado, a tu infinita bondad, y me propongo, ayudado de tu gracia, enmendarme en lo venidero. Y ahora, así, miserable como soy, me consagro todo a ti y pongo en tus manos mi voluntad, mis afectos, mis deseos y todo cuanto, soy y puedo. De hoy en adelante, haz, Señor, de mí todo lo que te agrade; lo que yo quiero y lo que te pido es tu santo amor, la perfecta obediencia a tu santísima voluntad y la perseverancia final. Te recomiendo las almas del purgatorio, especialmente las más devotas del Santísimo Sacramento y de María Santísima, y te ruego también por todos los pecadores. En fin, mi amado Salvador, quiero unir todos mis afectos y deseos con los de tu amorosísimo Corazón, y así unidos, los ofrezco a tu Eterno Padre y le pido que por tu amor los reciba, y despache favorablemente. Amén.

Un Padre nuestro y Ave María por el triunfo del Sagrado Corazón en la Eucaristía, y principalmente en la Comunión diaria.

ORACIÓN DEL PRIMER DÍA

(Al Corazón amable de Jesús, para obtener su reinado, en los hogares.)

¡Quién, fuera de ti, Jesús, podría merecer todo mi cariño, siendo tú, como eres, la Belleza increada, las delicias del Padre y la bienaventuranza de los cielos en tu Corazón amabilísimo? Señor, ¡qué desgraciado fui en los días en que, desconociéndote, dejé de amarte! Olvídalos, porque eres manso y bueno, y déjame quererte, como si nunca hubiese pensado en otra cosa sino en corresponderte con amor de santo. Tú eres el objeto de las complacencias del Padre; ¿no lo serás, Jesús, de este pródigo, vencido por la ternura incomprensible de tu Corazón?... ¡Oh, llamas encantadoras que abrasáis al Corazón de Jesús!, abrasad con él y en él también el mío... Incendio sagrado de caridad, prendido en el costado de Jesús, consúmeme aquí a sus pies... Salvador querido, ese fuego le trajiste para abrasar con él el mundo; ¿qué has de querer, por tanto, sino que arda en mi alma y destruya en ella todo otro, amor que te impida reinar en mí como, soberano y sin partición de corazón?... Vivir sólo para amarte, Dios del Sagrario; vivir para glorificarte, Corazón de Jesús, en la Eucaristía; tal es el único anhelo de mi alma, enamorada de tu humildad en esa Hostia... Virgen inmaculada, se la estrella de amor, sé el camino de llamas divinas que lleve a las familias cristianas en derechura al Corazón amabilísimo de Jesús. Así sea.

SÚPLICA DIARIA AL CORAZÓN DE JESÚS POR LOS AGONIZANTES

Yo te adoro, en esta Hostia divina. Corazón de Jesús, que, preso de mortales congojas en Getsemaní, palpitas ahora de amor en este Sacramento. Yo te amo, Corazón dulcísimo; tú, el mismo que se sintió oprimido de angustias crueles, en las afrentas y dolores de la Vía Dolorosa. Cerca de mí, los ángeles que te adoran en esta Eucaristía perciben los latidos violentos de tu Corazón, que estuvo agonizante en el madero de la Cruz...

Herido de amor, amargado por la ingratitud, está, ¡oh, sí, lo creo!, el mismo Corazón que, amándonos con caridad más fuerte que la muerte, quiso ser traspasado por la lanza venturosa de Longino. ¡Ah!, en esa herida, Jesús adorable, pongo las almas que agonizan en esta hora y que morirán en este día. Piedad, misericordia te pido para ellas, Redentor crucificado. No quieras, en ese trance decisivo, dejarlas a merced de sus enemigos infernales, ni abandonarlas a la desesperación y a su flaqueza. Yo las amo, por el interés de tu gloria, y quiero, en esta visita, ofrecerme a tu Corazón sacramentado, en rescate de esas almas que te costaron lágrimas de sangre. Jesús, acuérdate de ellas, por amor de la Virgen Madre, a quien no puedes negar ti cielo que para sus hijos te reclama. Y junto con los merecimientos de María, que es puerta del paraíso, invoco, Jesús, al que la Iglesia ha consagrado patrono de la buena muerte, a San, José, que, en pago de sus ternuras contigo, te conjura a que salves a los pobres moribundos... Te ofrezco también las adoraciones que, en este instante y en todo este día, te rendirá la Asociación de los Sagrados Corazones; con todo el fervor de tu sierva Margarita María, heredera de tu Corazón y a quien revelaste esta compasión por los agonizantes, te suplico que, al expirar éstos en la tierra, los recibas, Jesús, en el cielo de luz y de perdón de tu pecho atravesado. Salve, ¡oh, divino Corazón!, redime a los moribundos de esta hora...

¡Viva el Sagrado Corazón, y venga a nos su reino!... Bendito y alabado sea el Santísimo Sacramento del Altar y la purísima Virgen María, concebida sin mancha de pecado original desde el primer instante de su ser natural. Amén.

SEGUNDA VISITA.

LUNES.

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María, por los siglos de los siglos. Amén.

Oración para todos los días, véase en el domingo, página 64.

Un Padre nuestro y Ave María por el triunfo del Sagrado Corazón en la Eucaristía, y principalmente en la Comunión diaria.

ORACIÓN DEL SEGUNDO DÍA

(Al Corazón amante de Jesús, para obtener su reinado en el pueblo cristiano.)

¡Oh, Corazón amante de Jesús, creado expresamente para amar a los hombres!, yo te adoro y te pertenezco por entero, en retribución de la infinita caridad con que quisiste mirarme y redimirme. He merecido, es cierto, en castigo de mi frialdad, el que cerrases para mí la dulce herida de tu pecho... Pero el amor inmenso en que te abrasas ha desatendido felizmente mi culpable indiferencia, y en ese Sacramento sigues siendo la zarza ardiente que debe purificarme, para hacerme salvo y santo. Amor de mi Jesús, penetra mi pobre corazón, devóralo y no le dejes vivir lejos de este sagrario, ante el cual quisiera arrastrar las almas por millares, en homenaje a este Dios, que es todo caridad.

¡Oh, Madre del Amor Hermoso, y que ardes en el deseo ardiente de ver amado a tu Jesús, llévalo en Comunión, Señora, al pueblo, y hazlo reinar en él por su Sagrado Corazón! Así sea....

Súplica por los agonizantes, como el domingo, página 65.

¡Viva el Sagrado Corazón, y venga a nos su reino!... Bendito y alabado sea, etcétera.

TERCERA VISITA.

MARTES.

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María, por los siglos de los siglos. Amén.

Oración para todos los días, véase el domingo, página 64.

Un Padre nuestra y Ave María por el triunfo del Sagrado Corazón en la Eucaristía, y principalmente en la Comunión diaria.

ORACIÓN DEL TERCER DÍA

(Al Corazón herido de Jesús, para obtener su reinado en la educación cristiana de la infancia.)

Aquí me tienes, Jesús, humillado por mis culpas y acusado ante el tribunal de tu misericordia por la dulce herida de tu Corazón... Yo le traspasé quebrantando tus preceptos; yo le he contristado tantas veces, despreciando las finezas de tu amor. Por eso vengo a reparar mis propias faltas y también a consolar al prisionero de ese tabernáculo, por los extravíos de tantos pecadores, mis hermanos... Inspírame, Jesús, un vivo horror al pecado, que desgarró tu cuerpo y contristó tu alma con tristezas más sombrías y amargas que la muerte. Lo detesto, Jesús sacramentado, porque es oposición a tu voluntad, porque es ultraje a tu soberanía; lo aborrezco, porque fue causa de tu cruelísimo Calvario. Ayuda, pues, a mi flaqueza, otórgame la gracia de endulzar tus dolores, reparando mis culpas y las del mundo, tan olvidado de tu redención.

Señora y Madre, resguarda el alma de Jesús y a la vez mi alma pobrecita, del dardo de la culpa que le hiere a él, dándome la muerte a mí... ¡Oh! ¡Salva también a la infancia, en el Corazón herido de tu Jesús! Así sea.

Súplica por los agonizantes, como el domingo, página 65.

¡Viva el Sagrado Corazón, y venga a nos su reino!... Bendito y alabado sea, etcétera.

CUARTA VISITA.

MIÉRCOLES.

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María, por los siglos de los siglos. Amén.

Oración de todos los días, véase el domingo, página 64.

Un Padre nuestro y Ave María por el triunfo del Sagrado Corazón en la Eucaristía, y principalmente en la Comunión diaria.

ORACIÓN DEL CUARTO DÍA

(Al Corazón misericordioso de Jesús, para obtener su reinado en la conversión de los grandes pecadores.)

¡Corazón misericordioso de Jesús, ten compasión de mí! Y puesto que, sin merecerlo, me has colmado de mercedes singulares, déjame acudir confiado a ti, en demanda de compasión para con mis flaquezas cotidianas. No quieras cansarte, amadísimo Jesús, y aguárdame paciente y bueno en ese tabernáculo, donde espero morir a la tierra y vivir únicamente de tu Corazón sacramentado. ¡Oh, amor de mis amores!, yo no te pido exención de penas en la vida, porque sé que, con ellas, debo rescatar mis culpas; ni tampoco que me libres de un terrible purgatorio, que tengo mil veces merecido... Lo que reclamo, Señor, de tu divino Corazón es que sigas siendo Jesús conmigo; esto es, misericordioso y clemente. Si mis miserias son incontables y es mezquino el rescate que por ellas te presento, sea, en cambio, inmenso e insondable el piélago amoroso de tu Corazón, en que se olviden, perdonadas, todas mis fragilidades, ¡todas!...

Y tú, María, puerta del cielo, haz que, llevados de tu mano, lleguen hasta el paraíso del Corazón de Jesucristo los grandes pecadores, que sin ti se perderán. Así sea.)

Súplica por los agonizantes, como el domingo, página 65.

¡Viva el Sagrado Corazón, y venga a nos su reino!... Bendito y alabado sea, etcétera.

QUINTA VISITA.

JUEVES.

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María, por los siglos de los siglos. Amén.

Oración de todos los días, como el domingo, página 64.

Un Padre nuestro y Ave María por el triunfo del Sagrado Corazón en la Eucaristía, y principalmente en la Comunión diaria.

ORACIÓN DEL QUINTO DÍA

(Al Sagrado Corazón de Jesús para obtener su reinado en la santificación y celo de los justos.)

¡Cuánta es mi confusión, divino Jesús, al considerar ante tu altar el cúmulo de gracias con que me has favorecido y el sinnúmero de infidelidades ¡con que te he correspondido!... Me sacaste de la nada, y, lo que es más, caído en el abismo de la culpa, me levantaste con tu sangre. Y como si tanta dignación no fuera suficiente, te me entregas tú mismo, ¡oh, Corazón amorosísimo!, en la Santa Eucaristía. Bien sabías, Señor, a lo que exponías tu persona adorable en este Sacramento de inconcebible abatimiento, ¡ah!, y tu previsión divina la he confirmado tantas veces con mi imperdonable ingratitud... Acuérdate, Jesús, que en esa Hostia misericordiosa están todas tus lágrimas, lloradas por mi amor; toda tu sangre, vertida por mi rescate; en ella está tu Corazón, herido por la caridad mucho antes que por la lanza de Longino... Déjame entrar en este sagrario piadosísimo, donde viva al abrigo de la justicia de tu Padre y de mi propia flaqueza; amémonos ahí para el tiempo y la eternidad.

Virgen María, sigue siendo el tabernáculo que guarde para nosotros, los infelices desterrados, el germen de la santidad y de la vida eterna: el Corazón de Jesús sacramentado. Así sea.

Súplica por los agonizantes, como el domingo, página 65.

¡Viva el Sagrado Corazón, y venga a nos su reino!... Bendito y alabado sea, etcétera.

SEXTA VISITA.

VIERNES.

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María, por los siglos de los siglos. Amén.

Oración de todos los días, véase el domingo, página 64.

Un Padre nuestro y Ave María por el triunfo del Sagrado Corazón en la Eucaristía, y principalmente en la Comunión diaria.

ORACIÓN DEL SEXTO DÍA

(Al Corazón agonizante de Jesús, para obtener su reinado en la libertad y paz de la Iglesia y del Sumo Pontífice.)

No han terminado, Señor, las congojas de tu Calvario, pues tu amor y mi pecado perpetúan tu holocausto incruento en el ara permanente de tu voluntario sacrificio. ¡Ay!, cómo debes extrañar, Jesús, que con las criaturas tenga miramientos que no te guardo a ti; cómo debes sufrir que para un amigo de la tierra tenga gratitud y a ti te olvide, ioh, Dios perpetuamente crucificado por mi amor!

Háblame, Jesús, palabras de dulcísimo reproche; háblame palabras de amistoso ruego, y pídeme la vida, que quiero en adelante perder en tu servicio. Pero que este anhelo no se disipe como el incienso del santuario, ¡oh, no!... Átame a ti, pues ya es tiempo de que me consagre a tu Sagrado Corazón, en acto de desagravio, de celo y sacrificio; toma mi sangre, toma mi alma, toma, sobre todo, mi triste libertad, y consiente que sea para siempre el perpetuo prisionero del Dios Cautivo por mi amor en el altar.

Reina del cielo y del Calvario, María inmaculada, preside tú, te lo rogamos, como el día de Pentecostés, la Iglesia del Señor Jesús, y alcánzale cuanto antes un triunfo de paz y libertad. Así sea.

Súplica por los agonizantes, como el domingo, página 65.

¡Viva el Sagrado Corazón, y venga a nos su reino!... Bendito y alabado sea, etcétera.

SÉPTIMA VISITA.

SÁBADO.

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María, por los siglos de los siglos. Amén.

Oración de todos los días, como el domingo, página 64.

Un Padre nuestro y Ave María por las intenciones Sagrado Corazón en la Eucaristía, y principalmente en la Comunión diaria.

ORACIÓN DEL SÉPTIMO DÍA

(Al Corazón fidelísimo de Jesús, para obtener su reinado social en el mundo entero.)

Cada vez que te he abierto mi pobre corazón, Señor Jesús, has entrado en él con abundancia de ternura, olvidando por completo las repulsas con que lastimé tu Corazón de amigo fidelísimo.

Gracias, Salvador benigno y generoso, gracias por la inviolable fidelidad de tu cariño. Yo he venido y he vuelto ante tu altar con el alma tantas veces cambiada por flaquezas o malicias que la hacen inconstante y tornadiza. ¡Tú sólo quedas invariablemente el mismo, para amar más allá de la muerte, con amor más intenso que el del cielo, con amor de Eucaristía! Por ello te suplico que, desconfiando de mis promesas, por mis veleidades habituales, en vez de refugiarte en mi corazón, tan deleznable, lo tomes de mi pecho, lo robes por entero para ti, sólo para ti, y castigues su inconstancia, encarcelándolo en el sagrario eterno de tu Corazón sacramentado.

Y tú, María, cuyo Corazón inmaculado fue el dichoso Edén en que recobramos a Jesús, haz que por ti también se establezca en la familia, en la sociedad y en el mundo entero la soberanía salvadora del Corazón de Jesús. Así sea.

Súplica por los agonizantes, como el domingo, página 65.

¡Viva el Sagrado Corazón, y venga a nos su reino!... Bendito y alabado sea, etcétera.

Movido de tus amargas quejas, no deseo, Jesús, otra cosa sino compartir contigo la tristeza mortal de tu Getsemani, mediante el ejercicio de la Hora santa que tú mismo pediste a Santa Margarita María.

HORA SANTA

ORIGEN, IMPORTANCIA Y PRODIGIOSA EFICACIA DE ESTE EJERCICIO

He aquí una práctica eminentemente divina, no sólo en sin fin, sino por su origen inmediato. Jesús, hablando a su sierva Margarita María, en 1674, le dice terminantemente desde el venturoso tabernáculo de Paray-le-Monial: "Todas las noches, del jueves al viernes, te haré participar de la mortal tristeza que quise padecer en el Huerto de los Olivos, tristeza que te reducirá a una especie de agonía, más difícil de soportar que la muerte. Y para acompañarme en aquella humilde plegaria que entonces presenté a mi Padre, te postrarás, con la faz en la tierra, deseosa de aplacar la cólera divina y en demanda de perdón por los pecadores." Tal es la palabra de imperiosa misericordia que estableció, en la primera aurora de la devoción al Corazón de Jesús, la práctica de incomparable hermosura que llamamos la Hora Santa.

Dos son, evidentemente, las ideas fundamentales de ese ejercicio. Es la primera una intención de amor compasivo, que une en esa Hora el alma del consolador y del confidente al Corazón agonizante de su Salvador. "Te haré compartir —dice Jesús —la tristeza mortal de mi Getsemaní..." Y es la segunda una reparación del pecado, un fin de desagravio redentor y de consuelo: "Pedirás perdón por los pecadores."

Una y otra idea cobran una luz mayor todavía con la siguiente revelación, que debe sacudir, con emoción intensa, de dolor y caridad, el corazón del creyente fervoroso. Oigamos siempre a la vidente de Paray: "Se me presentó Jesús bajo la figura de un Ecce Homo, cargado con su cruz, cubierto de llagas y de heridas. Su sangre adorable brotaba de todas ellas, y luego, con voz desgarradora y triste, me dijo:

"¿No habrá, por ventura, nadie que se compadezca de mí y que, teniéndome piedad, comparta el dolor que sufro en este estado lamentable en que me tienen, sobre todo ahora, tantos pecadores?

Aquí tienes el Corazón que ha amado tanto a los hombres, y que no ha perdonado medio alguno de probarles su amor, hasta el extremo de agotarse y consumirse por ellos. Y, en retorno, no recibo de la mayor parte sino ingratitud y menosprecio, lo que me amarga mucho más que todo cuanto he sufrido en mi pasión…

Si los hombres me correspondieran, siquiera en parte, consideraría poco lo que he hecho, y desearía, si posible fuera, sufrir más todavía... Pero, ¡ay!, no tienen sino frialdad y repulsas para cada una de las solicitaciones de mi amor. Al menos tú, hija mía, concédeme el consuelo de verte reparar, en cuanto puedas y de ti dependa, esa ingratitud. Participa de mis congojas y llora por la insensibilidad culpable de tantos corazones."

Quien haya leído esta queja, dolorosa como el justísimo reproche de un Dios ultrajado con la afrenta del desprecio y del olvido, no extrañará que la fórmula de la Hora Santa que ofrecemos al público piadoso respire una infinita tristeza y tenga el dejo angustioso de un divino lamento. Nuestra intención ha sido, a la verdad, recoger, como eco fidelísimo, el gemido vibrante del Dios de Getsemaní y de Paray-le-Monial... En uno y otro santuario Jesús no habla: solloza de amor y de amargura.

Hay algo más elocuente aún, si cabe, en la plegaria de la Hora Santa si se la hace, sobre todo, pública y solemnemente.

Escuchemos una vez más las confidencias del Sagrado Corazón a su primer apóstol, Margarita:

"Tengo sed devoradora de ser amado de los hombres; pero no encuentro casi a nadie que tenga voluntad de aplacarla, con retorno de amor cumplido y generoso... No hallo quien me ofrezca, en este estado de abandono, un lugar de reposo... ¿Quieres tú consagrarme tu alma para que en ella descanse mi amor crucificado, que el mundo entero menosprecia? Quiero que tu corazón me sirva de asilo, en el que me cobije para solazarme cuando los pecadores me persigan y me arrojen de los suyos... Entonces, con los ardores de tu caridad, repararás las injurias que recibo... ¡Oh, sí!; a pesar del infierno, reinaré por la omnipotencia de mi Corazón."

Tal es la idea final, idea triunfadora, de este ejercicio de reparación y de victoria. En la Hora Santa se le ofrece el alma como un asilo y, al propio tiempo, se le pide, se le ruega, se le exige, por la agonía y la omnipotencia de su Corazón, el advenimiento de su reinado, la soberanía de su amor en las conciencias y en los pueblos. Él lo ha dicho: la revelación de su Corazón es "la segunda y la suprema redención del mundo, el último y decisivo esfuerzo de su caridad". Para secundar, pues, aquel esfuerzo, para

cooperar a ese triunfo, le acompañamos en la Hora Santa hasta llegar con él a la victoria o a la muerte. De ahí el clamor que hemos puesto en labios de la multitud de fieles, clamor que debe resarcirle del abandono en que tantos hijos ingratos le tuvieron relegado en el transcurso de los siglos: "¡Venga a nos el reinado de tu amante Corazón!"

Huelga decir que la Iglesia no sólo ha sancionado, sino que bendice con efusión y recomienda con entusiasmo esta práctica bellísima. Los Romanos Pontífices la han enriquecido con innumerables y preciosas indulgencias, y la Cofradía Matriz de la Hora Santa, establecida en Paray-le-Monial, guarda sus registros de asociados en la misma celda encantadora en la qué Margarita María, al morir, recibió, la última, la eterna revelación de amor del Corazón dulcísimo de Jesús.

Recuerden los sacerdotes, los religiosos y cuantos en alguna forma pueden ejercer un apostolado de celo, que, después de la sagrada Comunión, no hay ningún recurso más eficaz de gracia que éste. ¡Ah!, y no olviden que Jesús ha prometido grabar con caracteres imborrables, en su adorable Corazón, los nombres de aquellos que propaguen esta devoción. ¡Quiera Dios que sean innumerables los apóstoles y las almas que, santificadas por este amor, puedan exclamar en unión con la confidente bien aventurada de Paray!: "Te pertenezco por entero, ¡oh, divino y amable Corazón!... Languidezco en el deseo de unirme a ti, de poseerte, de abismarme en ti, de hacerte reinar... Deliro por despojarme de esta miserable vida para gloria de tu Corazón...; en él he hecho mi morada para siempre."

COFRADÍA DE LA HORA SANTA

Esta piadosa Asociación, erigida en la capilla de los Sagrados Corazones de Madrid, fue incorporada a la Archicofradía de la Hora Santa de Paray-le-Monial, haciéndose participantes sus miembros de las preciosas gracias e indulgencias que le son anexas.

Práctica de la Hora Santa. —Puede hacerse en común o en privado, en el templo o en otra parte, los jueves de once a doce de la noche, o en la tarde, desde las dos, en verano, y desde las cuatro, en invierno. Este ejercicio puede ser de oración mental o de oraciones vocales, y debe rezarse durante una hora.

Indulgencias.— Los asociados en esta Cofradía ganan una indulgencia plenaria cada vez que hagan el ejercicio de la Hora Santa en la forma indicada.

CONDICIONES: Para ganar esta indulgencia se requiere confesarse, comulgar el jueves o viernes, y además estar inscrito en el Registro de la Cofradía Colegio de los Sagrados Corazones, Madrid).

MÉTODO PARA REZAR LA HORA SANTA

La Hora Santa debe ser una oración meditada; de ahí que se debe rezar lentamente, pero como una mera lectura, sino con unción de fervorosa plegaria. El ejercicio está calculado para una hora casi exacta. Los puntos suspensivos no indican otra cosa sino el estilo cortado y los silencios de quien va saboreando este ejercicio, sobremanera hermoso, por el significado de redención que le atribuyó el Señor Jesús, al exigirlo, él mismo, a su confidente Margarita María. Conviene hacerlo de rodillas. Antes de comenzar, indíquese las intenciones particulares por las cuales se ofrecerá en especial la Hora Santa, v. gr.: la conversión de un padre de familia, la paz de un hogar atribulado, la salud de un enfermo, etc.

Una vez establecida, hágasela invariablemente la víspera de todos los primeros viernes, si posible fuera, de once a doce de la noche; aconséjese a las almas piadosas que no puedan hacerla en el templo, que la hagan ante la imagen del Sagrado Corazón, en el santuario del hogar, y no sólo una vez al mes, sino todos los jueves.

En los Asilos de Caridad, en los monasterios, en las comunidades de labor activa, producirá un incremento prodigioso de fervor... Y si el reglamento de la casa, si la tarea de su personal no lo permite, ligase en la tarde, y aun de día, ante el Santísimo manifiesto. Los Sres. Párrocos y los Rectores de Seminarios cosecharán frutos de santidad dondequiera que hayan arrojado en el surco esta idea, nacida en el propio Corazón del Salvador.

NOTA. —Debemos hacer notar a las personas piadosas que, al hablar de la agonía actual del Corazón de Jesús en la Eucaristía, usamos el lenguaje que empleó el mismo Salvador en sus comunicaciones a su sierva Margarita María; pero sin pretender con esto, naturalmente, afirmar que, en su estado glorioso, pueda Jesús ni sufrir, ni agonizar, ni morir. Se puede, con todo, hablar en ese estilo, como que en su vida mortal y en su Pasión

sufrió todas las torturas que le infligían entonces nuestros pecados actuales de hoy. Así nos explicamos también que se aparezca a Margarita María, a Santa Gertrudis y a otros amigos suyos, ensangrentado, lloroso, agonizante, y que pueda realmente decir, refiriéndose a la ingratitud de hoy día, relaciona da con sus padecimientos de su vida y muerte: "Mira el estado en que me ponen los pecadores..."

I HORA SANTA

Quejas del Sagrado Corazón y sus doce promesas.

Es esta una hora tres veces santa por la venturosa proximidad de Jesucristo a nuestras almas pobrecitas... La herida, siempre abierta, de su pecho le habla de la tierra y le fuerza dulcemente a atender, al mismo tiempo que los cánticos del cielo, las súplicas y los gemidos que suben del destierro...

No lamento el de Getsemaní; es el gemido salvador del Gólgota, que parece repercutir al renovarse este sacrificio incruento del altar...

Desde el fondo del sagrario, sus labios, empapados en la hiel de todas las ingratitudes, nos nombran, con bendición de amor, a todos los que, en esta noche, hemos venido a llorar, con él, la desventura de su amor menospreciado... ¡Qué grande, qué inmenso es el dolor que le atormenta!... Pero es mayor aún, es infinito, el amor que le tortura...

¡Cuánta dignación la de este Salvador!... Quiere confiarnos sus tristezas, está ansioso de desahogar con nosotros la decepción sufrida con tantos que, colmados de favores, se llamaron sus discípulos y después le abandonaron. Más fieles que Pedro, que Santiago y que Juan, en el Huerto de la Agonía, escuchémosle nosotros, pues quiere hablarnos por la herida de su amante Corazón.

(Pausa larga.)

Voz del Maestro. —Hacía tanto tiempo, alma querida), que te aguardaba aquí en la Hostia para contarte el amor que me devora... Te bendigo porque has tenido compasión de tu Dios encarcelado, sumido en amarga soledad... ¡Tenía sed de ti! Por fin te he vencido...; dímelo tú mismo; ¡sí, repíteme que mi Corazón te ha vencido!...

Asegúrame, en seguida, que me amas, que tú también sientes sed de mí, y sed devoradora... Lejos de mi lado, tú, que eres polvo y nada, cuántas veces has reído y has gozado... Yo sin ti, y por recobrarte, después de treinta y tres años de tribulaciones, ¡expiré en un cadalso!... Rompiste un día mis cadenas, y libre de mis brazos por la culpa, ¡ay!, ¿cómo pudiste amar tan triste libertad?... Mira, en cambio, los grillos que, en el cielo, me he forjado para atarme a la tierra de tu ingrato corazón... Aquí me tienes, constituido en Prisionero dichoso de tu amor... ¿Cómo me has pagado?... Te perdono; pero ¡sé desde hoy, en desagravio, entera y eternamente mío!...

¡Hijo tan amado!, contémplame, traicionado y solo.., solo y blasfemado..., solo y siempre abandonado. ¡Cómo me hiere ese olvido, sobre todo el de los buenos! ¡Cómo me lastima la cobardía e indiferencia de los que se llaman mis amigos!...

He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres y de los cuales es tan amoroso.

El avanza ahora hacia el abismo de nuestra nada sediento de almas... Avancemos también nosotros hacia el abismo de su Corazón hasta sucumbir dichosamente en él...

"¡Señor Jesús, haz que comprendamos el don inefable de tu divino Corazón!..."

(Breve pausa.)

Getsemaní, el Huerto de la agonía mortal del Maestro, no ha desaparecido..., se perpetúa en cada sagrario de la tierra... Él está, pues, aquí en la Hostia... En ella, Jesús agonizante siente los desfallecimientos de una angustia suprema y de una caridad incontenible... "Esta triste hasta la muerte" en ese tabernáculo... El ansia, ¡oh, dulcísima misericordia!, encontrar una reparación, descansar en nuestros pechos, y confiarnos ahí todo el tesoro de quebranto y de cariño en que desborda su adorable Corazón...

La tierra en que ahora le adoramos es tierra santa... Aquí está realmente Jesús, el adolescente encantador de Nazaret... Jesús, el Maestro compasivo de Tiberíades... Aquí está Jesús, el Amigo de Betania:.. Sí, aquí, a dos pasos, está el amable moribundo de Getsemaní, la Víctima adorable del Calvario... ¡Oh, noche más hermosa que la alborada! A su sombra de inefable paz, San Juan y Margarita María parecen acercarse a este altar

para compartir con nosotros el secreto que, al dormitar sobre su Corazón, les confió el Prisionero del amor...

(Pausa.)

¡Solos con Jesús!... ¡Qué delicia... Solos con él, compartiendo su soledad y su agonía... Pero escuchad: allá fuera ruge una tormenta de odio contra el perseguido Jesucristo: el eco de los siglos va gritando, ante las rejas de su cárcel, la blasfemia horrenda del pueblo deicida: "¡Quítale!... Reo es de muerte... ¡Crucifícale!..." ¿Qué mal os ha hecho ese Dios ensangrentado?...

Almas piadosas, que deseáis consolarle, vedle llegar, en esta Hora Santa, agobiado bajo la pesadumbre de su Cruz... Viene, herido en el alma, recorriendo una vía dolorosa que parece no tuviera término... Viene, pero abrazado siempre a su patíbulo: ¡nos ama tanto!... ¡Vedle; llega angustiado, perdida la hermosura de sus ojos en la hermosura de sus lágrimas... Viene exhausto de sangre y desbordante en misericordia su dulce Corazón... ¡Ya está aquí!... ¡Oh, misterio inefable!... ¡Si comprendiéramos el don de este acercamiento de Jesús, la gracia incomparable de su vecindad consoladora en el sagrario! Está ahí..., a un paso...; al bendecirnos, la sombra de su mano nos alcanza...

(Breve pausa.)

Y ¿qué es lo que busca? Una tregua a sus dolores: quiere el amor de sus amados... Que venga entonces, ¡ah, sí!..., que venga a reposar, en esta Hora Santa, al calor de afecto de nuestras almas compasivas…

Los ángeles del santuario escuchan abismados una armonía misteriosa: es como el eco, nunca apagado de un divino lamento: el de Getsemaní; es el gemido salvador del Gólgota, que parece repercutir al renovarse este sacrificio incruento del altar...

Desde el fondo del sagrario, sus labios, empapados en la hiel de todas las ingratitudes, nos nombran, con bendición de amor, a todos los que, en esta noche, hemos venido a llorar, con él, la desventura de su amor menospreciado... ¡Qué grande, qué inmenso es el dolor que le atormenta!... Pero es mayor aún, es infinito, el amor que le tortura...

¡Cuánta dignación la de este Salvador!... Quiere confiarnos sus tristezas, está ansioso de desahogar con nosotros la decepción sufrida con tantos que, colmados de favores, se llamaron sus discípulos y después le abandonaron. Más fieles que Pedro, que Santiago y que Juan, en el Huerto de la Agonía, escuchémosle nosotros, pues quiere hablarnos por la herida de su amante Corazón.

(Pausa larga.)

Voz del Maestro. —Hacía tanto tiempo, alma querida, que te aguardaba aquí en la Hostia para contarte el amor que me devora... Te bendigo porque has tenido compasión de tu Dios encarcelado, sumido en amarga soledad... ¡Tenía sed de ti! Por fin te he vencido...; dímelo tú mismo; ¡sí, repíteme que mi Corazón te ha vencido!...

Asegúrame, en seguida, que me amas, que tú también sientes sed de mí, y sed devoradora... Lejos de mi lado, tú, que eres polvo y nada, cuántas veces has reído y has gozado... Yo sin ti, y por recobrarte, después de treinta y tres años de tribulaciones, ¡expiré en un cadalso!... Rompiste un día mis cadenas, y libre de mis brazos por la culpa, ¡ay!, ¿cómo pudiste amar tan triste libertad?... Mira, en cambio, los grillos que, en el cielo, me he forjado para atarme a la tierra de tu ingrato corazón... Aquí me tienes, constituido en Prisionero dichoso de tu amor... ¿Cómo me has pagado?... Te perdono; pero ¡sé desde hoy, en desagravio, entera y eternamente mío!...

¡Hijo tan amado!, contémplame, traicionado y solo.., solo y blasfemado..., solo y siempre abandonado. ¡Cómo me hiere ese olvido, sobre todo el de los buenos! ¡Cómo me lastima la cobardía e indiferencia de los que se llaman mis amigos!...

He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres y de los cuales es tan correspondido... ¿Habrá dolor semejante a mi dolor?... Mi alma está triste hasta la muerte... ¡Acércate!... Pon los labios en la herida de mi costado, y en reparación de amor dime que me amas con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas... ¡Dame a beber el cáliz de tus consuelos!...

(Breve pausa.)

Llamé a tu conciencia tantas veces con mi gracia, y enmudeciste..., ¿recuerdas?... Perdono tu desdén y tu silencio...

Esperé a las puertas de tu conciencia semanas, meses, largos años...; te supliqué me abrieras... y me rechazaste..., ¿te acuerdas? Perdono tu cruel deslealtad...

Arrojado de todas partes, mendigué un consuelo y el albergue de tu corazón... Por respeto humano, por falta de abnegación o por tibieza, me lo negaste... Olvido esa perfidia...

Cuando repartías cariño a todos pedí para mí una centella de ese afecto... Todas las criaturas llegan siempre a tiempo, todas..., y yo, alma querida, ¿por qué sólo yo llego siempre tarde?... ¿Por qué me hieres?... ¿Cuándo y en qué te he contristado?... ¡Respóndeme!...

(Breve pausa.)

Tuve hambre de dar consuelo a los enfermos y a los tristes..., busqué un refugio en las casas del dolor humano..., entré con osadía en ellas, pues soy el Dios consolador en todas las miserias... Y aquí me tienes, arrojado con ignominia de centenares de hospitales, de la cabecera de los ancianos y de las cunas de los huérfanos... ¿Qué mal os ha hecho mi compasión y mi ternura?... ¡Oh, vosotros, hijitos míos, amadme en reparación de tanta crueldad...; amadme, soy Jesús!...

Tuve sed de un amor sin mancha, el de las flores de la infancia... Busqué el cariño sincero de los niños; pues, al bajar del Calvario de mis decepciones, recordé los lirios y las brisas de mi Nazaret inolvidable, cuando yo también fui niño... ¡Oh, dolor!... ¡De ese campo de azucenas, de la escuela, también se me ha arrojado!... Escucha, alma consoladora, cómo los que se llaman sabios en el mundo me reniegan y maldicen... ¿Qué mal he hecho a vuestros hijos?... ¡Amadme!... ¡Soy Jesús!...

Estuve ansioso de haceros felices dándolos la verdadera paz, que el mundo no posee, y os rogué que me aceptarais, como uno de los vuestros, en lo íntimo de vuestro hogar...; quise constituirme y ser llamado Padre, Esposo adorado, Hermano inseparable..., ¡y el hogar me ha despedido!... Pero no me iré..., ¡ah, no! Aquí me tenéis aguardando con dulzura que un pesar me abra, aunque tarde, las puertas...; las de mi Corazón jamás se cierran, porque yo soy Jesús, la paz y el amor de la familia... Dejad en mi frente, si queréis, la diadema de espinas; dejadla sangrienta y cruelísima; pero ¡dadme, os lo pido por mi Madre, dadme hospedaje en vuestras casas; consentid que reine en el hogar!... i Amadme en la familia!... ¡Soy su vida!... ¡Soy Jesús!...

(Pausa larga.)

Y ahora, háblame tú, alma dichosa; háblame en íntima confianza a este Dios, que es todo caridad. Heme aquí benigno y manso; ¡soy Jesús de Nazaret!... ¿Qué podría negarte en esta Hora Santa en que has venido a compartir mis abandonos y agonías?... Aquí tienes, te lo entrego, el Corazón que tanto te ha amado...; no puedo contener los ardores del amor que te profeso... ¡Llámame y seré mil veces tuyo!... ¡Háblame, soy tu hermano!... ¡Adórame, soy tu Dios!... ¡Consuélame con todo el amor de tu alma..., soy Jesús!...

(Mientras tantos buenos duermen, mientras tantos desgraciados pecan, el Señor Jesús sigue agonizando místicamente en el sagrario..., acerquémonos y hablemos, en dulce intimidad, a su Corazón que nos aguarda.)

Voz del alma. — ¿Qué tengo yo. Señor Jesús, que tú no le hayas dado?

¿Qué sé yo, que tú no me hayas enseñado?

¿Qué valgo yo, si no estoy a tu lado? ¿Qué merezco yo, si a ti no estoy unido?

¡Perdóname los yerros que contra ti he cometido!...

Pues me creaste, sin que lo mereciera;
Y me redimiste, sin que te lo pidiera
Mucho hiciste en crearme,
Mucho en redimirme,
Y no serás menos poderoso en perdonarme;
Pues la mucha sangre que derramaste,
Y la acerba muerte que padeciste,
No fue por los ángeles, que te alaban,
Sino por mí, y demás pecadores, que te ofenden...
Si te he negado, déjame reconocerte;
Si te he injuriado, déjame alabarte;
Si te he ofendido, déjame servirte;
Porque es más muerte que vida.

La que no está empleada en tu santo servicio...

(Breve pausa.)

¡Qué bien me encuentro así... reclinado blandamente en el cielo de tu pecho!...

Es este el lugar de mi descanso eterno..., este el tabernáculo donde escucho tus palabras de vida y tus reclamos de amor y sacrificio... Deja ya de sufrir, Maestro, y escucha el himno de mi alma, ansiosa de confundirse en un abrazo eterno con la tuya...; escúchame, Jesús Hermano.

(Lento.)

Corazón de Jesús, dulcísimo con los pecadores, un pecador te habla...

Corazón de Jesús, camino de los extraviados, un pródigo te busca…

Corazón de Jesús, suavidad de los que sufren, un desgraciado llama a tu santuario...

Corazón de Jesús, amigo fidelísimo del hombre, un amigo ingrato está aquí y llora por ti...

Corazón de Jesús, bonanza en las continuas vacilaciones de la vida, un alma combatida te llama en su socorro...

Corazón de Jesús, hoguera de santidad en el amor, mi alma ansia saciarse en ti de amor y santidad…

Corazón de Jesús, agonizante, esperanza de los moribundos, acuérdate de los que, en esta misma hora, luchan en las convulsiones de la muerte... Ten piedad de los agonizantes, sálvalos según tu gran misericordia...; envíales, Señor, el ángel de Getsemaní, y acerca a sus labios, que ya no pueden llamarte, el cáliz de tu Corazón piadoso. ¡Jesús..., sé Jesús con los moribundos más desamparados!...

(Pausa.)

Tu tierna Madre y tu Cruz son testigos de esta tu amabilísima palabra: He venido en busca de los enfermos, de los extraviados..., de las ovejitas perdidas de Israel."

La Virgen María ha recogido celosa, en beneficio de los pecadores, tus lágrimas de sangre; en unión, pues, con ella, buena, misericordiosa, refugio de pecadores y caídos, te pido por aquellos que, al ofenderte, no saben lo que hacen... El mundo los juzga inexorable, pero tú, que conoces la flaqueza humana y que leés tan adentro de esas almas infelices; tú, Jesús, ten piedad, ten paciencia, ten perdón para ellas en tu amable Corazón!... Te pido, te ruego, en nombre de tu Eucaristía, por los pobres pecadores...; perdónalos, Jesús, y escribe sus nombres desde luego en el libro de la vida…

Divino Salvador de las almas, cubierto de confusión, me postro en tu presencia, y dirigiendo mi vista al solitario tabernáculo, siento oprimido el corazón al ver el olvido en que te tienen relegado tantos de los redimidos. Pero ya que con tanta condescendencia permites que en esta noche una mis lágrimas a las que vertió tu benigno Corazón, te ruego, Jesús, por aquellos que no ruegan..., te bendigo por los que te maldicen, y con todo el ardor de mi alma te alabo y te adoro, en esta Hora Santa, en todos los sagrarios de la tierra…

Acepta, Señor, el grito de expiación que un pesar sincero arranca de nuestras almas afligidas... Ellas te piden piedad...

Por mis pecados, por los de mis padres, hermanos y amigos,

(Todos en voz alta.)

Piedad, ¡oh, divino Corazón!
Por las infidelidades y sacrilegios,
Piedad, ¡oh, divino Corazón!
Por las blasfemias y profanaciones de los días santos,
Piedad, ¡oh, divino Corazón!
Por el libertinaje y los escándalos públicos,
Piedad, ¡oh, divino Corazón!
Por los corruptores de la niñez y de la juventud,
Piedad, ¡oh, divino Corazón!
Por la desobediencia sistemática a la santa Iglesia, Piedad,
¡Oh, divino Corazón!
Por los crímenes de los hogares,
Por las faltas de los padres y de los hijos,
Piedad, ¡oh, divino Corazón!
Por los atentados cometidos contra el Romano Pontífice, Piedad, ¡Oh, divino Corazón!
Por los trastornadores del orden público social cristiano, Piedad, ¡Oh, divino Corazón!
Por el abuso de sacramentos y el ultraje a tu santo tabernáculo,

Piedad, ¡oh, divino Corazón!

Por la cobardía o los ataques de la prensa, por las maquinaciones de sectas tenebrosas, Piedad, ¡oh, divino Corazón!

Y, en fin, Jesús, por los buenos que vacilan..., por los pecadores obstinados que resisten a tu gracia,

Piedad, ¡oh, divino Corazón!

(Pausa.)

LAS DOCE PROMESAS.

No nos basta, Señor, tu misericordia... tus intereses son los nuestros, ¡queremos tu reinado!... Pedimos, buen Jesús, que cumplas con nosotros las promesas que hiciste a tu sierva Margarita María, en beneficio de las almas que te adoran en la hermosura indecible, en la ternura inefable, en el amor incomprensible de tu sagrado Corazón.

Por esto te pedimos con tu santa Iglesia, te suplicamos por la Virgen Madre, te exigimos por el honor inviolable de tu nombre, que establezcas ya, que apresures el reinado de tu amante Corazón...

(Todos en voz alta.)

Venga a nos el reinado de tu amante Corazón;

1a. Promesa. ¡Pronto, Jesús, sí, reina presto, antes que Satán y el mundo te arrebaten las almas y profanen, en tu ausencia, todos los estados de la vida!...

Venga a nos el reinado de tu amante Corazón.

2a. Promesa. Adelántate, Jesús, y triunfa en las familias! ¡Reina en ellas por la paz inalterable, prometida a los que te han reconocido como Soberano del hogar!

Venga a nos el reinado de tu amante Corazón.

3a. Promesa. No demores, Maestro muy amado, porque muchos de éstos padecen aflicciones y amarguras que tú sólo prometiste remediar...

Venga a nos el reinado de tu amante Corazón.

4a. Promesa. ¡Ven, porque eres fuerte, tú, el Dios de las batallas de la vida; ven, mostrándonos tu pecho herido, como esperanza celestial, en el trance de la muerte!

Venga a nos el reinado de tu amante Corazón.

5a. Promesa. Sé tú el éxito prometido en nuestros trabajos; sólo nula inspiración y recompensa de todas las empresas.

Venga a nos el reinado de tu amante Corazón.

6a. Promesa. Y los pecadores, no olvides que para ellos, sobre todo, revelaste las ternuras incansables de tu misericordia.

Venga a nos el reinado de tu amante Corazón.

7a. Promesa. ¡Ay! ¡Son tantos los tibios, Maestro, tantos los indiferentes a quienes debes inflamar con tu ardiente Corazón.

Venga a nos el reinado de tu amante Corazón.

8a. Promesa. "Aquí está la vida", nos dijiste, mostrándonos tu pecho atravesado...; permite, pues, que aquí bebamos el fervor o la santidad a que aspiramos.

Venga a nos el reinado de tu amante Corazón.

9a. Promesa. Tu imagen, a petición tuya, ha sido entronizada en los hogares...; en nombre de ellos te suplicamos sigas siendo, en todos, el Soberano muy amado.

Venga a nos el reinado de tu amante Corazón.

10a. Promesa. ¡Pon palabras de fuego, persuasión irresistible, vencedora, en aquellos sacerdotes que te amen y que te prediquen como Juan, tu apóstol regalado!

Venga a nos el reinado de tu amante Corazón.

11a. Promesa. Reserva, Jesús, una fibra de tu Corazón para grabar en ella, con caracteres indelebles, los nombres de cuantos propaguen esta sublime devoción.

12a. Promesa. Y, por fin, Señor Jesús, a los que *te honran comulgando los primeros viernes, cumple tu promesa infalible dándoles, al morir, asilo eterno en tu Sagrado Corazón.

Venga a nos el reinado de tu amante Corazón.

(Pausa.)

En el seno de mi hogar hay, buen Jesús, penas muy hondas y secretas... Si tú reinaras entre los míos, con toda la intensidad de amor que tú mereces, no habría en casa tantos y tan amargos pesares. ¡Ven, oh, ven, Amigo de Betania!, pues en mi familia hay alguien que está enfermo, ¡y tú le amas!... Cuando tú estás, las mismas penas son suaves, y a tu lado las espinas tienen bálsamo de paz... ¡Ven, pues, y no tardes, Amigo de Betania!... Apresúrate, porque mi hogar está herido con la ausencia de seres queridos que faltan en él...; padre, madre y hermanos, todos crecimos juntos al pie de la Cruz... i Ah!, y después esa misma Cruz, por voluntad del cielo, nos ha ido separando del nido santo del hogar... ¡Ten piedad de esos amados ausentes, que trabajan y luchan lejos de la familia y tal vez lejos de tu altar!... ¡Oh, seduce y ven pronto a nuestro hogar, Jesús, Amigo de Betania!...

(Breve pausa.)

Maestro, Hermano, Amigo del alma, Jesús querido!, ten misericordia también de los míos que murieron, de aquellos que volaron a la eternidad en seguimiento tuyo... Duermen en paz, porque te amaron y porque tú eres infinito en caridad...; mas al irse... nos dejaron sombras y tristezas en el alma..., espinas y una tumba en el camino... ¡Ah! Pero bien sé yo que en tu Corazón amabilísimo no puede haber separaciones: en él, donde está la vida, desaparece la horrible muerte... Por eso te pido paz sobre sus tumbas; y a los que hemos quedado gimiendo en este valle de lágrimas, danos la resignación que levanta, el desapego de la tierra y él amor del sufrimiento, que nos una inseparablemente a ti...

(Pausa.)

No cierres todavía la preciosa herida del costado; tengo que pedirte en especial por los que sufren; por aquellos, Señor Jesús, que te buscan con ojos cansados de llorar...; por tantos a quienes la desgracia, los duelos, las decepciones, la pobreza, las enfermedades o sus propias flaquezas han herido de muerte... Nazareno amabilísimo, por amarguísima experiencia tú sabes cuan punzantes son las espinas del camino; ¡consuela, pues, a los atribulados..., ten piedad de los que sufren!...

De mí no te he hablado, porque me he confiado sin reservas a tu divino Corazón... Tú, que tanto me amas, no querrás seguramente olvidarme... ¡Oh, Jesús!, escucha mi última plegaria, unida siempre a la agonía de tu Corazón sacramentado...; inclínate y atiéndeme benigno...

(Cortado.)

Cuando los ángeles de tu santuario te bendigan en la Hostia sacrosanta... y yo me encuentre en la agonía..., sus alabanzas son las mías... ¡Acuérdate del pobre siervo de tu divino Corazón!...

Cuando las almas justas de la tierra te alaben y lloren por ti, encendidas en amor... y yo me encuentre en la agonía..., sus dolores y sus lágrimas son las mías... ¡Acuérdate del pródigo, rescatado por tu Sagrado Corazón!

Cuando tus sacerdotes, las vírgenes del templo y tus apóstoles te aclamen Soberano, te prediquen a las almas y te entronicen en los pueblos... y yo me encuentre en la agonía..., su celo y sus ardores son los míos... ¡Acuérdate del apóstol de tu divino Corazón!

Cuando la Iglesia ore y gima ante el altar para redimir contigo el mundo... y yo me encuentre en la agonía..., sus sacrificios y sus plegarias son los míos... ¡Acuérdate del amigo de tu Sagrado Corazón!

Cuando en la Hora Santa tus almas regaladas, amando sufriendo y reparando, te hagan olvidar abandonos, sacrilegios y traiciones... y yo me encuentre en la agonía..., sus coloquios contigo y sus consuelos son los míos... ¡Acuérdate de este altar y de esta víctima de tu divino Corazón!

Cuando tu divina Madre te adore en la sagrada Eucaristía y repare ahí los crímenes sin cuento de la tierra... y yo me encuentre en la agonía..., sus adoraciones son las mías... ¡Acuérdate del hijo de tu Sagrado Corazón!

¡Oh, sí! ¡Acuérdate de esta criatura miserable que tú tanto amaste...; recuerda que le exigiste se olvidara de sí misma por tu amor!... Mas, no, Señor, ¡olvídame si quieres, con tal que me dejes olvidado para siempre en la llaga hermosa de tu amante Corazón!... ¡Ah, cuida, Jesús, del mío; despréndelo de todo afecto terreno... Vela por esta alma, encadenada deliciosamente a tu sagrario, y alimenta en ella el fuego santo en que te abrasas... ¡Oh! ¡Abrásame, Señor Jesús..., enciéndeme en tu caridad!... Pues anhelo amarte hasta la pasión, hasta la insensatez, hasta el delirio, con amor más fuerte que la muerte...

(Cortado.)

¿Qué tengo yo, Señor Jesús, que tú no me hayas dado?

Despójame de todo, soy indigno de tus propios dones; pero abísmame en la hoguera de tu ardiente Corazón.

¿Qué sé yo que tú no me hayas enseñado? Olvide yo la ciencia sombría de la tierra y de la vida, y en cambio conózcale mejor a ti, ¡oh, amable Corazón!...

¿Qué valgo yo, si no estoy a tu lado?...

¿Qué merezco yo, si a ti no estoy unido?...

Úneme, pues, a ti con vínculo que sea eterno... Renuncio a todas las dulzuras de tu amor con tal de poseer perfectamente este desdeñado paraíso..., el de tu tierno Corazón... ¡Y en él sepulta, ¡oh, sí!, los yerros que contra ti he cometido!... ¡Y castígalos y véngate de todos ellos, hiriendo con dardo de encendida caridad al que tanto te ha ofendido!...

Y si te he negado... ¡déjame reconocerte en la Eucaristía en que tú vives!... Si te he ofendido... ¡déjame servirte en eterna esclavitud de amor eterno, porque es más muerte que la vida la que no se consume en amar y en hacer amar tu olvidado, tu adorable, tu divino Corazón!

¡Venga a nos tu reino!

Un Padre nuestro y Ave María por las intenciones intimas de los presentes.
Un Padre nuestro y Ave María por los agonizantes y pecadores.
Un Padre nuestro y Ave María por el triunfo universal del Sagrado Corazón.

Acto final de consagración
(de León XIII).

Jesús dulcísimo, Redentor del género humano, míranos postrados humildemente delante de tu altar; tuyos somos y tuyos queremos ser, y a fin de estar más firmemente unidos a ti, he aquí que hoy cada uno de nosotros se consagra espontáneamente a tu Sagrado Corazón.

Muchos, Señor, nunca te conocieron; muchos te desecharon, al quebrantar tus mandamientos; compadécete, Jesús, de los unos y de los otros, y atráelos a todos a tu santo Corazón. Sé Rey, ¡oh, Señor!, no sólo de los fieles que jamás se separaron de ti, sino también de los hijos pródigos que te abandonaron; haz que vuelvan pronto a la casa paterna, no sea que perezcan de miseria y de hambre.

Sé Rey de aquellos a quienes engañaron opiniones erróneas y reunió la discordia tráelos al puerto de la verdad y a la unidad de la fe, para que luego no quede ya más que un solo rebaño y un solo pastor.

Sé Rey, finalmente, de todos los que se hallan en la antigua superstición de los gentiles, y no tardes en trasladarlos, de las tinieblas, a la luz y al reino de Dios. Concede, Señor, a tu Iglesia segura libertad y bonanza; concede a todos los pueblos la tranquilidad del orden; haz que del uno al otro polo de la tierra resuene esta sola aclamación: Alabado sea el divino Corazón, por quien hemos al cansado la salud; a él gloria y honor, por los siglos de los siglos. Así sea.

II HORA SANTA

Las cinco peticiones formales del Corazón de Jesús a Margarita María.

¡Ahí le tenéis, miradle con fe viva: ese es Jesús!... En esa Hostia divina le vio su sierva Margarita María..., desde ella oyó su voz arrobadora, sus lamentos, los sollozos de su Corazón, despedazado por los tormentos del amor y de la ingratitud humana... ¡Ahí le tenéis, miradle: ese es Jesús, el Dios tierno, dulce y misericordioso de Paray-le-Monial!... Transportémonos en espíritu a esa capillita humilde y misteriosa; y en compañía de la pre-destinada Margarita María, con la frente en el polvo y con el alma henchida en fervores de cielo, adoremos a Jesucristo, que nos quiere hablar, en esta HORA SANTA, de los anhelos, de las tristezas, de las victorias y de las divinas, promesas de su Sagrado Corazón... ¡Ahí le tenéis, miradle con fe viva: ese es Jesús!

(Pausa.)

(En este primer viernes pedidle que perdone muchas faltas, muchas infidelidades mucha tibieza; pero agradecedle, al mismo tiempo, en unión con Marta, el sinnúmero de gracias y mercedes con que os ha colmado su amable Corazón.)

Voz de Jesús. — (I Petición: La Comunión reparadora.)

— Levantad los ojos, hijitos míos, y aunque confundidos porque sois culpables, miradme sin recelos; no temáis, pues soy Jesús, que os ama perdonando...

¡Venid, quiero sentir el calor de vuestro abrazo; comulgad en nombre, ¡ay!, de tantos que jamás comulgan!... ¡Si supierais qué desolación inmensa siente mi alma cuando recorro los caminos frecuentados por los hombres y, con la mano extendida como un mendigo, voy reclamando un corazón que se me niega!...

¡Y vuelvo entonces solo con mi angustia a mi Sagrario... y me oculto en él, saboreando mil rechazos!...

¡Ah!, pero mi Corazón de Buen Pastor jamás se desencanta de los hombres... Salgo nuevamente y ruego y suplico que se me brinde un hospedaje... A veces, al caer del día, destrozados ya mis pies, encuentro un niño, un pobre, que aceptan un asiento en el banquete eucarístico... Almas queridas, es este desamor el que me hiere mortalmente... ¡Cuántos son los que viven una larga vida sin haber jamás saboreado las delicias de una Comunión!... ¡La Hostia es, sin embargo, la herencia, el cielo anticipado y exclusivo de los hombres!...

¡Tengo sed de amor!

¡Tengo sed abrasadora de ser amado en este Sacramento creí amor!

¡Tengo sed infinita de entregarme en cada instante del día a millares de almas en mi sacrosanta Eucaristía!

Venid, mis preferidos, y compensad la ausencia de tantos que menosprecian este don supremo: comulgad vosotros con Comunión reparadora; dadme vosotros el amor que se me niega; estrechadme en nombre de los que huyen de mis brazos; aprisionadme, hacedme todo vuestro, en desagravio de la culpable ausencia de innumerables hijos que, aturdidos por el mundo, olvidan que en este tabernáculo está su Padre y está su Dios, bajo las apariencias del Maná sacramentado.

Más que vuestro aliento, más que vuestra sangre, mucho más que vuestra alma, Yo, Jesús-Eucaristía, quiero ser enteramente vuestro...

¡Oh, venid sin más demora... volad ante mi altar y prometedme siempre el gran consuelo de la Comunión reparadora muy frecuente!

¿Seréis insensibles a mi amor y a mis lamentos?... Hijos míos, contestadme.

(Pausa.)

(Un Dios está pendiente de nuestros labios; respondámosle con pasión del alma.)

Las almas. —Como el ciervo sediento busca la fuente de las aguas, así, apasionados de tu Corazón, nos abalanzamos a ti, ¡oh, Fuente!, ¡oh, Vida!, ¡oh, Paraíso, Jesús-Eucaristía!... No es una mera palabra, Señor, no; es una solemne promesa la que hacemos en esta HORA SANTA: la de vivir de Eucaristía, en desagravio de la ausencia dolorosa de tan tos hijos tuyos, que jamás comulgan.

Recoge, pues, nuestra plegaria y, desde ese altar, sonríe consolado, ¡oh, amable Prisionero del Sagrario!

¡Ven..., te adoramos, Jesús, en este Sacramento querido!

(Todos en voz alta.)

¡Inflama nuestras almas en sed de Eucaristía!
¡Ven..., te adoramos, Jesús, en este Sacramento de amor!

¡Inflama nuestras almas en sed de Eucaristía!
¡Ven..., te adoramos, Jesús, en este Sacramento de dulzura!

¡Inflama nuestras almas en sed de Eucaristía!
¡Ven..., te adoramos, Jesús, en este Sacramento santificador!

¡Inflama nuestras almas en sed de Eucaristía!
¡Ven..., te adoramos, Jesús, en este Sacramento de fortaleza!

¡Inflama nuestras almas en sed de Eucaristía!
¡Ven..., te adoramos, Jesús, en este Sacramento de consuelo!

¡Inflama nuestras almas en sed de Eucaristía!
¡Ven..., te adoramos, Jesús, en esto Sacramento de divina esperanza!

¡Inflama nuestras almas en sed de Eucaristía!
¡Ven..., te adoramos, Jesús, en este Sacramento de vida eterna!

¡Inflama nuestras almas en sed de Eucaristía!
¡Ven..., te adoramos, Jesús, en este Sacramento de suavidad infinita!

¡Inflama nuestras aliñas en sed de Eucaristía!
¡Ven..., te adoramos, Jesús, en este Sacramento de paz inefable!

¡Inflama nuestras almas en sed de Eucaristía!
¡Ven..., te adoramos, Jesús, en este Sacramento de luz indeficiente!

¡Inflama nuestras almas en sed de Eucaristía!

¡Ven..., te adoramos, Jesús, en este Sacramento de celestiales delicias!

¡Inflama nuestras almas en sed de Eucaristía!

¡Ven..., te adoramos, Jesús, en este Sacramento prenda de gloria inmarcesible!

¡Inflama nuestras almas en sed de Eucaristía!

(No olvidéis; lo que acabamos de decirle no es una palabra que se desvanezca como el entusiasmo de un momento; es una resolución, es una gran promesa de comulgar con suma frecuencia en espíritu de desagravio.)

Jesús.— (II petición: La celebración de todos los Primeros Viernes).

Vuestro amor ardoroso me alienta... Me siento reconfortado con vuestra promesa, y ya que ella es tan fervorosa y sincera, atended todavía, hijos de mi Corazón, una segunda petición de vuestro Dios y Maestro... Quiero que me dediquéis un día de especial consuelo...; quiero sentiros, en él, más cerca de mi Corazón Divino; en beneficio vuestro, quiero colmaros en ese día privilegiado de aquellas gracias que reservo a los muy fieles, a los muy míos... Que en ese día de amor y de celo, de reparación y de consuelo, sea el primer viernes... Dedicádmelo con especial cariño, celebradlo en alabanza mía con particular fervor... Sí, vosotros todos, que me comprendéis mejor que el mundo, venid cada primer viernes al comulgatorio; venid a visitarme con el amor de los serafines, en mi santa Eucaristía, y tomad ahí el asiento de Juan, mi predilecto, y habladme ahí el idioma de Margarita María, mi venturosa confidente... Y luego, en silencio, recogidos ante el altar, buscando el calor de mi pecho, puestos el alma y los labios en la herida de mi Costado, habladme de todo lo que os aflige e interesa, nombradme a los que amáis y que no me aman, contadme vuestras ambiciones de santidad y vuestras miserias, confiadme vuestras amarguras, decídmelo todo, todo... El primer viernes será día de gracia hasta la consumación de los tiempos, día de gran misericordia... Recogedla superabundante para el hogar querido, para los pecadores; ¡ah!, y en ese día pedidme especialmente por mis sacerdotes y apóstoles, rogad por ellos..., que sean santos y que santifiquen las almas que les he confiado... Y ahora escuchad, voy a daros mi palabra en garantía de una infinita recompensa: "en el exceso de mi misericordia os prometo a todos los que comulguéis nueve primeros viernes consecutivos la gracia de la penitencia

final; si esto hacéis, no moriréis en mi desgracia, ni sin recibir los Sacramentos, y en vuestra última hora encontraréis asilo seguro en mi Divino Corazón". ¿Qué respondéis, amados míos, a esta palabra que agota mi omnipotencia, entregándoos para el tiempo y la eternidad mi Corazón?...

(Pausa.)

(Aunque ni en el Cielo podremos pagar tantas larguezas, comencemos desde aquí, ante el altar, nuestra eterna acción de gracias... Hallémosle a Jesús con palabras de fuego.)

Las almas. — ¡Oh, Jesús!, por cumplir con el deber de amarte Tú nos puedes ofrecer un cielo, porque eres Dios... Pero nosotros, pobrecitos, ¿qué podremos darte en pago de habernos amado gratuitamente... y hasta el exceso dé la Cruz y de la Eucaristía?... ¿Qué diéramos, Jesús, por tener en este instante los incendios de San Juan, de Magdalena y de San Pedro; los heroísmos de holocausto de Margarita María, y la caridad incomparable de tu Madre, para saciarnos de amor, para enloquecer de amor, para morir de amor entre las llamas de tu dulce y adorable Corazón?... Nos pides, Señor, la celebración de un día...; quieres que te consagremos en especial los primeros viernes... Sí, Jesús, ¡oh, sí!, todo él será tuyo; de la alborada hasta el anochecer en cada latido de nuestros corazones habrá para ti una palabra, un afecto, un suspiro de gratitud y de consuelo...En cambio, no te pedimos, Maestro muy amado, sino una gracia: y es que sigas siendo benigno y paciente en soportarnos, no obstante las muchas y constantes miserias de nuestra voluntad, tan tornadiza y frágil... Tennos piedad, Señor...; no te canses de nosotros, ¡oh, Divino Corazón!

(Todos en voz alta.)

-No te canses de nosotros, ¡oh, Divino Corazón!

Cuando te llamemos, Jesús, en los desmayos del corazón, al sentir que nos resfriamos en tu amor

-No te canses de nosotros, ¡oh, Divino Corazón!

Cuando te llamemos, Jesús, en las inevitables tentaciones en que desfallece y vacila nuestra fe

-No te canses de nosotros, ¡oh, Divino Corazón!

Cuando te llamemos, Jesús, en las fatigas que acarrea una vida de lucha y de incesante sacrificio

-No te canses de nosotros, ¡oh, Divino Corazón!

Cuando te llamemos, Jesús, en la exasperación que producen los grandes y crueles dolores de la vida

-No te canses de nosotros, ¡oh, Divino Corazón!

Cuando te llamemos, Jesús, en los desalientos que provocan ciertos desengaños dolorosos y enteramente inesperados...

-No te canses de nosotros, ¡oh, Divino Corazón!

Cuando te llamemos, Jesús, en las horas de perplejidad, en la angustia de una penosa incertidumbre...

-No te canses de nosotros, ¡oh, Divino Corazón!

Cuando te llamemos, Jesús, a nuestra casa para suavizar congojas íntimas y desgracias que nadie puede remediar...

-No te canses de nosotros, ¡oh, Divino Corazón!

Cuando, en fin, te llamemos, Jesús, como al buen Samaritano, al lecho de un enfermo del alma que necesita de tu gran misericordia...

-No te canses de nosotros, ¡oh, Divino Corazón!

Cuando, en fin, te llamemos, Jesús, en nuestra hora postrera para darte, en la Hostia Divina, nuestro último abrazo en la tierra, ven sin demora, trayéndonos la vida eterna.

-No te canses de nosotros, ¡oh, Divino Corazón!

(Breve pausa.)

Y como nos lo has pedido, Señor, que remos rogar por tus sacerdotes, por los ministros de tu altar y tus apóstoles... Dales, amado Salvador, la luz de una fe muy viva...; dales el don de una caridad sin

límites...; dales el tesoro de una humildad a toda prueba... ¡Oh!, dales, Jesús, resolución de santidad y pasión, celo ardiente por tu gloria... Y puesto que la mies es mucha, aumenta, Jesús, los segadores realmente santos del campo de tu Iglesia, y envía a tu viña obreros según tu Corazón...

(Pedid por el Soberano Pontífice y ofreced las buenas obras del primer viernes de mañana, en especial por la verdadera santificación de los sacerdotes... Y que siga Jesús revelándonos sus deseos; su voz, que extasía a los ángeles del Santuario, nos señala un camino hacia su Corazón... Oigámosle.)

(Pausa.)

Jesús. — (III petición: La "Hora Santa".)

—"Todos los que estáis aquí, todos me sois particularmente queridos... Vuestras almas enamoradas y compasivas me supieron a miel y néctar en la hora más horrenda y angustiosa de mi Pasión: ¡en mi agonía de Getsemaní! Yo os vi entonces, entre las sombras del Huerto... Vosotros me amáis, ¡oh, sí!, me amáis, ciertamente, mucho más que tantos otros hermanos vuestros... Y por esto tenéis un derecho mayor a mi confianza: ¡sois tan míos al compartir los tedios, los abandonos y las torturas de mi Corazón agonizante en la HORA SANTA!... ¡Qué consuelo inmenso siento al ver que no se ha perdido en el vacío la súplica que hice a mi esposa Margarita María cuando le pedí esta hora de intimidad amorosa en petición de mi reinado y por la conversión de los desdichados pecadores!... Hacedme siempre esta guardia de honor y de desagravio... Amadme, orad, velad conmigo, labrad mi triunfo en la HORA SANTA... Hacedla siempre, hacedla con fervor de caridad, hacedla con amor de sacrificio... ¿Querríais abandonarme en la hora de las traiciones, en el momento de saborear lo más acerbo de mi cáliz?... No he de llamar a la legión de los ángeles, no: quiero llorar la sangre de mis venas rodeado por mis redimidos, sostenido entre los brazos de mis amigos fidelísimos... ¡Mi Corazón herido, mi Corazón que llora, el Corazón agonizante de vuestro Hermano Primogénito, es herencia vuestra, que no os será jamás arrebatada, jamás!... Hacedme, pues, Cautivo vuestro en la HORA SANTA; encadenadme a vuestras almas y llevadme prisionero a vuestras casas...; para eso os he llamado, amados míos; con ese objeto habéis llegado ante este altar... ¡Ea!, avanzad; Yo soy Jesús de Nazaret...; aquí tenéis mis manos..., mis pies...; encadenadme con grillos de amor... ¡Aquí tenéis, tomad mi Corazón, encerradle para siempre en los vuestros!...

Y ahora, consoladores míos, ¿qué más queréis..., qué me pedís?...

Las almas: Amarte y darte gloria, ¡oh, Divino Corazón!

Jesús: ¿Olvidáis entonces vuestros intereses terrenales?... ¿Qué queréis que os dé como suprema recompensa?

Las almas: Amarte y darte gloria, ioh, Divino Corazón!

Jesús: Pero qué, ¿no quisierais bienes temporales de fortuna o de salud? Habladme: ¿qué pedís en pago de esta HORA SANTA?

Las almas: Amarte y darte gloria, ioh, Divino Corazón!

Jesús: Hijitos míos tan amados, vuestra generosidad me conmueve hondamente... No temáis, decid: ¿qué puedo daros, que tesoro pedís en galardón por vuestro generoso olvido?

Las almas: Amarte y darte gloria, ¡oh, Divino Corazón!

Jesús: Ese es, almas queridas, el lenguaje de los santos... Con él me habéis vencido...; hablad, pues; decid lo que solicitáis, sin más demora...

Las almas: Amarte y darte gloria, ¡oh, Divino Corazón!

Jesús: Al contestarme así, os abandonáis sin reserva en mis brazos... Aquí tenéis mi Corazón, disponéis de él...; expresadle cuál es vuestro íntimo deseo...

Las almas: Amarte y darte gloria, ioh, Divino Corazón!

Jesús: Pero en tantas penas y sin sabores de la tierra..., en el desengaño del amor de criaturas, ¿no tenéis alivio y consuelo que pedirme?... ¿Qué lenitivo, qué bálsamo queréis que os de?

Las almas: Amarte y darte gloria, ¡oh, Divino Corazón!

Jesús: Y por ese gran deseo de amarme, por ese afán de darme inmensa gloria, ¿qué pago anticipado de justicia me reclamáis aquí en la tierra?...

Las almas: Amarte y darte gloria, ioh Divino Corazón!

Jesús: Consoladores busqué y los he encontrado en espíritu y en verdad... Pero en la hora de vuestra agonía, cuando estés ya por despediros de la tierra, ¿qué me pedís por haber consolado en la HORA SANTA a vuestro Dios en su agonía?

Las almas: Amarte y darte gloria, ¡oh, Divino Corazón!

(Ofreced al Sagrado Corazón hacer durante toda vuestra vida el bellísimo ejercicio de la HORA SANTA, y prometedle propagar esta práctica salvadora.)

(Pausa.)

Jesús—(IV petición: El culto a su Corazón Divino)

—"Los enemigos os cercan..., la tempestad arrecia y os azota con furor, hijitos míos; la tempestad de aquel abismo en que se me maldice a mí y en que se condenan, con desdicha eterna, los que quisieron luchar sin los auxilios de mi gracia... Ruge violento y crece ese huracán, hirviente en cólera satánica, que busca la muerte de las almas... Pero no temáis, pues Yo he vencido al mundo y al infierno...; quedad en paz... He aquí que os traigo ahora un signo seguro de bonanza..., una enseña de victoria: ¡mi Corazón Divino!... Caed de rodillas, y, temblando de amor inmenso, aceptadle prisionero..., y luego adoradle, sí, adoradle, como que es el Corazón de vuestro Dios y Salvador, que os ha amado hasta la locura del Calvario y de la Hostia... Sus palpitaciones de misericordia y de perdón son sus palabras.., son sus gemidos con que os suplica que le améis por encima de todas las cosas del cielo y de la tierra... ¡Oh!... y por sus espinas, por la Cruz que lo corona, y, sobre todo, por la ancha y sangrienta herida que lo tiene lacerado, os conjura que le deis inmensa gloria..., que lo hagáis conocer y amar de tantos infortunados que necesitan de esta fuente milagrosa de resurrección...

Venid, pues, los desterrados de un paraíso terrenal... no me temáis, entrad por mi Costado, donde hallaréis la paz del alma que anheláis...

Venid los engañados por los espejismos de un desierto siempre traicionero..; no me temáis y entrad por mi Costado, donde hallaréis las santas realidades de mí amor, que apaga toda sed…

Venid los peregrinos de un camino bordeado de abismos de error y de desdichas..; no me temáis y entrad por mi Costado, donde hallaréis consuelos y esperanzas que os reserva un Dios que es todo caridad…

Venid los infortunados de la vida, que sois tantos; los decepcionados del dinero y del aprecio de los hombres...; no me temáis y entrad por mi Costado, donde hallaréis luz, calma y delicias ignoradas, en medio de todos los quebrantos...

Venid, venid pronto los que tenéis amargada el alma en los placeres envenenados de la tierra...; no demoréis, entrad en mi Costado en plena juventud; entrad en él, en el atardecer de la existencia; entrad, no fuera, sino en la postrera hora de la vida..., y encontraréis ahí, recobrado para siempre, un paraíso de eterna paz y de amor eterno...

¡Venid!... conmino abrió las puertas de mi Corazón... Yo he rasgado más aún esa herida redentora..., y llamo a los justos, a los pecadores, a los ingratos, a los afligidos y les ofrezco, en esa llaga, a todos una mansión de dicha eterna... Quien se consagre al amor de mi Corazón... ¡tendrá la vida!...

(Pausa.)

Las almas. — ¡Piedad, Jesús!… Recuerda que ofreciste la victoria a las huestes que combatieran con el lábaro de tu Sagrado Corazón...

(Todos en voz alta.)

Acuérdate de tus promesas, ioh, Divino Corazón!

¡Piedad, Jesús!... Recuerda que ofreciste la paz a los hogares que entronizaran con amor la imagen de tu Sagrado Corazón...

Acuérdate de tus promesas, ¡oh, Divino Corazón!

¡Piedad, Jesús!... Recuerda que ofreciste convertir a los más empedernidos pecadores con la misteriosa fuerza de tú Sagrado Corazón….

Acuérdate de tus promesas, ioh, Divino Corazón!

¡Piedad, Jesús!... Recuerda que ofreciste, santificar las almas de los buenos que se consagraran con fe viva a tu Sagrado Corazón...

Acuérdate de tus promesas, ¡oh, Divino Corazón!

¡Piedad, Jesús!... Recuerda que ofreciste endulzar las penas de las almas afligidas que reclamaran los consuelos de tu Sagrado. Corazón...

Acuérdate de tus promesas, ioh, Divino Corazón!

¡Piedad, Jesús!... Recuerda que ofreciste deshacer el hielo de la indiferencia religiosa inflamando el mundo de los ardores de tu Sagrado Corazón...

Acuérdate de tus promesas, ioh, Divino Corazón!

¡Piedad, Jesús!... Recuerda, sobre todo, que ofreciste hacer dormir entre tus brazos, en sueño de apacible y santa muerte, a los amigos, a los consoladores y a los apóstoles de tu Sagrado Corazón

Acuérdate de tus promesas, ioh, divino Corazón!

(Si tuvierais alguna intención particular, apremiante y grave, hacédsela presente.)

Jesús. — (V petición: El establecimiento de una fiesta solemnísima en honor de su Sagrado Corazón.)

"¿Sabéis, hijos de mi Corazón, por qué os amo tanto y por qué me inclino con maravilloso desbordamiento de ternura hacia vosotros?... ¡Ah!, oídmelo: porque a vuestra pequeñez y miseria, porque a vuestra orfandad, pobreza e infortunio debo el ser Hermano vuestro..., ¡el ser Jesús!... ¡El abismo de vuestra nada y de vuestra culpa atrajo el de mi misericordia y para él y por él fue creado, así, de carne, como el vuestro, este Corazón, que es todo ternura e infinita piedad!...

Era preciso, pues, que los niños, los pobres, los tristes, los desamparados, los desechados de la tierra y este vuestro Salvador tuviéramos un día propio, un día grande y único, un día de regocijos celestiales en que celebráramos nuestra eterna unión por nuestro desposorio eterno. Ese día incomparable será el viernes siguiente a la Octava del Corpus y será llamado el día de mi Sagrado Corazón... Es mi voluntad que sea ésta la gran fiesta de la tierra, la fiesta genuina de los mortales, de los que sufren, de los que vivís conmigo bajo tienda en el desierto: ¡vuestra fiesta, hijitos míos!... ¡Celebrad en ese viernes la gran Pascua de mis misericordias; celebrad la conquista de una tierra ingrata con las lágrimas y el perdón de vuestro Dios!... Cantadme en ese día..., regocijaos con alegría no enturbiada...; cantadme Rey amable de vuestros hogares...; ¡ah, sí!, cantadme triunfador de paz y de humildad por las inagotables ternuras de mi benigno Corazón..."

(Pausa.)

(Prometedle celebrar con íntimo regocijo ante el altar y en vuestros hogares, como fiesta de familia, la gran fiesta del Sagrado Corazón.)

Las almas. —¡Oh, sí!, Jesús, queremos cantar ahora en Sión, aquí en la tierra, un himno de acción de gracias, un cantar de Eucaristía que los ángeles no sabrían entonarle, porque ni han pecado ni han sufrido..., ni jamás han comulgado... Nosotros los perdonados, anegados en llanto de amargura y de reconocimiento, queremos decirte con los discípulos de Emaús, al terminar esta HORA SANTA y feliz: ¡quédate con nosotros, Corazón de Jesús!

(Todos en voz alta.)

¡Quédate con nosotros, Corazón de Jesús!

Gracias, Señor, en nombre de tantos pecadores rescatados... Y cuando nuestra flaqueza y las tentaciones quieran arrojarte de la conciencia de estos hijos tuyos..., ¡no te vayas, Maestro!

¡Quédate con nosotros, Corazón de Jesús!

Gracias, Señor, en nombre de tantos tristes consolados... Y cuando el torcedor de inevitables penas venga a herirnos cruelmente, con licencia tuya..., ¡no te vayas, Maestro!

¡Quédate con nosotros, Corazón de Jesús!

Gracias, Señor, en nombre de tantos pobres fortificados en tu esperanza... Y cuando las asperezas de la vida nos la hagan cansada y muy penosa..., ¡no te vayas, Maestro!

¡Quédate con nosotros, Corazón de Jesús!

Gracias, Señor, en nombre de tantos desvalidos alentados por tus promesas... Y cuando la tierra nos brinde sus frutos naturales de abrojos y de espinas..., no te vayas, Maestro

¡Quédate con nosotros, Corazón de Jesús!

Gracias, Señor, en nombre de tantos decepcionados, felizmente iluminados por tu gracia... Y cuando la ingratitud nos despedace el alma y nos desengañe de las criaturas..., ¡no te vayas, Maestro!

¡Quédate con nosotros, Corazón de Jesús!

Gracias, Señor, en nombre de tantos caídos y enfermos regenerados por tu caridad... Y cuando nuestras fragilidades quieran arrastrarnos a la muerte..., ino te vayas, Maestro!

¡Quédate con nosotros, Corazón de Jesús!

Gracias, Señor, por tantos moribundos redimidos a la hora undécima... Y cuando la agonía nos advierta que se acerca la hora de la justicia inexorable..., "¡oh, no te vayas, Redentor y Maestro!

¡Quédate con nosotros. Corazón de Jesús!

Sí, quédate en ese instante de suprema congoja, cuando desaparezcan todas las ilusiones mentirosas de la tierra al resplandor pavoroso de un Tribunal infalible e inapelable... ¡Ah!, para esa hora te damos cita, Jesús...; te recordamos desde ahora tus promesas y te suplicamos que leas nuestra sentencia decisiva en aquel libro de amor en que escribiste, según tu palabra, nuestros nombres; ¡senténcianos con la benignidad y la ternura de tu dulce Corazón!

Un Padre nuestro y Ave María, por las intenciones íntimas de los presentes.

Un Padre nuestro y Ave María, por los agonizantes y pecadores.

Un Padre nuestro y Ave María, por el triunfo universal del Sagrado Corazón, especialmente en la Comunión diaria, en la HORA SANTA y en la Consagración de los Hogares.

Invocación para la agonía.

Amado y divino Agonizante de Getsemaní, Jesús Sacramentado, he aquí a los testigos fidelísimos de tu congoja mortal del Huerto, que vienen en demanda de una gracia suprema, prometida a los consoladores apóstoles de tu entristecido Corazón...

Señor, no te pedimos salud, tesoros ni una larga vida; te suplicamos que en el trance mortal de la agonía nos tiendas los brazos, nos muestres la llaga encendida del Costado y, al morir, nos dejes exhalar, Jesús, el último suspiro de amor, de adoración y de desagravio en la herida celestial de tu Sagrado Corazón... Cuando en esa hora de recuerdos se presente a nuestra mente la niñez, la juventud, la vida entera con todas sus flaquezas, Jesús amado, recuérdanos tus promesas, señálanos la herida abrasadora del Costado, revélanos tu Corazón para aquietar los nuestros agonizantes... Cuando en ese momento decisivo queramos asirnos de un áncora segura y deseemos abrazarnos de tu Cruz, pedirte perdón entre gemidos, llamar a María en nuestro socorro y balbucear tu nombre..., ¡ay!, si nuestros labios no pudieran pronunciarle, Tú, Jesús, que trocaste tu vida por nuestras vidas; Tú, que nos abrazaste en el comulgatorio; Tú, que nos sonreíste consolado en la HORA SANTA, acércate dulcísimo, señalándonos la herida abrasadora del Costado, revélanos tu Corazón para aquietar los nuestros agonizantes…

Acuérdate, Jesús, de cuánto quisimos amarte y no de nuestras tibiezas...; acuérdate de cuánto oramos por redimirte almas, y no de nuestros pecados... acuérdate de nuestros desvelos por entronizarte como Rey de amor, y no de nuestras ingratitudes. ¡Oh!..., acuérdate que nuestros nombres los escribiste ahí, donde nadie jamás podrá borrarlos…

No te pedimos goces de la tierra, ni halagos de gloria fementida, ni amor humano... Te suplicamos que, en el trance mortal de la agonía, nos muestres la llaga encendida del Costado y nos dejes, Jesús, exhalar el último suspiro de amor, de adoración y de desagravio en la herida celestial de tu Sagrado Corazón..; ¡Ahora y en la hora de nuestra muerte, venga a nos tu reino!...

III HORA SANTA

Para iniciar el Año Nuevo, para un retiro y para ciertas horas graves y decisivas de la vida.

(Esta HORA SANTA podría servir especialmente para comenzar el Año Nuevo, según el verdadero espíritu del Sagrado Corazón de Jesús, y para consagrárselo a su gloria. Este mismo método podría también ser muy útil en determinadas ocasiones, en ciertas horas decisivas y solemnes (del año o de la vida, como, por ejemplo, en vísperas de contraer matrimonio o como preparación inmediata, para ingresar en el convento, al abrazar la vida religiosa. Podría asimismo ser de gran provecho durante los ejercicios, en un retiro, para iniciar en ellos una etapa de vida espiritual nueva y más intensa.)

He aquí que se levanta con la aurora del Año Nuevo el verdadero Sol de paz, de esperanza y de amor: el Corazón Divino de Jesús, sol de una nueva vida para su gloria y nuestra dicha... ¡Gloria a Él en las alturas, gloria a Él y sólo a Él aquí en la tierra!...

"Adveniat, adveniat, adveniat, regnuin tuuml... Venga a nos tu reino de paz, de amor y de justicia!..."

Es preciso que el año que comienza marque una nueva etapa de triunfo en el avance victorioso, social e íntimo del Corazón de Jesús...

Y ahora pongámonos en su presencia soberana mediante un acto de fe y de profunda adoración... A dos pasos de nosotros está el Maestro muy amado... Su Corazón nos llama, nos aguarda...: quiere hablarnos con santa intimidad... Escuchemos aquella voz cuyas armonías deliciosas inundan de júbilo la eternidad del cielo...

(Que haya gran recogimiento, pues el Señor no habla a corazones disipados, distraídos.)

Jesús.—"Pax vobis!". ¡Que mi paz sea con vosotros todos, hijítos míos! Os la traigo grande y hermosa para vuestras almas, que sufren, que luchan..., para todos los de buena voluntad...

"Pax vobis!" Sí, os la traigo Yo mismo para vuestros hogares enlutados por el dolor, heridos por las desgracias, patrimonio obligado de este valle de lágrimas...

"Pax vobis!”" Os la traigo para la sociedad doliente en cuyo seno vivís, pues si bien sé yo cuanta necesidad tiene de renovarse en el espíritu de mi Evangelio, de ser en espíritu y en obras la heredad de mi Corazón sacrosanto... Os la traigo para vuestra patria. ¡Oh!, pedidme que ésta llegue, a ser para Mí, la Jerusalén de mis amores, la Jerusalén del Domingo de Ramos...

"Pax vobis!..." Os traigo mi paz profunda, celestial y victoriosa, para la Iglesia, siempre combatida... Rogad por Ella, pedid, hijitos míos, que Ella llene los graneros de mi Padre celestial con una cosecha rica y escogida de almas, de familias...

Venid, amigos del alma, acercaos; no temáis como los apóstoles; acercaos más, mucho más...: buscad la dichosa intimidad del Corazón de vuestro Rey, de muestro Hermano, de vuestro

Amigo...: no temáis... ¡Yo soy vuestro Jesús! Sí acercaos con tal intimidad que toquéis las llagas de mis pies y de mis manos...; acercaos y penetrad en la llaga del Costado... Oh!, poned en ella con confianza la mano, querida y más: entrad profundamente en ella con el alma y quedad ahí, abismaos para siempre en esa herida, morada vuestra en el tiempo y en la eternidad... ¡Yo no he cambiado, hijitos míos, no; soy el mismo Jesús, dulce, bueno, misericordioso, nacido de la Virgen María, vuestra Madre... Soy realmente hijo suyo...; somos, pues, hermanos muy queridos: no me temáis!

Y ahora, sin recelos y con un corazón abierto, dócil, agradecido, aceptad en la alborada de este Año Nuevo, como obsequio y prenda de mi amor, como lección de mi sabiduría, un pensamiento grave, una reflexión austera y dulce a la vez, y que os pido coloquéis como fundamento sobrenatural del camino que se inicia hoy...

Para recoger con fruto, consoladores míos, esta enseñanza que condensa todo mi Evangelio, para que sea realmente provechosa para este año y para la vida, vaciad ante todo, el corazón, aligerad el alma de todo lo terreno y saboread en seguida la lección que quiero daros, en un gran recogimiento de espíritu-Oídme:

Almas amadísimas, hijos de mi Sagrado Corazón, meditad esta palabra, os la propone vuestro Dios: "¡Un año transcurrido quiere decir un año menos en la vida del tiempo, y un año más cerca del abismo de vuestra eternidad!"...

¡Oh, meditad durante esta HORA SANTA en la vanidad de todo, absolutamente de todo lo que no sea la permanente realidad que soy Yo, Jesús!...

(Muy lento y entrecortado.)

¡Todo pasa y muere, menos Yo!
¡Caducidad de la juventud, flor que vive un día y... muere!
¡Caducidad de la ambición, humo que se esfuma y... pasa!
¡Caducidad de la alegría humana, fulgor que brilla y desaparece como un relámpago!
¡Caducidad de la fortuna dorada y versátil que se nos escapa!
¡Caducidad de una situación brillante, que cambia de improviso y que se quiebra!
¡Caducidad de los placeres, embriaguez que mata, desasosiega y huye!
¡Caducidad de toda armonía terrena, de toda belleza creada, que engaña y perece!
¡Caducidad del amor humano, que cambia, hiere y después olvida!
¡Caducidad de la sabiduría del siglo, que lo falsifica todo y se convierte en tinieblas!
¡Vanidad de vanidades, y toda vanidad, excepto la realidad, que soy Yo, vuestro Jesús!

Y si dudáis, poned, hijos míos, un oído atento a aquella voz misteriosa de los siglos que yacen sepultados en su historia de glorias y mentiras... ¿Dónde están?... ¡Fueron sólo ayer, y ya no son!...

Su voz elocuentísima no es sino el eco de la mía...

Con ellos, Yo os digo: Vanidad de vanidades todo lo terreno..., todo lo que no sea la realidad verdadera, que soy Yo, vuestro Jesús.

Millares y millones de hombres jóvenes, valientes, arrebatados vertiginosamente del escenario de la vida por la tempestad de fuego de mil guerras fratricidas, os gritan y previenen, con la elocuencia de sus cenizas aventadas, que no os fiéis de la tierra... ¡En ella todo es vanidad!...

¡Sí, todo lo que no es la divina Realidad, que soy Yo, vuestro Jesús!

Y como esos ejércitos de soldados, aquel otro ejército más numeroso todavía de los heridos en el alma; aquellos mutilados del corazón, que son las viudas y los huérfanos, los desamparados y los sepultados vivos bajo los escombros de sus esperanzas e ideales...; la cara vana inmensa de las almas hechas jirones, de los corazones naufragó del hogar y de la sociedad... Todos, ¡oh!, todos ellos, con un gemido desgarrador y que no engaña, os gritan a porfía: ¡Vanidad de vanidades todo lo caduco y todo lo terreno todo lo que no es la divina Realidad, que soy Yo, vuestro Jesús!...

(Breve pausa.)

Con todo, no quiero veros amargados con exceso, hijos míos, y menos aún no querría, ¡oh, no!, veros desanimados... Porque si es verdad que el mundo no es sino, vanidad, sabedlo, meditadlo: ¡Yo he vencido al mundo con la suprema y dichosa Realidad de mi Persona y de mi Amor!

¡Valor, pues, y adelante, adoradores míos; levantad muy en alto los corazones y el pensamiento, pues aquí mismo, en medio de este hacinamiento de ruinas, Yo soy, para vosotros todos, la Realidad eterna de las almas que me adoran y me aman! Sí, la única Realidad inmutable, divina, inmortal, soy Yo... Y Yo he querido que esta Realidad lo supla todo..., ¡que Dios os baste!

¡Creedlo así, amigos de mi Sagrado Corazón, convenceos de ello en esta HORA SANTA!... El mundo, por desgracia, no razona así: ¡Yo no le basto! De ahí que siendo Rey y Señor, se me posponga.... ¡Cuan rara vez soy Yo el Amo, el primero en el corazón y en el hogar!...

¡No así vosotros, hijitos míos!...; y puesto que para vosotros soy la Realidad, que lo llena todo y que lo suple todo, quiero que me lo digáis aquí ante mi altar con palabras del alma…

Amigos fidelísimos del Corazón de nuestro Salvador, meditad constantemente en la vanidad efímera de la juventud, primavera que dura apenas una mañana de sol, y que en seguida muere... Pero como compensación divina, inmensa, ¿qué esperáis y qué pedís?...

(Todos.)

¡La Realidad suprema, que eres Tú, Jesús!

Consoladores de mi Divino Corazón, meditad constantemente en la vanidad de la ambición falaz y traicionera que embriaga, hiere y desaparece luego... Pero como compensación divina, inmensa, ¿qué esperáis y qué pedís?...

¡La Realidad suprema, que eres Tú, Jesús!

Apóstoles de mi adorable Corazón, meditad constantemente en la vanidad de los goces terrenales, que, como el lampo de luz o como el rocío, duran un instante y se evaporan... Pero como compensación divina, inmensa, ¿qué esperáis y qué pedís?...

¡La Realidad suprema, que eres Tú, Jesús!

Confidentes de mi Divino Corazón, meditad constantemente en la vanidad de la fortuna que pervierte tantas almas y que se escapa para no volver... Pero como compensación divina, inmensa, ¿qué esperáis y qué pedís?...

¡La Realidad suprema, que eres Tú, Jesús!

Discípulos muy amados de mi Sagrado Corazón, meditad constantemente en la vanidad de los placeres sensibles que halagan un instante, que producen embriaguez de muerte y pierden pronto su dulzura... Pero cómo compensación divina, inmensa, ¿qué esperáis y qué pedís?...

¡La Realidad suprema, que eres Tú, Jesús!

Adoradores fervorosos de mi amante Corazón, meditad constantemente en la vanidad de la belleza creada y transitoria que enamora tan fácilmente como desaparece y muere... Pero en compensación divina, inmensa, ¿qué esperáis y qué pedís?...

¡La Realidad suprema, que eres Tú, Jesús!

Reparadores de mi entristecido Corazón, meditad constantemente en la vanidad tan funesta del amor terreno, que, siendo por naturaleza tornadizo e inconstante, hiere como una racha y huye como la brisa... Pero como compensación divina, inmensa, ¿qué esperáis y qué pedís ?...

¡La Realidad suprema, que eres Ti, Jesús!

Hijos predilectos de mi Divino Corazón, meditad constantemente en la vanidad de la sabiduría humana, que con toques de luz ficticia, siembra tantos errores, luz siniestra que estalla frecuentemente en huracán... Pero en compensación divina, inmensa, ¿qué esperáis y qué pedís?...

¡La Realidad suprema, que eres Tú, Jesús!

¡Oh, sí! ¡Tú, Señor, y sólo Tú, la dichosa, la inmutable y eterna Realidad!...

Con ella, es decir, contigo, la vida, ya de por sí tan vacía de toda paz, tan pobre de verdadera belleza, nos será soportable, llevadera, no obstante las tumbas, las ruinas y los abrojos sembrados a lo largo del camino... ¡Ah!, ¡pero siempre contigo, Señor Jesús!

Este año que hoy comienza no nos inquieta, Maestro, a pesar de las mil vicisitudes azarosas que trae consigo; ¡pero... teniéndote a nuestro lado a Ti, Jesús!

Bien sabemos, Señor, que no podemos pretender el vivir en un paraíso terrenal, marchito, perdido para siempre...; ¡pero qué importa, ni nos hace falta, ya que en tu Corazón, Amor de los amores, lo hemos recuperado con usura!... ¡Oh, sí! ¡Tu Corazón lo vivifica, lo ilumina, lo dignifica todo, Señor, y esto para la eternidad!...

(Pidamos con fervor y humildad de corazón la luz que nos haga comprender y apreciar la gracia que el cielo nos otorga con el nuevo año. Pero pidamos, sobre todo, la gracia de saberlo aprovechar debidamente para gloria del Divino Corazón y por los intereses eternos del alma)

(Pausa.)

Las almas. —La HORA SANTA, Jesús adorable, la pediste Tú mismo, como la hora de las divinas confidencias, con tu Corazón adorable... ¡Déjanos, pues, en consecuencia, abrirte el alma... déjanos contártelo todo, Señor, pues sentimos la necesidad imperiosa de vaciar nuestras almas en la tuya, aquí, a tus pies, ante el Sagrario!...

Bien pueden, Jesús, los vanidosos, los sensuales, los mundanos y los frívolos seguir soñando sobre las ruinas lamentables de sus quimeras insensatas... Entretanto, nosotros, pobrecitos y más ricos que ellos, porque somos más favorecidos por tu gracia, tan gratuita como espléndida, queremos protestarte que, dejado el mundo de lado, Tú sólo nos satisfaces y nos bastas... Y alentados por el don de tu corazón adorable, nos proponemos resueltamente comenzar una vida nueva con este Año Nuevo, viviendo más y más desengañados y desprendidos de los falsos bienes y de los placeres engañosos de la tierra... Por esto, Jesús, desde esta alborada, al iniciar un año que nos avecina a tu eternidad, nos arrojamos entre tus brazos y, con fe del alma, te protestamos que, de aquí en adelante, no querremos otro bien que Tú mismo, Jesús...

¡Oh! ¡Ven a visitarnos, Maestro, con la aurora de este Año Nuevo, y al recibirte te prometemos que, en la enfermedad o en la salud, aceptaremos tu Corazón, Señor Jesús!

(Todos.)

¡Aceptaremos tu Corazón, Señor Jesús!

¡Oh! ¡Ven a visitarnos, Maestro, con la aurora, de este Año Nuevo, y al recibirte te prometemos que, en la pobreza o en la abundancia, bendeciremos sólo tu Corazón, Señor Jesús!

¡Bendeciremos sólo tu Corazón, Señor Jesús!

¡Oh! ¡Ven a visitarnos, Maestro, con la aurora de este Año Nuevo, y al recibirte fe prometemos que, en la tristeza o en la alegría, encontraremos sólo tu Corazón, Señor Jesús!

¡Encontraremos sólo tu Corazón, Señor Jesús!

¡Oh! i Ven a visitarnos, Maestro, con la aurora de este Año Nuevo, y al recibirte te prometemos que, en la prosperidad como en la Cruz, adoraremos sólo tu Corazón, Señor Jesús!

¡Adoraremos sólo tu Corazón, Señor Jesús!

¡Oh! ¡Ven a visitarnos, Maestro, con la aurora de este Año Nuevo, y al recibirte te prometemos que, en la vida como en la muerte, aclamaremos sólo tu Corazón, Señor Jesús!

¡Aclamaremos sólo tu Corazón, Señor Jesús! (Tres veces.)

Jamás se acude en vano a Aquel que es la Bondad increada... Ved, a dos pasos está ya Jesús...; le llamamos, y hele aquí anhelando desbordar la vida de su Corazón adorable en los nuestros... ¡Recojamos con santa avidez sus palabras!

(Que haya un gran silencio: el silencio de las almas...)

Jesús. —¿Con qué podré pagaros, amigos muy amados, fidelísimos, el bálsamo que vuestro amor ha sabido poner en mis heridas?... ¡Gracias! ¡Mi corazón os bendice! ¿Sabéis apreciar esta palabra?... ¿Sabéis quién es Aquel que os la dirige?... ¡Ah! ¡Soy Yo mismo. Yo, vuestro Dios y vuestro Rey, vuestro Padre y vuestro Amigo; soy Yo, Jesús, que os habla!... ¡Ved cómo me acerco a vosotros!... ¡Sí, mi Corazón adorable es el sol de ventura que para vosotros se levanta sobre la colina de este altar, trayéndoos sus luces y sus ardores como presente de Año Nuevo!...

Ved, me llego a vosotros, derrochando mercedes; vengo en busca vuestra para colmaros, para enriqueceros, si posible fuese, hasta empobrecer Yo mismo, depositando en vosotros todos mis tesoros...

Me acerco a vuestras almas, como una nube cargada con un diluvio de gracias que quisiera derramar a profusión y sin medida sobre vosotros y vuestros hogares, a fin de que este año que comienza sea un año de bendiciones y de gracia... Pero para ello espero una palabra todavía de

vuestra parte... ¡Abrid, ¿queréis?, abrid de par en par el Tabernáculo de mi Sagrado Corazón y pedid sin temor de importunar, pedid confiados! ¿Qué gracia solicitáis que Yo os conceda, qué favor esperáis del tesoro de mis misericordias infinitas?

(Todos.)

¡Para nosotros, tu adorable Corazón! ¡Para Ti, Jesús, inmensa gloria!

No dudo, hijitos, de la sinceridad del corazón; pero esta generosidad os la dicta tal vez el entusiasmo que os infunde mi Sagrario... Más cuando os alejéis de aquí, una vez a distancia y en plena lucha contra el mundo frívolo, ¿me diréis entonces otro tanto?... ¡Ah! Sobre todo para esa hora de refriega, ¿qué fuerza divina de victoria reclamáis?... ¡Habladme todos!

¡Para nosotros, tu adorable Corazón! ¡Para ti, Jesús, inmensa gloria!

Pero si el mundo se empeña en alejaros de mi pecho, en arrebataros de mis brazos... Y si en su tiranía osara exigiros que escojáis definitivamente entre sus placeres vanos y mi Ley, decidme, amigos, ¿qué tesoro escogeríais?...

¡Para nosotros, tu adorable Corazón! ¡Para ti, Jesús, inmensa gloria!

Mas suponed que el mundo no ceje, que la lucha recrudezca y que por causa de vuestra fidelidad tengáis que sufrir cruces y baldones..., ¿con qué grito del alma me llamaríais entonces en socorro vuestro?...

¡Para nosotros, tu adorable Corazón! ¡Para ti, Jesús, inmensa gloria!

¡Oh! ¡Qué hermosura cristiana, qué nobleza divina la vuestra!... Pero, decidme con toda intimidad: esos sentimientos, ¿animan también a los vuestros?... En el hogar querido, ¿piensan y hablan todos así?... Si así no fuera reclamad para ellos mi gracia; ¿qué pedís para ellos en testimonio de mi amor?...

¡Para nosotros, tu adorable ¡Corazón! ¡Para ti, Jesús, inmensa gloria!

¿Por qué esa tristeza, hijitos míos? ¡Qué!, ¿tal vez tenéis en el hogar algún enfermo del alma a quien amáis mucho, pero que no me ama a Mí?... ¡Pobrecito!. Yo quiero, salvarle. El no pide, pero vosotros pedís por él. ¿Qué fortuna queréis para el hogar?...

¡Para nosotros, tu adorable Corazón! ¡Para ti,- Jesús, inmensa gloria!

Creed en mi amor y Yo los salvaré en recompensa a vuestra fe y a la plegaria de esta HORA SANTA, deliciosa... ¡Ah! ¡Pero pensad también en vosotros: día llegará, y tal vez muy pronto, en que la muerte golpeará a vuestras puertas... Para entonces, para esa hora suprema de justicia, ¿qué galardón esperáis de mi sentencia?... Reclamadlo ahora mismo: ¿qué esperáis de mi misericordia?...

¡Para nosotros, tu adorable Corazón! ¡Para ti, Jesús, inmensa gloria!

(Aquí puede entonarse un cántico al Sagrado Corazón.)

(Entretanto que los Príncipes de la Corte celestial ofrecen al Rey de Reyes presentes dignos del Paraíso, Jesús, enamorado de los humanos, pensando en sus pequeñuelos, toma el camino de la tierra y sale a nuestro encuentro, colmadas sus manos divinas con presentes del Cielo... Nos trae, especialmente, tres inmensos y riquísimos tesoros, ofrenda valiosa de su amable Corazón, ¿Querríais meditar unos instantes en el valor inestimable de esos tesoros?... llegárnoslo considerando brevemente tres cuadros, tres escenas del Evangelio. ¡Oremos meditando! ¡Meditemos amando!)

I. Don de luz. —¿Recordáis lo que decía el ciego? "¡Señor, haz que vea!" ¡Mucho más ciego que este desdichado, Nicodemo, ciego del alma, calla y teme!... ¡Oh! ¡Con qué fulgor victorioso debieron brillar los ojos de Jesús, mirando con dulzura a Nicodemo en la primera entrevista misteriosa! ¿Imagináis la turbación que la proximidad estrecha y las palabras del Maestro divino provocarían en el alma tímida de este ciego, temeroso de sanar?... Pero ¡cuán fuerte, cuan irresistible (debió ser la atracción del imán, de los ojos y del Corazón de Jesús! ¡Cada palabra suya era una saeta de luz que lo traspasaba, conquistándolo!... Con infinita

suavidad, el Sol divino avanza, penetra en los abismos de esta alma recta... Pero a pesar de su rectitud, de su buena voluntad, hubo ciertamente un primer momento de sorpresa, de resistencia secreta, de lucha... ¡Era tan fuerte en ella el respeto humano!

El Maestro condesciende: su Corazón es suavísimo...; se concierta una entrevista...; pero ésta será de noche... Ya están faz a faz, solos, Jesús y Nicodemo. Al separarse, el Salvador debe haber dicho a Nicodemo: "¡Ya sabes que te amo...: iré, pues, a tu propia casa!" ¡Y en una segunda entrevista, lucharon frente a frente las tinieblas y la luz!... ¡Las palabras de Jesús despiden fulgores, soles de claridad que brotan de su pecho, pasando por sus labios!... Y poco a poco, esas claridades penetran y luego disipan las nubes de tinieblas...

¡Lenta, pero, profundamente, traspasan esa alma de Rabino, derriten sus hielos, calcinan la roca!... ¡Ved: el Sol, Jesús, ha triunfado; Nicodemo, vencido, le adora! ¡Qué enseñanza!... ¡En la medida en que el famoso Rabí, Nicodemo, se olvida y se desprende de sus prejuicios, de sus propias ideas y pasiones... en la medida en que muere a sí mismo, una luz, una inmensa luz invade todo su ser!...

Cuando Nicodemo apaga sus luces, el Señor prende la suya. Esa será también nuestra propia historia.

No seremos los verdaderos hijos de la luz sino en la medida en que sepamos desprendernos, desasirnos de nosotros por una perfecta inmolación de espíritu. ¡La luz no llega al fondo de un alma sino por la cruz de Jesús! Pero ¡gracia!, también a nuestras propias cruces!... Se repite, pues, con ligeras variantes, la historia de Saulo en el camino de Damasco: ¡la misericordia del Señor nos sorprende en el camino de tinieblas, nos asalta, nos echa por tierra, nos obliga a morder el polvo!... Sólo entonces, humillados y en la Cruz, somos capaces de oír y de comprender en el fondo dé nuestras almas estas palabras de luz inefable: "¡Yo soy Jesús de Nazaret!"

¡Oh!, si entre estos amigos del Señor hay alguno que le tema demasiado, que por esto vacila en acercarse, que se acerque sin recelos, que busque la vecindad, ¿qué digo?, la intimidad del Maestro... ¡Ah! y, sobre todo, que no resista al llamamiento amoroso que le hace Jesús en esta HORA SANTA... Que temiendo las dulces exigencias de su Amor, tomara la fuga, el camino extraviado de Damasco, el Amor de los amores saldrá a su encuentro, lo herirá en el corazón, y por esta herida de amor penetrará la luz!

¡Oh, mil veces felices aquellos a quienes fustiga y hiere Jesús!; ¡felices las almas a quienes el Señor hace llorar! Por esas lágrimas les revelará un día el esplendor de su Belleza soberana.

Eterna y divina historia: esta lluvia de lágrimas, lluvia saludable, purifica e ilumina el cielo de las almas, arranca la venda de escamas que, nublando los ojos, nos impedía ver a las claras a Jesús!... Entonces sí que el alma que ha llorado se encontrará frente a frente de Jesús, y éste le dirá: "¡Mírame, soy Yo la Luz!... ¡Sígueme y no andarás en tinieblas!..."

(Breve silencio.) (Todos.)

¡Señor, haz que yo vea! (Tres veces.)
¡Señor, Dios de luz, haz que te vea!... (Tres veces.)

¡En mi cruz, y por mis penas quiero verte, Jesús!... (Tres veces.)

II. Don de misericordia. —Para mejor apreciar este don, el de más aplicación práctica a nuestra vida, hagamos una glosa de la bellísima parábola del Buen Samaritano, aplicándola a la economía del Corazón de Jesús con relación a las almas... ¡Esta historia es tan realmente la nuestra!...

(Con unción.)

En un recodo del camino yace por tierra, herido, despojado, un pobrecito... Viajeros sin entrañas van y vienen; pero todos pasan indiferentes, desdeñosos; a su lado: se justifican de dicha indiferencia declarándose a sí mismos irresponsables de la desgracia de ese hombre... Le miran sin detenerse..., y continúan sin inmutarse, tranquilos, su camino... Puesto que el desgraciado yace por tierra y está herido, culpa suya debe ser, parecen decirse interiormente todos, a medida que desfilan... Y si es culpable, que debe serlo, ¡pues que expíe su pecado!... ¡Tal es la justicia que pretende hacer el mundo!

Pero he aquí que por fin alguien se detiene: ¿Quién será?... Una luz suavísima parece irradiar de Él, y le precede... Ved: ya está junto al

herido... ¡Qué belleza de majestad dulcísima, conquistadora, envuelve toda su persona!... ¡Oh! ¡Qué compasión tan honda revela su mirada, y qué bondad indecible, arrobadora, relampaguea en su rostro, de hermosura más que humana!... Al ver le se diría que es un hombre que va a estallar en sollozos... ¡Oh!... ¡ Se diría más bien un Dios de una ternura, más que inmensa, infinita!... ¡Quién puede ser sino... Jesús!... ¡Oh, sí, es El!... Se llama a Sí mismo el Hombre-Dios de todos los dolores, y nosotros le llamamos el Hombre-Dios de todas las misericordias!... ¡Aparece como Señor de majestad en el camino de sus ángeles..., y se presenta como el Señor de todas las ternuras en el camino de los mortales, de los hombres, sus hermanos!... ¡Contempladlo: se inclina hacia el herido...; se arrodilla a su lado mismo... Ved: le da a beber como refrigerio sus preciosas lágrimas, y lo envuelve en los pliegues de su propia túnica... ¡Ah! ¡Ese Señor no es bueno, no: El es la Bondad encarnada!...

Observadlo todavía: lo ha tomado entre sus brazos; lo estrecha con delirios de ternura, y, rico y dichoso con el tesoro del desdichado herido, corre, vuela... ¡Pero, entretanto, abrazándolo, comienza a reanimarlo, a darle nueva vida al calor de su amante Corazón!...

¿Y qué hará en seguida?... ¿Conducir lo tal vez a una hospedería?... ¡Ah, no!... ¡Lo lleva a su propia casa: le da su hogar!... Una vez en ella, no llama a gente mercenaria que lo cuide, ni se atreve, en su inmenso amor, a confiarlo a sus propios ángeles... ¡Llama a María, la Reina, y lo deposita suavemente entre sus brazos maternales, pidiéndole, rogándole que cuide al hijo herido, como le cuidó a El mismo en la cuna de Belén... y en la cima del Calvario!... Pero al entregarlo así a su divina Madre, Jesús no se aleja: queda inspirando desvelos y ternuras al lado de la Reina del Amor Hermoso; no da tregua a su Corazón de Salvador, que vela noche y día sobre el dichoso desdichado... ¡Observad con qué misericordia, ayudando a la celestial Enfermera, venda Él mismo con sus manos creadoras las heridas: ved cómo pone en ellas el vino y el aceite de su sangre y el bálsamo exquisito de sus besos!... ¡Ved cómo lo lava y purifica en la piscina de su adorable Corazón!...

¡Y una vez convaleciente, le da ropa de príncipe! Y cuando sana, lo retiene en su palacio, lo sienta a su mesa... Más, mucho más todavía: lo trata como amigo íntimo, como hijo mimado, y un día lo declara y Constituye su heredero!...

¿No es verdad que esta es vuestra historia?... ¡Oh, cuan cierto es que no hay sino un solo Jesús, uno solo; pero Él nos basta! Por esto, cediendo al impulso de nuestra inmensa gratitud, cantemos y alabemos la compasión y la misericordia infinita del Corazón del Salvador...

(Poned el alma entera en cada palabra...)

Las almas. —¡Oh, Jesús adorable, Rey, Hermano y Amigo, creemos, ¡oh, sí!, que Tú bajaste del cielo para traer nos la vida y para dárnosla superabundante... Creemos que viniste en busca de los enfermos gravísimos y sin remedio, de aquellos que ya parecían como náufragos abandonados... Sí, viniste para ellos sobre todo, para sanarlos, y, una vez curados y embellecidos por tu gracia, para devolverlos al Padre que te los confío! ¡Ay, con sentimientos de humildad y de arrepentimiento debemos y queremos reconocer, Maestro adorable, que hemos sido nosotros las ovejas extraviadas, el Hijo pródigo, la dracma perdida, la caña rajada, la mecha humeante, el acreedor rebelde, el servidor culpable y la roca empedernida que rechazó la simiente, regada con tu sangre!...

De rodillas, pues, y llorando nuestras culpas, te decimos:

¡Perdón, Jesús, Salvador!... ¡Perdón, Jesús, oh, Buen Pastor! ¡Perdón, oh, Padre de misericordia infinita por el sin número de infidelidades de nuestra vida pasada!... ¡Perdón!

Hemos pecado, Señor, abusando del tesoro inagotable de tu paciencia y bondades... ¡Perdón!... Y para pagar ahora mismo la compasión y caridad con que nos has tratado sin merecerlo, querríamos arrebatarte esa misma misericordia, haciendo violencia a tu dulce Corazón en favor de tantos otros que no te conocen y te ultrajan... ¡Acuérdate, Jesús, que Tú mismo nos los diste como herma nos nuestros!... Míralos compasivos, Maestro, en lucha desesperada y sin fruto, entre los abrojos del mundo y sus pecados...

¡Escúchanos, pues, benigno, oh, amable Salvador!...

¡Ten piedad, Señor, de aquellos niños pequeñitos todavía, pero cuya inocencia ha perecido ya, agostada en un hogar sin fe y de desventura!... ¡Por la Reina del Amor Hermoso, ten piedad de todos ellos!... ¡Corazón de Cristo-Rey: sé Jesús para ellos todos!

(Todos.)

¡Sé Jesús para ellos todos!

¡Ten piedad, Señor, de tantos jóvenes que, en plena lozanía, son ya ramas desgajadas, muertas, del árbol de la vida de tu Divino Corazón!... ¡Mira compasivo "a tantos que se revuelcan en el lodazal de sensualismo y de pecado, sin jamás volver a Ti una mirada suplicante.!. ¡Por la Reina del Amor Hermoso, ten piedad de todos ellos!... ¡Corazón de Cristo Hermano: sé Jesús para ellos todos!

¡Sé Jesús para ellos todos!

¡Ten piedad, Señor, para tantos hogares infelices que luchan, cantan y lloran, sin las luces m los consuelos de la fe, sin la gracia y fortaleza de tu santo amor!.... ¡Por la Reina del Amor Hermoso, ten piedad de todos ellos!... ¡Corazón de Cristo Amigo: sé Jesús para ellos todos!

¡Sé Jesús para ellos todos!

Ten piedad, Señor, de la caravana incontable de ciegos voluntarios y también de tantos otros que jamás tuvieron, ni en el hogar ni en la escuela, la gracia inestimable de oírte, de conocerte... No olvides a tantos que te conocen apenas de nombre..., a gran distancia, y que no saben, ¡pobrecitos!, cuan dulce y bueno eres siempre Tú... ¡Por la Reina del Amor Hermoso, ten piedad de todos ellos... ¡Corazón de Cristo Salvador : sé Jesús para ellos todos!.

¡Sé Jesús para ellos todos!

Ten piedad, Señor, de los agonizantes, y muy en especial de aquellos que no han sido perversos, sino débiles e ignorantes... Inclínate, en particular, hacia aquellos que tuvieron caridad con los pobres y los dolientes; ¡oh!, hazle Tú mismo caridad... ¡Por la Reina del Amor Hermoso, ten piedad de todos ellos! ¡Corazón de Cristo agonizante: sé Jesús para ellos todos!

¡Sé Jesús para ellos todos!

(Pedid por la conversión de vuestros seres queridos.)

III. El don del Sagrado Corazón. Como si los inapreciables dones de luz y de misericordia no bastaran para probarnos su liberalidad, he aquí que Jesús se propone resumir todas sus larguezas en el don inefable, sublime, de su Sagrado Corazón. Para explicarnos tanta belleza, acudamos una vez más al Evangelio, ya que la sabiduría como la elocuencia humana quedan cortas y en extremo pobres para darnos una lección cumplida.

Contemplemos aquella escena cuya soberana hermosura conmovió a los ángeles, testigos de ella, en la última Cena. Jesús acaba de instituir la divina Eucaristía... Una sombra de infinita tristeza..., casi de agonía, nubla su fisonomía adorable..: es que ve ahí a Judas; el ingrato tiene ya en su poder la suma que ha recibido para entregar a su Señor.

Diríase que Juan, el predilecto, lo ha adivinado todo, leyendo, ya esta historia de perfidia en los ojos de su Amigo Divino... Y como quien se ofrece para pagar con creces, para reparar esa infamia, ved cómo se acerca, cómo se estrecha a Jesús... Y más...: con una confianza espontánea y sencilla descansa amorosamente su cabeza sobre el Corazón de Jesús...

¡Ah!,¡ y ciertamente Jesús, complacido y consolado, recompensó esa intimidad reclinando su adorable Corazón en el de Juan, su apóstol... ¡y su amigo!... ¡En ese momento de gloria se lo confió, sin duda, se lo dio por entero..., y desde entonces, Jesús y Juan se unieron con vínculo eterno..., más allá de la vida y más allá de la muerte!...

¿Creéis que Juan tenía derecho a tanto privilegio?... Verdad es que era puro y casto de espíritu y de corazón, pero... apenas si entonces había comenzado a amar. No había tenido aún, por cierto, ni tiempo ni oportunidad de probar a su Maestro con obras de martirio cuánto le amaba... ¡Ah!, ¡pero Jesús, dueño de su propio Corazón, tiene el ¿derecho soberano de adelantarse, de amar el primero..., de dar gratuitamente más amor?...

En realidad, éste es un misterio tal que nos abisma y confunde... ¡Es preciso ser Jesús para amar de esta suerte, para ofrecer gratuitamente un don semejante..., y que sólo El nos puede hacer!...

Mas, si desalentados os dijerais que tanto favor fue la recompensa a la inocencia de Juan, que las almas de lirio, como la del apóstol predilecto,

son contadas..., y que no pudiendo presentar ni su pureza, ni su generosidad, debierais renunciar al don del Corazón de Jesús...; ¡oh!, retractad este pensamiento y poned los ojos jubilosos y asombrados en otro cuadro, que completa el primero, que lo realza...

¡Jesús agoniza en el Calvario!... ¡A sus pies, cerca de Juan..., más cerca aún de la Reina Inmaculada, está... Magdalena!... ¡A un lado, la inocencia conservada, y del otro; la inocencia recobrada!... ¡Y ambos, Juan y Magdalena, por testigo la Reina Inmaculada, reciben igualmente, en testamento supremo, el Corazón de Jesús!

¿Quién de los dos recibió la mejor, la óptima parte?... ¿Quién?... Nadie lo sabe, nadie lo sabrá acá abajo sino Jesús... ¿Y por qué no serían ambos iguales en fortuna?... ¿Por qué?... ¡En todo caso, ese silencio elocuentísimo no es sino el llamamiento constante, reiterado, que, con ligeras variantes, con tonalidades distintas, llama a unos y a otros, a inocentes y a penitentes, y los urge para que en caravana inmensa, incontable, avancen resuelta y confiadamente por camino del Calvario, hacia el Tabor de gloria eterna!...

¡Oh!, terminemos por esto la HORA SANTA, dando rienda suelta a nuestro júbilo a nuestra confianza y gratitud...

¡Que nuestra última plegaria tenga la cadencia de un verdadero himno, cántico de alabanza, de acción de gracias y de amor, al Corazón de Jesús Sacramentado!

¡Nos has bendecido, Jesús amado, como no bendijiste jamás a tu paso las flores de los campos y los lirios de los valles de tu Patria, y en pago hemos sido nosotros las zarzas y las espinas de tu corona!

Pero no te canses de nosotros: acuérdate que eres Jesús para estos pobres desterrados!.

¡Nos has bendecido, Jesús amado, como no bendijiste jamás las mieses, las viñas y los jardines de Samaría y Galilea, y nosotros te hemos pagado siendo tantas veces la cizaña culpable de tu Iglesia ; pero... no te canses de nosotros: acuérdate que eres Jesús para estos desterrados!

¡Oh, Jesús amado! ¡Tu Corazón nos ha bendecido como no bendijiste jamás las aves del cielo ni los rebaños de Belén y Nazaret..., y nosotros te hemos pagado huyendo de tu redil y temiendo la blandura de tu cayado amorosísimo...; pero... no te canses de nosotros: acuérdate que eres Jesús para estos pobres desterrados.

¡Oh!, en este día venturoso, déjanos, porque hemos sido ingratos contigo, Jesús Sacramentado, déjanos ofrecerte un himno de alabanza en el tono inspirado del Profeta-Rey; en su lira te cantamos con la Madre del Amor Hermoso.

Espíritus angélicos y santos de la Corte celestial, bendecid al Señor en la misericordia infinita con que nos ha colmado. ¡Hosanna al Creador, convertido en criatura y Hostia por amor!

(Todos.)

¡Hosanna al Divino Prisionero del amor!

¡Sol, luna y estrellas, desplegad vuestro manto de luz sobre este Tabernáculo, mil veces más santo que el de Jerusalén, lleno de la majestad de su dulzura...; bendecid al Señor en la misericordia infinita con que nos ha colmado. ¡Hosanna al Creador, convertido en criatura y Hostia por amor!. ¡Hosanna al Divino Prisionero del amor!

¡Fulgor de la alborada, rocío de la mañana, lampos de luz mudente del crepúsculo, glorificad la majestad del silencio del Rey del Sagrario..., bendecid al Señor en la misericordia infinita con que nos ha colmado. ¡Hosanna al Creador, convertido en criatura y Hostia por amor!,

¡Hosanna al Divino Prisionero del amor!

¡Océano apacible, océano rugiente en tempestad, profundidades vivientes del abismo, proclamad la omnipotencia del Cautivo de este altar: bendecid al Señor en la misericordia infinita con que nos ha colmado. ¡Hosanna al Creador convertido en criatura y Hostia por amor!

¡Hosanna al Divino Prisionero del amor!

¡Brisas perfumadas, tempestades devastadoras, flores de la hondonada, torrentes y cascadas, cantad la hermosura soberana de Jesús Sacramentado!, ¡Hosanna al Creador convertido en criatura y Hostia por amor!

¡Hosanna al Divino Prisionero del amor!

¡Nieves eternas, selvas, volcanes y mieses, colinas y valles, ensalzad la magnificencia del Dios aniquilado del altar...; bendecid al Señor en la misericordia infinita con que nos ha colmado. ¡Hosanna al Creador, convertido en criatura y Hostia por amor!

¡Hosanna al Divino Prisionero del amor!

¡Creación toda entera, ven, acude presurosa en nuestro auxilio; ven a suplir nuestra impotencia; los humanos no sabemos cantar, bendecir ni agradecer; ven, y con cantares de naturaleza ahoga el grito de blasfemia, repara el sopor, la indiferencia del hombre ingrato, colmado con la misericordia infinita de Jesús Eucaristía. ¡Hosanna al Creador, convertido en criatura y Hostia por amor!

¡Hosanna al Divino Prisionero del amor!

¡En reparación de tantos como le olvidan, amemos más, amemos con amor más fuerte que la muerte!...

¡Corazón Divino de Jesús, venga a nos tu reino!

(Una Salve invocando a la Reina del Amor Hermoso al comenzar el Santísimo.
Padre nuestro y Ave María por las intenciones particulares de los presentes.
Padre nuestro y Ave María por los agonizantes y pecadores.
Padre nuestro y Ave María pidiendo el reinado del Sagrado Corazón mediante la Comunión frecuente y diaria, la HORA SANTA y la Cruzada de la entronización del Rey Divino en hogares, sociedades y naciones.)

IV HORA SANTA

Hora Santa de los amigos del Sagrado Corazón. Puede ser muy particularmente provechosa para las Comunidades religiosas.

Señor y Amigo, Jesús adorable: he aquí a tus hermanos, que te buscan...; tus íntimos llaman esta tarde, (con insistencia, a las puertas del Sagrario, deseosos de hablarte sin testigos, lejos de la muchedumbre... Quieren conversar contigo a solas...; tienen más de una confidencia que hacerte…

Te ruegan, pues, que les permitas hablar contigo, con la dulce intimidad de Juan, con el abandono y la confianza de Lázaro, de Marta y de María, con la sinceridad de Nicodemo...

Ábrenos, Jesús, ábrenos de par en par las puertas del cielo de tu Corazón...

Ábrenos..., pues, bien sabes, Jesús, que es la sed ardiente de amarte y de hacerte amar, que nos arrastra irresistible, hasta tus plantas... Y Tú que lo sabes todo, sabes ya, que no venimos a pedirte el que nos hagas disfrutar de los resplandores ni de las delicias del Tabor... No venimos a pedirte que te presentes a nosotros como a los tres apóstoles predestinados, en la Transfiguración de una majestad de gloria, ¡oh, no!... Otra ambición nos trae y es el que nos reveles, en esta HORA SANTA, las bellezas de inmolación y de agonía, las profundidades de dolor de tu Corazón adorable en el patíbulo de la Cruz y en el calabozo en que moras, ¡oh, Dios Sacramentado!... Ansiamos, Jesús amado, penetrar en los secretos de tu amor doliente y crucificado... Lo anhelamos tus amigos, pues queremos abrasarnos en las llamas de una caridad más fuerte que la muerte...

¡Ábrenos, Jesús, ábrenos la herida del Costado!... Mira que somos los hijos de María; somos, pues, tus hermanos pequeñitos, los colmados de tus gracias. ¡Deseamos tanto desahogarnos contigo, habiéndote en el idioma que Tú mismo enseñaste a tus amigos íntimos, cuando los llamaste a grandes voces, desde Belén y del Calvario, y, siglos más tarde, desde el altar de Paray-le-Monial!...

No tardes en abrirnos, Jesús, no nos dejes por más tiempo en los dinteles del Sagrario de tu dulce Corazón... Mira que se hace tarde, y que anochece... Mira cómo las criaturas se afanan por disiparnos..., ¡y con qué empeño los dolores pretenden abatirnos..., y el infierno tur bar nuestra paz y arrebatarnos de tus brazos!...

Acuérdate, Jesús adorable, que Tú mismo nos invitaste a esta HORA SANTA cuando la pediste a Margarita María... Recuerda, ¡oh, Rey de amor!, que, según tus propios designios, es ésta la hora de Gracia por excelencia, ya que en ella ofreciste confiar tus secretos, en retorno de las confidencias de tus consoladores y amigos...; confidencias recíprocas que labrarán la eterna intimidad entre tu Co razón y los nuestros...

De rodillas, pues, Señor, y sobrecogidos, no de temor, sino de felicidad y de amor, te adoramos, con los Pastores y los Reyes... ¡Oh!, mejor aún que ellos, te adoramos en unión con la Reina Inmaculada y en su Corazón de Virgen-Madre... Y para suplir nuestra indigencia, nos acercamos al Sagrario, con los divinos ardores de Magdalena, el día venturoso en queda perdonaste..., con la fe de tus discípulos en el día de tu Ascensión gloriosa, y con la caridad de tus apóstoles en la hora de Pentecostés... Con todos ellos te adoramos, la frente en el polvo, ¡oh, Rey Hermano; oh, Salvador-Amigo; oh, Dios de misericordia!, en el Santo de los Santos del solitario Tabernáculo...

Y ya que nuestros labios apenas saben balbucir una plegaria, y puesto que nuestros corazones pobrecitos son tan incapaces de amar de veras y de expresar su amor, encargamos con filial confianza a la Reina del Amor Hermoso que Ella te hable por nosotros, sus hijos y tus amigos…

Pero conociendo tu infinita bondad y tu condescendencia, te rogamos, Jesús, con inmensa confianza y con profunda humildad, que hables sobre todo Tú en esta HORA SANTA... Mucho más que a hablarte nosotros, venimos a escucharte, ¡Sabiduría increada!... Jesús, Verbo Divino, Palabra eterna del Padre, vibra, resuena una vez más en esta tierra de ti nieblas..., habla, pronunciando aquellas palabras arrobadoras, que embriagar en la eternidad de eternidades a tus santos... Habla, Jesús, confiándonos aquellas palabras de vida que conservó en su Corazón la Virgen-Madre y que recogieron tus apóstoles para la redención del mundo…

Sí, háblanos. Maestro, ya que sólo Tú tienes palabras de vida eterna... ¡Jesús, Amor de amores, habla a los amigos que te escuchan de rodillas, anhelantes, conmovidos!...

(Y ahora escuchémosle con un gran recogimiento.... Oigámosle como si le viéramos con nuestros propios ojos, aún en esta Hostia Divina— Presentémosle el homenaje de una adoración ferviente, en un acto de fe ardorosa en su Presencia real, y al adorarle así, ofrezcámosle, sobre todo, un homenaje del corazón; es decir todo nuestro amor, en espíritu de solemne reparación.)

(Pausa.)

BREVE CONSIDERACIÓN. —Ya que no nos es dado suprimir en la tierra la raza de los traidores y de los verdugos, propongámonos el multiplicar, al menos, la raza bendita de los amigos fieles del Señor crucificado, la falange esforzada de aquellos que, afrontando todos los peligros y todos los oprobios, le seguirán hasta el Calvario...

¡Cuán pocas veces meditamos la misteriosa y cruel angustia de Getsemaní, agonía más cruel por cierto que la de la Cruz... Ved por qué al lado del patíbulo, tinto en sangre, de pie, está María, la Madre del Señor ajusticiado, ¡Madre incomparable y única!... Y cerca de ella, la invencible, la fidelísima Magdalena, bañada en llanto... A dos pasos está Juan, el apóstol regalado, y con él unos cuantos, un rebaño reducido, de amigos leales... ¡Ah!... ¡No así en Getsemaní!... La soledad más angustiosa oprime ahí y despedaza el Corazón del Divino Agonizante... Ha segregado con predilección a los tres favorecidos del Tabor, para que le consuelen..., pero éstos, vencidos por la fatiga, más fuerte que su amor, duermen... ¡Oh, sí!, duermen, y entretanto, a unos cuantos pasos, su Maestro, abandonado..., solo, lucha en las convulsiones de una horrenda agonía... Jesús solo y desamparado, sosteniendo el peso abrumador, mortal, de la congoja que provoca la visión espantable de todos los crímenes de la tierra... ¡Oh, dolor! Si los amigos del Señor duermen, porque son flacos en el amor, no así los enemigos, celosos y resueltos en su odio... Esta vez la presa ansiada no escapará de sus manos sacrílegas, y para que esa misma noche el Rey divino caiga prisionero en sus redes, velan animosos, capitaneados y envalentonados por el único apóstol qué no duerme... ¡Judas!...

Por esto la hora de guardia de esta HORA SANTA debe ser una reparación de inmenso amor de parte de los amigos fieles…

Ofrezcámosla como un solemne desagravio por tantos amigos desleales, tibios, apáticos..., por tantos que se dicen amigos, que debieran serlo, pero que en vez de amar, viven de temor y de transacciones de cobardía... ¡Son tantos los mezquinos en el amor y que están lejos, muy lejos de aquella medida de amor con que ellos fueron amados!... No nos engañemos: ¡la culpa que más lastima el Corazón del Salvador es la que parte, como dardo de fuego, de un corazón amigo!... ¡Cuán contados son los verdaderos, amigos del Señor, los que lo conocen de veras, los que de veras le aman, en pago y en retorno del don gratuito, de la amistad divina que El les brinda!... A menudo son los hijos de su propia casa los que más le hieren... Cabalmente por esto, en reparación de este gran pecado, agrupémonos en esta HORA SANTA en compañía de la Reina Dolorosa, de San Juan y de Margarita María...; estrechémonos alrededor de Jesús Agonizante para recoger con santa emoción, conmovidos en lo más hondo del alma, sus quejas amorosas, sus blandos reproches y también sus peticiones y deseos... Que aquel sitio quemante que brotó de sus labios moribundos, reclamando nuestro amor, resuene en nuestras almas, las con mueva y nos resuelva a apagar su sed ardiente con la nuestra devoradora, inmensa...

(Y ahora, para oír su voz divina, que todo calle, que todo desaparezca, todo ¡menos Jesús!... Bebed ansiosos sus palabras.)

(Muy lento y con unción.)

Voz de Jesús. —¡Hace ya tanto tiempo, tanto, que vivo entre vosotros y todavía no me conocéis!... Sabed, amigos muy queridos, que una infinita tristeza agobia mi alma y que una angustia de muerte oprime mi Divino Corazón... Os lo confío a vosotros, tan fieles, oídme: la amargura de mis amarguras la provoca aquella constante infidelidad, aquel desconocimiento tan corriente, aquella inconcebible mezquindad de los que Yo elegí y amé como amigos de mi Sagrado Corazón..., ¿dónde están?... ¿Qué se han hecho mis verdaderos e íntimos amigos?...Como en Getsemaní, cuando se acerca la hora de las tinieblas y del combate, miro a mi alrededor..., llamo..., tiendo la mano..., iy me encuentro casi siempre abandonado y solo!... ¡Ay!... ¡Cuán contados son en todo tiempo aquellos que se resuelven por amor a velar conmigo en la hora de agonía!...

Cuando mis amigos se encuentran en la cuesta del Calvario, Yo prevengo su clamor y sus gemidos suplicantes, Yo mismo me adelanto y me ofrezco a ellos como el amable Cirineo... Pero cuando los traidores vociferan en contra mía, cuando me agobian bajo la pesadumbre de la cruz, si llamo en mi socorro a los amigos..., ¡ay!, éstos no me oyen..., ¡mis amigos duermen!...

¿Será verdad entonces, hijos míos, que el odio de mis adversarios es más animoso y fuerte que la caridad de mis amigos?.., ¡Qué tristeza para mi corazón el ver constantemente que mientras los míos descansan tranquilos, los sicarios preparan afanosos los azotes, los clavos, la diadema de espinas..., la Cruz!...

Tanto celo de parte de éstos para incrementar a porfía el ejército, ya tan numeroso, de los que me abandonan..., tanta abnegación y desprendimiento de su parte al pagar con largueza las cobardías y traiciones, la gritería de blasfemia social y el ultraje legal de la autoridad humana en contra mía...

¡Y entretanto, mis amigos dormitan..., descansan, callan!

Podría llamar en mi socorro legiones de ángeles, y el Padre me las enviaría; pero no..., en la hora de las agonías y tristezas quiero tener muy cerca, a mi lado, amigos capaces de amar llorando..., corazones como el mío, corazones de hermanos que compartan los dolores que por ellos sufro... En la hora de Getsemaní os aguardo a vosotros los amigos... ¡Ay!, ¡no queráis abandonarme entonces..., rodeadme con amor ardiente, fidelísimo!... ¡Ofrecedme el corazón como un apoyo para mi corazón agonizante!... ¡Mi alma está triste, triste hasta la muerte!... ¡Desfallezco y muero porque no me siento amado de los míos!...

(Breve silencio.)

Las almas. —Ese lamento nos parte el alma... ¡Escúchanos, Jesús!... Sabemos que lo que Tú afirmas es siempre la verdad y toda la verdad... Pero ya que los que estamos ante este altar somos los amigos íntimos que venimos a consolarte y a reparar, háblanos, Señor, con absoluta libertad... Te pedimos, te rogamos que formules por entero tu justa acusación... No temas, Jesús, el lastimarnos, dinos sin reticencias cuáles son las faltas que

más te hieren de parte de los tuyos..., explícanos aquella amargura que llena tu adorable Corazón, pues queremos compartirla y endulzarla...

¡Habla, Jesús, habla abiertamente a tus amigos verdaderos!

Voz de Jesús. —"¡Filioli!" ¡Oh, sí, hijitos amadísimos! Quiero descubriros en toda intimidad todo el secreto de mi infinita tristeza... Pero, prometedme que, al escuchar mis quejas y reproches, lejos de alejaros con temor insensato de mi lado; buscaréis, por el contrario, una intimidad mayor con vuestro Amigo del Sagrario... Prometedme que en adelante acudiréis con más confianza a mi Corazón en busca del único remedio para todas vuestras flaquezas.

Al oírme, dulce y bueno, recordad que aquí, en este trono de gracia, soy el Juez de verdad y mansedumbre, a fin de ser mañana, en los dinteles de vuestra eternidad, un Salvador benigno y el Juez amigo... Oídme:

¿Queréis saber qué faltas son aquellas que más me hieren?...

I. Falta de generosidad y de gratitud.

Ante todo, la mezquindad en el amor de mis amigos, ¡LA FALTA DE GENEROSIDAD!... Tengo hambre... ¿No tenéis algo que darme de comer, hijitos míos?... No tenéis por qué preocuparos de comprar me pan y víveres, como los apóstoles en Samaría, ¡oh, no!... El pan que anhelo es vuestro amor... ¡Tengo hambre de vosotros!... Pero quiero y exijo eme ese don de vosotros mismos sea total, sin particiones... ¡Daos a Mí, daos sin reservas!... Tengo hambre, no de una mirada vuestra, no de una sonrisa, ni de una palabra..., tengo hambre de vuestras almas, quiero que éstas me pertenezcan como Yo os pertenezco... ¡En canje de mi Corazón Divino, quiero los vuestros y los quiero para Mí sólo!... Os he dado tanto, ¡oh, tanto!..., y en retorno, ¿qué me habéis dado vosotros?... ¿Por qué ese prurito de medirme siempre vuestro amor, ya tan limitado y pobre?... ¡Cuán distante de mi suerte es la suerte de las criaturas!... ¡Para ellas vuestras preferencias..., para ellas todo!... De ahí que Yo, vuestro Señor, ocupe con frecuencia en el banquete de vuestra vida el puesto del servidor, del pobre y del mendigo...

¡Cuánto tiempo hace, almas queridas, que aguardo el obsequio del don total de vosotros mis amigos, don al cual tengo pleno derecho y sólo Yo!... Y después de esperar largos meses, aun largos años, recibo con frecuencia, no ese don total, sino... la migaja pobrecita que cae de la mesa, lo que sobra de las criaturas, siempre atendidas, agasajadas...

Los ángeles se asombran al ver que acepto esa migaja, porque me habla de vosotros, pero... al llevarla a mis labios, estalla de pena el corazón, lloran mis ojos... ¡Cuánto tiempo hace que pido y aguardo que se me dé un lugar, y el primero, en vuestras almas y en vuestros hogares!... ¡Ay!... Las criaturas más afortunadas que vuestro Dios ocupan ya ese puesto de honor..., y Yo debo resignarme a un puesto secundario... ¡Si supierais cómo siento que mi Persona Divina molesta, estorba..., que se me tolera por temor, a Mí, un Dios de amor!...

Las criaturas llaman a vuestras puertas, y como se impacientan..., y como no os resignaríais a que se fueran y os dejaran, ellas que son polvo, pasan en primer lugar... Y a Mí me tenéis llamando y esperando un turno que tarde o nunca llega... ¡Pero porque sólo Yo os amo, con amor verdadero, me siento entonces en el dintel de vuestras puertas, y con paciencia vuelvo a llamar a golpes redoblados, y sigo aguardando con dulzura inalterable, porque soy Jesús, la Misericordia infinita, inagotable!... ¡Y entretanto que yo pueda saciarme a vuestras almas, en el banquete que os tengo preparado de toda eternidad, vivo de las migajas que me arrojan tantos que se llaman mis amigos!...

¿No es por ventura, una migaja de vuestra vida, por ejemplo, los breves instantes, los contados momentos que distraéis de negocios y de criaturas para dármelos a Mí?... ¡Y decir que, en canje de esos segundos, os estoy preparando una eternidad de siglos, un sin fin de gloria!...

(Pausa.)

¿Queríais una prueba manifiesta, consoladores míos, de esa falta de amor generoso de parte de mis amigos?... Hela aquí: ¡su poca gratitud!... No se paga así, por cierto, con esa vil moneda a los bienhechores de la tierra... Para éstos, por natural nobleza, por delicadeza de educación o de sentimientos, para ellos, la efusión expresiva de vuestra acción de gracias... En cuanto a Mí, el Bienhechor de vuestros bienhechores, no me cuento siempre en esa categoría..., ¡y quedo eliminado!... Cuántos leprosos del alma, sanos por milagro, y que no agradecen, cuántos!...

Decidme, hijos de mi Corazón, ¿es justo tratar así a un Dios que os ha colmado con mil liberalidades y ternuras, que os ha prodigado a torrentes luces divinas y consuelos inefables, que os ha perdonado, ¿qué quiere seguiros perdonando?... ¿Es justo pagarle así ?... ¿Dónde están? ¿Qué se hicieron de aquellas solemnes promesas de eterna gratitud que me hicisteis cada vez que implorabais con apremio nuevas gracias —¿qué digo?... —prodigios de misericordia?... "¡Ah, sí! Más de una vez os tornáis a Mí en demanda de milagros. Sabedlo: ¡quiero otorgarlos, pero los reservo para los amigos generosos, que me lo dan todo!... ¡Los reservo para aquellos que me los arrebatan con la dulce violencia de su inmensa gratitud!...

Pero quiero perdonar aun ese pecado vuestro..., he aquí la hora propicia del verdadero arrepentimiento, de la reparación cumplida y de la gran misericordia. Protestadme, pues, ahora, mismo que, de aquí en adelante me amaréis todos como amigos verdaderos; esto es, con nobleza de gratitud y con generosidad a toda prueba…

No temáis a quien no os llama y os aguarda sino para perdonaros y además enriqueceros... Tengo hambre de amor, hambre del pan de vuestros corazones... ¡Dádselo al Dios de caridad, que se goza con el título de Hermano y de Amigo vuestro!...

(Aquí puede cantarse el "Magníficat" en acción de gracias al Sagrado Corazón, o cualquier otro himno en su honor.)

Las almas.—Maestro muy amado, si en el cáliz de tu Corazón hubiera toda vía la amargura de otra queja en contra nuestra, dánosla a beber ahora mismo, Jesús, que a eso venimos... ¡Oh!, sí, esos reproches suavísimos desahogan tu alma, Jesús...; al brotar como fuego de tus labios, queman también con divinos ardores y fortifican nuestras almas frías y enfermas... ¡Háblanos, pues, Señor, y cura nuestras llagas, mostrándonos la tuya del Costado!...

II Falta de confianza.

Voz de Jesús. — Rebañito de mis amores, subid más y acercaos a mi pecho herido para confiaros en toda intimidad a vosotros, los predilectos, otra pena de tantas, pena muy honda: ¡LA FALTA DE CONFIANZA DE PARTE DE MIS AMIGOS!... Estos no me aman con el abandono de sencillez y de paz que tanto anhelo... Se diría que desconfían, que recelan de este Señor de Caridad...

No creen lo bastante, ¡oh!, no, en mi inmenso amor... ¡Me temen, tiemblan y se alejan!... ¡Qué dolor el mío, al no sentirme realmente amado, habiendo sido para esos hijos rebeldes un Dios de caridad y de perdón!... ¿Qué más podría hacer todavía para curar ese mal de desconfianza, que hace estragos horrorosos en la viña rica y elegida, en el campo de mis amigos predilectos?... ¡Cómo me duele el ver que no se atreven a considerarme ni, menos, a tratarme como amigo!... ¡Ay! ¿Por qué?... En vano les repito la afirmación del Evangelio cuando dije a mis apóstoles:

"No temáis, soy Yo... ¡Vosotros sois de veras mis amigos!..." Todo en vano, pues dichas almas se empeñan en resistir a ese llamamiento de ternura, y con un sentimiento de temor que Yo no acepto, no se atreven a tomar para sí ese título que es gloria mía..., no quieren, no se atreven a saborear el néctar delicioso de una amistad que Yo mismo les ofrezco... ¿Falta algo, por ventura, a la obra de mi amor para inspirar a dichas almas la confianza, que reclamo?... Alma querida, pero desconfiada, óyeme:

He dejado por ti, hace siglos, el manto de majestad que hubiera podido justamente aterrarte..., ¡y con todo sigues temblando y temiendo!...

Pon los ojos en mi cuna...; mírame en ella, pobre, manso y pequeñito, más pequeño que tú mismo, para presentarme como Hermano tuyo y atraerte así a mis brazos... Y con todo sigues temblando y temiendo...

Ven, penetra conmigo en la casita humilde de Nazaret; medita esa vida, sencilla como la tuya, y mucho más todavía... Dime: ¿qué encuentras en esa vida de obscuridad, de llaneza y de trabajo, que te espanta?... ¿Qué?... Y con todo, sigues temblando y temiendo...

¿Será tal vez, el esplendor de mi vida pública que te atemoriza?... ¿Por qué?...

Mira, por el contrario, cómo al hablar, al tender los brazos, al llamar, las turbas me siguen... Mira cómo los pequeñitos y los enfermos, los mendigos y los pecadores y todos los desdeñados, todos los leprosos morales, acuden, se precipitan hacia Mí y se disputan el honor y la dicha de estar a mi lado... ¿Y tú, alma querida?...

Bien sabes que soy el mismo Jesús, y con todo, sigues temblando y temiendo...!

Si tomara en cuenta tu desconfianza, no me atrevería, por cierto, a invitarte con Zaqueo, con Simón y Leví, y en unión con tantos otros Publícanos y pecadores al banquete de mi divina misericordia...; pues tal vez por temor me haríais un desaire, rechazando la amorosa invitación... ¿Olvidas entonces que he venido para salvar todo lo que había perecido: los que yacían en el abismo..., los cadáveres del espíritu..., el desecho de la sociedad..., los leprosos del corazón?: ¿lo has olvidado?... ¿Crees tú ser uno de esos desventurados?... ¿Debieras por ello mismo acudir presurosa?... ¡Y, con todo, sigues temblando y temiendo !...

¡Qué! ¿Has olvidado, por ventura, las maravillas de mi amor y mi ternura, realizadas en la última Cena?.. ¿O no te acuerdas ya de mis postreras palabras de esperanza y de perdón, en el Calvario, en las que legué a mi Madre, que es la tuya, el supremo testamento de mi caridad ?... ¡Oh, sí! Tú conoces, alma querida, dicho testamento. ¡Y con todo... sigues temblando y temiendo!...

Y, en fin, aquí me tienes en la Hostia, más aniquilado aún que en mi cuna; más pobre que en Nazaret, más dulce, si es posible, más paciente, tierno y misericordioso que en Samaría, Cafarnaum y Galilea... —¿lo creerás?...—, ¡más Salvador, si cabe, que en la misma Cruz!... Aquí, en la Sagrada Eucaristía, soy más que nunca un Dios-Amor; y con todo..., ¡sigues temblando y temiendo!...

Dime, pues, ¡oh!, dame, allana muy amada, ¿qué más debo hacer para disipar tus temores, para provocar y alentar la confianza inmensa que exijo de aquellos a quienes llamo mis amigos?... ¡Esta debe ser la prueba por excelencia de tu amor! Piensa que la virtud que salva es esta Caridad.,.

En mi Divino Corazón esta virtud toma el nombre de misericordia, y en el corazón de mis verdaderos amigos, se llama virtud de confianza y de abandono.

¡Ah! Sin que tú me lo declares, porque Yo sé leer en las almas, leo en la tuya la razón aparente de este temor; antes que me lo digas, te lo diré Yo mismo: ¡son los pecados de tu vida pasada!...

Pobrecita, palideces con sólo nombrarlos, y su recuerdo te tortura con exceso, en desmedro de mi amor... ¿Tus pecados?... Confíalos a mi Corazón, y no dudes que ya estás perdonada... ¡Lo que necesitas, en vez de tanto temor, es creer, pero creer con fe inmensa en mi amor y... amar!...

Ven, acércate, arrójate en el abismo de ternura de mi amante Corazón; ¡no temas! ¡Qué!... ¿Arguyes todavía que eres miserable?... Yo lo sé mejor que tú y por eso dispones de mi paciencia, que no se cansa; de mi bondad, que no se agota...

¿Aludes también a tu gran debilidad?... Bien sé cuán grande es ésta; pero ¿por qué te olvidas que dispones de mi omnipotencia, de mi gracia, con la que lo puedes todo?... ¿Quieres todavía —lo veo— justifica tus temores excesivos con el principio de mi justicia?... ¡Ah! ¡Pero no olvides nunca que ésta será terrible, inexorable, sólo para aquellos que, rechazando el amor y la misericordia, no se confiaron en Mi!...

Aprovecha, alma querida; aprovecha con usura la gracia de la hora presente, hora bendita, de luz, de fuerza y de piedad... Sábete que tus pecados que fueron, los he arrojado en el abismo de un eterno olvido...: ya no son...; ¡los he aniquilado!... ¡Oh!, ¡hazme el honor y dame el inmenso placer de creer con fe sin límites que soy Jesús..., esto es, Salvador!...

(Pausa.)

Voz de las almas.—Estamos confundidos, Señor Jesús, al considerar la ver dad tan amarga y triste de esos reproches, por no haber correspondido al título incomparable de amigos de tu Divino Corazón!... ¡Cuántas y cuántas veces al tendernos Tú, Jesús, los brazos, al brindarnos tu adorable Corazón, nosotros retiramos los nuestros, cediendo a temores que hieren, negándote aquella expansión de dulcísima confianza a que sólo Tú tienes derecho soberano!... Perdona, Señor, una vez y para siempre; perdona esa desconfianza, que no es sino falta de fe en tu amor y el desconocimiento de la ley de tu misericordia...

Y en testimonio tan sincero como elocuente de nuestro arrepentimiento, dígnate escuchar una plegaria que regocijará el Corazón del Amigo incomparable que Tú eres:

Jesús amado, no sólo a pesar, sino a causa de nuestros pecados

(Todos)
¡Creemos con fe inmensa en tu amor!

Jesús amado, no sólo a pesar, sino a causa de nuestras ingratitudes.
¡Creemos con fe inmensa en tu amor!

Jesús amado, no sólo a pesar, sino a causa de nuestras debilidades.
¡Creemos con fe inmensa en tu amor!

Jesús amado, no sólo a pesar, sino a causa de nuestras tinieblas,
¡Creemos con fe inmensa en tu amor!

Jesús amado, no sólo a pesar, sino a causa de nuestras tentaciones,
¡Creemos con fe inmensa en tu amor!

Jesús amado, no sólo a pesar, sino a causa de nuestra pobreza moral,
¡Creemos con fe inmensa en tu amor!

Jesús amado, no sólo a pesar, sino a causa del abuso de tantas bondades,
¡Creemos con fe inmensa en tu amor!

Jesús amado, no sólo a pesar, sino a causa de nuestras grandes cobardías,
¡Creemos con fe inmensa en tu amor!

Jesús amado, no sólo a pesar, sino a causa de tantas recaídas,
¡Creemos con fe inmensa en tu amor!

Sí, Jesús misericordioso y dulcísimo, para probarte en adelante cuánto creernos en tu amor, cuya medida sobrepasa infinitamente nuestra miseria, por gran de que ésta sea, te prometemos con toda el alma arrojarnos en tus brazos y acudir a tu Corazón con confianza ilimitada...

Cada vez que sintamos el aguijón de un remordimiento saludable..., iremos a Ti... Volaremos a la herida del Costado, en vez de retraernos y alejarnos con una distancia que desconoce y ofende tu Bondad... ¿Qué más anhelas?... ¿Qué más reclamas, Señor, de tus amigos?... ¡Habla, Dios de amor!...

III Falta de intimidad.

Voz de Jesús. —Sí, amigos y hermanos; ¡oh!, sí, quiero más todavía..., no sólo un amor grande, sino una amistad íntima y estrecha entre vosotros y Yo... No temáis, pues no sois vosotros los que me elegís como el Amigo íntimo, sino Yo, Jesús... No sois vosotros quienes, por pretensión inaceptable, pedís un título de gloria inmerecida, no... Seréis mis íntimos por condescendencia mía... Soy Yo quien se inclina hacia vosotros... Yo, quien os ruega que aceptéis la dulce intimidad de mi Divino Corazón.

Desde esta HORA SANTA las distancias que podrían separarnos, quedan, pues, suprimidas por voluntad mía... Pero ¿a qué asombraros, hijitos míos, como de una novedad, con este lenguaje?... Meditad lo que mi Eucaristía os ha predicado siempre... Considerad con qué abandono y con qué perfecta intimidad, suprimidas todas las distancias, me entrego en la Hostia Santa a vosotros... Penetrad en el misterio augusto del altar... Ved cómo mi Sabiduría, en perfecto acuerdo con mi infinita misericordia, ha salvado para siempre y ha colmado el abismo insondable que nos separaba-Si, pues, Yo mismo he colmado dicho abismo, conociendo a fondo vuestra ruindad y miseria...; si, no obstante vuestra indignidad y vuestros pecados, mantengo mi derecho de llamaros mis amigos íntimos y os hago una obligación de descansar confiados en la paz y amistad de mi adorable Corazón..., ¿con qué derecho rehusaríais este título, que es mi gloria, y volveríais a abrir en nosotros un abismo de distancia?...

¿Pretenderíais acaso darme a Mí, vuestro Hermano-Salvador, vuestro Dios y Maestro, una lección de justicia austera o de sabiduría?... ¿Por qué no ha de obtener mí Corazón amantísimo la dulce intimidad con que tratáis todos a una madre, a una hermana, a un amigo íntimo?... ¿Ellos tendrán, por ventura, ese privilegio, y no Yo, vuestro Jesús?... ¿Habéis olvidado que soy un Amo celoso de mis derechos?... ¡Cómo!... ¿Les daríais a ellos vuestra intimidad y la rehusaríais al Amigo divino de los pobres, de los débiles, de los pequeños y los pecadores?... ¿No sabéis acaso, que todos éstos fueron siempre los primeros invitados al banquete de mi intimidad y de mis ternuras?... No terminéis esta HORA SANTA sin hacerme esta gran promesa... ¡Si supierais con qué ansias del Corazón la aguarda este Dios que no quiere esclavos entre vosotros, sino amigos que le sirvan con amor y que se den a Él en las expansiones de la confianza..., en la intimidad del abandono!... ¡Prometédmelo, hijitos míos!..,"

(Sí, prometámoselo en un momento de plegaria y de silencio... Digámosle con el corazón en los labios que, en realidad, seremos sus amigos, sus íntimos, ya que El así lo pide... Prometámosle una amistad que le abandone el corazón sin reservas, que se lo dé con una confianza ilimitada, con un perfecto abandono...)

(Y ahora como manifestación solemne de esta promesa íntima, digamos cinco veces, en honor de las cinco llagas del Señor Crucificado, tres jaculatorias sencillas, pero hermosísimas en su significado... Al oírlas palpitará de júbilo el Corazón del Rey Prisionero del Sagrario.)

(Todos en voz alta.)

¡Te amamos, Jesús, porque eres Jesús!
¡Corazón de Jesús, en Ti confiamos! ¡Creemos, Jesús, en tu amor!

(Pedidle perdón por la falta de confianza; prometedle santo abandono.)

IV
Falta de sacrificio.

IV. Falta de sacrificio.

Voz de Jesús. —Acudid, amigos, venid vosotros los preferidos, los colmados con mercedes singulares, venid y ved si hay un dolor semejante a mi dolor!... ¡Hace siglos que subo por amor vuestro la cuesta del Calvario..., ¡ay!, y cuan rara vez encuentro en ese camino de amargura al Cirineo-amigo que me aligere la pesadumbre de la Cruz!... ¿Dónde están?... ¿Qué se han hecho en la hora de la tribulación los que me protestaban de su amor? Cuando multiplico milagrosamente los panes es inmensa la muchedumbre que me sigue...

En la apoteosis del Domingo de Ramos se dan cita todos, ¡oh, sí!, todos mis discípulos...

Cuando rasgo el velo y muestro el esplendor de mi divinidad en el Tabor..., ¡ah!..., no duermen entonces mis amigos... ¡Estos me son fieles, se muestran animosos en la Cena!...

Pero ¿dónde están?..., ¿por qué enmudecen en Getsemaní?..., ¿dónde están?..., ¿por qué han desaparecido en el pretorio y en el camino del Calvario?... Se me pide un puesto de honor, el derecho a sentarse a un lado y otro de mi trono en el Reino de los cielos, se quisiera una virtud fácil y una piedad acomodaticia. .. ¡Ah!... ¡Todo ello me prueba que no se ama con un amor hondo y verdadero, con amor de cruz y sacrificio!...

¡Cuántas y cuántas veces recibo protestas y promesas que no son sino entusiasmos artificiales, frutos de un amor de veleidad caprichosa, antojadiza, y no dé aquel amor fuerte como la muerte que espero con derecho de los míos!... ¡Ah!, ¡cuántas veces éstos, los mejores del rebaño, temen con pavor la Cruz y recelan de Mí, el Dios Crucificado!...

¡Cuántas veces, al presentarme a ellos como el Hombre-Dios de los dolores, tal como me presentó Pilatos..., cuántas veces, al proponer con dulzura a mis amigos la gloria de cubrirlos con la púrpura divina de mi sangre y mis dolores..., ¡ay!, me encuentro abandonado de líos!... ¡Y quedaría solo, enteramente solo, si no fuese por la compañía fidelísima de mi Madre, de Juan y Magdalena!... Decidme, consoladores míos, ¿no querríais plegaros vosotros con amor de sacrificio a ese rebaño pequeñito, pero esforzado, y resuelto, que me siguió hasta la cima del Calvario?...

¿Tendríais también vosotros el valor de abandonarme en la vía Dolorosa?... ¡Dadme el consuelo de comprender vosotros, los íntimos que Yo nunca soy más dulce y tierno, nunca más amante ni más Jesús que, cuando, confiando en vosotros, os hago entrega del tesoro de mi Cruz y de mis lágrimas, tesoro vuestro mío!... Y ahora, contestadme: ¿Os sentís con valor de comer de mi pan y beber de mi cáliz?... Aguardo la respuesta.

(Sin vacilación, y poniendo en nuestra voz las vibraciones de un corazón leal y a prueba de sacrificio, contestémosle que sí, que puede contar con estos amigos como con otros tantos Cirineos... Prometámosle el seguirle hasta el Gólgota con la fidelidad con que le seguiremos un día al labor eterno que su Corazón nos reserva.)

Las almas. —Sí, Jesús; con tu gracia podremos y deseamos beber de tu cáliz... ¡Y por esto, Señor Crucificado, te adoramos con adoración la más rendida y amorosa en la transfiguración sangrienta de tu Cruz..., por esto cantamos ahora la gloriosa ignominia y la gloria dolorosa de reproducir en nosotros los estigmas de tu Pasión sacrosanta!... Bien sabemos que ello es indispensable, Jesús, para seguirte de cerca..., y por esto, pensando desde ahora en nuestros pesares y cuitas de familia..., en los posibles reveses de fortuna..., en las crueles y constantes decepciones de la vida, te decimos todos. Señor, poniendo el corazón entero en los labios:

Cuando Tú permitas o mandes, Jesús, que nos crucifiquen la enfermedad y los dolores del Cuerpo: ¡te amaremos más todavía, Señor!...

¡Te amaremos más todavía. Señor!
¡Hosanna al Rey del Calvario!

Cuando Tú permitas o mandes, Jesús, que nos torturen las angustias, los tedios y las grandes tristezas: ¡te amaremos más todavía, Señor!

¡Te amaremos más todavía, Señor!
¡Hosanna al Rey del Calvario!

Cuando Tú permitas o mandes, Jesús, que nos asedien penas muy hondas, penas secretas, y que entonces nos sintamos abandonados y solos: i te amaremos más todavía, Señor!

¡Te amaremos más todavía, Señor!
¡Hosanna al Rey del Calvario!

Cuando Tú permitas o mandes, Jesús, que nos laceren el alma penas de hogar y aquellas espinas que redimen a los mismos que nos las hacen sufrir: ¡ te amaremos más todavía, Señor!

¡Te amaremos más todavía, Señor!
¡Hosanna al Rey del Calvario!

Cuando Tú permitas o mandes, Jesús, que la tormenta rompa lazos muy fuertes o que nos desengañen los mejores amigos: ite amaremos más todavía, Señor!

¡Te amáremos más todavía, Señor!
¡Hosanna al Rey del Calvario!

Cuando Tú permitas o mandes, Jesús, que nos fustigue y purifique el rigor dé la justicia, siempre buena y misericordiosa: ¡te amaremos más todavía, Señor!

¡Te amaremos más todavía, Señor!
¡Hosanna al Rey del Calvario!

Cuando Tú permitas o mandes, Jesús, que el vendaval eche por tierra nuestros proyectos y cuando nos hagas beber el cáliz amargo de la injusticia humana: ¡te amaremos más todavía, Señor!

¡Te amaremos más todavía, Señor!
¡Hosanna al Rey del Calvario!

(Pausa.)

Nos acercamos ya al final de la HORA SANTA. ¡Oh! Aprovechemos los instantes que todavía nos quedan, acerquémonos a Jesús sin temor, nuestro puesto es el de Juan en la última cena... No perdamos ni una gota del cáliz de su Corazón, que nos ofrece fuego divino y luz del cielo.

V Falta de celo.

Voz de Jesús. —Sitio, me abraso, amigos queridos, ¡oh!, me abraso en una sed ardiente, devoradora, que podríais apagar vosotros con un celo ardiente e inmenso por mi gloria...

Recordad y ponderad los tesoros inapreciables que os he confiado con largueza inagotable... Y ¿dónde están, amigos míos, los intereses de ese capital sagrado?... ¿Dónde los intereses sacrosantos de mi gloria?... ¿Querríais saldar la cuenta y cancelar la deuda de amor que me debéis?... Pues entonces a la obra todos... ¡Oh! ¡Dadme almas, muchas, muchas almas!... ¡Sitio!

¿Queréis, con voluntad generosa, reparar los crímenes de tantos desdichados y, al mismo tiempo, reparar vuestros propios pecados?... Pues entonces, a la brecha todos, sí, todos, y con denuedo de caridad, trabajad en extender y afianzar el reinado de mi amor!... Sitio!...

¿Tenéis verdadero interés de amor, en que mi Corazón sea más vuestro todavía..., querríais estrechar el lazo de nuestra amistad, obligándome así a enriqueceros con una nueva y mayor efusión de gracia y de misericordia?... Pues convertíos todos sin demora en los apóstoles de fuego de mi Sagrado Corazón... ¡Sitio!...

Dadme, almas, infinitas almas en retorno del amor inmenso y gratuito que predestinó las vuestras... No penetráis, no meditáis bastante, los deseos vehementes que tiene mi Corazón de servirse de vosotros los amigos para distribuir sus tesoros... Prometedme en esta HORA SANTA que seréis en adelante los dóciles instrumentos de que Yo me valga para atraer, con fuerza irresistible, las almas, las familias y la sociedad entera a mi Divino Corazón...

Que si alegarais vuestra incapacidad para desempeñar una misión de tanta gloria, volved los ojos al campo de los enemigos y confundios... Tomad ejemplo del celo que el odio les inspira... ¡Ah! Ellos jamás alegan su incapacidad, jamás!... ¡Cómo!... ¿Se encontrarían ellos capaces y dispuestos para prepararme un Calvario, y vosotros no lo estaríais para convertir ese Calvario en un Tabor?... ¡Si supierais tan sólo el océano insondable de favores que reservo a los apóstoles celosos de mi Sagrado Corazón! Sabedlo: todos sus tesoros infinitos de omnipotencia y de ternura, os pertenecen, todos... Venid, pues, acudid presurosos, hacedlos vuestros y distribuidlos entre los pobres y los hambrientos, dadlos con largueza a los ignorantes, a los ciegos, a tantos infelices que nunca recibieron los que recibisteis vosotros, que jamás supieron, que jamás oyeron lo que estáis aprendiendo ahora de mi boca... ¡No saben ellos cuan bueno soy, porque soy Jesús!... Id a decírselo... Recordad que esos malaventurados son hijos míos; son, pues, hermanos vuestros... ¡Oh! Tenedme piedad en la persona de esos vuestros hermanos que están a punto de perecer...

Qué... ¿Querríais acaso que, no encontrando encendido vuestro celo, acuda a otros que comprendan mejor los secretos y los intereses de mi gloria?... ¡Sitio,!... El tiempo apremia, pues ha sonado ya la hora solemne de mi gran misericordia..., la hora, prometida del triunfo y del Reinado Social de mi Divino Corazón en la omnipotencia de su amor... Sí, lo prometí yo mismo y sabré hacer honor cumplido a mi palabra... ¡El mundo, con sus afirmaciones fatuas, con sus palabras huecas, pasará, pero mis palabras y promesas no pasarán jamás!... i Yo soy la fidelidad misma, Yo soy el Rey de amor!...

¡Sitio!... ¡Tengo sed de ser amado!... ¡Tomad, pues, del horno encendido de mi pecho, las centellas de apostolado, e id todos, id resueltos a conquistar el mundo, incendiándolo en mi caridad!... ¡Sembrad, ¡oh!, sembrad la doctrina tan poco comprendida de mi amor..., sembrad ese fuego!...

¡Sitio!... Tengo sed de ser amado: amadme vosotros, mis amigos, con amor apasionado, amadme con amor inmenso y conseguid que muchos otros me amen también como Yo les he amado... Oíd me, amigos, reparadores y apóstoles: os confío mi Corazón, os le doy con sus te soros y su gloría; sabed que quiero reinar por la omnipotencia de mi amor... ¡Sitio!...

(Respondamos a tan hermosa e irresistible invitación con una última plegaria, dicha con el fuego que Jesús acaba de prender en el corazón de sus amigos, los que desde hoy serán apóstoles celosos de su Sagrado Corazón.)

Oración final. —Rey de amor y de misericordia, Jesús amado, apoyándonos en las promesas que Tú mismo hiciste a Margarita María, en favor de las almas consagradas a tu Sagrado Corazón, te suplicamos en esta hora decisiva que afiances el Reinado de tu Corazón adorable... Dígnate, Señor, interesar más y más en esta causa de tu gloria a los ministros de tu altar y a todos tus apóstoles... ¿Cómo podríamos, Jesús, llamarnos tus amigos y desentendernos de tu gloria?... ¡Te pedimos, pues, Señor, en especial una bendición de privilegio para la Cruzada que te entroniza en los hogares, que pregona tu Realeza social e íntima, obra que con la bendición de tu Iglesia, ha conquistado ya tantas almas, devolviéndolas a tu amante Corazón!... Haz que esta obra sea en todas partes el grano de mostaza, convertido pronto en árbol gigante y frondoso, a cuya sombra bienhechora se cobijen, en todas las latitudes de la tierra, millares de familias que en penas y alegrías entonen al Corazón del Rey-Amigo un himno de perenne amor...

Bendice, Jesús, con especial ternura esta empresa, a fin de que ella realice plenamente las peticiones que Tú mismo hiciste en Paray-le-Monial; bendícela con tanta largueza, Jesús, que ella te fuerce dichosamente a cumplir con nosotros, tus apóstoles, aquellas palabras tuyas tan consoladoras: "¡Yo quiero reinar por mi Sagrado Corazón, y reinaré!"

¡Bendice este apostolado con gracias de fecundidad, Jesús amado! Y haz que los depositarios de la autoridad en la Iglesia bendigan y alienten esta Cruzada, ya que por ella bendecirás especialmente las almas consagradas que promuevan el Reinado de tu amor.

¡Señor, tu gloria es nuestra sola gloria; tus intereses, nuestros únicos intereses; tu amor, nuestro amor supremo, porque según tu gran misericordia, tu Corazón es centro, corazón y vida nuestra!

Y para reforzar nuestra humilde petición, te suplicamos por la Virgen Inmaculada, Reina de los hogares consagrados, por Margarita María, tu confidente y discípula tan amada; por las plegarias, sacrificios y el celo ardiente de tus apóstoles, que te dignes realizar, Señor, en nosotros y por nosotros las incomparables promesas de tu Sagrado Corazón... Reconocemos que somos pobrecitos, pero así y todo, dígnate aceptar nos como instrumentos de buena voluntad en el cumplimiento de los designios de tu amor misericordioso.

Te prometemos en cambio nosotros, Maestro adorable, ser, por cuantos medios están a nuestro alcance y en toda ocasión y lugar, los apóstoles de la Cruzada que predica como una Redención, en esta hora sombría, tu Realeza social.

¡Oh, Jesús, la Realeza de tu Divino Corazón, que pide reinar por el amor!

¡Gracias, Señor Jesús! ¡Oh, gracias por la vocación de gloria inmerecida al constituirnos, a pesar de nuestra pobreza, los dispensadores del amor y de la gloria de tu Corazón misericordioso!...

(Un Páter y Ave por los pecadores y agonizantes) Un Páter y Ave por las intenciones particulares de los presentes.

Un Páter y Ave por el Reinado del Sagrado Corazón, por la Comunión frecuente, el ejercicio de la HORA SANTA y la Cruzada de la Entronización de este Corazón adorable como Rey de amor de las familias, de las sociedades y de las naciones.)

(Aclamaciones)

¡Creemos, Jesús, en el triunfo de la Cruz! (Dos veces y en voz alta.)
¡Creemos, Jesús, en el triunfo de tu Eucaristía! (Dos veces.)
¡Creemos, Jesús, en el triunfo de tu Iglesia! (Dos veces.)
¡Creemos, Jesús, en el triunfo de tu Sagrado Corazón! (Dos veces.)
¡Reina, Señor, a pesar de Satán! (Dos veces.)
¡Corazón de Jesús: venga a nos tu reino! (Cinco veces.)

(Cántese al final un himno al Corazón de Cristo-Rey)

V HORA SANTA

El calabozo del Jueves Santo y la Prisión permanente del Sagrario. Ignominias con que se alhajó y se alhaja aún al Rey Sacramentado en una y otra cárcel.

Observación. —Esta Hora Santa está especialmente dedicada para reparar el gran pecado de aquel público, en todas partes numeroso, que pretende la alianza híbrida, imposible, de la piedad y de una mundanidad social pecaminosa. He aquí una lección de amor verdadero y de reparación solemne, pero también una lección, misericordiosa y severa a la vez, para tantos católicos que oran y confiesan en el templo, pero que violan la ley del Señor en su vida social.

Ya que no podemos sorprender al Verbo, como San Pablo, en la magnificencia de su gloria inaccesible, sorprendamos al Rey de los cielos en la gloria de su calabozo el Jueves Santo por la noche... Ved la escena que llenó de estupor a los ángeles: a guisa de palacio, un sótano-cárcel...; por trono, un escaño...; por diadema, el dolor;... por cetro, la burla...; por corte, la soldadesca, ebria de vino, una horda ebria de odio mortal... Blanco de las Iras de los sarcasmos y los golpes, manso, majestuoso y humilde, con ojos suplicantes y faz de angustia, bañado en sangre, pero sediento de más dolor, está Jesús...

Y así, en esa misma cárcel de amor y de gloriosa ignominia, te sorprendemos, Señor, esta tarde después de veinte siglos... Tu Corazón ha hecho el milagro de perpetuar indestructible el calabozo del Jueves Santo... No han cambiado, ¡oh, Rey de Reyes!, ni los arreos de tu majestad escarnecida, ni los grillos de amor que te aprisionan, ni la cohorte que te ultraja, ni menos aún has cambiado Tú, Jesús, Amor de amores, inmutable en tu propósito de ser nuestro cautivo hasta la consumación de las edades!... Los que queremos cambiar la rebeldía de pecado en cautiverio de caridad, somos nosotros... Por esto:

¡Conviértenos a Ti, Jesús Sacramentado!

(Todos.)

¡Conviértenos a Ti, Jesús Sacramentado!

¡Rey-Cautivo, pon cadenas de fe a nuestra triste libertad, y conviértenos a Ti, Jesús Sacramentado!

¡Conviértenos a Ti, Jesús Sacramentado!

¡Rey-Cautivo, pon cadenas de amor a nuestro ingrato Corazón, y conviértenos a Ti, Jesús Sacramentado!

¡Conviértenos a Ti, Jesús Sacramentado!

¡Rey-Cautivo, pon cadenas de gracias nuestros sentidos rebeldes y conviértenos a Ti, Jesús Sacramentado!

¡Conviértenos a Ti, Jesús Sacramentado!

¡Rey-Cautivo pon cadenas de fortaleza a nuestra voluntad tan tornadiza, y conviértenos a Ti, Jesús Sacramentado!

¡Conviértenos a Ti, Jesús Sacramentado!

¡Rey-Cautivo, pon cadenas de santo temor a nuestro espíritu orgulloso, y con viértenos a Ti, Jesús Sacramentado!

¡Conviértenos a Ti, Jesús Sacramentado!

¡Rey-Cautivo, pon cadenas de ternura y de piedad a nuestra naturaleza frágil e inconstante, y conviértenos a Ti, Jesús Sacramentado!

¡Conviértenos a Ti, Jesús Sacramentado!

¡Oh, sí!, conviértenos de esclavos de un mundo que, cantando vende muerte; conviértenos, Jesús, en esclavos tuyos, pues tu servidumbre es mil veces más gloriosa y más fecunda que reinar...

Y ahora, Maestro adorado, mira al través de las rejas de tu cárcel esta legión de amigos fidelísimos...; son los que faltaron en Getsemaní y aquí reparan el celo abominable dé Judas y sus sicarios... ¡Ah!, reparan,

sobre todo, la ausencia de los que, en la hora de la agonía, dormían y que, en la hora de la traición, huyeron...

No llames en esta HORA SANTA a tus ángeles; básteles a ellos tu gloriosa eternidad...; reserva para esta legión de amigos las confidencias íntimas de tu Corazón Sacramentado... ¡Oh!, háblanos, Jesús Hostia, con ternezas de Padre, con intimidad de Hermano; háblanos con abandono de Amigo, con súplicas y quejas de Cautivo, con imperio de Señor!

(Todos.)

¡Háblanos, Jesús, y viviremos!
¡Háblanos, Jesús, y te amaremos!
¡Háblanos, Jesús, y triunfaremos!

¡Sólo Tú tienes, Maestro, palabras de vida, de amor y de verdad!... ¡Callen las criaturas, para oírte a Ti, y sólo a Ti! ¡Ábranse los cielos para escucharte, Di vino Verbo, a Ti, y sólo a Ti!...

¡Háblanos ya, Jesús, Amor de nuestros amores!...

(Escuchad la voz que parte de este calabozo divino; oídle con el amor y el dolor con que le oyeron en la noche espantosa Jueves Santo los ángeles.)

Voz de Jesús.—"Filioli", hijitos..., "amici mei", amigos míos aquí tenéis el Corazón que os ha amado más allá de los abatimientos de Belén y de Nazaret... Muy más allá de la crucifixión de cuerpo de alma, del Calvario... Este es el Corazón que os ha amado hasta extremo límite, hasta la sublime locura que me tiene encadenado para siempre en el calabozo del Sagrario: ¡aquí, en la Hostia, agoté mi inagotable caridad!... ¡Ay, y aquí ha agotado también el hombre su inmensa ingratitud!...

Padres y madres que habéis sufrido a veces tanto, desgarrado él corazón, por los hijos que mimasteis..., sumad todas vuestras amarguras y medid, si podéis, la mía, que es un mar, comparada con la gota, que es la vuestra...

Acercaos vosotros, los tristes, los desengañados, los heridos en el propio hogar, los azotados por la injusticia, los despedazados por la muerte o las desgracias... Acercaos vosotros, los desheredados de la dicha, los que arrastráis un alma en jirones, los que habéis saboreado el cáliz de todos los duelos, de todas las crueldades de la vida... Acudid todos, venid y ved que el torrente de vuestras desventuras no es sino una lágrima, apenas una, del océano que ha vertido vuestro Dios en este calabozo, en castigo de haber amado a un mundo que le hiere como nunca (hirieron los hijos más ingratos...

Aquí se me olvida, como jamás olvidaron los más desleales de los amigos... Aquí se me pospone y desdeña, como jamás fue desdeñado ni pospuesto el último villano... ¡Y yo soy Jesús, el Salvador del mundo! ¡Mi alma, por esto, está triste hasta la muerte!...

(Lento.)

Desde esta cárcel contemplo la caravana inmensa, los millares de redimidos con mi sangre, que jamás, jamás comulgarán... vivieron a mi lado, nuestras casas se tocaron; les di pan, hogar y bienestar...; pero jamás vinieron en busca de este Pan divino que Yo soy... ¡Ay dolor! ¡Esos hijos morirán de hambre, vecinos, a la casa, de su Padre!... ¡Oh, cuantas almas samaritanas que han hablado alguna vez conmigo, almas que he llamado, que he buscado con milagros de ternura, almas que han llegado hasta el brocal del pozo del Sagrario; cuántas de esas almas no quisieron beber las aguas vivas que de mi Costado abierto saltan hasta la vida eterna!...

Y aquellas otras, tan numerosas, que saborearon alguna y muchas veces las delicias de mi Corazón Sacramentado..., que pusieron los labios en la herida de mi pecho, y que después..., ¡ay!, me olvidaron para siempre... No han vuelto (hace ya largos años... ¡Su desamor me mata!...

Y, en fin, los incontables aturdidos en el tráfago del mundo...; los que, a duras penas, distraen de tarde en tarde unos breves instantes para este Dios Sacramentado... ¡Ah!, ¡me los dedican muy contados y muy de prisa: no tienen tiempo para Aquel que les dedica una eternidad!

¿Y será, tal vez, alguno de esta triple caravana de ingratos, una fibra querida de vuestro hogar?...

Llorad por él aquí, pedid por él, amad por él...

(Unámonos en una gran plegaria que repare, que consuele al Señor y que salve a tantos anémicos de alma, exangües de vida divina y cristiana, por falta de Eucaristía...)

Las almas. —Jesús Sacramentado, Rey de los siglos y conquistador del mundo, desde el banquillo del Sagrario, no, permitas que algunos de los nuestros perezcan de sed a dos pasos de tu Corazón, Fuente de aguas vivas..., no consientas que desfallezcan de hambre, rechazándote a Ti, el Pan consagrado y vivo descendido del cielo...

(tento y con gran unción.)

Sin consultar, Jesús, su ignorancia, que te rechaza; ni su debilidad, que te elimina, consultando únicamente tu infinita piedad y la compensación de fe y de amor que por ellos te ofrecemos tus amigos, conjurárnoste, Señor Sacramentado, a que los salves: ¡oh, dales a beber del cáliz de tu amor!

(Todos.)

¡Oh, dales a beber del cáliz de tu amor!

¿Recuerdas, Jesús Infante, las ternezas con que en el pesebre te cuidó tu Madre?..; ¿Recuerdas la primera sonrisa, el primer abrazo, el primer ósculo de amor inmenso de María?... Si le amas siempre como el Hijo de Dios, por Ella, atrae las almas que queremos al Sagrario... ¡Oh, dales a ¡beber del cáliz de tu amor!

¡Oh, dales a beber del cáliz de tu amor!

¿Recuerdas, Jesús Infante, que en los brazos de María, recibiste las adoraciones de pastores y de reyes ?... ¿Recuerdas ese Tronó de su pecho inmaculado, donde se quemó a tu gloria el más rico incienso de adoración reparadora?... Si le amas siempre como el Hijo de Dios, por Ella atrae a las almas que queremos al Sagrario... ¡Oh, dales a beber del cáliz de tu amor!

¡Oh, dales a beber del cáliz de tu amor!

¿Recuerdas, Jesús Infante, aquel tu cielo de Nazaret..., tus plegarias cuando pequeñito, sobre las rodillas de María, sus cantares de paloma al lado de tu cuna?... ¿Recuerdas todavía cuando sorprendiste ya entonces las perlas de sus lágrimas en aquellos ojos virginales?... Si le amas siempre como el Hijo de Dios, atrae las almas que queremos al Sagrario... ¡Oh, dales a beber del cáliz de tu amor!

¡Oh, dales a beber del cáliz de tu amor!

¿Recuerdas, Jesús adolescente, el afán amoroso con que esa Reina inmaculada te buscó tres días?... ¿Recuerdas el fulgor de mi mirada, las palpitaciones de inmenso júbilo de su Corazón, al encontrarte a Ti, su único tesoro?... Si la amas siempre como el Hijo de Dios, por ella atrae las almas que queremos al Sagrario... ¡Oh, dales a beber del cáliz de tu amor!

¡Oh, dales a beber del cáliz de tu amor!

¿Recuerdas, Jesús Rey y Salvador, tu despedida de María en Jueves Santo?... ¿Recuerdas su dolor al encontrarte, camino de la muerte?... ¿Recuerdas lo que dijo Ella en su mirada en los exteriores ya de la agonía?... Si la amas siempre como el Hijo de Dios, por Ella atrae las almas que queremos al Sagrario... ¡Oh, dales a beber del cáliz de tu amor!... amor!...

¡Oh, dales a beber del cáliz de tu amor!

(Si alguna alma en especial, os interesa, nombrádsela y pedidle su conversión.)

I

¿Qué lazo tan misterioso como inquebrantable, qué cadena y forjada donde retiene a todo un Dios, prisionero del nombre desleal e ingrato?... ¿Cuál es el secreto divino de éste misterio de misterios, cuál la razón determinante de este milagro de milagros?

"Respóndenos, Jesús, Tú mismo, ya que ni ángeles ni hombres pueden darnos la clave de tan profundo misterio... Respóndenos, divino Prisionero... Dinos por qué edificaste esta cárcel y la hiciste indestructible; dinos por qué, teniendo un Paraíso, eres Tú mismo el Centinela y el Cautivo, siendo así Tú el responsable de ese vivir solitario, desconocido y profanado en el calabozo del Santo Tabernáculo?..¿Quién te encadenó?... ¿Quién te detiene?..."

Voz de Jesús. — El delirio, la locura de mi amor! ¡Mi Corazón me encadenó!.... Que si por amarte, me encarné..., que si por amarte me entregué en la Cruz..., sábete, alma querida, que la Hostia es el mayor prodigio de mi amor...

(Muy lento y entrecortado.)

"Soy tu Dios... y tú, una criatura pecadora; para ti, pobrecita, polvo rebelde, me quedé en la Hostia sólo para ti!... i Oh, dame, pues, el corazón herido, dámelo ¡y toma el mío!...

Soy tu Dios... y tú, un enfermo un leproso voluntario... Para ti, empero, gusanillo que vives de soberbia, me quedé en la Hostia... sólo para ti... ¡Oh y dame, pues, el corazón leproso, dámelo y toma el mío!

Soy tu Dios... y tú, un náufrago del Paraíso, un desgraciado, culpable en su desgracia... Para ti, rama desgajada, y que fue maldita, para que revivieras, con lozanía eterna, me quedé en la Hostia, sólo para ti... ¡Oh, dame, pues, el corazón exangüe y triste, dámelo y toma el mío!

¡Ah!... ¿Querías tú saber cuál era la fuerza que me arraiga en la tierra que bebió mi sangre?... Ya lo sabes: ¡el Amor!... ¿Quieres saber ahora cuál es el más amargo de mis dolores?... Óyeme, y solloza al oírme: ¡Amar y no ser amado de los míos!... ¡Los míos!... ¡Los regalados y preferidos, sí; los muy míos, los que se dicen mis seguidores fieles y mis amigos, no me aman!... Amáis tanto, tanto a los vuestros del hogar... más que a ellos... ni siquiera como a ellos, amáis, oh, no!, a este Dios de amor, a Mí, a vuestro Jesús-Amáis tanto a los que os aman, os dais a ellos, os desvivís por probarles tu amor, a las veces, extremado... Para ellos, ternura y delicadezas y generosidad...; para ellos, atenciones y nobleza y gratitud... ¡Ah!, no es ese, no, el amor que brindáis a este Dios encarcelado por amor... ¡Así no me amáis a Mí, vuestro Jesús!...

Sois buenos con los pobres, con los huérfanos; tenéis amor para los desatendidos y los desamparados...; tenéis ternura y piedad y lágrimas para todos, propios y extraños; ¡ah!, pero así, con tanta nobleza y hondura; así, con esa donación desinteresada del corazón, ¡así no amáis a este Huérfano de amor, a este Peregrino, desterrado voluntario de los cielos!... Así que no me amáis a Mí, el Pobre divino de Belén, el Mendigo y el Encarcelado del Sagrario... ¡Y yo soy Jesús, el Dios de Amor!...

Estoy herido... y la herida es honda y ancha, como es hondo y grande el desamor con que me pagan los de mi propia casa... Y ya veis: mi queja es un lamento amable; este reproche, una caricia de mi Corazón que quiere enternecer y conquistar los vuestros. ¡Oh, dadme más amor, al menos vosotros, mis amigos, dadme amor más verdadero!... "¡Sitio!", me abraso en una sed devoradora.

¡Sitio! Tengo sed de ser amado con amor más generoso, con amor de sacrificio en la observancia de mi Ley...

¡Sitio! Quiero ser amado, mucho más amado, en el aborrecimiento del mundo mundano, que es el verdugo cruel e implacable que me crucifica a Mí en el tiempo, ¡para crucificaros, hijitos, a vosotros en una eternidad de desventura!... Desfallezco de amor y de angustia en este Huerto de mi agonía mística y sacramental... Sostenedme en vuestros brazos mejor que el ángel... ¡Oh, decidme con fuego del alma que me amáis mucho... y que me amaréis de veras!..."

(No dejéis que el texto mienta, ni siquiera que exagere; lo que digan las palabras, comprobadlo con palpitaciones del corazón.)

Las almas. —Jesús adorable, llenos de confusión, pero también de gran confianza, reconocemos que nuestra ingratitud no tiene más medida que la de tu amor ilimitado... Hemos pecado, tus amigos; hemos delinquido por desamor, y con esa culpa de hiel te hemos herido más cruelmente que tus enemigos con la fiereza de sus golpes deicidas... Mas

porque eres Jesús, querrás, sin duda, perdonar nuestro desamor cuando te pospusimos, Señor, a mezquinos intereses de bienestar, de afectos y de goces terrenales...Y en prueba que borras y olvidas, consolado, nuestra culpa, acepta por manos de María Inmaculada nuestro dolor, a la vez que una gran promesa... Te lo diremos en este grito espontáneo del corazón: "¡Queremos pagarte, Jesús, amor con amor!"

(Todos.)

¡Queremos pagarte, Jesús, amor con amor!

En recuerdo agradecido a tus lágrimas de Belén, te amaremos llorando..., y en reparación por aquellos que no aprecian el valor cristiano de sus llantos: ¡Queremos pagarte, Jesús, amor con amor!

¡Queremos pagarte, Jesús, amor con amor!

En recuerdo ternísimo de tu diadema de espinas, te amaremos cuando nos corones con ellas..., y en reparación por tanto: cristianos que viven de una fiebre loca de placer... ¡Queremos pagarte, Jesús amor con amor!

¡Queremos pagarte, Jesús, amor con amor!

En recuerdo de tus cuitas y amarguras secretas, te amaremos cuando nos regales con esos mismos sinsabores..., y en reparación por la falta de conformidad con que se las recibe de ordinario de tu mano... ¡Queremos pagarte, Jesús, amor con amor!

¡Queremos pagarle, Jesús, amor con amor!

En recuerdo de lo mucho que sufriste de parte de tus elegidos y amigos, te amaremos cuando nos hagas beber algunas gotas de ese cáliz... y en reparación por la rebeldía con que protestamos de esta prueba: Queremos pagarte, Jesús, amor con amor!

¡Queremos pagarte, Jesús, amor con amor!

En recuerdo conmovido de tantos siglos de abandono, de soledad e ingratitud, sobrellevadas con infinita dulzura en el Sagrario... te amaremos mucho cuando permitas que nos traten los hermanos, como eres tratado Tú en la lobreguez del Tabernáculo; y en reparación por estas afrentas y por el encono con que nosotros protestamos cuando descargas unos instantes esa Cruz sobre nuestros hombros...: ¡Queremos pagarte, Jesús, amor con amor!

¡Queremos pagarte, Jesús, amor con amor!

(Silencio y plegaria intima.)

II

Tocamos al fin de esta HORA SANTA... Hacia las once de la noche, hace veinte siglos, sufría Jesús el ultraje de parte del primer tribunal, que lo recibió como recibe la hoguera encendida la leña seca que cae en sus llamas... Momentos después, a media noche, arrojado en un calabozo y entregado a la brutalidad de una soldadesca infame, se desarrolla en la semioscuridad de esa mazmorra una de las escenas más bochornosas y crueles de toda la Pasión... Ahí fue flagelado en el Corazón, y más que sus vestiduras, rasgada en jirones su alma... Este dolor y esta ignominia aterran y paralizan con pavor el espíritu del cristiano... Además, hay en esta noche espantosa un misterio tal de dolor íntimo que nadie puede revelar sino El, el Divino Encarcelado... Pues entonces que nos cuente aquí El mismo, la agonía de su Corazón en la misma noche en que, desencadenado el poder de las tinieblas, quiso vengar en un calabozo, de ignominia, las maravillas que haría el ¡Señor, al través de las edades, en este otro calabozo sacrosanto.

Oigámosle, trémulos de emoción, sobrecogidos.

Jesús. —¿Por qué me pedís, hijitos y amigos, que os refiera, como historia antigua, una pasión y una agonía de afrentas que se renueva hoy y que perdura en este calabozo del Altar?... El otro ha desaparecido hace siglos; en éste del Sagrario son los míos, los que me torturan el Corazón;

en aquél fueron mercenarios y enemigos que afrentaron mi rostro adorable...

Las almas.—Pero, Señor Jesús, déjanos preguntarte con el ansia de tus apóstoles en la última Cena: ¿Quiénes son aquellos desventurados amigos, que convierten todavía tu Sagrario en mazmorra de tortura?... Porque, los que aquí estamos te seguiríamos a la muerte... ¿Seremos, por ventura, nosotros, Señor?.

Voz de Jesús. —Todos estáis limpios hoy..., pero ¡oh, dolor, no lo estáis siempre!... ¡Hay quienes se sientan a mi Mesa..., sí, hay quienes comen de mi plato y beben de mi cáliz... hay hijos y hermanos y discípulos, hay amigos que he amado mucho, y que despedazan mi Divino Corazón!... No pongáis el pensamiento al oírme esta queja, en los blasfemos de lengua en miserables arrabales... ¡Ah, los hay más ensañados: la blasfemia social, que es el escándalo social: ése es el látigo que abre surcos en mi carne y muestra al descubierto mis huesos!...

¿Adonde y por qué caminos de fango me llevan ciertas almas cristianas que comulgan por la mañana y que me flagelan por la tarde?... ¡Yo soy un Dios de santidad!... ¿Quién ha dicho quién, que es lícito el impudor, llamado artístico, impudor, pecaminoso siempre en la escena teatral?... ¡Yo maldigo lo nefando!... ¡Es tristeza infinita para mi Corazón que almas creyentes desdeñen como escrúpulos baladíes lo que es infracción mortal y grave de mi ley de castidad!...

Pagar la escena indecorosa, la desenvoltura de pobres infelices que no saben lo qué hacen... pagar actitudes equívocas y cuadros provocativos de pecado, entre blocaje de arte; ¡ay!... que un público cristiano y consciente, pague y aplauda en la escena, lo que sería crimen de pensamiento o de deseo en la conciencia, escándalo en el hogar, eso es más que pagar mi flagelación..., eso es alentar, con dinero cristiano, la crueldad de mis verdugos... ¡Esos dineros están manchados con mi sangre!... ¡Ay de aquellos por quienes se fomenta el escándalo!...

Tenedme piedad los que por situación y fortuna tenéis el camino sembrado de halagos y seducciones..., los que por esa senda podríais ser norma y lección viva del ejemplo, o ser, por el contrario, pendiente que arrastre a muchas almas al abismo... ¡Bañado en mi sangre..., llorando..., Jesús flagelado os pide piedad!...

Tenedme piedad los que, gastando rango y boato: los que influyendo de muy arriba, aceptáis en hábitos, en modales y en modas, licencias de carne descubierta, con que flageláis la mía divina...; los influyentes que patrocináis, con sello de elegancia y de buen tono, las sensualidades sociales, refinadas, los instintos menos castos, el hervor de sangre, que será mañana perdición de muchas almas... ¡Bañado en mí sangre.... llorando..., Jesús flagelado os pide piedad!

Tenedme piedad los grandes y nobles y ricos, en cuyos salones no se debe jamás tolerar diversiones y danzas y atavíos que yo condené al destrozar los ídolos paganos..., ídolos que tantos hijos míos, que comulgan, pretenden reconstituir con licencias pecaminosas de vida social..., éstas me azotan el rostro... ¡Bañado en mi ¡sangre..., llorando..., Jesús flagelado os pide piedad!

Tenedme piedad, vosotras, madres y esposas de abolengo cristiano y de influencia social, a quienes otras imitan y siguen: no temáis exagerar marcando con severidad la ley de pudor, la hermosura de modestia de las hijas que os confié para mi gloria... ¡Oh, no cedáis al mundo pervertido y corruptor! ¡Yo mando, y sólo Yo, en vuestras casas!... Yo juzgaré a los padres y a los lujos, según el marco de mi ley... ¡No olvidéis que yo maldije al mundo!... Yo soy el Amo en el templo, en el salón y en la calle, en la vida y en la muerte... ¡Yo... y jamás él!... ¡Bañado en mi sangre..., llorando..., Jesús flagelado os pide piedad!...

Gozadores de la vida, almas débiles, seducidas por la sirena del placer, por la diosa versátil de la vanidad... Almas sedientas de sensaciones, enfermas de vértigo social... corazones buenos, pero complacientes en exceso, sin carácter... conciencias fáciles y acomodaticias a todo viento de opinión, de moda y de doctrina, ¡deteneos al borde de un abismo!... El vallado es mi Evangelio...; el criterio seguro, el de mi ley y de mi Iglesia... ¡Deteneos!... ¡No paséis sobre mi Cruz ensangrentada!... Sabed: ¡sólo Yo os amo!... Amadme también con un corazón leal y entero... Os tiendo los brazos... para daros asilo; rasgo la herida de mi Pecho...; entrad por ella, robad me, amigos, el (Corazón enamorado.... llevadle sin devolución..., que sea todo vuestro en el tiempo y en la eternidad...; pero tenedme piedad... ¡Bañado en mi sangre..., llorando..., Jesús flagelado os pide piedad!...

(Un breve instante de silencio.)

(Después de oír esta queja divina... tan tristemente fundada y por eso tan amarga, no nos queda sino contestar con un gemido de arrepentimiento humilde a ese Jesús que pide compasión desde el calabozo del Sagrario.)

Voz del alma. —¿Qué tengo yo, Señor Jesús, que Tú no me hayas dado?...

¿Qué sé yo que Tú no me hayas enseñado?...
¿Qué valgo yo si no estoy a tu lado?
¿Qué merezco yo, si a Ti no estoy unido?...
¡Perdóname los yerros que contra Ti he cometido!

Pues me creaste sin que lo mereciera...
Y me redimiste sin que te lo pidiera...
Mucho hiciste en crearme, mucho en redimirme, y no serás menos generoso en perdonarme.
Pues la mucha sangre que derramaste
Y la acerba muerte que padeciste,
No fue por los ángeles que te alaban,
Sino por mí y demás pecadores, que te ofenden...
Si te he negado, déjame reconocerte;
Si te he injuriado, déjame alabarte;
Si te he ofendido, déjame servirte,
Porque es más muerte que vida
La que no está empleada en tu santo servicio...

¡Señor Jesús, no pidas piedad a tus hijos! ¡Recuérdales tan sólo tus derechos... Refresca en nuestra mente la soberanía de tu ley, y manda, porque eres Rey de la Sociedad... Esta te elimina y te proscribe poco a poco, con la suavidad y la cautela peligrosas con que la pantalla del crepúsculo va cubriendo el sol... Nosotros, sí, culpables, te pedimos piedad!

Como tus ángeles, como la Magdalena, cómo la Verónica, fueron recogiendo las gotas de tu sangre sobre las piedras y en los instrumentos de suplicio... así, Jesús flagelado, estos tus íntimos amigos, sin transacciones culpables, visitan ahora en espíritu aquellos "halls" y vestíbulos elegantes, aquellos regios salones..., aquellos escenarios de teatro, salpicados con la púrpura de tus venas... Cortinajes, escalinatas ricas, alfombras preciosas, decoraciones y bastidores, trajes ligeros y cortísimos, atavíos de lujo, marcados con las huellas de tu sangre, como el atrio de Pilatos, como tu horrendo calabozo...

Piedad, Jesús, por los amigos culpables y como venganza de misericordia y en prueba que perdonas: ¡Envía fuego del cielo, fuego de amor!

(Todos.)

¡Envía fuego del cielo, fuego de amor!

¡Piedad, Jesús, para aquellas familias, buenas en el fondo, pero arrastradas en su debilidad por exigencias paganizantes del gran mundo... Como venganza de misericordia y en prueba que perdonas: ¡Envía fuego del cielo, fuego de amor!

¡Envía fuego del cielo, fuego de amor!

Piedad, Jesús, para aquellas madres demasiado condescendientes en desmedro del pudor y la modestia de sus hijas..., piedad para las hijas que, no malas, pero aturdidas por su juventud y vencidas por la vanidad o el qué dirán, son, sin pensarlo, un látigo cruel en tus espaldas... Como Venganza de misericordia y en prueba que perdonas: ¡Envía fuego del cielo, fuego de amor!

¡Envía fuego del cielo, fuego de amor!

Y ahora, Jesús, al despedirnos de tu Cárcel-Sagrario, al dejarte confiado a tu Madre y a los ángeles en este Huerto de agonía y de gloria, permite que nos des pidamos con un himno ¡de Eucaristía... ¡Este es, Jesús, el don de tus dones, confiado a la tierra para darle vida inmortal, a la hora misma y en la misma noche en que ella preparaba complot y sentencia de muerte para Ti, su Rey manso, el Cristo de paz!...

¡Acércate, oh Rey-Cautivo, Jesús Eucaristía, acércate a los barrotes de tu prisión de amor y escucha sonriente, entre lágrimas de consuelo, escucha, amoroso y complacido, el salmo vibrante de alabanza, de reparación y de amor que queremos entonar en nombre de la Iglesia y del mundo a tu Corazón Sacramentado! Oremos juntos, hermanos! Nos has bendecido, Jesús amado, como no bendijiste jamás, a tu paso, las flores de los campos y los lirios de los valles de tu patria, y en pago, ¡hemos sido nosotros las zarzas y las espinas de tu corona! Pero no te canses de nosotros; acuérdate que eres Jesús, para estos pobres desterrados...

Nos has bendecido, Jesús amado, como no bendijiste jamás las mieses, las viñas y los jardines de Samaría y Galilea, y nosotros te hemos pagado siendo tantas veces la cizaña culpable de tu Iglesia: pero... no te, canses de nosotros: acuérdate que eres Jesús, para estos desterrados...

¡Oh Jesús amado! Tu Corazón nos ha bendecido como no bendijiste jamás las aves del cielo, ni los rebaños de Belén y Nazaret y nosotros te hemos pagado huyendo de tu redil y temiendo la blandura de tu cayado amorosísimo...; pero no te canses de nosotros: acuérdate que eres Jesús, para estos pobres desterrados.

¡Oh!, en esta hora venturosa, déjanos, porque hemos sido ingratos contigo, Jesús Sacramentado: déjanos ofrecerte un himno de alabanza en el tono inspirado del Profeta-Rey: en su lira te cantamos con la Madre del Amor Hermoso: Espíritus angélicos y santos de la corte celestial, bendecid al Señor en la misericordia infinita con que nos ha colmado: Hosanna al Creador, convertido en criatura, y en Hostia por amor.

¡Hosanna al Divino Prisionero del Amor!

Sol, luna y estrellas, desplegad vuestro manto de luz sobre este Tabernáculo, mil veces más santo que el de Jerusalén lleno de la majestad de su dulzura...: bendecid al Señor en la misericordia infinita con que nos ha colmado: Hosanna al Creador, convertido en criatura y en Hostia por amor.

¡Hosanna al Divino Prisionero de Amor!

Fulgor de la alborada, rocío de la mañana, lampos de luz muriente del crepúsculo, glorificad la majestad del silencio del Rey del Sagrario..; bendecid al Señor en la misericordia infinita con que nos ha colmado: Hosanna al Creador, convertido en criatura y Hostia por amor.

¡Hosanna al Divino Prisionero de Amor!

Océano apacible, océano rugiente en tempestad, profundidades vivientes del abismo, proclamad la omnipotencia de Cautivo de este altar: bendecid al Señor en la misericordia infinita con que nos ha colmado: Hosanna al Creador, convertido en criatura y en Hostia por amor.

¡Hosanna al Divino Prisionero del Amor!

Brisas perfumadas, tempestades devastadoras, flores de la hondonada, torrentes y cascadas, cantad la hermosura soberano de Jesús Sacramentado: bendecid al Señor en la misericordia infinita con que nos ha colmado: Hosanna al Creador, convertido en criatura y Hostia por amor.

¡Hosanna al Divino Prisionero del Amor!

Nieves eternas, selvas, volcanes y mieses, colinas y valles, ensalzad la magnificencia del Dios aniquilado del Altar...; bendecid al Señor en la misericordia infinita con que nos ha colmado: Hosanna al Creador convertido en criatura y Hostia por amor.

¡Hosanna al Divino Prisionero del Amor!

Creación toda entera, ven, acude presurosa en nuestro auxilio; ven a suplir nuestra impotencia; los hermanos no sabemos cantar, bendecir ni agradecer; ven, y con cantares de naturaleza, ahoga el grito de blasfemia, repara el sopor, la indiferencia del hombre ingrato, colmado con la misericordia infinita de Jesús Eucaristía: Hosanna al Creador convertido en criatura y en Hostia por amor.

¡Hosanna al Divino Prisionero del Amor!

(Un Padre nuestro y Ave María por las intenciones particulares de todos los presentes.
Un Padre nuestro y Ave María por los agonizantes y pecadores.
Un Padre nuestro y Ave María pidiendo el Reinado del Sagrado Corazón, especialmente: por la Comunión frecuente y diaria, por la HORA SANTA y por la Cruzada de la Entronización del Rey de amor en familias, sociedades y naciones.)

(Cinco veces)

¡Corazón Divino de Jesús, venga a nos tu reino!

LAS CUARENTA HORAS

Presentóse una vez el Salvador a su sierva Margarita María, en los días de Carnaval; se le apareció ensangrentado, lloroso, hecho oprobio por los pecados de esos días, hecho víctima para redimirlos. Y luego, con voz entrecortada por gemidos de divina y misteriosa angustia, se quejó de los pecadores y reclamó de su confidente y de la comunidad una reparación de amor.

Nosotros no sólo no somos extraños a la familia religiosa y a la comunidad privilegiada de Paray, sino que podemos, con derecho considerarnos de la misma progenie, herederos del lamento amoroso del Señor Jesús, intérpretes de su voluntad misericordiosa y, más que todo, poseedores, a nuestra vez, en el espíritu de reparación, del inapreciable tesoro de su Corazón, vejado en el Sacramento del Altar.

De ahí que las palabras de Nuestro Señor a la vidente de Paray, en los precisos días de Carnaval, sean para nosotros orden terminante de solemne desagravio. El ejercicio, pues, tan popular de las Cuarenta Horas es característico de la Asociación de los Sagrados Corazones, y donde se halle establecido, es necesario que se lo haga con excepcional fervor en lo íntimo, y con despliegue de pompa en el culto exterior. La Comunión reparadora y la Adoración perpetua en estos días constituirá la mejor forma de con suelo ofrecido al Corazón de Jesús Sacramentado. Es asimismo de desear que la Asociación recite solemnemente, después de la Comunión general, una parte de los Oficios, y los actos de desagravio y de consagración al Sagrado Corazón.

ENTRONIZACIÓN DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS EN EL HOGAR

Este es el lugar de mi reposo, el oasis en mi Corazón ¡Qué bien me siento aquí en Betania, hogar de mis delicias! Amadme con amor de dulce intimidad y de confianza en la familia; aclamadme Rey y Amigo de millares de Betanias, por ellas mi Corazón dará la paz al mundo.

ESPÍRITU DE ESTA OBRA

La devoción al Sagrado Corazón de Jesús ha quedado ordinariamente circunscrita al culto del templo y sus fiestas han sido casi exclusivas del altar y nada más.

Unir los dos santuarios, el templo y el hogar, en este amor incomparable; aunar el festejo de la Iglesia con el de la familia sería, a la verdad, un ideal divino, que realizaría los fieles de triunfo social cristiano que persigue esta devoción sublime.

Tal es, precisamente, objeto del presente ceremonial: que, llegada la fiesta del Corazón de Jesús, haya luces y fieles ante el altar, júbilo en el hogar, sonrisas, mayor expansión de piedad y de alegría, porque en ese día grande se festeja al Dueño de la casa, y en ésta tienen cabida todos los de la familia, grandes y pequeños. En la alborada de esa feliz mañana se le irá a buscar en la intimidad de la Hostia, y arrebatado, por decirlo así, de su residencia oficial, el templo, se le llevará a su casa, al rincón de calor de la familia, donde todos, en ese día, le esperan con flores ante su imagen y con cariño entusiasta en el alma.

A esa fecha, todos los años han de converger, como a un centro de luz, las fechas de cariño en un hábito santo y tradicional en los hogares (Betania), presididos por el Rey de amor y el Amo de casa, el Divino Corazón.

De esta suerte, el amor al Corazón de Jesucristo no será una mera devoción, sino una vida, una virtud tradicional, fuerte, imperecedera, como la familia.

Y como el hogar, así la Universidad, la Escuela, el Hospital, los Patronatos, el Diario, el Círculo Social; los Asilos de Caridad, los Monasterios, todas las energías de la gracia, todo lo santo de la tierra, debe ser el torrente que muera dichosamente en ese océano de misericordia infinita. Sí es la voluntad explícita del cielo y de la Iglesia que todas las obras católicas lleven hoy en día el sello de esta consagración oficial, solemne, al Sagrado Corazón de Jesús. Naturalmente, en estos casos la procesión de la, imagen, llevada en andas, entre cánticos sagrados, una alocución de circunstancias y la bendición con el Santísimo, pueden modificar el presente ceremonial y darán a la fiesta el esplendor, muy conveniente, de una gran solemnidad.

Recomendamos, en fin, a estas familias:

1° Hacer la Entronización ateniéndose ESTRICTAMENTE, en cuanto a la integridad y a la uniformidad, al Ceremonial que ponemos a continuación:

2° Propagarla más y más en torno de sí; conquistar otras familias, con dulzura al par que con energía.

3° Estudiar la profunda significación y el alcance social de la Obra; tratar de llevarla a la práctica; leer con detención y dar a leer cuanto se refiera a Entronización.

4° Formar parte del Secretariado y de la Junta de la Pía Asociación, si las ocupaciones lo permitieren.

5° Suscribirse a la revista Reinado Social, órgano de la Obra, y propagarla según sus alcances.

6° Ingresar en la Asociación de los Sagrados Corazones para vivir más íntimamente unido a esos Divinos Corazones.

7° Adherirse a la liga de la Comunión diaria en pro del Reinado social del Sagrado Corazón,

8° PARA LOS NIÑOS, inscribirse en la liga de los Benjamines y Tarsicios, apóstoles del Sagrado Corazón.

9° Ofrecer, con el mismo objeto, sus oraciones y pequeños sacrificios.

10° Por último, si algunas almas desearen hacer algo más, podrán, con permiso del Director espiritual, ofrecerse como víctima para que llegue pronto el Reinado del Sagrado Corazón.

CEREMONIAL PARA LA ENTRONIZACIÓN

En testimonio de fe y de amor:

1° La imagen del Sagrado Corazón se colocará en el sitio de honor de la casa.

2° La familia se consagrará solemnemente al Sagrado Corazón.

SOLEMNIDAD EXTERIOR DE LA ENTRONIZACIÓN

Para fomentar la piedad y el aposto lado conviene dar a la ceremonia de la Entronización cierto brillo exterior.

Elíjase a este efecto una fecha de especial recuerdo, v. gr.', el santo del padre o de la madre, el aniversario del matrimonio, del bautizo de los menorcitos, de la primera comunión de la primogénita y también la renovación cristiana de alguno que ahí falta..., que se fue con Jesús cuando El pasó por el hogar amado, marcándole con su Cruz bendita. Y si lejos de esa reunión de cariño hubiese alguno ausente, habrá un recuerdo afectuoso para él y unas líneas de la esposa o de la madre, salvando las distancias y escritas oportunamente, irán a probarle que en la fe de Jesucristo y en el amor de su Corazón misericordioso los padres y los hijos vivirán inseparables en un corazón y en un alma sola. Se podrá también invitar a los amigos.

Se exige, en cuanto sea posible, la presencia del sacerdote, para ganar las indulgencias (1). La Entronización establece y estrecha el lazo de unión que, con forme al espíritu de la Iglesia, debe existir entre el santuario del hogar y el santuario de la Iglesia. En ambos tiene siempre el sacerdote palabras de vida.

Se exhorta a los miembros de obras benéficas a secundar el apostolado del sacerdote buscando nuevas entronizaciones.

(1) Para ganar las indulgencias concedidas a la piadosa práctica de la Entronización se requiere que las familias se consagren al Sagrado Corazón en cada casa por mediación de un sacerdote. Estas indulgencias no se conceden a la ceremonia que se hiciera en la iglesia de un modo colectivo.

¿Cuándo puede pensarse en la imposibilidad de encontrar un sacerdote para que un seglar pueda colocar la imagen del Sagrado Corazón, bendecida ya anteriormente, y rezar la fórmula de consagración?

Resp. —Esta decisión depende del juicio prudente del Ordinario (Sagrada Penitenciaría, decreto del 1° de marzo de 1918).

EL DÍA DE LA ENTRONIZACIÓN

Muy laudable sería que aquellos que se consagran mandasen decir una misa a su intención el día de la Entronización. Toda la familia comulgará (en cuanto sea posible), para pedir el triunfo del Sagrado Corazón y en espíritu de amor y de reparación.

Llegada la hora determinada para la ceremonia del hogar, reúnese toda la familia en el salón o habitación principal de la casa. La imagen del Sagrado Corazón, artística en lo posible, debe ser colocada en el salón de más honor de la casa. Las razones que se pongan en contra de esta condición no son sino disimulo de respeto humano bajo capa de respeto divino. Ninguna manifestación digna y seria puede ofender la presencia de Aquel que se dignó presidir las bodas de Cana (1). Desde la realización de esta ceremonia Jesucristo es Rey y Dueño del hogar, y es preciso tratarle como a tal. Entre los retratos del padre y de la madre puede y debe estar el suyo. Ese será, en adelante, el escudo de nobleza cristiana.

El sacerdote, revestido de roquete y estola, la bendice, según el ritual, y la coloca por sí mismo, en cuanto sea posible, en lugar indicado.

Todos rezan el Credo en testimonio de su fe, y a continuación el sacerdote explica brevemente la significación de este gran acto y las obligaciones que de él se derivan.

Sigue luego el acto de consagración al Sagrado Corazón de Jesús por el Inmaculado Corazón de María.

Una oración trae a la memoria el recuerdo de los ausentes y de los muertos muy amados.

Después de la plegaria de reparación ¡Gloria al Sagrado Corazón!, la Salve y las invocaciones indicadas en el ceremonial, el sacerdote bendice a los asistentes, firmando a continuación todos los miembros que se hallen allí el Documento de familia, por el cual se obligan a celebrar de entonces para siempre la fiesta del Sagrado Corazón el viernes después de la octava del Santísimo Sacramento, como una fiesta de la Iglesia santificada por una fervorosa comunión, y que en esa fiesta del Sagrado Corazón haya luce y flores en el altar, júbilo en el hogar, sonrisas, mayor expansión de piedad y de alegría, sobre todo para los niños, para que así aprendan ya en la aurora de su vida a conocer y amar al Amigo divino, Dueño invisible de un hogar que es enteramente suyo. Sea en adelante un santuario íntimo, viviente, en el que no se piense, ni se hable, ni se obre, ni se quiera otra cosa que lo que quiere y agrada al Sagrado Corazón.

(1) Decimos en él sitio de más honor, donde el Sagrado Corazón ha de ser más honrado; si no el salón, otra habitación; lo esencial es que en el hogar se rinda culto al Divino Corazón.

CEREMONIAL (FÓRMULAS) (1)

Benedictio Imaginis Sacratissimi Cordis Jesu Christi Domini Nostri.
V. Adjutorium nostrum in nombre Domini.
R. Qui fecit ccelum et terram.
V. Dóminus vobiscum.
R. Et cum spiritu tuo.

Traducción:
La bendición de la Imagen del Sagrado Corazón de Jesús, Señor nuestro.
V. Nuestra ayuda está en el Nombre del Señor.
R. Que hizo el cielo y la tierra.
Que el Señor esté con ustedes.
Y con tu espíritu.

OREMUS

Omnipotents sempiterne Deus, qui Sanctorum tuorum imagines sculpi aut pingi non reprobas, ut quotis illas oculis corporis intuemur, toties eorum actus et sanctitatem ad imitandum memoriæ ocultis meditemur hanc quæsumus, Imaginem (seu sculpturam) in honorem et memoriam Sacratissimi Cordis Unigeniti Filii tiu Domini nostri Jesu Christi adaptatam, benedicere ✞et sanctificare digneris✞; et præsta, ut quicumque coram illa Cor Sacratissimum Unigeniti Filii tui suppliciter colere et honorare studuerit, illus meritis et obtentu, a te gratiam in præsenti, et æternam gloriam obtineat in futurum. Per Christum Dominum nostrum. Amén.

Traducción: Dios Omnipotente y Eterno, que no desapruebas ver que esculpamos o pintemos imágenes de Tus Santos, porque cada vez que las vemos con los ojos del cuerpo, meditamos sobre su santidad y sus actos con los ojos de la memoria; dígnate bendecir y santificar, Te lo pedimos, esta imagen (o escultura) preparada en honor y memoria del Santísimo Corazón de Tu Hijo Unigénito, Nuestro Señor Jesucristo; y concede a quienes se esfuercen en honrar y adorar suplicantes este Santísimo Corazón de Tu Hijo Unigénito, por su intercesión y sus méritos obtengan la gracia en la vida presente y la gloria eterna en el futuro. Por Cristo Nuestro Señor. Amén.

(Ultimo aspergat agua, benedita.) Colócase la estatua en su lugar y se reza en alta voz y por todos un CREDO en testimonio explícito de la fe de toda la familia.

Breve explicación del sacerdote del significado de la ceremonia.

(1) Bendecido y enriquecido con indulgencias por los Sumos Pontífices Pío X y Benedicto XV, y conforme a las respuestas de la Sagrada Penitenciaria Apostólica del 1° de Marzo de 1918, publicadas en A. A. S. de 1° de abril de 1918.

ACTO DE CONSAGRACIÓN

(Leído por el sacerdote.)

Fórmula exigida para ganar las indulgencias (S. Penitenciaría, 1° Marzo, 1918.)

Corazón Sagrado de Jesús, que habéis manifestado a Santa Margarita María el deseo de reinar en las familias cristianas, venimos hoy a proclamar vuestra Realeza, la más absoluta sobre la nuestra. Queremos vivir en adelante de vuestra vida; queremos hacer florecer en nuestro hogar las virtudes a las cuales habéis prometido la paz aquí en la tierra; queremos desterrar lejos de nosotros el espíritu mundano que Vos maldijisteis.

Vos reinaréis en nuestra inteligencia por la sencillez de nuestra fe; reinaréis en nuestros corazones por el amor sin límites en que arderán por Vos, y cuya llama alimentaremos con la recepción frecuente de la divina Eucaristía.

Dignaos, ¡oh, divino Corazón!, presidir nuestras reuniones, bendecir nuestras empresas espirituales y temporales, ahuyentar nuestros pesares, santificar nuestras alegrías, aliviar nuestras penas. Si alguno de nosotros tuviera la desgracia de afligiros, recordadle, ¡oh, Corazón de Jesús!, que sois bueno y misericordioso para el pecador arrepentido. Y cuando llegue la hora de la separación, cuando la muerte venga a cubrirnos de luto, todos, tanto los que partan como los que queden, estaremos sumisos a vuestros decretos: eternos. Nos consolaremos con el pensamiento de que llegará un día en que toda la familia, reunida en el cielo, cantara para siempre vuestra gloria y vuestros beneficios.

Dígnense el Corazón Inmaculado de María y el glorioso Patriarca San José presentaros esta consagración y recordárnosla todos los días de nuestra vida.

¡Viva el Corazón de Jesús, nuestro Rey y nuestro Padre!

Texto aprobado por S. S. Pío X a petición del Procurador General de la Congregación de los Sagrados Corazones. (Decreto de 19 de Mayo de 1908.)
(In S. Poenitentiam apost, die 22 Junio 1918.)

No debiendo faltar nadie en el hogar querido en este momento solemne y feliz, evoquemos el recuerdo de los muertos muy amados y de los ausentes de esta familia, rezando por ellos un Padrenuestro y Ave María.

En seguida rezan todos de rodillas la siguiente:

ORACIÓN

(Rezada por el sacerdote y toda la familia.)

Gloria al Sagrado Corazón de Jesús, cuya misericordia ha sido infinita con los siervos de este cristiano hogar, al escogerlo entre millares como herencia de amor y santuario de reparación por las ingratitudes humanas. Con cuánta confusión, divino Jesús, esta porción de tu rebaño fiel acepta el honor insigne de verte presidir nuestra familia; cómo te adora en silencio y se regocija al verte compartir bajo el mismo techo las fatigas, los afanes y también los puros gozos de estos hijos tuyos. ¡Ah! No somos dignos, es verdad, de que Ti entres en esta humilde morada; pero Tú has dicho ya una palabra, revelándonos tu Corazón Santísimo, y nuestras almas han sentido sed de Ti, y han hallarlo las aguas vivas, que saltan hasta la vida eterna en tu Costado herido. ¡Oh, buen Jesús! Por eso, contritos y confiados, venimos a entregarnos a Ti, que eres la Vida inmutable Permanece entre nosotros, ¡oh, Corazón Sacrosanto!, pues sentimos ansias supremas de amarte y de hacerte amar, y Tú eres el fuego divino que ha de abrazar al mundo para regenerarlo. ¡Ah, si! Que esta casa sea tu refugio tan dulce como el de Betania, donde encuentres solaz en las almas amigas, que han escogido la mejor parte en la intimidad venturosa de tu Corazón; sea éste, Salvador amado, el asilo pobre, pero cariñoso, de Egipto, en el destierro de tus enemigos. ¡Ven, divino Jesús, ven!..., pues en

esta casa, como en Nazaret, se ama con entrañable amor a la Virgen María, a esa Madre tan tierna que tú mismo nos diste; ven a llenar con tu dulcísima presencia los vacíos que la muerte y la desgracia han dejado entre nosotros... ¡Ah! Si Tú, el amigo fidelísimo, hubieras estado en nuestras horas de duelo, como se hubieran endulzado tantas lágrimas y cuánto bálsamo de paz hubiéramos sentido en aquellas heridas secretas que sólo Tú conoces... Ven..., porque se acerca tal vez para nosotros la tarde angustiosa de nuevos pesares y declina el día fugaz de nuestra juventud y de nuestras ilusiones; quédate con nosotros, porque ya anochece y el mundo perverso quiere envolvernos en las tinieblas de sus negaciones y de sus vicios y vanidades, y nosotros te queremos a Ti porque sólo Tú eres el Camino, la Verdad y la Vida. Exclama, Jesús, como en otro tiempo: "Es preciso que desde hoy me deis hospedaje en vuestra casa." Sí, Dios mío, establece aquí tu tabernáculo, a cuya sombra vivamos en tu compañía nosotros que te proclamamos nuestro Rey, porque no queremos que otro reine, sino sólo Tú. ¡Viva siempre amado, bendecido y glorificado en este hogar el Corazón triunfante de Jesús: venga a nos tu reino! Amén.

Recítese una Salve en homenaje de amor al Corazón Inmaculado de María.

Divino Corazón de Jesús: ten piedad de nosotros (tres veces).
Corazón Inmaculado de María: ruega por nosotros.
San José: ruega por nosotros.
Santa Margarita María: ruega por nosotros.
Vivat Cor Jesu Sacratissimum, per infinita saecula saeculorum. Amen.
Benedictio Dei Omnipotente: Patris, et Filii et Spiritus Sancti ✝ descendat super vos et mancat semper. Amen.

Traducción:
¡Viva el Sagrado Corazón de Jesús, por los siglos de los siglos. Amén. La bendición de Dios todopoderoso, Padre, y del Hijo y del Espíritu ✝ descenderán sobre ti, y perduren siempre. Amén.

Procédase luego a la firma del Documento de familia o auténtica de la Entronización por duplicado; uno se conserva como recuerdo de familia, otro se envía al Secretariado con la dirección completa de la familia.

¡ENTRA, SEÑOR!

ENTRONIZACIÓN DEL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS EN UN HOGAR CRISTIANO

Entra, Jesús, el día ya declina,
el astro rey hacia el ocaso inclina
su brillante fulgor;
no pases adelante, que anochece;
toma un descanso que el amor te ofrece;
¡entra en casa, Señor!
Entra en casa, Señor, y si cerradas
hallas tantas moradas,
que un asilo a su Dios quieren negar...
olvida entre nosotros su desvío,
mientras tengamos casa, Jesús mío,
¡Tú tendrás un hogar!
Entra, Señor; mas no como mendigo:
nuestro Rey, nuestro Padre,
nuestro Amigo, nuestro Todo, serás...
que si el error levanta sus banderas,
en este hogar Tú reinas y Tú imperas,
y homenajes y amor encontrarás.
Entra, Señor; aquí todos te amamos,
y pues Rey te aclamamos
de esta humilde mansión,
ya nuestros corazones se han ligado
y de su amor un trono te han formado,
coloca en él, Señor, tu Corazón.
Colócalo, Señor, y no receles,
somos vasallos fieles;
no encontrarás aquí ningún traidor…
antes morir queremos que dejarte,
antes morir queremos que negarte,
Divino Rey de amor.
Y si el mundo y los suyos te persiguen,
y si a este umbral quizá llegar consiguen...
a Ti no llegarán,

que sabrán defenderte nuestras vidas...
los filos de sus armas deicidas,
no tu pecho, los nuestros herirán.
Entra Señor; estemos siempre unidos,
mezclados, enlazados, confundidos,
de ese Pecho al calor;
viviendo todos de tu misma vida
como vive adherida
la enredadera al tronco bienhechor.
Juntos así el destierro cruzaremos,
así contigo juntos gozaremos
las dichas que nos des...
y si el dolor empaña nuestros ojos
juntos también pondremos sus despojos
como perlas humildes; a tus pies.
Entra, Señor; ya izamos tu bandera;
entra, Señor, y manda, reina, impera
en este pobre hogar... pobre y desconocido,
pero con tu presencia enriquecido,
pero feliz, porque te sabe amar.

INDULGENCIAS

1ª Indulgencias de siete años y siete cuarentenas a todos los miembros de la familia que contritos, por lo menos de corazón, asistieren piadosamente a la ceremonia de la Entronización.

2ª Indulgencia plenaria a los mismos si confesados y comulgados en ese día visitaren una iglesia u oratorio público rezando alguna plegaria por las intenciones del Sumo Pontífice.

3ª Indulgencia de trescientos días a los mismos, una vez al año, el día en que renueven el acto de consagración ante la imagen del Sagrado Corazón de Jesús.

4ª Indulgencia plenaria a los mismos en ese día, si habiendo confesado y comulgado renovaren el acto de consagración, y visitando luego una iglesia u oratorio público, rezaren algunas preces por las intenciones del Sumo Pontífice.

N. B. Las indulgencias que el Papa Pío X había otorgado a los Obispos de Chile, y que Benedicto XV hiciera extensivas a todo el orbe católico en su carta al R. P. Mateo, el 27 de Abril de 1915, han sido aumentadas por decreto de la Sagrada Penitenciaría el 1° de Marzo de 1918.

Además, para ganar esas indulgencias, la Sagrada Penitenciaría exige que la consagración se haga en la forma establecida desde el principio en la Obra de la Entronización, a saber:

1° Que se haga en la casa y no en la iglesia;

2° Que el sacerdote bendiga la imagen;

3° Que él mismo la coloque, en cuanto sea posible, en el sitio de honor de la casa, y

4° Que rece también por sí mismo acto de consagración, usando al efecto el texto aprobado por el rescripto de 19 de Mayo de 1908.

COMPROMISOS CONTRAÍDOS POR LA FAMILIA EL DÍA DE LA ENTRONIZACIÓN, CON EL FIN DE QUE ARRAIGUE MÁS Y MÁS EN EL HOGAR Y LA VIDA CRISTIANA MEDIANTE EL REINADO DEL SAGRADO CORAZÓN

Nosotros..., al reconocer en este día por Rey y Señor de nuestro hogar al Sagrado Corazón de Jesús, nos comprometemos, con la ayuda de Dios y de su divina gracia, a llevar una vida completamente cristiana, observando para ello los mandamientos de la Ley de Dios y los de su Santa Iglesia.

Principalmente mediante:

1° La asistencia a la misa todos los domingos y fiestas de guardar y la abstención de todo trabajo prohibido en esos días, para nosotros y para cuantos de nosotros dependan, a no ser en caso de necesidad y previo el permiso de la autoridad competente.

2° La observancia de la ley del ayuno y abstinencia en los días que se exija.

3° El respeto de las santas leyes del matrimonio cristiano, la educación cristiana de nuestros hijos, dándoles buen ejemplo. La abstención de todo aquello que pueda herir a la pureza en las modas, bailes, espectáculos, lecturas. La abstención de toda prensa impía o liberal.

4° La sumisión a las direcciones del Sumo Pontífice, Vicario de Jesucristo, y el respeto y obediencia a cuantos tengan misión de transferirlas: los Obispos, párrocos, sacerdotes.

5° Rezaremos la oración de la noche en común ante la imagen del Sagrado Corazón; comulgaremos con frecuencia, y para responder al deseo de nuestro Señor manifestado a Santa Margarita María, procuraremos que todos los primeros Viernes de mes, por lo menos, un miembro de la familia reciba la Sagrada Comunión, y si es posible, que haga la Hora Santa. Si la Comunión del primer viernes no pudiera hacerse, la supliremos con la del domingo siguiente.

6° La fiesta del Sagrado Corazón se celebrará todos los años en nuestro hogar como fiesta de familia, haciendo de ese día la FIESTA DE LA REALEZA DE JESUCRISTO.

Pondremos todo nuestro empeño: En no faltar por nada a la caridad; en oponernos al egoísmo, al lujo, a la molicie en la educación y en las costumbres; en cuanto se oponga al Evangelio, y en empaparnos en el espíritu de abnegación y de sacrificio que exige la vida cristiana, estudiando para ello la vida de Jesucristo y las máximas del Evangelio.

RENOVACIÓN DE LA CONSAGRACIÓN DE LA FAMILIA que debe hacerse después de la oración de la noche, en unión de todas las familias que han entronizado al Sagrado Corazón.

¡Corazón divino de Jesús, venga a nos tu reino! Sé pronto el Rey reconocido y amado, no sólo de las sociedades que te han permanecido fieles, sino también de las naciones que, cual otros hijos pródigos, se apartaron de Ti

Por medio del Corazón Inmaculado de María, Reina de la Paz, cimenta más y más tu Realeza en nuestra Patria, toman do posesión íntima y solemne de nuestros hogares, y que en breve se oiga exclamar del uno al otro polo de la tierra: ¡Viva el Corazón de Jesús nuestro Rey! A Él solo gloria y honor por los siglos de los siglos. Amén.

Sacris Cordibus Jesu et Mariae, honor el gloria!

EL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA

La devoción al Inmaculado Corazón de María es inseparable de la del Sagrado Corazón de Jesús; una y otra forman un todo divino, un conjunto infinitamente maravilloso, que es la razón de ser y el alma misma de nuestra Asociación, que si no confunde los Sagrados Corazones, confunde, sí, y muy dichosamente, el amor con que nos santifican ellos, y el amor con que nosotros los glorificamos en un mismo altar.

La fiesta del Corazón Inmaculado de María va abriéndose camino lenta, pero seguramente, como ocurrió con la devoción al Corazón de Jesús. Y esperamos que no esté lejano el día en que brille, como la luz, una revelación, que ha de ser complemento de la de Lourdes; y pedimos al cielo que nos envíe pronto un alma santa, hermana de Margarita María, y a la que Jesús confié los tesoros secretos del Corazón de su Madre. El mundo y la Iglesia esperan anhelantes esa revelación. Dios habla siempre en la hora oportuna por excelencia. Cuando, desde el Sagrario, Jesús descubra las maravillas de ese Corazón Inmaculado, a su palabra la sociedad cristiana, alborozada, en himno grandioso y con el divino vértigo de Lourdes, cantará las glorias del Corazón de María.

Esta fiesta se celebra al día siguiente de la festividad del Sagrado Corazón de Jesús.

Corazón inmaculado de María, haznos comprender el inestimable don que no: hiciste al entregarnos tu fruto benditísimo, el Corazón divino de Jesús.

NOVENA AL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA

DÍA PRIMERO

Alabados sean los Sagrados Corazones de Jesús y de María, por los siglos de los siglos. Amén.

Intención. Quiera la Virgen María hacernos comprender el don que su Corazón inmaculado nos hizo al entregarnos su fruto benditísimo, el Corazón divino de Jesús.

ORACIÓN

La tierra te debe, ¡oh, Virgen inmaculada!, el tesoro por excelencia en su pobreza, la luz inmarcesible en sus tinieblas de ignorancia, la fuente inagotable de consuelos en sus desolaciones amarguísimas, la resurrección y la vida en su pecado: te debe el Corazón adorable de Jesús. Tu corazón de Madre fue el sagrario amabilísimo en que se formó para redención de los caídos, el Corazón del Hijo de Dios. ¡Oh, Madre!... Tú nos le diste sin reservas desde el primer momento de la Encarnación. ¡Oh, Reina de amarguras, Corredentora nuestra! Tú nos le entregaste en el Calvario, traspasado por aquella lanza de Longino que atravesó también el tuyo. ¡Concédenos la gracia de comprender, Señora, este don inapreciable, y haz que, a nuestra vez, tus hijos fervorosos seamos cálices de amor y sagrarios de santidad y de pureza del Co razón divino de Jesús! Así sea.

LETANÍAS DEL CORAZÓN DE MARÍA.

Señor, ten piedad de nosotros.
Jesucristo, ten piedad de nosotros.
Señor, ten piedad de nosotros.
Jesucristo, óyenos.
Jesucristo, escúchanos.
Dios Padre celestial, —Ten piedad de nosotros.
Dios Hijo, Redentor del mundo, —Ten piedad de nosotros.
Dios Espíritu Santo, —Ten piedad de nosotros.
Santísima Trinidad, que eres un solo Dios, —Ten piedad de nosotros.

Corazón de María, exento de toda mancha desde el primer instante de tu formación,
Corazón de María, lleno de gracia,
Corazón de María, templo de la Santísima Trinidad
Corazón de María, objeto de las complacencias del Corazón de Dios,
Corazón de María, imagen viva del Sagrado Corazón de Jesús,
Corazón de María, unido al Corazón de Jesús,
Corazón de María, órgano del Espíritu Santo,
Corazón de María, tabernáculo del Verbo encarnado,
Corazón de María, cuya sangre sirvió para formar la sangre de Jesucristo, precio de nuestra redención,
Corazón de María, tesoro inmenso de gracia,
Corazón de María, bendito entre todos los corazones,
Corazón de María, solio brillante de gloria,
Corazón de María, horno del divino amor,
Corazón de María, que conservabas tan fielmente las palabras de Jesús,
Corazón de María, que por tus ardientes deseos has apresurado la salud del mundo,
Corazón de María, trono de la misericordia.
Corazón de María, seguro refugio de los pecadores.
Corazón de María, manantial de consuelo para los afligidos,
Corazón de María, unido a la cruz con Jesucristo,
Corazón de María, holocausto perfecto del amor divino,
Corazón de María traspasado por la espada de dolor,
Corazón de María, lleno de amargura durante la pasión de Jesús,
Corazón de María, clavado en la cruz con Jesús crucificado,
Corazón de María, sepultado con Jesús en el sepulcro,
Corazón de María, que tomaste nueva vida en la resurrección de Jesús,
Corazón de María, colmado de gozos inefables en la ascensión de Jesús,
Corazón de María, que recibiste nueva abundancia de gracias en la venida del Espíritu Santo,
Corazón de María, esperanza de todos los desgraciados,
Corazón de María, estrella de los peregrinos y navegantes en el mar borrascoso del mundo.
Corazón de María, dulce amparo y asilo seguro de cuantos te honran.
Corazón de María, socorro y sostén de los agonizantes,
Corazón de María, gozo y delicia de los ángeles y de los santos
Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, —Perdónanos, Señor.
Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, —Óyenos, Señor.
Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo, —Ten piedad de nosotros, Señor.

Tres Ave Marías, por el incremento del fervor en la Asociación de los Sagrados Corazones.

Acto de consagración para todos los días.

¡Oh, Corazón de María, estrecha e inseparablemente unido con el Corazón de Jesús! Mi deseo es que, después de tu Hijo, ocupes el primer lugar en mi corazón, que desde ahora te ofrezco y te consagro. Tú serás siempre el objeto de mi veneración, de mi amor y de mi confianza; procuraré conformar mis sentimientos y afectos con los tuyos, y el estudio continuo de mi vida será imitar tus virtudes. ¡Oh, Madre bendita! Dígnate abrirme tu Corazón y recibirme en él junto con tus verdaderos hijos y tus fieles siervos. Alcánzame la gracia que necesito para imitar a tu admirable Corazón, así como él ha imitado al de Jesús; ampárame en los peligros; consuélame en las aflicciones; enséñame a sacar el provecho debido de los bienes y de los males de esta vida; protégeme siempre y, sobre todo, en la hora de mi muerte.

¡Oh, Sagrados Corazones de Jesús y de María, a cuyo servicio me consagro! Haced que ahora y siempre sea vuestro verdadero hijo. Amén.

Jaculatoria. ¡Santa María, Madre de Dios!, haz mi corazón semejante al tuyo.

"Acordaos", por la conversión de los pecadores.

DÍA SEGUNDO.

Alabados sean los Sagrados Corazones, etc.

Intención. Pidamos con filial confianza al Corazón purísimo de María la santificación de los justos, y muy en especial la del sacerdocio, en cuyas manos ha confiado ella a Jesús.

ORACIÓN

Eres vaso de elección, María, y tu Corazón es la fuente desbordante de toda justicia y santidad. ¡Oh!, son muchas las almas de tus hijos que, cediendo a tu llamada, se acercan a ti con ansias de perfección y sedientas de verdadera caridad. No en vano, Señora, te aclama la Iglesia como reina de los santos y te señala a los buenos como la senda más segura para llegar a la intimidad con Jesús sacramentado. Y puesto que, para gloria del Hijo, eres omnipotente, ¡oh, María!, santifica a los justos, y en especial a los ministros del altar, herederos de la autoridad que tenías sobre Jesús en Nazaret. Dales la perfecta comprensión de su dignidad y de sus deberes, e infúndeles el santo temor de la pavorosa responsabilidad que sobre ellos pesa. Concédeles la secreta inspiración y la invencible fuerza de una piedad ferviente y continua; aliéntalos, con celo infatigable, en sus trabajos; haz que sean sal de la tierra y suavidad de sus quebrantos. La mies es mucha, dijo el Maestro: acude, pues, María, y que los operarios sean santos, formados por tu propia mano, y alentados con la sangre y por el ejemplo de la vida de tu Corazón inmaculado. Así sea.

Letanías del Corazón de María, página 121.

Tres Ave Marías, por el incremento del fervor en la Asociación de los Sagrados Corazones.

Acto de consagración, pág. 122.

Jaculatoria. ¡Santa María, Madre de Dios!, haz mi corazón semejante al tuyo.

"Acordaos", por la conversión de los pecadores.

DÍA TERCERO.

Alabados sean los Sagrados Corazones, etc.

Intención. Roguemos con particular fervor al Corazón de María, puerta del cielo, para que lo sea realmente para los pecadores, cuya conversión deponemos, con súplica de amor, en el altar de sus misericordias.

ORACIÓN

Si fuiste creada, ¡oh; María!, toda hermosa y sin mancha, no fue sólo para que Dios recrease en ti su mirada...; venías a lavar, con tu pureza, las manchas, y a rescatar con tu santidad a los hijos culpables. ¡Ea, pues, Inmaculada!, salva a los desdichados pecadores en el arca bellísima de tu Corazón de Madre. Sálvalos, porque te costaron el martirio del alma; sálvalos, porque los amó con infinita ternura el Corazón amabilísimo de Jesús. Los ángeles recogieron tus lágrimas preciosas, y la sangre del Hijo de Dios está ahí, en esa Hostia que se ofrece diariamente para renovar el sacrificio del Calvario. En ese doble torrente de caridad y de dolor purifica a los manchados y vuelve a la vida a los extraviados del hogar cristiano. Acuérdate, María, y prueba que tu Corazón es el refugio de los pobres pecadores... ¡Sálvalos en él! Así sea.

Letanías del Corazón de María, página 121.

Tres Ave Marías, por el incremento del fervor en la Asociación de los Sagrados Corazones.

Acto de consagración, pág. 122.

Jaculatoria. ¡Santa María, Madre de Dios!, haz mi corazón semejante al tuyo.

"Acordaos", por la conversión de los pecadores.

DÍA CUARTO.

Alabados sean los Sagrados Corazones, etc.

Intención. En los grandes peligros que amenazan hoy al cristianismo práctico y sano del hogar, acudamos a María en demanda de socorro pronto y eficaz que salve a la familia.

ORACIÓN

Reina del hogar cristiano, te saludamos con amor. ¡Oh, qué hermosa eres en la casita pobre de Nazaret, mandando con dulcísimo imperio a Aquel que ordenó a las estrellas te sirvieran de diadema celestial! Por aquella paz, disfrutada al lado de Dios-Niño y en compañía de José, el castísimo esposo, lleva a Jesús a los hogares, y con él, la paz y la vida; con él la inmortalidad en el amor. ¡Ay! ¡Cómo quiere Satán envenenar esa fuente y atraer sobre ella la sombra mortífera del paganismo, y después la maldición de Dios! No consientas, Madre inmaculada, que se profane ese santuario, cuya primera piedra fue tu propio sacrosanto hogar alimentado con el cariño y las ternuras indecibles de tu incomparable Corazón. En ese manantial purifica y sostén los corazones de las madres; con ese cáliz robustece la fe desfallecida de los padres; en ese Santo de los Santos cobija las conciencias, tan enfermas, de los hijos... Cristianiza la familia, Virgen santa y poderosa, comunicándole la sangre de tu dulce Corazón. Así sea.

Letanías del Corazón de María, página 122.

Tres Ave Marías, por el incremento del fervor en la Asociación de los Sagrados Corazones.

Acto de consagración, pág. 121.

Jaculatoria. ¡Santa María, Madre de Dios!, haz mi corazón semejante al tuyo.
"Acordaos"', por la conversión de los pecadores.

DÍA QUINTO.

Alabados sean los Sagrados Corazones, etc.

Intención. Clamemos a la Virgen María, más fuerte que un ejército formado en línea de batalla, para que salve al pueblo, a las muchedumbres, pervertidas por tantos que tienen vil interés en arrancar la fe del corazón del pobre.

ORACIÓN

Virgen inmaculada, aunque descendiente de reyes, quiso Dios que el ángel de la Anunciación te sorprendiera humilde y confundida entre los pobres. Por ello, al morir el Salvador en el patíbulo, sediento del amor de las muchedumbres, te las confió a ti para que las salvaras del naufragio que las amenaza de muerte.

Tiende sobre ellas tu manto protector, María, porque sin ti perecerán en el fuego de esta Babilonia de soberbia y de incredulidad. Tienen hambre de Jesús, Señora; te lo reclamamos, pues, en nombre de ese pueblo, que ojalá algún día te arrebate de los brazos al Dios-Niño para entronizarle como triunfador y aclamarle de rodillas Rey en la santa Eucaristía. Calma ese mar alborotado de las muchedumbres, tú que eres. Estrella del mar; vuelve la vida; muestra a Jesús al pueblo que agoniza sin fe; sonríe a los pobres; sé Madre de los desheredados; y serás bendecida mil veces como auxilio omnipotente de los cristianos. Así sea.

Letanías del Corazón de María, página 122.

Tres Ave Marías, por el incremento del fervor en la Asociación de los Sagrados Corazones.

Acto de consagración, pág. 121.

Jaculatoria. ¡Santa María, Madre de Dios!, haz mi corazón semejante al tuyo.
"Acordaos", por la conversión de los pecadores.

DÍA SEXTO.

Alabados sean los Sagrados Corazones, etc.

Intención. Ya que el infierno quiere asegurar su avance pervirtiendo a la infancia, pidamos a la Virgen Madre salve de la peor de las corrupciones, de una educación sin fe, a los pequeñitos, a los niños, los predilectos del rebaño.

ORACIÓN

No has olvidado, Madre, la palabra, dulce a tu Corazón y más dulce aún para los nuestros, que te dirigió Jesús poco antes de expirar: "Ahí tienes a tu hijo." ¡Ah!, y bien sabemos con qué intensidad de amor nos recogiste en tu alma dolorida a todos, y en especial a los indefensos, a los inocentes, a los pequeños del hogar cristiano. Cabalmente por ellos te rogamos en este día, pues si tú demoras, Satán y el mundo matarán una esperanza de resurrección arrebatando y en la niñez, una victoria al cielo. Apresura el paso, ¡oh, Reina!; ábreles tu Corazón de madre y refugia en él a tantos niños a quienes, desde la primera edad, persigue ya el vendaval de las pasiones y los encuentra huérfanos de fe y de caridad divina. Ten piedad de todos ellos, Soberana de misericordia, en recuerdo de aquel Jesús a quien enseñaste a andar, en Nazaret, por los caminos de la tierra. Por él, María inmaculada, por las pobres madres, por tus congojas de la Vía Dolorosa y del Calvario, ¡salva a la niñez bajo la sombra de tu manto maternal! Así sea.

Letanías del Corazón de María, página 122.
Tres Ave Marías, por el incremento del fervor en la Asociación de los Sagrados Corazones,

Acto de consagración, pág. 121.

Jaculatoria. ¡Santa María, Madre de Dios!, haz mi corazón semejante al tuyo.
"Acordaos", por la conversión de los pecadores.

DÍA SÉPTIMO.

Alabados sean los Sagrados Corazones, etc.

Intención. En la estrechísima unión de los Sagrados Corazones, los intereses de Jesús y los de su Madre son comunes, como lo fueron sus dolores. El triunfo, pues, de Jesús en la libertad de la Iglesia es el anhelo vehemente de la Virgen María; pidámosle hoy esa victoria a su Corazón inmaculado.

ORACIÓN

Aunque está lejano el día en que fuiste llamada, ¡oh, María!, a presidir el colegio apostólico en la naciente Iglesia, jamás, desde entonces, dejaste de ser su Reina en las horas de persecución o de victoria. A ti te cantaron los primeros creyentes, al dispersarse por el orbe entero, llevando a tu Jesús en el alma y en los labios; a ti dirigieron las súplicas ardientes los escondidos en las catacumbas, y al caer desgarrados por las fieras te llamaron a ti para confiarte su sangre, sus palmas de triunfo, el honor de la Cruz y la Iglesia. ¡Oh! ¡Mira cómo se la persigue hoy día en los ardides de una legalidad satánica! Inclínate y vuelve tus dulcísimos ojos al Vicario del Señor, prisionero y vejado ignominiosamente por turbas y autoridades maldicientes de Jesús... Dispersa, Señora, a los verdugos, y véncelos con tu misericordia. Vuelve la libertad al Pontífice de Roma asegura la bonanza o el triunfo a la iglesia militante, cuyos ojos están fijos tus ojos celestiales. Muestra, ¡oh, María!, que eres Reina, y salva a la Iglesia por tu inmaculado Corazón. Así sea.

Letanías del Corazón de María, página 122.
Tres Ave Marías, por el incremento del fervor en la Asociación de los Sagrados Corazones.

Acto de consagración, pág. 121.
Jaculatoria. ¡Santa María, Madre de Dios!, haz mi corazón semejante al tuyo.
"Acordaos", por la conversión de los pecadores.

DÍA OCTAVO.

Alabados sean los Sagrados Corazones, etc.

Intención. El arma con que el infierno pretende hoy día acabar con la Iglesia del Señor, es una legislación sin Dios. Detengamos un mal tan grave, y, si posible fuera, consigamos extirparlo, alcanzando de la omnipotencia de María que haya cristianismo en las leyes y en los gobernantes que las aplican.

ORACIÓN

Tú eres, ¡oh, María!, el alma divina de la sociedad regenerada por la sangre de Jesús; tú eres la mediadora para nuestra salvación. Y como fuiste la alborada suavísima que anunció a los pueblos el Sol de Justicia, que nació de ti, sé también, Virgen inmaculada, el complemento dichoso, la victoria decisiva de la justicia y del amor de Jesucristo sobre el mundo. Para ello inspira, Emperatriz del cielo, a los gobernantes de la tierra. Recuerda los afanes amarguísimos de tu propio Corazón cuando Herodes quiso, en nombre de su autoridad terrena, cegar la fuente de la vida dando muerte al Niño-Dios. Ten presente, ¡oh, Reina!, que fueron un gobernante y un consejo inicuo de hombres los que, en nombre de las leyes, te llevaron al Calvario en pos del Hijo Redentor. ¡Ah!, y desde entonces, ¡cuántas veces, en nombre de la justicia, y por un mentido cuidado del bien estar despueblo, han ceñido con espinas tu Corazón y el de Jesús, gobernantes cobardes y legisladores deicidas!

Perdónalos, María, y por la Cruz, cristianiza la autoridad, tan frágil y temible, de los potentados de la tierra. Así sea.

Letanías del Corazón de María, página 122.
Tres Ave Marías, por el incremento del fervor en la Asociación de los Sagrados Corazones.

Acto de consagración, pág. 121.
Jaculatoria. ¡Santa María, Madre de Dios!, haz mi corazón semejante al tuyo.
"Acordaos"', por la conversión de los pecadores.

DÍA NOVENO.

Alabados sean los Sagrados Corazones, etc..

Intención. La suprema e infalible esperanza de la Iglesia, hoy como nunca, está cifrada en el Corazón de Jesús en la divina Eucaristía. En este día tan hermoso y tan solemne exijamos a la Inmaculada el triunfo de ese Corazón sacramentado, muy especialmente en la Comunión diaria.

ORACIÓN

Ansiosos de verdadera vida nos llegamos a ti, Virgen inmaculada, para que nos presentes a Jesús en el banquete del altar. ¿Quién como tú para conducir a los sedientos de paz y de felicidad a las corrientes de las aguas que manan del costado abierto del Hijo-Salvador? Haz la luz, tú que la llevas en tus brazos, cerca de tu Corazón, en Jesús divino, y muéstralo, desde ahora, desde acá, en el destierro, y despierta luego en nosotros ansias ardientes de aplicar los labios a sus heridas en el Sacramento del amor. Hemos bajado tanto por la pendiente que lleva al abismo, que sólo otro abismo de caridad, de luz, podrá redimirnos, ¡oh, María!: el del Corazón adorable de Jesús... ¡Sé tú la tempestad de amor que nos sepulte en él contigo y para siempre!... ¡Sé tú el paraíso recobrado que nos entregue el cielo anticipado de la Hostia, y después, en la gloria, entréganos tú misma el cielo eterno del Corazón de Jesucristo! Así sea.

Letanías del Corazón de María, página 122.
Tres Ave Marías, por el incremento del fervor en la Asociación de los Sagrados Corazones.

Acto de consagración, pág. 121.
Jaculatoria. ¡Santa María, Madre de Dios!, haz mi corazón semejante al tuyo.
"Acordaos", por la conversión de los pecadores.

LOS PRIMEROS SÁBADOS

Una piadosa tradición de la Iglesia, que la Asociación de los Sagrados Corazones ha recogido con particular cariño, consagra estos días al culto de la Virgen Madre. De ahí que muchas de sus obras de piedad, principalmente sus colegios y sus cofradías de antiguos alumnos, festejen a María los primeros sábados, con agasajo de reuniones especiales, celebrada en su honor. Es ello un regocijo característico de nuestro hogar. Ojalá que esta herencia de amor aumente con el tiempo, hasta el punto de conseguir que dichos sábados, como los primeros viernes, se consagren por la Asociación, en buena parte, al desagravio y a la adoración de la Sagrada Eucaristía, don inefable de Jesús, en obsequio de María y bien de las almas.

MES DE MARÍA

Aunque tan eminentemente simpático y popular este ejercicio en honor de María, los hijos de los Sagrados Corazones han de recordar que para ellos es un deber especialísimo celebrarlo con excepcional fervor. Y es que el mes de María, tan decisivo para muchas almas pecadoras, debemos, nosotros reparadores, convertirlo en unos medios omnipotentes de gracia vencedora, en beneficio de esos caídos y extraviados. Tal es nuestra vocación, y también, en consecuencia, nuestro deber, grande y dulce al mismo tiempo, durante el Mes de María.

Que mientras las flores tapicen el altar de la Madre, almas convertidas, almas resucitadas, formen la diadema de amor del Corazón del Hijo. Y a este respecto, recomendamos a los asociados que en sus comuniones, adoraciones y demás prácticas piadosas del Mes de María tengan: las mismas intenciones que indicamos para el Mes del Corazón de Jesús, a saber: el triunfo de este Corazón Divino, primero en la conversión de los pecadores, segundo en la santificación de los justos, tercero en la Iglesia, cuarto en la divina Eucaristía.

Solemnísima debe ser también la celebración de la fiesta de la Purísima donde quiera que esté establecida la Asociación, pues la Inmaculada es el blanco lábaro que ostenta como un sol nuestra enseña de lucha y de victoria: el escudo de los Sagrados Corazones.

OFICIOS PARVOS DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS Y DEL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA

Concesión de indulgencias a favor de los fieles agregados y que en adelante se agreguen a las Cofradías de los Sagrados Corazones y de la Adoración Perpetua del Santísimo Sacramento, canónicamente erigidas en Valparaíso y en la Serena.

El limo, y Rmo. Sr. Arzobispo, de Santiago ha concedido a los fieles de su arquidiócesis ochenta días de indulgencia:

1° Al incorporarse en la Cofradía;
2° Por cada vez que hagan la media hora de adoración que mandan los Estatutos;
3° Por cada vez que rezaren con devoción alguna de las Horas de los Oficios Parvos de los Sagrados Corazones que se usan en la Asociación, o alguna de las letanías y oraciones piadosas que se hallan a continuación de dichos Oficios en este libro;
4° Por cada vez que oraren por el Papa y por la conservación y aumento de la fe en Chile.

El limo. Sr. Obispo de la Serena ha concedido a los fieles de su diócesis, agregados y que se agregaren a la misma Cofradía erigida en la Serena, cuarenta días de indulgencia en los mismos términos que el Rmo. Arzobispo, excepto lo contenido en el número 4

Advertencia.

Estos Oficios se rezan solemne y públicamente en las cuatro fiestas principales de la Asociación, que son:
La del Sagrado Corazón de Jesús;
La del Purísimo Corazón de María;
La de la Inmaculada Concepción;
La del Patrocinio del Señor San José;
Y, además, en los primeros viernes de cada mes.

ORACIÓN PREPARATORIA.

En el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo. Amén.

Dulcísimos Corazones de Jesús y de María, abrid mis labios para bendecir vuestros sagrados nombres y celebrar vuestras grandezas, purificad mi corazón de todos los pensamientos y afectos vanos e indignos de nuestro inefable pureza, iluminad mi entendimiento e inflamad mi voluntad en vuestros divinos ardores, para que digna, atenta y devotamente, meditando vuestras finezas y dolores, empiece y concluya, en honor vuestro y bien mío, este santo ejercicio, en reparación de los agravios que comete contra vos la ingratitud de los hombres, y por vuestra poderosa intercesión merezca ser oído del Dios de soberana Majestad. Amen.

OFICIO PARVO DEL SACRATÍSIMO CORAZÓN DE JESÚS

MAITINES.

V. Corazón de Jesús, que ardes de amor por nosotros.
R. Inflama nuestros corazones en tu divino amor.
V. Abre, Señor, mis labios.
R. Y mi lengua publicará tus alabanzas.
V. Dios mío, acude en mi defensa.
R. Apresúrate, Señor a socorrerme.
V. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
R. Como era al principio, ahora y siempre, y por los siglos de los siglos. Amén. Aleluya.

(*Desde Septuagésima hasta Pascua, en lugar de Aleluya, se dice*: A ti se tributen alabanzas, ¡oh, Señor, Rey de la eterna gloria!)

HIMNO

Salve, oh, tú, gloria del cielo,
Que abandonas su esplendor*,
Para hacerte, sobre el suelo,
Nuestra víctima de amor.
Jesús, delicia del alma,
Abrase el pecho tu ardor*,
Para que ensalce mi canto
Las dulzuras de tu amor.
¡Oh, Jesús!, del Padre encanto,
De almas puras amador*,
De almas puras dulce prenda,
Reina en todo corazón.

Ant. ¡Oh, Sagrado Corazón de Jesús, dechado de obediencia a la voluntad del Padre*!, cautiva nuestros corazones de tal modo*, que no hagamos nunca sino lo que sea agradable a sus divinos ojos.

V. ¡Oh, Dios, refugio nuestro!, míranos en el Corazón de tu divino Hijo.

R. Y cuando te irriten nuestras culpas*, se aplacará así tu ira, y se manifestará en nosotros tu misericordia.

OREMOS

¡Oh, Dios de infinita misericordia!*, fija tus miradas en el Sacratísimo Corazón de tu Hijo muy amado*, en quien tienes todas tus complacencias*, y aplacado por las crueles angustias que sufrió, y las dignas satisfacciones que por nosotros te ofreció*, concédenos el perdón de nuestros pecados*, lo que te pedimos con un corazón arrepentido*; y enciéndenos de tal modo en el amor de Jesucristo, Señor nuestro*, que, abrasados enteramente envíos afectos de su divino Corazón*, merezcamos reproducir en nosotros tu imagen divina*. Así te lo pedimos por el mismo Jesucristo, nuestro Señor.

Amén.

LAUDES.

V. Corazón de Jesús, que ardes de amor por nosotros.
R. Inflama nuestros corazones en tu divino amor.
V. Dios mío, acude en mi defensa.
R. Apresúrate, Señor, a socorrerme.
V. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
R. Como era al principio, ahora y siempre*, y por los siglos de los siglos. Amén*. Aleluya.

HIMNO

Corazón, cuyo alto asiento
Sobre el alto cielo está*,
Que la tierra más extenso,
Más profundo que la mar.
A las víctimas que se alzan
Hasta el trono del Señor*,
Dios rechaza, si no alcanzan
Su propicia intercesión.
Cuantos actos de ti emanan,
Son del Padre digno don*;
Cuanto pides El otorga,
¡Oh, divino Corazón !
¡Oh, Jesús!, del Padre encanto,
De almas puras amador*,
De almas puras dulce prenda,
Reina en todo corazón.

Ant. ¡Oh, adorable Corazón de Jesús, supremo legislador nuestro*, infunde tus virtudes en lo más íntimo de nuestros corazones*, ¡Oh, Corazón de Jesús, Hijo único de la Virgen María*, el más dulce de todos los corazones!*, borra todas nuestras iniquidades y haz que con sigamos asemejarnos a ti.

V. Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón.
R. Y vuestras almas encontrarán reposo..

OREMOS

¡Oh, Dios!, que por efecto de la más ardiente caridad ofreciste al amor de tus fieles*, el Sacratísimo Corazón de tu Hijo Jesucristo, Señor nuestro*, haz que con tu gracia le veneremos y amemos de tal modo en la tierra*, que por él y con él merezcamos amarte y ser amados por ti y por él eternamente en el cielo*. Así te lo pedimos por el' mismo Jesucristo, nuestro Señor.
Amén.

PRIMA.

V. Corazón de Jesús... (como en Laudes, pág. 129).

HIMNO

¡Oh, de amor víctima tierna,
Del cielo dicha eternal*,
Corazón, solo consuelo
Y esperanza del mortal!
Eres gloria sacrosanta
De la augusta Trinidad*,
Llama pura que abrillanta
Con su luz la eternidad.
A ti el Hijo se halla unido,
El Espíritu en ti mora*
Y en ti el Padre, complacido,
Sus delicias atesora.
¡Oh, Jesús!, del Padre encanto,
De almas puras amador*;
De almas puras dulce prenda,
Reina en todo corazón.

Ant. ¡Oh, Sagrado Corazón de Jesús, a quien devora la sed de nuestra salvación*, haz que los que tanto te hemos ofendido*, volvamos a hallar en ti un seguro asilo*, a fin de que no perezcamos en el pecado.

V. Sed vosotros santos, como yo, vuestro Dios, soy santo.

R. Si con esa disposición de voluntad habéis venido a consolarme*, bien está que mi Corazón se una con los vuestros.

OREMOS

¡Oh, Dios!, que junto con la plenitud de tus gracias has depositado en el Corazón de tu Hijo todos los tesoros de la ciencia y sabiduría infinitas*, para que de él mismo, como de un manantial divino, se derramaran copiosamente sobre todas las criaturas*, y para que, embriagados así los santos ángeles en la inagotable fecundidad de ese amoroso Corazón*, enajenaran con sus transportes de júbilo la mística ciudad que habitas*; te suplicamos humildemente nos concedas la gracia* de ser de tal modo alumbrados por los resplandores de esos dones internos*, transformados por su santidad y consumidos por su fuego*, que, lleno de ese mismo espíritu y purificado enteramente nuestro corazón*, merezcamos entonar en tu alabanza un cántico nuevo, y consigamos reproducir en nuestras almas tu imagen y tu vida divina. Así te lo pedimos por el mismo Jesucristo nuestro Señor. Amén.

TERCIA.

V. Corazón de Jesús., (como en Laudes, pág. 129).

HIMNO

De Dios Verbo eres sagrario
Más puro que el mismo sol*,
Edén y templo más digno
Que la celeste mansión.
La llama de amor fecunda
Que en la Virgen se encendió*
Te formó de sangre pura,
¡Oh, digno trono de Dios!
¡Oh, Jesús!, del Padre encanto,
De almas puras amador*
De almas puras dulce prenda,
Reina en todo corazón.

Ant. ¡Oh, Sagrado Corazón de Jesús, perfectísimo dechado de pureza*! Haz que nuestros corazones sean purificados de toda mancha*, para que con sigamos imitar el divino modelo que en ti mismo me ofreces.

V. Recíbenos en tu tabernáculo en el día de la aflicción.

R. Ampáranos en lo más recóndito de esa morada, en tu mismo Corazón.

OREMOS

¡Oh, Señor, fuente inagotable de toda santidad*! Por el Corazón de tu Hijo muy amado te pedimos nos concedas la gracia* de morir de tal modo a todas las criaturas*, que, en tanto que ardientemente suspiramos por poseerte*, habitemos en unión con la bienaventurada Virgen María y todos los santos* en el Corazón de tu Hijo unigénito*, donde olvidada nuestra alma de todo afecto terreno*, sólo engrandezca al Señor y se regocije con ellos en Dios su Salvador*. Así te lo pedimos por el mismo Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén.

SEXTA.

V. Corazón de Jesús... (como en Laudes, pág. 134).

HIMNO

Corazón dulce y amable,
A quien hirió nuestro amor*,
Oye propicio el gemido
Que alza a ti nuestro dolor.
Cuando Dios se vuelve airado
Hacia el triste pecador*,
Si te mira ensangrentado,
Baja el brazo vengador.
¡Oh, Jesús!, del Padre encanto,
De almas puras amador*,
De almas puras dulce prenda,
Reina en todo corazón.

Ant. ¡Oh, Sagrado Corazón de Jesús, lleno de mansedumbre para con tus enemigos*! Haz que tu paz divina anime nuestras almas*, para que perdonemos de todo corazón a los que nos persiguen y calumnian.

V. Conmovido está mi Corazón, y se deshace como la cera.
R. En mis abrasadas entrañas.

OREMOS

¡Oh, Santísimo Jesús, que quisiste fue se abierto tu divino Corazón con una lanza*! Dígnate traspasar también el mío con el dardo de tu santo amor*, para que no desee nunca sino lo que sea del agrado de tu soberana voluntad*. Penetre, Señor, mi alma por la herida de mi Corazón*, y llegue por ella hasta el excelso trono de tu divinidad*, a fin de que allí te adore, ¡oh, Dios mío, crucificado y muerto por mi amor*! Y para que, apartando de mí todo recuerdo terreno*, sólo te contemple a ti y no piense sino en ti en todos los instantes de mi vida*. Así te lo pedimos, ¡oh, Dios!, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

NONA.

V. Corazón de Jesús... (como en Laudes, pág. 129).

HIMNO

Abrió amor profunda herida
En esa augusta mansión*
En tu amante Corazón*,
Por ella a entrar nos convida
La dulzura de tu amor.
Conserva, Señor, unidos
En esa augusta mansión*.
A los que lavó la sangre
Que de tus venas brotó.
¡Oh, Jesús!, del Padre encanto,
De almas puras amador*,
De almas puras dulce prenda,
Reina en todo corazón.

Ant. ¡Oh, Sagrado Corazón de Jesús, paciente cual ninguno para soportar los dolores*!, haz que con un corazón contrito y humillado* lleguemos a producir abundantes frutos de penitencia.

V. Si no falta al gorrión un agujero, ni a la tórtolilla un nido en que abrigar sus polluelos.
R. No han de faltarme a mí tu Corazón y tus altares* ¡ oh, Señor de las virtudes, Rey mío y Dios mío!

OREMOS

Jesús, Señor nuestro, cuyo Corazón han desgarrado nuestras maldades*, haz que tus fieles no aparten nunca sus ojos de ti, a quien ellos enclavaron en la cruz*, y concédeles la gracia de evitar el pecado y de permanecer estrechamente unidos a ti*, que siendo Dios, vives y reinas por los siglos de los siglos.
R. Amén.

VÍSPERAS.

V. Corazón de Jesús... (como en Laudes, pág. 129).

HIMNO

¡Oh, misterio! El Dios de vida
Da su carne en el altar*,
Y su sangre es la bebida
Del banquete celestial.
El Dios santo, a quien el cielo
Adorando humilde está*,
Baja, envuelto en sacro velo,
De vil siervo a ser manjar.
¡Oh, Jesús!, del Padre encanto,
De almas puras amador*,
De almas puras dulce prenda,
Reina en todo corazón.

Ant. ¡Oh, Sagrado Corazón de Jesús, que tanto has amado la pobreza*!, aplícate a nosotros como un sello*, para que nuestro corazón, con todos sus afectos, no se aparte jamás de ti*, que eres nuestro único tesoro.

V. Bienaventurados, Señor, los que habitan en tu Corazón.

R. Porque en ti está la fuente de la vida*, y nuestros ojos han de ver la luz en los resplandores de tu gloria.

OREMOS.

Jesús, Señor nuestro, que por un inefable portento de tu caridad* te dignaste dar en alimento a los mortales tu sacratísimo Corazón para atraerte más eficaz mente su voluntad*, oye propicio sus ruegos*, perdona a los que arrepentidos confiesan sus pecados, y mira con ojos de misericordiosa piedad a los que has hecho objeto del afecto de tu dulcísimo Corazón*; a fin de que los que te ofrecemos un digno obsequio en este divino misterio* sintamos nuestras almas abrasadas en tu agrado fuego* y correspondamos, con incesantes alabanzas, al amor que nos profesa tu divino Corazón*. Así te lo pedimos a ti, que, siendo Dios, vives y remas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

COMPLETAS.

V. Corazón de Jesús, que ardes de amor por nosotros.
R. Inflama nuestros corazones en tu divino amor.
V. Conviértenos, ¡oh, Dios, Salvador nuestro!
R. Y aparta de nosotros tu furor.
V. Dios mío, acude en mi defensa.
R. Apresúrate, Señor, a socorrerme.
V. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
R. Como era al principio, ahora y siempre*,
y por los siglos de los siglos. Amén. Aleluya.

HIMNO

Su Corazón de Madre,
Con impedís de amor*.
Se enciende y se descarna
En el de su Hijo-Dios.
En estrecho amor se enlazan,
Y el materno Corazón*
A los fuegos que lo abrasan
Volver quiere igual ardor.
¡Oh, Jesús!, del Padre encanto,
De almas puras amador*,
De almas puras dulce prenda,
Reina en todo corazón.

Ant. ¡Oh, Sagrado Corazón de Jesús, que tantos beneficios prodigas a los que te aman*!, desfallezca en ti nuestro cuerpo y nuestra, alma*, para que seas el Dios de nuestro corazón y nuestra herencia por toda la eternidad.

V. Habitaré eternamente en tu Corazón.
R. Me acogeré bajo el amparo de tus alas.

OREMOS

¡Oh, Corazón de Jesús, modelo perfectísimo de pureza*!, limpia nuestros corazones de toda mancha, para que con sigamos ajustar nuestra vida a la tuya* y, apropiándonos tu espíritu, logremos reproducir en nosotros tu perfecto desprendimiento y penitencia*, enseñar como tú enseñaste*, descansar y morir en ti, ¡oh, Salvador del mundo*!, que, siendo Dios, vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

OFICIO PARVO DEL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA

MAITINES.

V. Santa María, Madre de Dios.
R. Haz mi corazón semejante al tuyo.
V. ¡Oh, Santísima Madre de Dios!, prepara mi corazón y abre mis labios.
R. Y mi lengua publicará tus alabanzas.
V. Acude, Señora, en mi defensa.
R. Defiéndame tu poder de mis enemigos.
V. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
R. Como era al principio, ahora y siempre*, y por los siglos de los siglos. Amén*. Aleluya.

(*En lugar de Aleluya, desde Septuagésima hasta Pascua, se dice:* A ti se tributen alabanzas*, i oh, Señor, Rey de la eterna gloria!)

HIMNO

Jesús, excelsa gloria
De tu Madre María*,
Inspira al alma mía
Cantos en su loor.
Santuario prodigioso,
Toda ella es maravilla*,
Más sobre todo brilla
Su hermoso Corazón.
Al que en regazo virgen
Un tiempo llevó infante*,
Su Corazón amante
Siempre inmenso llevó...
¡Oh, Trinidad! ¡Oh, vida Del alma de María*!
Se nuestra luz y guía, Sé nuestro dulce amor.

Ant. La Virgen María fue Madre del Verbo Divino*, le alimentó con la sangre de su purísimo Corazón*, y lo ofreció en holocausto por la salvación del mundo entero.

V. Toda la gloria de María, hija del Rey; está en las virtudes que embellecen su alma.

R. Y esa belleza la ha elevado sobre los méritos de todas las criaturas.

OREMOS

¡Oh, Dios, que dispusiste que tu Hijo unigénito* viviese y reinase para siempre en el Corazón de la Virgen María* !Te suplicamos nos concedas la gracia de tributar perpetuo culto a esa vida santísima que en un solo Corazón vivieron Jesús y María*, de unir estrechamente nuestros corazones con los suyos*, y de cumplir en todo su voluntad, animados por el más ardiente amor y la más tierna solicitud*, a fin de que merezcamos llegar a semejarnos a su divino Corazón*. Así te lo pedimos por el mismo Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén.

LAUDES.

V. Santa María, Madre de Dios.
R. Haz mi corazón semejante al tuyo.
V. Acude, Señora, en mi defensa.
R. Defiéndame tu poder de mis enemigos.
V. Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
R. Como era al principio, ahora y siempre*,
y por los siglos de los siglos. Amén*. Aleluya.

HIMNO

¡Oh, Madre! Al que gozosa
Ante el altar presentas*,
De llagas mil, sangrientas,
Cubierto llorarás.
Decid, ángeles, ¿hubo
Dolor más inclemente?
¡Oh, pecador! Detente:
¡La Madre has muerto ya!
Al ver a tu Hijo exánime
No busques al culpable*,
¡Oh, Madre! El miserable,
El criminal, soy yo.
¡Oh, Trinidad! ¡Oh, vida
Del alma de María*! Sé nuestra luz y guía,
Sé nuestro dulce amor.

Ant. Yo soy la Madre del amor hermoso, del santo temor de Dios de la ciencia del cielo y de la dulce esperanza*. En mí reside la plenitud de esa gracia que muestra el camino y conduce a la verdad*. En mí se encuentra toda esperanza de virtud y de salvación.

V. Corazón de María, fuente inagotable de todo bien.
R. Infunde tus virtudes en los corazones de tus siervos.

OREMOS

¡Oh, Dios de infinita clemencia!, que, velando siempre por l.i salvación de los pecadores y por el amparo de los desgraciados*, diste a la bienaventurada Virgen María un corazón semejante al de tu mismo Hijo Jesús*, y la hiciste fuente perenne de dulzura y de misericordia*: dígnate conceder a los que veneramos ese Corazón inmaculado* que, con el auxilio de sus méritos y de su intercesión poderosa*, logremos reproducir en nosotros la verdadera imagen de su Corazón adorable*. Así te lo pedimos por el mismo Jesucristo nuestro Señor. R. Amén.

PRIMA.

V. Santa María... (como en Laudes, página 134).

HIMNO

Corazón admirable,
Portento de riquezas*,
Que al ángel embelesas,
Santa arca del maná.
Trono del Rey de Reyes,
Cielo del cielo espléndido*,
Del Verbo templo místico,
Áureo altar de la paz.
¡Oh, Trinidad! ¡Oh, vida
Del alma de María*
!Sé nuestra luz y guía,
Sé nuestro dulce amor.

Ant, El Corazón de María es un campo impregnado de suavísimos aromas*, en el cual se halla escondido, no sólo el tesoro de los ángeles*, sino aun el inapreciable tesoro de Dios Padre*. ¡Feliz el que vende todo cuanto tiene para comprar ese campo precioso!

V. Corazón sacratísimo de María.
R. Enciende mi corazón en el divino amor en que te abrasas.

OREMOS

¡Oh, Dios!, que hiciste a la bienaventurada Virgen María superior a todas las criaturas*, participante del Corazón de Jesucristo e imagen fiel de sus infinitas perfecciones*: te rogamos humildemente nos concedas la gracia* de venerar de tal modo el Corazón de María y sus íntimos afectos*, que, mediante su valimiento, consigamos imitar a Jesucristo y consumar por él nuestra unión contigo*. Así te lo pedimos por el mismo Jesucristo nuestro Señor.
R. Amén.

TERCIA.

V. Santa María... (como en Laudes, página 134).

HIMNO

Nada hay en cielo y tierra
Que a esta arca santa iguale*,
Tesoro do se encierra
Cuanto nos dio el Señor.
De tus devotos eres
Gloria, esperanza, honor*;
¡Oh, Madre! A ti nos ligue
La ley de eterno amor.
¡Oh, Trinidad! ¡Oh, vida
Del alma de María*
¡Sé nuestra luz y guía,
Sé nuestro dulce amor.

Ant. La santidad es propia de la casa de Dios*; siendo esta casa el Corazón de María*, adoremos a Jesucristo, su Esposo, que habita en ella.

V. Alabe todo espíritu al Señor.
R. Que reina en el Corazón de María.

OREMOS

Dígnate, ¡oh, Dios de misericordia!, disponer que se enseñoree de nuestros corazones el Espíritu Santo*, que, habiendo herido con sus dardos el Corazón de la Madre santísima de tu Hijo*, lo inflamó en el amor inmenso de tu caridad*, a fin de que, así como operó libremente en ella los prodigios de su gracia*, así también, después de crucificar en nosotros los vicios y desordenados apetitos de la carne*, se digne regenerarnos por la santidad de sus dones*. Así te lo pe dimos por el mismo Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén.

SEXTA.

V. Santa María... (como en Laudes, página 134).

HIMNO

Amor, de Dios esencia,
Que abrasas a María*,
Consume el alma mía
Y todo corazón.
Prodigio eres, ¡oh, Madre!,
De ardiente y casto amor*;
En ti el divino Espíritu
Su triunfo consiguió.
En ti, con santo júbilo,
Dios posa su mirada*,
Y espera en ti, confiada,
Su dicha la creación.
¡Oh, Trinidad! ¡Oh, vida
Del alma de María*
¡Sé nuestra luz y guía,
Sé nuestro dulce amor.

Ant. ¡Oh, María, Madre de Dios*! Tu Corazón es la puerta celestial por donde el Señor ha entrado en nosotros*, y por donde esperamos nos haga llegar hasta el trono de su divinidad.

V. En tu Corazón, ¡oh, María!, se albergan la salud y la vida.
R. El gozo sin fin y la eternidad gloriosa.

OREMOS

¡Oh, Dios!, que quisiste que el Corazón de María fuese un corazón entera mente puro*, exento de toda mancha y adornado de todas las virtudes*: dígnate librarnos también de todo pecado y colmarnos de abundantes gracias y virtudes*. Así te lo pedimos por Jesucristo nuestro Señor.

R. Amén.

NONA.

V. Santa María... (como en Laudes, pagina 134).

HIMNO

¿Hay algo más sagrado
Que amor de Virgen Madre*?
¿Hay al Eterno Padre
Más grato corazón?
Del hombre ella es defensa,
Solaz del alma herida*,
Oráculo, luz, vida,
Que a su grey dio el Señor.
¡Oh, Trinidad! ¡Oh, vida
Del alma de María*!
Sé nuestra luz y guía,
Sé nuestro dulce amor.

Ant. ¡Oh, Sagrado Corazón de la Madre de Dios! Tú eres el verdadero Santo de los Santos*, en que nace el Sol de Justicia, Jesús, el Pontífice de nuestras almas, según el orden de Melquisedec*. Tú eres el místico tálamo en que el Rey de la gloria vivifica a la Iglesia, su esposa.

V. Haz, Señor, que amemos a la Virgen, tu Madre Santísima.
R. A esa Madre tan tierna que tú mismo nos diste.

OREMOS

¡Oh, dulcísimo Jesús!, que tan grande amor profesas a la Santísima Virgen y que tan amado eres de ella*: te suplicamos nos concedas que, así como junto contigo somos amados por ella con el más tierno y ardiente amor*, así también la amemos contigo con el amor más ardiente y tierno*. Así te lo pedimos por la más dulce de todas las madres*, por aquella cuyo Corazón es la más perfecta imagen del tuyo, ¡oh, Señor*!, que, siendo Dios, vives y reinas por los siglos de los siglos.

R. Amén.

VÍSPERAS.

V. Santa María... (como en Laudes, página 134).

HIMNO

La Madre, como el Hijo,
¡Oh, inmensa caridad*!,
Anhelan por el nuestro
Su Corazón cambiar.
Devotos de María,
Sois hijos de su amor*;
Amadla con ternura,
Rendidle el corazón,
Esclavos de la muerte,
Por madre ella se os brinda*,
Tanta bondad os rinda,
Responded a su amor.
¡Oh, Trinidad! ¡Oh, vida
Del alma de María*
¡Sé nuestra luz y guía,
Sé nuestro dulce amor.

Ant. Danos, ¡oh, Virgen Santísima!, tu Corazón como prenda de amor y lugar de refugio*, para que siempre, y sobre todo en la hora de nuestra muerte*, encontremos en él consuelo y descanso.

V. Comunícanos la gracia que atesoras en tu Corazón.
R. Socórrenos en nuestra última hora y alcanzaremos la vida eterna.

OREMOS.

Santa María, Madre de nuestro Señor Jesucristo y Señora del Universo*, que a nadie rechazas y a nadie desamparas*: mírame con ojos de clemencia y de piedad*, y alcánzame de tu Hijo querido el perdón de todos mis pecados*, a fin de que, después de haber ensalzado los méritos y cantado con devoción y afecto las alabanzas de tu santo e inmaculado Corazón*, logre alcanzar el premio de la eterna bienaventuranza*, que ha de concederme el mismo Jesucristo, nuestro Señor*, que nació de ti, ¡oh, Madre Virgen*!, y que, siendo Dios, vive y reina por los siglos de los siglos.
R. Amén.

COMPLETAS.

V. Santa María... (como en Laudes, página 134).

HIMNO

¡Con qué modo admirable
Vive Dios en María*!
¡Cuán inefable el lazo
Que a él la tiene unida!
¡Qué milagro estupendo
A que amor nos convida*,
El que, amando, nos lleva
de la muerte a la vida,
¡Oh, Corazón sagrado,
Morada del Dios trino*!
Do encuentra el peregrino
Consuelo en su orfandad.
¡Oh, Trinidad! ¡Oh, vida
Del alma de María*
! Sé nuestra luz y guía,
Se nuestro dulce amor.

Ant. Bendito sea tu santísimo Corazón, ioh, María*!, ese Corazón en que se hallan escritos los nombres de los escogidos*, y en que te suplico grabes también el mío con caracteres indelebles.

V. ¡Oh!, preciosísimo Corazón de María, vida de nuestros Corazones.

R. Dígnate poseerlos por toda la eternidad.

OREMOS

¡Oh, Jesús, Señor nuestro*!, que por el más singular beneficio te has dignado proveer a nuestras necesidades* dando a tu santísima Madre un Corazón lleno de celo por la salvación de los hombres*: dígnate darnos también un corazón lleno de veneración y de amor*, o más bien, tú mismo Corazón y el de María*, a fin de que con el tuyo podamos amarla eternamente, y amarte asimismo a ti con el de tu santísima Madre*. Concédenos esta gracia, ¡oh, tú!, que, siendo Dios, vives y reinas por los siglos de los siglos. R. Amén.

ACTO DE DESAGRAVIO AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS AL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA.

¡Oh, Corazón amantísimo de mi Salvador!, penetrado del más vivo dolor a la vista de las ofensas que has recibido y recibes aún, todos los días, en el Sacramento del Altar*, me postro en tu presencia para desagraviarte de ellas*. ¡Ojalá pudiera yo, con mi veneración y mi respeto, reparar cumplidamente tu honor menospreciado*! ¡Ojalá me fuese dado borrar con mis lágrimas, y hasta con mi sangre*, tantas irreverencias, tantas profanaciones, tantos sacrilegios como se cometen contra ti*! ¡Ojalá pudiera suplir con llamas de encendido amor la frialdad y criminal indiferencia de tantos malos cristianos*! ¡Oh, y cuan bien empleada estaría mi vida si lograse darla portan digno motivo*! Otórgame, ¡oh. Dios mío!, el perdón que imploro de ti para tantos impíos que contra ti blasfeman*, para tantos infieles que te desconocen*, para tantos herejes y cismáticos que te deshonran*, para tantos católicos ingratos que profanan el misterio de tu amor*, y, finalmente, para mí, que con tanta frecuencia te he injuriado*. Troca mi corazón delincuente y dame otro conforme al tuyo*. Dame un corazón contrito y humillado*, un corazón puro y sin mancha*, un corazón del todo consagrado a tu gloria y víctima de tu amor*, a fin de que pueda consolar a tu Corazón entristecido por mis ingratitudes*. Sí te lo prometo, Corazón adorable*; repararé en lo sucesivo tanta irreverencias y sacrilegios con mi modestia en el templo*, con mi solicitud en visitarte*, con mi devoción y fervor en recibirte.

Y tú, ¡oh Corazón inmaculado de María*!, unido con el Corazón de Jesús en el amor que profesas a los hombres*, y víctima como el suyo de la ingratitud y malicia del mundo*, dígnate aceptar, en desagravio de los muchos ultrajes que se té han inferido*, la ofrenda que te hago de mi dolor y de mi amor*. Si mis culpas son las que han afligido a tu purísimo Corazón*, me hallo en la obligación de desagraviarte*, y quiero para ello estar animado de los sentimientos de respeto, amor y reconocimiento que te son debidos*. Te ofrezco mis alabanzas, mi dolor, mis pesares*. ¡Ah! ¿Por qué no me es dado, reparar con los más puros afectos de mi corazón*, el olvido, la ingratitud, el desprecio y el odio de que ha sido y es todavía objeto tu amabilísimo Corazón?

¡Oh Sagrados Corazones de Jesús y de María!*, si mis sentimientos no bastan, los vuestros son superabundantes*. Os ofrezco, pues, esos admirables sentimientos que recíprocamente os animan*, en desagravio de todo lo que os han hecho sufrir mis ingratitudes*. ¡Oh divinos Corazones!, recibid la ofrenda que os hago*, perdonad a vuestros hijos in gratos y bendecidlos en el tiempo y en la eternidad. Amén.

ORACIÓN REPARADORA PARA LOS VIERNES DEL AÑO

Divino Salvador Jesús*, dígnate mirar con ojos de misericordia a tus hijos, los socios de los Sagrados Corazones*, que unidos por un mismo pensamiento de fe, esperanza y amor*, vienen a deplorar ante tu sacratísimo Corazón sus infidelidades y las de sus hermanos culpables*, ¡Ojalá podamos, con nuestras solemnes y unánimes promesas*, conmover a ese divino Corazón y obtener de él misericordia para nosotros*, para el mundo infeliz y criminal*, y para todos aquellos que no tienen la dicha de conocerte y amarte!

DEVOCIÓN A SAN JOSÉ

Constituido por Dios ángel tutelar de María y padre adoptivo de Jesús, San José debe seguir desempeñando en la Asociación de los Sagrados Corazones su misión sublime de Nazaret, y en especial el cargo de patrono que se ha conferido con respecto a la Iglesia universal.

La fiesta popular de San José sigue siendo en España la del 19 de Marzo. Pero la Asociación, como la Iglesia, considera la del Patrocinio de solemnidad mayor y de significado mucho más alto. De ahí que la Asociación la haya clasificado entre sus grandes festividades, y conviene que, secundando los propósitos de la Iglesia, siempre tan sabia, demos un impulso de mayor entusiasmo a la fiesta del Patrocinio. Se la celebra el miércoles de la segunda semana después de la octava de Pascua de Resurrección, y es oportuno que se la prepare con un fervoroso septenario.

Ha sido costumbre de la Asociación dedicar los días 19 de cada mes a San José, honrándole con alguna práctica de especial devoción. Para fomentar la aconsejamos que esos días, y si fuera posible todos los miércoles, después de la Sagrada Comunión, reciten los asociados las dos oraciones siguientes, no solamente conformes al espíritu de nuestra familia religiosa, sino reclamadas por él.

Haznos conocer, José, a los Sagrados Corazones, para que es amemos y sigamos sus ejemplos.

TE CONSOLAREMOS SEÑOR

Sí, de hoy en adelante lo prometemos todos:
Por el olvido e ingratitud de los hombres,
Por tu desamparo en el sagrado tabernáculo.
Por los crímenes de los pecadores,
Por el odio de los impíos.
Por las blasfemias que se vomitan contra ti,
Por las injurias hechas a tu divinidad,
Por las inmodestias e irreverencias cometidas en tu adorable presencia.
Por las traiciones de que eres víctima adorable,
Por la frialdad de la mayor parte de tus hijos,
Por el abuso de tus gracias,
Por nuestras propias infidelidades,
Por la incomprensible dureza de nuestros corazones,
Por nuestra tardanza en amarte,
Por nuestra tibieza en tu santo servicio,
Por la amarga tristeza que te causa la perdición de las almas.
Por tus largas esperas a las puertas de nuestros corazones,
Por los amargos desprecios con que eres rechazado,
Por tus quejas de amor,
Por tus lágrimas desamor,
Por tu cautiverio de amor,
Por tu martirio de amor,

ORACIÓN

¡Oh, Jesús, divino Salvador nuestro!, de cuyo Corazón se ha exhalado esta dolorosa queja: Consoladores busqué y no los he hallado*; dígnate aceptar el modesto tributo de nuestros consuelos*, y asístenos tan eficazmente con el auxilio de tu divina gracia*, que huyendo cada vez más en lo venidero de todo lo que pudiera desagradarte*, nos mostremos en toda circunstancia, tiempo y lugar*, tus hijos más fieles y obsecuentes*. Te lo pedimos por ti mismo, que, siendo Dios, vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

ACTO DE CONSAGRACIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS Y AL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA

Doy y consagro al Sagrado Corazón de nuestro Señor Jesucristo* mi cuerpo, mi alma, mi vida, mis acciones, penas y sufrimientos, * a fin de que cuanto hay en mí sólo se emplee en honrarle, amarle y glorificarle. * Tengo la firme resolución de entregarme a él sin reserva y de emprenderlo todo por su amor, * renunciando gustoso a todo aquello que pueda desagradarle.

De hoy en adelante serás tú, ¡oh Corazón adorable!, el objetivo único de mi amor, el protector de mi vida, * la esperanza de mi salvación, el remedio de mi flaqueza y de mi inconstancia, * el reparador de todas mis faltas y mi más seguro asilo en la hora de mi muerte: *reconcíliame, pues, ¡oh Corazón bondadoso! *con Dios tu Padre, y aparta de mí los dardos de su justa cólera*. ¡Oh, Corazón amantísimo!, en ti pongo toda mi confianza, porque si mi malicia mi debilidad son para mí un justo motivo de temor, * tu bondad m hace esperarlo todo de ti. * Que tu sagrado fuego consuma en n todo lo que pueda desagradarte y estorbar la libre acción de tu gracia. * Que tu purísimo amor abrase de tal modo mi corazón, que no pueda jamás olvidarte ni separarme cíe ti. * Dígnate grabar en mi nombre, *porque mi más ardiente anhelo es que toda n felicidad y mi gloria consistan en vivir y morir como esclavo tuyo.

Y tú, ioh, Corazón de María*!, estrecha e inseparablemente unido con el Corazón de Jesús, *mi deseo es que, después de tu Hijo ocupes el primer lugar en mi corazón, * que desde ahora te ofrezco y te consagro. * Tú serás siempre el objeto de mi veneración, de mi amor y de mi confianza; * procuraré conformar mis sentimientos con los tuyos, * y el estudio continuo de mi vida será imitar ti virtudes*. ¡Oh, Madre bendita!, dígnate abrirme tu Corazón recibirme en él junto con tus verdaderos hijos y tus fieles siervos.

Alcánzame la gracia que necesito *para imitar a tu admirable Corazón, así como él ha imitado al de Jesús; *ampárame en los peligros, *consuélame en las aflicciones, *enséñame a sacar el provecho debido de los bienes y de los males de esta vida*; protégeme siempre, y sobre todo en la hora de mi muerte.

¡Oh, divinos Corazones de Jesús y de María, a cuyo servicio me consagro*!, haced que ahora y siempre sea vuestro verdadero hijo. Amén.

ORACIÓN A SAN JOSÉ PARA CONSEGUIR LA DEVOCIÓN A LOS SAGRADOS CORAZONES

Glorioso San José, digno cual ninguno de los Santos de ser venerado, amado e invocado, a causa de tus relaciones inefables con Jesús y María: desde hoy te tomo por guía en el camino que conduce a uno y otra, y te elijo por mi protector y mi padre. Deseo que todo mi ser pertenezca a los Sagrados Corazones ; te lo confío, por tanto, a ti, que nunca has vivido sino para ellos. Nadie los ha conocido, amado y honrado como tú, ni nadie como tú se ha consagrado a su servicio. Tus trabajos y fatigas, tus penas y gozos han sido todos para los Sagrados Corazones; has vivido para ellos, has muerto en unión con ellos. Te pido, pues, que mi vida y mi muerte sean semejantes a las tuyas. Haz que los conozca como tú, y que el amor tan ardiente que les profesas sea también el mío; que, a ejemplo tuyo, me consagre a ellos, me sacrifique por su gloria, y cual víctima de expiación, me inmole gozoso en su honor para reparar los ultrajes que sin cesar reciben de la ingratitud y malicia de los hombres. Finalmente, que mi vida sea, como la tuya una vida de unión perfecta de sentimientos, disposiciones, miras e intereses con Jesús y María. Tal es el objeto de mis votos más fervientes; ayúdame, gran Santo, a realizarlos. Sí, ayúdame a vivir y morir como verdadero devoto de los Sagrados (Corazones, a fin de que así merezca contemplar contigo sus grandezas y celebrar sus triunfos en la eternidad."

Qué el divino Corazón de Jesús y el Inmaculado Corazón de María sean siempre y en todo lugar amados, bendecidos y glorificados. Amén.

(Un Padre nuestro y Ave María por el incremento del fervor en la Asociación de los Sagrados Corazones.)

ORACIÓN A SAN JOSÉ PARA OBTENER SU PROTECCIÓN

Castísimo José, esposo de María: me gozo de verte elevado a tan sublime dignidad y adornado de tan heroicas virtudes. Por los estrechísimos abrazos que diste al divino Jesús; te suplico me admitas en el número de tus siervos. Protege a las vírgenes y alcánzanos a todos la gracia de conservar la pureza de cuerpo y alma. Ampara a los pobres y afligidos, por la pobreza y amargas angustias que padeciste en compañía de Jesús y de María en Belén, Egipto y Nazaret; y haz que, sufriendo con paciencia nuestros trabajos, merezcamos el eterno descanso. Sé protector de los padres y esposos, para que vivan en paz y eduquen en el temor de Dios a sus hijos. Da a los sacerdotes las virtudes que corresponden a su estado, para tratar dignamente el cuerpo de Jesús sacramentado. A los que viven en comunidad, inspírales amor a la observancia religiosa. A los moribundos asístelos en aquel trance supremo, pues tuviste la dicha de morir en los brazos de Jesús y de María. Tiende tu mano protectora a toda la Iglesia, pues has sido declarado por el Vicario de Cristo patrono de la Iglesia universal; y ya que libraste al Hijo de Dios del furor de Herodes, libra a la Iglesia, esposa suya, del furor de los impíos, y alcanza que se abrevien los días malos y vengan los de serenidad y de paz. Así sea.

ORACIÓN A SAN JOSÉ, PARA DESPUÉS DEL ROSARIO.

(De León XIII. —Indulgenciada con siete años y siete cuarentenas, después del Rosario durante el mes de octubre; en otra forma, trescientos días.)

A ti, bienaventurado San José, acudimos en nuestra tribulación, y después de implorar el auxilio de tu Santísima Esposa, solicitamos también confiadamente tu patrocinio. Por aquella caridad que con la Inmaculada Virgen María, Madre de Dios, te tuvo unido, y por el paternal amor con que abrazaste al Niño Jesús, humildemente te suplicamos que vuelvas benigno los ojos a la herencia que con su sangre adquirió Jesucristo, y con tu poder y auxilio socorras nuestras necesidades.

Protege, ioh, providentísimo custodio de la Sagrada Familia!, a la escogida descendencia de Jesucristo; aparta de nosotros, amantísimo Padre, toda mancha de error y de corrupción. Muéstratenos propicio y asístenos desde el cielo, ¡oh, bondadoso libertador nuestro!, en esta lucha qué estamos librando contra el poder de las tinieblas; y así como en otro tiempo libraste al Niño Jesús del inminente peligro de la muerte, defiende ahora a la Iglesia Santa de Dios contra las asechanzas de sus enemigos y contra toda adversidad. Y a cada uno de nosotros concédenos tu perpetua protección «para que animados por tu ejemplo y sostenidos por tu auxilio, podamos santamente vivir y piadosamente morir, y alcanzar en los cielos la eterna bienaventuranza. Amén.

LETANÍAS DEL PATRIARCA SAN JOSÉ.

Señor, ten piedad de nosotros,
Jesucristo, ten piedad de nosotros,
Señor, ten piedad de nosotros.
Jesucristo, óyenos,
Jesucristo, escúchanos,

Ruega por nosotros

Dios Padre, que estás en los cielos,
Dios Hijo, Redentor del mundo,
Dios Espíritu Santo, Dios uno y trino,
Santa María,
San José,
Inclito descendiente de David,
Luz de los Patriarcas,
Esposo de la Madre de Dios,
Casto Custodio de la Virgen María,
Padre nutricio del Hijo de Dios,
Celoso defensor de Cristo,
Jefe de la Divina Familia,
José, justísimo,
José, castísimo,
José, prudentísimo,
José, varón fuerte,
José, obedientísimo,
José, fidelísimo,
Espejo de paciencia,
Amante de la pobreza,
Modelo de los obreros,
Ornamento de la vida doméstica,
Custodio de las Vírgenes,
Sostén de las familias,
Consuelo de los desgraciados,
Esperanza de los enfermos,
Patrono de los moribundos,
Terror de los demonios,
Protector de la Santa Iglesia,
Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo
Perdónanos, Señor.
Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo.
Óyenos, Señor.
Cordero de Dios, que borras los pecados del mundo.
Ten misericordia de nosotros.
Fue constituido como Señor de su casa.
Y Príncipe de todo cuanto le pertenece.

Oración. —¡Oh, Dios!, que por una providencia inefable te dignaste elegir al bienaventurado José para esposo de tu Madre Santísima: concédenos, te rogamos, que venerándole como protector en la tierra merezcamos tenerle por intercesor en los cielos. Tú, que vives y reinas por los siglos de los siglos. Amén.

LOS SIETE DOMINGOS EN HONOR DE SAN JOSÉ

I. ¡Oh, esposo purísimo de María Santísima, glorioso San José!

Así como fue grande el trabajo y la angustia de vuestro corazón en la perplejidad de abandonar a vuestra purísima esposa, así fue inexplicable vuestro gozo cuando el ángel os reveló el soberano misterio de la Encarnación.

Por este vuestro dolor y por este vuestro gozo os rogamos que consoléis a nuestra alma, ahora y en los últimos dolores, con la alegría de una buena vida y de una santa muerte, semejante a la vuestra, en medio de Jesús y María.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

II. ¡Oh, felicísimo Patriarca, glorioso San José, que fuiste escogido entre todos para el oficio de padre putativo del Verbo humanado! El dolor que sentiste al ver nacer el Niño Jesús en tanta pobreza se cambió luego en alegría celestial oyendo la armonía angélica y viendo la gloria de aquella noche tan resplandeciente.

Por este vuestro dolor y por este vuestro gozo os suplico que nos alcancéis que después del camino de esta vida, pasemos a oír las alabanzas de los ángeles y a gozar de los resplandores de la gloría celestial.

Padre nuestro, Ave María y Gloria, etcétera.

III. i Oh, ejecutor obedientísimo de las leyes divinas, glorioso San José! La sangre preciosísima que derramó el Niño Redentor en la Circuncisión os traspasó el corazón, pero el nombre de Jesús os reanimó llenándoos de gozo.

Por este vuestro dolor y por este vuestro gozo alcanzadnos que, quitado de nos otros todo vicio en vida, expiremos gozosos con el santísimo nombre de Jesús en el corazón y en la boca…

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

IV. ¡Oh, fidelísimo Santo, que tuvisteis parte en los Misterios de nuestra Redención, glorioso San José! Si la profecía de Simeón, de lo que habían de padecer Jesús y María, os causó un desmayo de muerte, también os colmó de un dichoso gozo la, predicción de que de ahí se seguiría la salud y resurrección de innumerables almas.

Por este vuestro dolor y por este vuestro gozo alcanzadnos que seamos del número de aquellos que, por los méritos de Jesús y por la intercesión de María, han de resucitar gloriosamente.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

V. iOh, vigilantísimo Guarda, familiar íntimo del Hijo de Dios encarnado, glorioso San José! ¡Cuánto penasteis para sustentar y servir al Hijo del Altísimo, particularmente cuando tuvisteis que huir a Egipto pero cuánto también gozasteis teniendo siempre con vos al mismo Dios, v viendo caer a tierra los ídolos de Egipto!

Por este vuestro dolor y por este vuestro gozo alcanzadnos que, teniendo lejos de nosotros al tirano infernal, y especialmente huyendo de las ocasiones peli grosas, caiga de nuestro corazón todo ídolo de afecto terreno, y ocupados en servir, a Jesús y a María, para ellos vivamos solamente y muramos felizmente.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

VI. ¡Oh, ángel de la tierra, glorioso San José, que os admirasteis viendo al Rey del cielo sujeto a vuestras órdenes! Si vuestro consuelo al volver de Egipto se enturbió con el temor de Arquelao, sin embargo, asegurado por el Ángel habitasteis alegre en Nazaret.

Por este vuestro dolor y por este vuestro gozo alcanzadnos que, libre nuestro corazón de temores nocivos, gocemos de la paz de la conciencia, y viviendo seguros con Jesús y María, ellos nos asistan en nuestra agonía.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

VII. ¡Oh, ejemplar de toda santidad, glorioso San José! Perdido que hubisteis sin culpa al Niño Jesús, para mayor dolor hubisteis de buscarlo por tres días, hasta que, con sumo júbilo, gozasteis de vuestra vida, hallada en el templo entre los doctores.

Por este vuestro dolor y por este vuestro gozo os suplicamos de lo íntimo del corazón que por vuestra intercesión jamás suceda que nosotros perdamos a Jesús con culpa grave, y que si por desgracia le perdiésemos, le busquemos con sumo dolor para hallarlo piadoso, particularmente en nuestra muerte, a fin de que lleguemos a gozarle en el cielo y a cantar allí con vos eternamente sus divinas misericordias.

Padre nuestro, Ave María y Gloria.

Ant. —Jesús contaba ya la edad de treinta años cuando aún era tenido por hijo de José.

V- Ruega por nosotros, San José.

R. Para que seamos dignos de las promesas de Jesucristo.

Oración. —¡Oh, Dios!, que por una providencia inefable te dignaste elegir al bienaventurado José para esposo de tu Madre Santísima: concédenos, te rogamos, que venerándole como protector en la tierra merezcamos tenerle por intercesor en los cielos. Tú que vives y reinas por los siglos*de los siglos. Amén.

Honor y gloria a los Sagrados Corazones de Jesús y de María. Ahora y siempre.

DEDICATORIA 1
PRIMERA PARTE 2

ORACIONES DE LA MAÑANA 2
ORACIONES DE LA NOCHE 4
MISA PROPIA DE LA ASOCIACIÓN DE LOS SAGRADOS CORAZONES 5
LA CONFESIÓN 12
ORACIÓN A SANTA MARGARITA MARÍA 12
LA SAGRADA COMUNIÓN 14
ACTO DE CONSAGRACIÓN AL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA 19
ROSARIO DE LA SANTÍSIMA VIRGEN 20
VIA CRUCIS 22

SEGUNDA PARTE 29

LOS PRIMEROS VIERNES 30
LETANÍAS DEL 31
EJERCICIOS 31
PRIMER VIERNES DE ENERO 31
PRIMER VIERNES DE FEBRERO 33
PRIMER VIERNES DE MARZO. 34
PRIMER VIERNES DE ABRIL 35
PRIMER VIERNES DE MAYO 36
PRIMER VIERNES DE JUNIO 36
PRIMER VIERNES DE JULIO 37
PRIMER VIERNES DE AGOSTO 38
PRIMER VIERNES DE SEPTIEMBRE 39
PRIMER VIERNES DE OCTUBRE 39
PRIMER VIERNES DE NOVIEMBRE 40
PRIMER VIERNES DE DICIEMBRE 41
NOVENA AL CORAZÓN SAGRADO DE JESÚS 42
LA ADORACIÓN 49
PRIMER MÉTODO 49
SEGUNDO MÉTODO 54
TERCER MÉTODO 58
CUARTO MÉTODO 59
VISITAS AL SANTÍSIMO PARA TODOS LOS DÍAS DE LA SEMANA 64

HORA SANTA 69
I HORA SANTA 71
II HORA SANTA 78
III HORA SANTA 85
IV HORA SANTA 94
V HORA SANTA 105
LAS CUARENTA HORAS 113

ENTRONIZACIÓN DEL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS EN EL HOGAR 114
CEREMONIAL PARA LA ENTRONIZACIÓN 115
ENTRONIZACIÓN DEL DIVINO CORAZÓN DE JESÚS EN UN HOGAR CRISTIANO 118
COMPROMISOS CONTRAÍDOS POR LA FAMILIA EL DÍA DE LA ENTRONIZACIÓN 120
EL CORAZÓN INMACULADO DE MARÍA 121

LOS PRIMEROS SÁBADOS 127
OFICIOS PARVOS 127
OFICIO PARVO DEL 128
OFICIO PARVO DEL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA 133

ACTO DE DESAGRAVIO AL SAGRADO 138
DEVOCIÓN A SAN JOSÉ 139

ACTO DE CONSAGRACIÓN AL SAGRADO CORAZÓN DE JESÚS Y AL PURÍSIMO CORAZÓN DE MARÍA 140

ORACIÓN A SAN JOSÉ 140